LIBROdot.com

EL ESPÍRITU DE LA FRONTERA

Zane Grey

INTRODUCCIÓN

El autor no tiene la intención de excusar aquí lo que muchos lectores puedan llamar la «brutalidad" de la novela, pero desea explicar que su espíritu salvaje corresponde a la vida de la frontera del Oeste tal como se conocía hace tan sólo poco más de un siglo.

El que esto escribe es feliz poseedor de materiales históricos de evidente veracidad y valor. Se trata del cuaderno de notas, largo tiempo perdido, del coronel Ebenezer Zane, uno de los más preeminentes cazadores y exploradores a los que se debe la colonización del Oeste selvático.

La historia de aquel período trágico merece lugar más sobresaliente en la literatura histórica del que hasta ahora ha ocupado, indudablemente debido a la falta de datos auténticos acerca de la conquista del terrible Oeste. Teniendo en cuenta los muchos años durante los cuales lucharon los colonizadores en los confines de este país, la historia de sus esfuerzos es pobre y oscura.

Si los años del fin del siglo dieciocho y del comienzo del diecinueve estaban llenos de aventuras emocionantes entre los colonizadores que todavía vivían en la costa del Atlántico, ¡cuánto mayores no habrán sido las hazañas de los casi olvidados exploradores que atrevidamente invadieron las inhospitalarias selvas! La historia de sus vidas azarosas, de su heroísmo y de sus grandes sacrificios en beneficio de futuras generaciones, es muy poco conocida.

Para que se comprendan mejor aquellos días, el autor ha utilizado las notas de sus antepasados con el fin de hacer un retrato nuevo y emocionante de aquella época; un cuadro que revela la fiebre de libertad del explorador, aquel poderoso impulso que llevó a tantos y tantos a tumbas ignoradas; un cuadro que demuestre su labor, sus amores, el efecto de las causas que hicieron su vida tan dura, y que no olvide tampoco, en modo alguno, a los pieles rojas, tan injustamente tratados.

La frontera producía en 1777 hombres blancos tan salvajes, que eran hombres sólo de nombre. Estos forajidos y renegados vivían entre los salvajes y durante treinta años hostigaron la frontera, perpetrando toda suerte de endiabladas crueldades entre los colonizadores. No menos crueles eran para con los pieles rojas a los que dominaban; en el apogeo de su cruenta carrera deshicieron la larga y penosa labor de los misioneros y destruyeron la apacible aldea de los indios cristianos llamada Gnaden Hutten, o sea Villa de la Paz.

Y mientras la frontera producía tales forajidos, también produjo cazadores como Boone, los Zane, los Mac-Colloch y Wetzel, aquel hombre extraño, silencioso, de cuyas ha-

zañas aún se habla en la región donde erraba para perseguir insaciablemente a los salvajes y renegados, un hombre que era tan sólo producto de su época. La civilización no hubiera producido un hombre como Wetzel. Las grandes revoluciones, las grandes crisis, los grandes momentos producen al hombre que necesitan.

La frontera necesitaba a Wetzel. Los colonizadores hubiesen necesitado muchos más años para civilizar aquellas regiones de no haber sido por él. Wetzel nunca fue colonizador; sólo fue cazador de indios. Cuando no seguía las huellas de los salvajes pieles rojas, se quedaba en las colonias, su aguda mirada y su fino oído atentos a cualquier señal de hostilidad. Para el supersticioso indio era¡ una sombra, el espíritu de la frontera que llevaba la muerte a las selvas oscuras. Para los colonizadores era el brazo derecho de la defensa, el cabecilla adecuado para los pocos audaces que hicieron posible la colonización del Oeste.

Y si esta historia de una de sus inexorables persecuciones revela al hombre tal como fue en realidad, amado por los colonizadores, respetado y temido por los indios y odiado por los renegados, si suaviza un poco la fama de hombre despiadado con que ha pasado a la historia, el autor se considerará muy bien recompensado.

Zane Grey

I

-Nelly, me estoy encariñando mucho con usted.

-Así debe ser, señor Joe, si al decirlo muchas veces lo convierte en verdad.

La muchacha hablaba con sencillez, desprovista del todo de su característica picardía.

Las travesuras, las sonrisas burlonas y pizpiretas y un dejo de coquetería habían parecido cosa natural en Nelly, pero aquel tono grave y aquella mirada casi triste desconcertaban a Joe.

Durante el largo viaje cruzando las montañas, la joven había sido alegre y feliz, mientras de pronto, cuando iban a separarse, tal vez para no volver a verse, ella le revelaba una parte de su carácter más grave, mas profunda. Esto detuvo la osadía de Joe como no lo hubiera podido hacer otra cosa. De pronto vio la verdadera significación del amor de una mujer, cuando ésta lo otorga libremente, sin reservas. Enmudeciendo al pensar que no había logrado comprenderla, que casi había estado jugando con ella, Joe se quedó mirando la agreste región.

La quietud del panorama impresionó a la joven pareja y les recordó con fuerza que se hallaban en el umbral del Oeste desconocido, que en alguna parte más allá de aquella colonia, entre aquellas selvas vírgenes, que, negras y silenciosas, se extendían ante sus ojos, estaba su futuro hogar.

Desde el punto elevado en que se hallaban los dos, el terreno bajaba y se estrechaba gradualmente hasta terminar en punta aguda que señalaba el último trozo de tierra entre los ríos Allegheny y Monongahela. En aquel punto uníanse los dos ríos de rápida corriente para formar el ancho Ohio. El nuevo río, ya orgulloso y potente en su comienzo como si adivinase su lejana grandeza, se deslizaba majestuosamente en amplia curva, y, al parecer, se perdía en el follaje denso del bosque.

En la estrecha lengua de tierra, sobre la unión de los dos ríos, había un edificio bajo, ancho, cercado por una empalizada tupida en cuyas cuatro esquinas había sendas casitas que sobresalían de la estacada como si quisieran ver lo que pasaba debajo. Los troncos macizos y gruesos empleados en la construcción de aquel fuerte, la forma cuadrada. compacta, y los

pequeños y oscuros agujeros cortados en las paredes, daban a la estructura un aspecto amenazador.

A los pies de Nelly y Joe, en la orilla, había muchas cabañas de troncos. El barro amarillo que llenaba las grietas entre los troncos les daba un aspecto singular, como si estuviesen pintadas a rayas. En la vecindad de las cabañas había animación, en agudo contraste con la grandiosa calma de los bosques cercanos. Se veían algunos carros con toldos de lona, en derredor de los cuales jugaba la chiquillería. Algunos caballos pacían en la hierba corta y seis bueyes pintos comían el forraje que les acababan de echar. El Humo de muchas fogatas daba mayor animación a la escena, y junto a las fogatas se hallaban mujeres de rostros encendidos que removían el contenido de calderas humeantes. Un hombre manejaba vigorosamente el hacha y los limpios golpes resonaban fuertes; otro clavaba estacas en tierra donde colgar marmitas y calderas. Ante una cabaña grande, un comerciante de pieles enseñaba sus mercancías a tres indios. Otro indio llevaba un montón de pieles desde la canoa, a orillas del río, a la cabaña. Un pequeño grupo de blancos contemplaba con mirada curiosa a los salvajes. Dos nenes se asomaban tras el delantal de su madre, temerosos pero llenos de curiosidad.

Desde aquella escena, cuya significación acababa de comprender, Joe volvió los ojos a su compañera. Era el de ésta un rostro dulce, de rasgos quietos, pero con promesa de muchas sonrisas. Los ojos azules no podían ocultar por largo tiempo los destellos de alegría y, de buen humor. La joven se volvió también y los dos quedaron mirándose. Los ojos de la joven se suavizaron al contemplar a aquel hombre joven, de anchos hombros y cuerpo ágil y fuerte.

-Escúcheme -dijo Nelly-. Sólo nos conocemos desde hace tres semanas, desde el día en que usted se reunió a nuestra caravana. Por su amabilidad, por haberme ayudado a soportar las molestias e incomodidades del viaje, me ha sido usted simpático. No puedo decir más, aunque quisiera. Me ha dicho usted que se escapó de su casa en Virginia para buscar la aventura en la frontera y que no conocía a nadie en esta región selvática. Es más, me ha dicho usted que no podría ni quisiera trabajar como colonizador. Tal vez tampoco mi hermana ni yo sirvamos para estos trabajos, pero nos vemos obligadas a seguir con nuestro tío, porque es el único pariente que tenemos. Él ha venido aquí para unirse a los misioneros moravos y predicar el Evangelio a los indios. Compartiremos, pues, su vida v le ayudaremos en todo lo que podamos. Usted me ha dicho que... que me quiere y ahora cuando nos vamos a separar, no sé qué decirle; sólo podría decir: abandone la idea de buscar la aventura y véngase con nosotros. Me parece que en esta región no es necesario buscar la aventura, pues vendrá por sí sola.

-Quisiera ser como Jaime -exclamó Joe de pronto.

-¿Quién es Jaime?

-Mi hermano.

-Háble me de él.

-Poco hay que hablar de él. Somos los únicos que quedamos de nuestra familia, lo mismo que usted y Kate de la suya. Jaime el predicador; es un excelente muchacho... Yo le quiero mucho.

-Entonces, ¿por qué se alejó usted de él?

-Estaba cansado de Williamsburg, reñí con un hombre le herí. Además, quería ver el Oeste; me gustaría cazar ciervos y osos y pelear con los indios. En realidad sirvo para poco.

-¿Era Jaime el único a quien usted quería-- preguntó Nelly sonriendo, porque le sorprendió verle tan serio.

-Sí, excepto mi caballo y mi perro. Los tuve que dejar -repuso Joe bajando la cabeza.

-¿Le gustaría ser como Jaime porque es predicador y así podría usted ayudar a mi tío a convertir indios?

-Sí, en parte; pero mayormente porque... porque algo que usted ha dicho me ha hecho quererla de distinto modo y quisiera ser digno de usted.

-No puedo creer que usted no sea bueno, aunque me lo diga -contestó la joven.

-Nelly -exclamó Joe de pronto, y la cogió de las manos. Pero Nelly se soltó y se apartó de un salto. En aquel momento sonreía francamente.

-Tenga la bondad de portarse como es debido, señor.

-Nelly, al decirlo, echó atrás la cabeza para quitarse el cabello del rostro, y le miró con ojos entornados -. ¿Vendrá usted con Kate y conmigo?

Antes de que Joe pudiera contestar, un grito desde abajo les llamó la atención. Se volvieron y vieron que en la colonia entraba en aquel momento otra caravana de carros. Los niños gritaban y corrían junto a los bueyes cansinos, los hombres y las mujeres se acercaban, curiosos.

-Debe de ser la caravana que mi tío esperaba. Vamos abajo - dijo Nelly.

Joe no contestó, pero la siguió por el sendero. Cuando llegaron junto al grupo de sauces, cerca de las cabañas, se inclinó y cogió la mano de ella. Nelly vio la mirada de osadía en los ojos de Joe.

-No lo haga, que nos verían - murmuró la muchacha.

-¡Si no es más que eso, me parece que poco importa...

-¿Qué quiere usted decir? Yo no he dicho... no he querido... ¡oh! . . . ¡suélteme! -Nelly trató de soltarse, pero Joe la tenía tan fuertemente cogida de la mano, que no le fue posible desasirse. Al ver a la mujer del traficante en pieles mirar por la ventana, la joven frunció el ceño. Recordó haberle dicho a aquella mujer que no le gustaba Joe; tal vez por temor a aquellos ojos le contrarió la audacia de Joe. Abrió la boca para protestar, pero no pudo pronunciar palabra, porque Joe se había inclinado y le había cerrado la boca con la suya.

Durante el breve instante que duró el abrazo, Nelly se quedó dolorida y muda, mirando a Joe. Generalmente la muchacha era vivaracha y respondona, pero el aturdimiento que le causó al verse besada, precisamente a la vista de la mujer del traficante, la dejó como paralizada. Luego oyó voces v cuando Joe se marchó sonriendo satisfecho, Nelly sintió que el corazón le latía con inusitada violencia.

La alta figura de Joe descollaba claramente sobre la ladera cuando se dirigió hacia la nueva caravana, sin volverse ni una vez. Mirándole con mirada que auguraba poco bueno para el porvenir, Nelly se metió en la cabaña.

Al penetrar por la puerta le pareció que el canoso cazador, que se hallaba sentado en el banco junto a la entrada, sonreía con picardía y le guiñaba el ojo, como diciendo que sabía guardar un secreto. La señora Wentz, la mujer del traficante, estaba sentada cabe la ventana; tratábase de una mujer gruesa, de fuertes facciones, con la calmosa placidez común a la gente que ha vivido mucho tiempo en distritos escasamente poblados. Nelly la miró de soslayo y creyó percibir una sombra de sonrisa en aquellos ojos tristes.

-Ya he visto a usted y a su novio haciéndose el amor tras aquellos sauces -observó la señora Wentz con gran naturalidad -. No sé por qué tienen que esconderse. A nosotros aquí nos gusta ver felices a los jóvenes, y su novio es un hombre muy simpático. Estaba segura de que eran novios, aunque usted decía que sólo le conocía de poco. Lize Davis también dijo que ese joven la quiere. A mí me gusta la cara de ese muchacho. Jake, mi marido, dice que será un buen esposo para usted y que se acostumbrará a la frontera como el pato al agua. Siento que ustedes no se queden aquí. No tenemos ocasión de ver muchas muchachas por aquí y menos tan guapas como usted. Cuanto más lejos al Oeste se vayan, más solitarios estarán. Jake conoce todo lo concerniente al Fuerte Henry v a Jeff Lynn, del puesto de cazadores; conoce también a Eb y a Jack Zane y a Wetzel; en fin, a todos los hombres del Fuerte Henry. Supongo que allí se casarán ustedes, ¿verdad?

-Usted... se equivoca - dijo Nelly, que se iba poniendo cada vez más encarnada, al oír a aquella buena mujer-. Nosotros...

Luego vaciló y, por fin, se calló. Comprendió que era inútil negar o querer dar explicaciones. La mujer había visto la escena del beso y había llegado a pensar lo que era lógico. Durante los pocos días que Nelly había pasado en el Fuerte Pitt había visto que los moradores de la frontera tomaban todas las cosas con la mayor naturalidad. Les había visto expresar cierta alegría, pero nunca sorpresa, ni preocupación, ni ninguno de los rápidos impulsos tan comunes entre otras gentes. Era otra lección que aprendió Nelly muy pronto. Se daba cuenta de que entraba en una vida completamente distinta de su antigua v le daba miedo. No obstante, le fascinaba todo lo que había oído decir acerca de su futuro hogar, de los pieles rojas, de los renegados y de la vida en aquellas selváticas regiones. Aquellas gentes que se habían asentado en ellas eran personas sencillas, honradas y valerosas; aceptaban lo que sucedía como hechos que no se podían discutir y creían lo que les parecía verdad. Estaba visto que para la mujer del traficante y para su vecina, Joe y ella eran novios y no les parecía mal.

Esta seguridad aumentó el resentimiento de Nelly contra el joven. Había vuelto la espalda a la señora Wentz, frunciendo el ceño y dando en el suelo nerviosamente con su pie.

-¿Dónde está mi hermana?-preguntó a poco.

-Se ha ido a ver la nueva caravana. Todo el mundo está allí.

Nelly reflexionó un instante y luego salió de nuevo. vio cierto número de carros con toldos de lona delante de las cabañas; los vehículos estaban llenos de polvo y las ruedas cuajadas de fango amarillento. El cazador canoso que le sonriera estaba apoyado sobre su rifle y, hablaba con tres hombres, cuyos trajes manchados y raídos revelaban lo largo del viaje fatigoso. Advertíase en todas partes el barullo de la agitación propia de la llegada de gente desconocida, del rápido cambio de saludos, de la descarga de los carros. v (le] desenganchar de las bestias de tiro.

Nelly miró a todas partes buscando a su Hermana. Finalmente la vio junto a su tío, el cual hablaba con uno de los tronquistas. Nelly no se acercó, sino que miró en torno suyo en busca de otra persona. Por fin vio a Joe descargando mercancías de uno de los carros, vuelto de espaldas a ella, pero en seguida le reconoció por los anchos hombros. No vio a nadie más, ni prestó atención a nada, a causa de su gran indignación.

Al oír sus pasos, el joven se volvió y, viéndola, la contempló con admiración, diciendo

-Buenas tardes, señorita.

Nelly no había esperado un saludo tan formal por parte de Joe. No había en su rostro el menor indicio de arrepentimiento; plácidamente continuó su labor.

-¿No siente usted... haberme tratado así? -exclamó Nelly.

La calma de aquel hombre la exasperaba. En lugar de la contrición y de las excusas que esperaba y le eran debidas, al parecer se burlaba de ella, como otras veces.

El joven, al oírla, dejó caer una manta v la miró.

-No la comprendo -contestó con seriedad-. Es la primera vez que la veo.

Aquello era demasiado para la impetuosa Nelly. Había pensado vagamente perdonarle después de que hubiese presentado sus excusas, pero al ver que se burlaba de ella, olvidaba sus buenas intenciones; alzó rápidamente la mano y le dio una bofetada.

El joven se puso rojo y se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la cara. En aquel momento Nelly percibió una exclamación a su espalda y los ladridos de un perro.

Cuando Nelly se volvió, se sorprendió al ver a Joe junto al vehículo, con un gran perro blanco que saltaba y brincaba alegremente. De pronto se aturdió. Miró de Joe al hombre al que había dado la bofetada y no supo decir cuál de los dos le había dicho que la amaba.

-¡Jaime! ¡Conque me has seguido! -exclamó Joe echándose en brazos de su hermano.

-Ya lo ves; créeme, me alegra mucho haberte encontrado -contestó el joven con expresión de alegría y satisfacción.

-¡Chico, qué alegría me has dado! ¡Y ahí está mi viejo perro Mose! Pero ¿cómo has sabido? ¿Cómo has podido encontrarme? ¿Qué vas a hacer aquí en la frontera? ¡Habla, di! ¿Qué ha pasado después de irme...?

Entonces Joe vio a Nelly, pálida y temblorosa, y se dio cuenta de que algo ocurría. Miró a su hermano, que estaba grave.

-¿Qué diablos...? Nelly, le presento a mi hermano Jaime, del que le he hablado. Jaime, ésta es mi amiga, la señorita Nelly Wells.

-Mucho gusto en conocer a la señorita Wells - contestó Jaime sonriendo-, a pesar de que me ha dado una bofetada sin motivo alguno.

-¿Que te ha dado una bofetada? ¿Por qué? -De pronto lo comprendió todo y se echó a reír hasta que le saltaron las lágrimas-. Te ha tomado por mí. ¡Ah, ah, ah! ¡Esto es colosal!

Nelly se había puesto encarnada y los ojos le brillaban, pero la muchacha trató de sobreponerse, a pesar de sentirse humillada.

-Lo siento mucho, señor Downs. Le tomé por él, es verdad. Él me ha insultado.

Después se volvió y se metió aprisa en la cabaña.

II

Joe y Jaime eran singularmente parecidos. Tenían casi la misma estatura, eran muy altos, pero tan robustos, que su altura no parecía excesiva. Sus ojos grises y todos los rasgos de sus facciones eran tan iguales que se advertía inmediatamente que eran hermanos.

-¿Ya has vuelto a tus travesuras de siempre? -'preguntó Jaime con una mano sobre el hombro de Joe, viendo los dos huir a Nelly.

-No; la quiero de veras y no fue mi intención ofenderla... pero, háblame de ti, Jaime. ¿Por qué has venido aquí?

-Para enseñar la verdadera fe a los indios. Sin duda, tu marcha ha ejercido en mí una gran influencia.

-Como siempre, vas a hacer algún sacrificio. Siempre serás el mismo; cuando no te dedicas a mí, te sacrificas por otro. Ahora, hasta llegas a exponer la vida. Tratar de convertir a los pieles rojas e influir en mí para que sea bueno son cosas imposibles. ¡Cuántas veces te he dicho ya que en mí no hay nada bueno! Lo que yo deseo es matar pieles rojas, y no dedicarles sermones, Jaime. Me alegro de volver a verte, pero ojalá no hubieses venido. Esta región selvática no es lugar para un predicador.

-Opino lo contrario -repuso Jaime, decidido.

-¿Qué hay de Rosa, la muchacha con la que ibas a casarte?

Joe, al preguntarlo, miró a su hermano y éste se puso pálido y apartó el rostro.

-Te hablaré de ella por última vez -repuso -. Confieso que conocías a Rosa mejor que yo. Una vez trataste de decirme que a ella le gustaba demasiado que la admirasen y yo te reproché tan desfavorable opinión, pero ahora comprendo que tienes más experiencia con las mujeres y sabes cosas que yo no podía comprender. Rosa fue desleal. Cuando tú te marchaste de Willamsburg porque, después de jugar con Jewett, le pegaste, tu actitud no me despistó.

Aquel juego de cartas fue un pretexto. Una oportunidad para vengarte de la villanía que Jewett había cometido conmigo y con Rosa. Ahora ya todo ha pasado. Aunque tú le pegaste cruelmente, dejándole desfigurado para toda la vida, no ha muerto, y, gracias a Dios, no eres asesino. Cuando me enteré de tu huída no tuve más idea que seguirte. El Destino quiso que yo encontrara un predicador que me dijo que tenía que irse al Oeste con el señor

Wells, de la misión morava. Me explicó los motivos que tenía para no realizar su intención. Inmediatamente me ofrecí a sustituirle y aquí me tienes. He tenido mucha suerte de encontrar al señor Wells y a ti al mismo tiempo.

-Siento no haber matado a Jewett, pero me consuela el haberle señalado. Es una víbora, un canalla que siempre andaba detrás de las mujeres. Le odiaba con todas mis fuerzas y cuando pude, me desahogué atizándole. Lástima que no le haya matado - Joe hablaba con calma y con cierta complacencia; como si el matar a un hombre fuese para él cosa de' poca monta -. Bien, Jaime, ya estás aquí y hay que conformarse. Continuaremos el viaje con ese predicador moravo y sus sobrinas. Si no lamentas demasiado lo pasado, todo irá bien tal vez. En cuanto a mí, la frontera es lugar que me conviene... Otra cosa, querido hermano te suplico que, por una vez en la vida, aceptes un consejo mío. Estamos en una región donde cada hombre tiene que cuidarse de sí mismo. El que tú seas predicador no te protegerá aquí donde todo hombre lleva navaja y hacha y donde hay muchos desesperados. Déjate, pues, de hablar en tono melifluo y sé un poco más semejante a tu hermano. Puedes ser todo lo bondadoso que quieras y predicar todo lo que se te antoje, pero cuando alguno de esos hombres de la frontera trate de despreciarte y atropellarte, como no puede menos de suceder, oponte con energía como no lo has hecho hasta ahora. Yo sufrí mi lección los primeros días en la caravana de carros. Tuve cuatro peleas, y ahora ya saben que no se puede gastar bromas conmigo.

-Querido Joe, ten por seguro que no me achicaré, si es a eso a lo que te refieres - contestó Jaime sonriendo -. Comprendo, en efecto, que aquí empieza una vida nueva y me satisface. Si puedo encontrar una tarea útil y estar al mismo tiempo a tu lado, me consideraré feliz.

-¡Ah!, viejo Mose, me alegra verte - exclamó Joe dirigiéndose al perro, que no se apartaba de su lado. Luego preguntó a su hermano-: ¿Qué has hecho de los caballos?

-Mira detrás del carro.

Con el perro saltando delante de él, Joe hizo lo que su hermano le dijo y encontró en el lugar indicado dos caballos.

No era extraño que sus ojos brillasen con alegría al verlos. Uno de los caballos era de color azabache, el otro gris pardo, y los dos revelaban a primera vista que se trataba de animales de pura sangre. El negro alzó la esbelta cabeza y relinchó mostrando claramente que reconocía a su amo.

-¡Lance, viejo camarada! ¡Cómo he podido dejarte...! - murmuró Joe al echarle el brazo al cuello. El perro alzó la mirada y movió alegremente la cola, feliz al ver reunidos a los tres viejos amigos. En los ojos de Joe brillaba una lágrima, cuando por fin, con una última caricia, se apartó de su caballo favorito-. Vamos, Jaime, te llevaré a ver al señor Wells.

Los dos empezaron a cruzar la pequeña plaza mientras Mose, el perro, se escondió debajo del carro, mas a una llamada de Joe, corrió detrás de los dos, muy satisfecho de poder estar junto a su amo. A medio camino de las cabañas, un tronquista alto y de cara brutal, que cantaba con voz de borracho, se les acercó tambaleando. Al parecer se había alejado del grupo que estaba cerca de los pieles rojas.

-No esperaba yo ver aquí borrachos -observó Jaime en voz baja.

-Hay muchos. Ayer mismo vi a ese hombre tan ebrio, que no podía dar un paso. Wentz me dijo que era mala persona.

El tronquista, el rostro encarnado y lleno de sudor, los brazos arremangados, trató de dar un puntapié al perro al cruzarse con Jaime y Joe; Mose se apartó rápidamente, sin gruñir ni enseñar los dientes, pero agachando un poco la cabeza y el esbelto cuerpo, como si quisiera dar un salto

-¡No toque usted a ese perro, que le hará daño! - exclamó Joe con voz aguda.

-Vamos, amigo, le convido a una copa-contestó el tronquista con mueca amistosa.

-No bebo -repuso Joe secamente, continuando su camino.

El tronquista dijo algunas palabras en tono gruñón, de las que sólo se distinguió la palabra "clerigalla". Joe se detuvo al instante y se volvió. Sus ojos grises parecían contraerse, sin despedir destellos, perdiendo sólo su color natural. Jaime vio el cambio y, sabiendo lo que significaba, cogió a su hermano del brazo y se lo llevó. La aguda voz del tronquista se oía hasta que los dos hermanos entraron en la cabaña del traficante en pieles.

Cerca de la puerta encontraron a un hombre con largo pelo blanco, cubierto en parte por ancho sombrero, que tenía sobre las rodillas a uno de los hijos de la señora Wentz. Tenía el rostro surcado por profundas arrugas, pero sus suaves ojos azules revelaban su gran bondad.

-Señor Wells, le presento a mi hermano Jaime. Es predicador y viene en sustitución del hombre que usted esperaba de Williamsburg.

El viejo se levantó y alargó la mano, mirando gravemente al hermano de Joe. Al parecer le satisfizo el rápido examen, porque con simpática sonrisa le dio la bienvenida.

-Señor Downs, tengo mucho gusto en conocerle, y me alegro que esté usted dispuesto a venir conmigo. Doy gracias a Dios por poder llevarme a las selvas a un hombre joven que pueda continuar mi labor cuando llegue mi hora.

-Será un grato deber para mí ayudarle en todo lo que pueda, señor-repuso Jaime con voz grave.

-Tenemos delante una gran tarea. He oído a muchos pesimistas que dicen que es más que locura tratar dé enseñar a esos fieros salvajes el cristianismo, pero yo sé que se puede hacer. Yo, por mí nada temo, mas no quisiera ocultarle que es grande el peligro de meterse entre los indios hostiles.

-Eso no me hará vacilar. Los indios tienen todas mis simpatías. He tenido ocasión de estudiar el carácter del piel roja y creo que la raza es naturalmente noble. Se le ha llevado a la fuerza a la guerra y quisiera ayudarle para que conozca los caminos de la paz.

Joe dejó a los dos hablando de sus asuntos y se volvió a la señora Wentz. La mujer del traficante estaba fuera de sí de alegría. Llevaba en la mano algunos juguetes y explicaba a una muchacha que eran para sus hijos y que el predicador se los había traído de Williamsburg.

-Kate, ¿dónde está Nelly? - preguntó Joe a la muchacha.

-La señora Wentz la ha mandado a un recado.

Kate Wells era lo contrario de su hermana. Su porte era lento, de acuerdo con su corpulencia; sus ojos y cabellos pardos contrastaban con los de su hermana. La mayor diferencia entre las dos estaba en que el rostro de Nelly era alegre v risueño, mientras que el de Kate era calmoso como la superficie quieta de un lago profundo.

-Kate, aquél es mi hermano Jaime. Iremos con ustedes.

-¡Ah! ¿Sí? Me alegro mucho-contestó la muchacha mirando el rostro hermoso y grave del joven predicador.

-Su hermano es exactamente igual que usted - dijo en voz baja la señora Wentz.

-Sí que se le parece - dijo Kate con lenta sonrisa.

-Lo cual quiere decir que usted piensa o espera que en lo físico se acabe el parecido - replicó Joe riendo-. Bien, Kate, en efecto, gracias a Dios para Jaime, en lo externo acaba la semejanza.

Joe hablaba en tono triste y amargo, que hizo que las dos mujeres le mirasen sorprendidas. Joe había estado para ellas lleno de sorpresas, pero, hasta entonces, jamás habían visto ningún dejo de tristeza en sus ojos. Sobrevino un breve silencio. La señora Wentz contemplaba con cariño maternal a sus hijos, que jugaban con los nuevos juguetes, mientras Kate pensaba en la observación de Joe y le miró de reojo. Le fue muy simpática la extraña expresión con que miraba a su hermano. La ternura y el cariño en aquellos ojos no se compaginaban bien con muchas cosas de aquel joven alegre y atrevido. Kate había visto en él

hasta entonces sólo un hombre osado y frío, distinto a otros hombres, y, sin embargo, de pronto se vio sorprendida por el cariño que profesaba a su hermano.

El murmullo de la conversación de los dos predicadores fue de pronto interrumpido por un grito fuera de la cabaña, seguido de una carcajada y luego una voz ronca: -¡Quieta, muchacha!

Joe se dirigió en dos zancadas a la puerta y vio a Nelly forcejeando con el tronquista embriagado.

-Un besito nada más, para que me des buena suerte -decía el tronquista con buen humor.

Al mismo tiempo Joe vio que tres vagos se echaron a reír y que otra persona, el cazador de pelo cano, avanzó con un grito.

-¡Suélteme! - exclamó Nelly.

En el mismo instante en que el borracho acercó el rostro abotargado a la muchacha, dos manos enérgicas le cogieron por el cuello como con garras de hierro. Privado así de poder respirar, abrió la boca y sacó la lengua; al mismo tiempo sus ojos parecían salir de las cuencas y sus brazos se movían alocadamente. Luego se vio alzado y lanzado con fuerza contra la pared de la cabaña. Allí se quedó tumbado en la hierba, manando sangre de una herida en la frente.

-¿Qué sucede aquí? -preguntó un hombre con voz autoritaria. Había llegado rápidamente sin que nadie le viera.

-Pues una cosa bien hecha, Wentz -dijo el cazador de pelo cano-. Yo no hubiera podido hacerlo mejor. Leffler trataba de besar a la muchacha. Hace dos días que no sale de la borrachera. El novio de la niña sabe manejar las manos, se lo aseguro.

-Ya sé que Leffler es muy molesto cuando ha bebido -contestó el traficante en pieles, y, dirigiéndose a Joe, añadió-: Cuando vuelva en sí, es posible que trate de vengarse.

-Dígale que si estoy aquí cuando salga de la borrachera, lo mataré - exclamó Joe con voz aguda, mirando de nuevo al borracho con una extraña contracción en los ojos. Era una mirada tajante y tenía el brillo del acero -. Nelly, siento no haber acudido antes -dijo, dirigiéndose a la muchacha, como si tuviese la culpa de aquel incidente.

Al entrar los dos en la cabaña, Nelly le miró de reojo. Era la tercera vez que había maltratado a un hombre por ella. En varias ocasiones había visto en aquellos ojos la mirada fría y acerada y siempre se había asustado, mas la expresión desapareció antes de que entrasen en la cabaña. Joe dijo algo que ella no comprendió bien, ,pero su voz sonora calmó la agitación de la muchacha. Nelly había estado furiosa con Joe, pero se dio cuenta de que su resentimiento se había desvanecido. ¿No había demostrado que se consideraba protector y novio suyo? Le embargó una extraña emoción, dulce y sutil, como sabor de vino, y al orgullo ante la fuerza de aquel hombre se mezclaba cierto rencor. La joven se dijo que cualquier muchacha se alegraría de tener un campeón tan valiente, por lo que decidió mostrarse también satisfecha, porque Joe era realmente un novio del cual podía estar orgullosa.

-Escúcheme, Nelly, aún no me ha dirigido usted la palabra-exclamó Joe de pronto, viendo que ella al parecer no había prestado atención a lo que le decía-. ¿Aún está usted enfadada conmigo? -continuó-. Nelly, yo... la quiero.

Al parecer Joe creía que esto era razón suficiente para explicar todos sus actos. La ternura de su voz conquistó a la joven, que se volvió hacia él con mejillas encendidas ojos brillantes.

-Si no he estado enfadada... -murmuró Nelly y, esquivando el brazo de Joe, entró corriendo en otra habitación.

III

Joe estaba sin hacer nada, apoyado en la jamba de la puerta de la cabaña, contemplando pensativamente a dos personas que descansaban a la sombra de un arce. En una reconoció al piel roja con el cual su hermano Jaime había estado hablando una hora aquella misma mañana. Aquel hijo de los bosques estaba durmiendo. Tenía debajo de la cabeza una camisa de confección casera y de muchos colores que el joven predicador le había regalado, pero, durante el sueño, la cabeza se había apartado de la almohada improvisada y la prenda policroma estaba allí, al parecer sin dueño. Lo cierto era que atrajo la atención de Joe y despertó una idea en su fértil cerebro.

El otro que dormía al lado del indio era un hombre de baja estatura al que Joe había visto algunas veces. Aquel individuo no estaba bien de la cabeza y era objeto de muchas bromas de la gente del lugar. Los niños le llamaban Lurey y, como el indio, estaba durmiendo la mona pillada la noche anterior.

Durante unos momentos, Joe los estuvo contemplando con expresión que revelaba que estaba meditando una broma. Mirando rápidamente en torno suyo, se meno en la cabaña y cuando volvió a salir para contemplar la plaza con ojos rientes, llevaba en la mano una cestita de confección india. Estaba hecha de hierbas y sólo contenía trozos de piedra calcárea, suave, que los indios solían emplear para pintarse. Joe había encontrado esta colección entre las mercancías del traficante en pieles.

Joe miró de nuevo en torno suyo y vio que todo el mundo estaba muy ocupado. Se dirigió a los dos hombres, dio a Lurey un empujón con el pie y se echó a reír, cuando vio que no se despertaba. Entonces cogió la camisa policroma del indio y se la puso a Lurey, abotonándola sin que el tonto se diera cuenta. Luego pintó aquel rostro redondo con greda blanca y roja y después, quitando hábilmente la pluma de águila del cabello del indio, se la clavó en el pelo espeso de Lurey. Joe llevó a cabo la transformación con rapidez y sin que nadie se diera cuenta; luego, volvió a poner la cestita en su sitio y se fue al río.

Varias veces había visitado aquella mañana el embarcadero improvisado donde Jeff Lynn, el cazador de pelo canoso, se hallaba muy atareado en los preparativos del viaje que haría en una balsa río Ohio abajo.

Lynn había recibido el encargo de llevar misioneros y los suyos al Fuerte Henry, y como los dos hermanos le habían informado de su intención de acompañar a los viajeros, había construído otra balsa para ellos y sus caballos.

Joe se echó a reír cuando vio la balsa, que consistía en doce enormes troncos sólidamente atados, sobre los cuales había un sencillo cobertizo. Aquella frágil protección contra el sol y la lluvia era lo único que tendrían los dos hermanos durante el largo viaje.

Sin embargo, se dio cuenta de que la otra almadía, mucho mayor que la de ellos, estaba preparada pensando en proveer a las muchachas de algunas comodidades. El suelo de la pequeña choza estaba más alto, de modo que las olas no podían llegar allí. Joe se subió a la balsa y examinó la choza; le complació que Nelly v Kate se hallarían cómodamente instaladas v bien protegidas, aun en caso de un temporal. vio también que parte del equipaje de las muchachas ya se hallaba a bordo.

-¿Cuándo partimos? -preguntó.

-A la salida del sol - respondió Lynn.

-Me alegro, porque me gusta empezar los viajes muy de mañana -exclamó Joe alegremente.

-La mayoría de la gente del Este no suele tener prisa en embarcarse en este río - observó Lynn mirando a Joe con atención.

-Pues es un río muy hermoso y me gustaría viajar por él hasta donde termine y volver- dijo Joe con gran calor.

-¿Tiene prisa por marcharse? Espere hasta que vea los diablos rojos con plumas en el pelo deslizándose por entre las espesuras de la orilla y perciba el ruido de sus balas. Tal vez mañana por la tarde se arrepienta y tenga ganas de regresar lo más rápidamente posible.

-Puede que otros piensen así, pero yo no -exclamó Joe con risita fría y breve.

El viejo cazador terminó lentamente su labor de enrollar una cuerda de cuero húmeda y luego, sacando una pipa vieja, tomó un ascua del fuego y la colocó sobre la taza. Empezó a succionar lentamente y por fin sacó grandes nubes de humo. Sentándose sobre un tronco, examinó con mirada atenta los robustos hombros y largos brazos del joven, apreciando debidamente su simetría y fuerza. La agilidad, la resistencia y el valor significaban más en las selvas que cualquier otra cosa, y todos los que llegaban a la frontera eran apreciados por los veteranos respecto de aquellas cualidades y se les respetaba de acuerdo con la proporción en que las poseían.

El viejo Jeff Lynn, mientras fumaba su pipa, musitaba -Puede que haga mal en simpatizar tan de repente con ese joven. Puede que sea porque le tengo cariño a su novia, y también puede que sea porque me estoy volviendo viejo y la gente joven me resulta más simpática que antes. Sea como sea, me parece que si ese joven pierde diez kilos de peso en el trabajo, será capaz de convertirse en un buen cazador.

Joe, mientras tanto, paseábase sobre la balsa fijándose en su construcción y también manejó un poco el burdo remo que servía de timón. Por fin se sentó junto a Lynn. Deseaba hacer preguntas, quería saber algo más acerca de las balsas del río, del bosque, de los indios, de todo lo que se relacionaba con la vida de aquella agreste región, pero ya había aprendido que preguntar a aquellos veteranos era el mejor medio de cerrarles los labios.

-¿Ha manejado usted alguna vez un rifle largo? -preguntó Lynn rompiendo el silencio.

-Sí -repuso Joe con sencillez.

-¿Para tirar al blanco? -dijo el veterano, después de algunas chupadas más a la pipa.

-Para matar ardillas.

-Excelente práctica, matar ardillas -observó Lynn tras otro silencio-. ¿Da usted en el blanco, digamos, a cien metros?

-Sí, pero no siempre en la cabeza-contestó Joe, como excusándose de su escasa puntería.

Sobrevino otro silencio. Lynn estaba pensativo. Después de la última observación del joven, se metió la pipa en el bolsillo y sacó la tabaquera Se cortó un buen trozo de tabaco y se lo metió en la boca. Después brindó la tabaquera a Joe.

-Coja, si quiere.

Ofrecer tabaco a alguien era en un veterano de la frontera garantía de sentimientos amistosos. Jeff escupió media docena de veces, aproximándose cada vez más a la piedra que había tomado por meta de sus escupitajos. Tal vez era la manera del cazador para prepararse a la charla, porque en seguida empezó a hablar.

-Su hermano de usted va a predicar aquí, ¿verdad? Lo de predicar está muy bien y nada tengo que decir en contra, pero dudo un poco acerca de la utilidad de predicar a los pieles rojas. Sin embargo, conozco indios que son buena gente y no se sabe lo que puede resultar. ¿Y usted qué va a hacer? ¿Va a dedicarse a labrar el campo?

-No, no tengo vocación de agricultor.

-Entonces, ha venido usted aquí porque siente la atracción del Oeste.

-He venido aquí porque estaba cansado de la vida mansa y quieta. A mí me gustan las selvas, quisiera cazar y también me gustaría conocer a los indios.

-Ya me lo figuraba -observó Lynn moviendo la cabeza como si comprendiese perfectamente el caso de Joe-. Bien, muchacho; al sitio que usted va, lo de ver o no ver a los indios no depende de uno. No sólo los verá, sino que tendrá que pelear con ellos. Malos años

corren ahora en la frontera y me parece que las cosas aún serán peores. ¿Ha oído usted hablar de Girty?

-Sí, es un renegado.

-Es un traidor, y Jim y Jorge Girty, sus hermanos, son peores que los peores pieles rojas. Simón Girty ya es malo, pero lo que es Jim, ése es el peor de todos. Siempre está en acecho para raptar a alguna mujer blanca. y llevársela a su tienda india. Simón Girty y sus compinches MacKee y Elliott desertaron del fuerte que usted ve aquí y ahora viven entre los pieles rojas en la región del Fuerte Henry, donde hacen difícil la vida a los colonizadores.

-¿Es que el Fuerte Henry está cerca de las aldeas indias? -preguntó Joe.

-Más allá del Fuerte Henry, Ohio abajo, viven los delawares, shawnis y hurones.

-¿Dónde está la misión morava?

-Usted se refiere a la Villa de la Paz, ¿verdad? Pues se halla en medio de la región habitada por los indios. Creo que está a unas cien millas del Fuerte Henry.

-Supongo que el fuerte es un punto estratégico de mucha importancia.

-Me parece que sí. Es el último lugar sobre el río hacia el Oeste -respondió Lynn sonriendo-. Realmente sólo se trata de algunas cabañas rodeadas de una empalizada y guardadas por una docena de hombres. Los indios 1o han atacado muchas veces, pero nunca han podido destruirlo. Sólo hombres como el coronel Zane, su hermano Jack y ese Wetzel son capaces de hacer lo que han hecho manteniéndose fuertes en aquel sitio durante todos estos años. El coronel Zane no dispone de muchos hombres, pero sabe manejarlos, y con guías como Jack Zane y Wetzel, siempre sabe lo que pasa entre los pieles rojas.

-He oído hablar del coronel Zane v sé que estuvo al servicio de Lord Dunmore. La gente habla con frecuencia de Jack Zane y de Wetzel. ¿Qué son?

-Jack Zane es cazador y guía. Le conocí hace años. Es un hombre amable y quieto, pero cuando se enfada, es como el rayo. Wetzel es cazador de indios. Hay quien dice que es cazador de cabelleras, pero me parece que no es verdad. Yo le he visto algunas veces. No suele pasar mucho tiempo entre los colonizadores, a no ser cuando los indios piensan hacer alguna de las suyas. Va y viene sin avisar, sin apenas hablar con nadie, pero toda la frontera conoce sus hazañas. Por ejemplo, me han contado que más de una vez los colonizadores se han encontrado una buena mañana un par de indios muertos y sin cuero cabelludo frente a sus cabañas. Nadie sabe quién los mató, pero todos afirman que ha sido Wetzel. Esta es su manera de decirles que es necesario buscar refugio en el fuerte, y siempre suele tener razón, porque cuando los colonos vuelven luego a sus cabañas, sólo encuentran las cenizas. No sería posible que se dedicara nadie en esta región a la agricultura si no fuese por Wetzel.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntó Joe, muy interesado.

-Wetzel es recto como aquel roble que está allí, para poder entrar por aquella puerta tendría que entrar de lado, tan anchos son sus hombros; pero es veloz y ligero como un corzo. En cuanto a sus ojos... casi no es posible resistir su mirada. Si ve usted alguna vez a Wetzel, lo conocerá sin que se lo presenten.

-Tengo muchas ganas de conocerle -exclamó Joe, entusiasmado- Debe de ser un gran guerrero.

-Ya lo creo. Lew Wetzel es el más valiente de todos, y eso que hay excelentes luchadores aquí en el Oeste. Hace algunos años me uní a una partida en busca de indios cuyas fechorías nos habían denunciado. Wetzel estaba con nosotros. No tardamos en encontrar las huellas de los indios, pero descubramos que abundaban más que las chinches. Todos estábamos por volvernos atrás, porque éramos pocos, y cuando empezamos a emprender el camino de regreso, Wetzel se quedó sentado en un tronco. Le preguntamos si no iba a venir con nosotros y nos contestó: “He venido aquí en busca de pieles rojas y, ahora que los he encontrado, no pienso volverme”. Y allí le dejamos. De modo que ya ve usted que Wetzel es un valiente.

-Confío en conocerle pronto - repitió Joe, sonriendo animado como un muchacho.

-Es fácil. También verá usted a los indios y seguramente no serán mansos.

En aquel momento se percibieron voces agitadas cerca de las cabañas. Joe vio que varias personas corrían hacia la mayor y desaparecían detrás de ella. El joven se sonrió porque se figuraba que la conmoción se debería a la broma que él había gastado al indio.

Joe se despidió de Lynn y se dirigió a la cabaña para ver lo que pasaba. Un grupo de hombres y mujeres, todos riendo y hablando, rodeaban al indio y al tonto. Joe percibió un gemido y luego una voz gutural:

-Rostro blanco, ladrón. Indio, loco, mucho loco, matar rostro blanco.

Después de abrirse paso por entre los, del grupo, Joe vio que el indio tenía a Lurey asido con una mano y que le daba puñetazos en la espalda con la otra. El rostro del pobre hombre revelaba claramente el terror que sentía, a pesar del rostro pintado. Tan grande era su pánico que se limitaba a gimotear.

-Silvertip quitar cabellera a rostro blanco. ¡Uf! - exclamó el salvaje, dándole a Lurey otro golpe.

El pobre hombre se retorcía de dolor. Los espectadores se hallaban divididos; los hombres reían, mientras que las mujeres se compadecían de la víctima.

-Esto ya pasa de ser una broma -murmuró Joe, y se colocó en primera fila.

Luego alargó un brazo que por sus músculos parecía el de un herrero y asió la muñeca del indio con una fuerza tan grande que el piel roja soltó inmediatamente a Lurey.

-Yo robé la camisa, para gastarte una broma. Quítame a mí la cabellera si te atreves.

El indio contempló al gigantón que le había interrumpido tan inopinadamente y con un rápido movimiento se desprendió de él.

-Rostro blanco grande mucha broma, jugar como una mujer-dijo con desprecio y en sus ojos sombríos brillaba una amenaza al alejarse rápidamente del grupo.

-Temo que se haya usted ganado un enemigo -dijo Jack Wentz a Joe -. Un indio nunca olvida un insulto, y esa broma, para él ha sido eso. Silvertip solía venir aquí en son de amistad, porque nos vendía pieles. Es un jefe de los shawnis. Allí va entre los sauces.

En el ínterin, Jaime, el señor Wells, la señora Wentz y las muchachas se habían unido al grupo. Todos vieron a Silvertip meterse en su canoa y alejarse río abajo.

-Mala señal-dijo Wentz, y al ver que Jeff Lynn acababa de venir, le explicó en pocas palabras lo sucedido.

-Nunca me ha gustado ese Silvertip. Es un indio muy astuto y no es de fiar - contestó Jeff.

-Ahora se ha vuelto y nos está mirando -intervino Nelly rápidamente.

-Es verdad-observó Wentz.

El indio se hallaba unos doscientos metros río abajo y había cesado de remar. El sol se reflejaba en sus plumas de águila. Aun a aquella distancia se veía claramente la expresión sombría de su rostro. El indio alzó la mano y la movió en señal de amenaza.

-Si no vuelve usted a saber de ese indio, yo no me llamo Jeff Lynn -observó con calma el veterano cazador.

IV

Al avanzar las almadías al impulso de la corriente, los viajeros vieron a los colonos del embarcadero cada vez más pequeños, hasta que sólo fueron puntos negros sobre el fondo verde. Por fin sólo vieron una mancha en la lejanía y luego la oscura línea del fuerte, que a poco desapareció también tras la colina verde que obligaba al río a dar una gran vuelta.

El Ohio, abriéndose paso entre las colinas boscosas, continuó su camino a través de la selva. Aunque el panorama con sus constantes cambios era muy hermoso, con los riscos abruptos y grises en un lado y en el otro las colinas verdes, sobre el agua y la tierra había algo más llamativo que la belleza del escenario: la atmósfera de absoluta quietud y gran soledad.

Esta impresionante soledad echaba a perder un poco la alegría que de otro modo hubiera inspirado el escenario pintoresco, e hizo que los viajeros, para quienes aquel país era nuevo, tomasen menos interés en los pájaros de alegre plumaje y en los furtivos animales que se veían en las orillas y que contemplaban con atención a los extraños intrusos de su paz.

En general, los animales no se asustaron al ver las balsas flotantes. La grulla, paseándose por la orilla, alzaba el largo cuello al ver aquel objeto poco familiar y se quedaba quieta como una estatua hasta que las balsas desaparecían. Las garzas, que buscaban comida en la playa, al ver el inusitado espectáculo empezaban a chillar sorprendidas y alzaban el vuelo para alejarse a lo largo de la ribera. Los cuervos volaban por encima de los viajeros, mostrando con chillidos su agitación. Otros pájaros más pequeños se posaban en los palos, y algunos, entre ellos un petirrojo, se aventuraban tímidamente para recoger las migas que las muchachas les echaban. Los venados vadeaban hasta las orillas en el agua y, al aproximarse las embarcaciones, alzaban la cabeza y. se quedaban quietos y absortos. De vez en cuando aparecía en la orilla algún bisonte que mostraba su resentimiento por la llegada de aquella cosa extraña a sus dominios con enérgicos movimientos de su enorme cabeza.

Durante todo el día, las dos balsas avanzaron rápidamente río abajo, presentando a los viajeros cuadros siempre variantes de colinas con densas selvas, de riscos abruptos con escasa vegetación, de largas extensiones de playas arenosas que reflejaban con destellos áureos la luz del sol, del vuelo y la llamada de los patos silvestres, del canto de las aves en los bosques y, de vez en cuando, el mugido de las bestias ocultas en las frondas de las orillas.

El azul intenso del firmamento empezó a palidecer y a lo lejos en el Oeste, las leves nubes dorábanse por un momento, tornáronse rojas en otro v, por fin, se oscurecieron al desaparecer el sol tras las murallas. A poco, el cielo quedó cubierto con luz sonrosada y finalmente el crepúsculo gris invadió aquel mundo y la luna creciente salió tras las copas de los árboles.

-Por hoy ya hemos viajado bastante- exclamó Jeff Lynn al dirigirse a una islita, donde ató la embarcación a un árbol en la orilla-. Aquí podemos bajar y cenar. Debajo de aquel abedul veo un excelente manantial. Tengo aquí para nosotros una buena pierna de venado. ¿Hay hambre?

Lynn había trabajado duramente todo el día guiando las dos balsas; sin embargo, Nelly le había visto sonreírse muchas veces durante la jornada y, además, había tenido tiempo de arreglarle un asiento muy cómodo. Había en la voz del veterano una solicitud para con ella que la emocionó.

-Ya lo creo -exclamó Nelly sonriente-. Me parece que me comería un ciervo entero.

Todos desembarcaron y subieron la pina orilla para sentarse en la cima de la islita donde había un hermoso grupo de abedules. Bill, el segundo almadiero, un hombre fuerte y silencioso, manejó en seguida el hacha para cortar leña para la fogata. El señor Wells y Jaime empezaron a pasear; Kate y Nelly se sentaron en la hierba, contemplando con gran interés a Jeff Lynn que subía en aquel instante del río, donde se había lavado cara y manos. Pronto ardió una buena fogata y cuando todo estuvo dispuesto, Lynn se dirigió a Joe

-Para que se acostumbre a vivir en las selvas conviene que sepa que la carne de venado puede echarse a perder si se la corta y cocina mal. Usted corta trozos demasiado gruesos. ¡Ajajá, eso es! Ahora póngale buena cantidad de sal y procure no asarla sobre llama viva; lo mejor son las ascuas.

Con un palo puntiagudo, Lynn sostuvo breves momentos las delgadas lonjas sobre el fuego y las puso sobre limpios pedazos de roble, cortados por el hacha de Bill. Los viajeros,

que tenían buen apetito, comieron con gran satisfacción la sencilla comida de carne y pan, bebiendo buenos tragos de agua fresca del manantial. Después de terminar la colación, Lynn echó un tronco al fuego y observó

-Puesto que aún tardaremos algún tiempo en entrar en el territorio de los pieles rojas, nos podemos permitir el lujo de tener una buena fogata. Estoy seguro de que todos ustedes dentro de poco notarán el frío de la niebla, de modo que con este fuego podrán calentarse.

-¿Cuánto camino hemos hecho hoy? -preguntó el señor Wells, porque tenía gran interés en llegar lo antes posible al lugar donde realizar su misión.

-Unas treinta millas, me parece. No es mucho, pero mañana haremos más. Encontraremos una corriente más rápida y las dos balsas tendrán que ir separadas.

- ¡Qué calma! -exclamó Kate rompiendo de pronto el silencio que siguió a la respuesta de Lynn.

-Es hermoso -dijo Nelly con impetuosidad mirando a Joe. Éste la correspondió con rápida mirada; el joven no decía nada, apenas había hablado con ella durante el viaje; pero su mirada le mostró que le complacía que a Nelly le encantara aquella región selvática.

-Nunca he estado en un sitio como éste -exclamó con voz grave el joven predicador-. Me embargo una sensación casi arrolladora de soledad. Me siento como perdido; sin embargo, también yo lo encuentro sublime.

-Ésta es la tierra de promisión. La Naturaleza tal como ha sido creada por Dios -contestó el anciano señor Wells con honda emoción.

-¡Cuéntenos un cuento! -dijo Nelly al veterano almadiero, cuando éste se sentó en el círculo alrededor de la animada fogata.

-¿Conque la pequeña quiere un cuento? -preguntó sonriente, encendiendo al mismo tiempo la pipa.

Se quitó la gorra de piel y se la guardó cuidadosamente. Su rostro curtido por la intemperie se contrajo en ancha sonrisa, porque le complació la petición de la muchacha.

Después de dar unas cuantas chupadas a la pipa y echar grandes bocanadas de humo, removió la fogata con un palo, como si al mismo tiempo quisiese remover las ascuas del recuerdo. Con otra chupada más a la pipa, se envolvió completamente en humo y de esta nube blanca salió su voz lenta y pausada.

-Todos ustedes han visto aquel abedul allí, aquel que está un poco inclinado como si sufriese alguna pena. Pues bien, antes estaba más recto v más erguido que un roble. Conozco a ese árbol desde hace muchos años, desde que navego por este río, y me parece muy natural que vaya inclinándose poco a poco, porque da sombra a la tumba de una muchacha joven y dulce como usted misma, señorita Nelly. La gente solía llamar a esta isla la Isla de Jorge, porque Washington acampó una vez en ella, pero en los últimos años los almadieros suelen decir: «Vamos a ver si antes de la puesta del sol llegamos al abedul de Milly», lo mismo que hemos hecho hoy Bill y yo. Hace años subía yo río arriba desde el Fuerte Henry y llevaba a bordo a una muchacha llamada Milly. Nunca supimos su apellido. En el fuerte se me acercó, y me dijo que su familia había muerto a manos de los indios y que deseaba regresar a Pitt, para encontrarse con su novio. A mí no me gustó la idea y al principio le dije que no, pero cuando vi las lágrimas en aquellos ojos azules, me ablandé y le dije a mi compañero Jim Blair «Nos la llevamos." Y, en efecto, tal como me lo temía, durante el camino nos atacaron los indios. No sé cómo pero el caso fue que Jim Girty se enteró de que teníamos a una muchacha a bordo y cerca de aquí, en un sitio que sé llama La Roca de Shawni, nos atacó el renegado con sus pieles rojas y tuvimos una lucha terrible. Antes de poder alejarnos, murió Jim Blair, y Milly sufrió una grave herida. Todavía siguió viviendo algunos días, mostrándose paciente y valerosa, a pesar de que llevaba en el cuerpo la bala del renegado, pues fue éste el que disparó sobre ella al ver que no podía llevársela. Tanto nos emocionó, que

todos hubiésemos sacrificado la vida para que se cumpliera el deseo de la joven, que quería volver a ver a su novio antes de morir.

Sobrevino un largo silencio durante el cual Lynn contempló el fuego con mirada triste.

-No pudimos hacer nada por ella, y la enterramos bajo aquel abedul, donde murió con la sonrisa en los labios. Desde entonces el río se ha ido tragando poco a poco la isla. Ahora no queda de ella ni la mitad de lo que fue antes y, con otra avenida, desaparecerá todo esto junto con la tumba de Milly.

El relato del viejo almadiero afectó a todos. El anciano predicador inclinó la cabeza en silenciosa oración para que sus sobrinas no sufriesen tan terrible suerte. El joven misionero volvió a mirar a Nelly como había ya hecho muchas veces aquel día. Las dos muchachas contemplaron con ojos llenos de lágrimas el árbol a cuyo pie se hallaba una tumba. En los ojos de Joe brilló de nuevo la mirada acerada, mientras con rostro grave y rígido contemplaba la amplia extensión del río.

-Confieso que les hubiese podido contar una cosa más alegre y así lo haré la próxima vez, pero quería que todos ustedes, sobre todo las muchachas, conociesen algo del carácter del país en que van a entrar. Esta región selvática necesita mujeres, pero todavía las trata con dureza. Y Jim Girty, como otros de su misma laya, aún vive.

-Entonces, ¿por qué no lo mata alguien? -preguntó Joe enérgicamente.

-Eso se dice más pronto de lo que se hace, muchacho. Jim Girty es un traidor y un renegado, pero es tan astuto como el peor piel roja, entre los que vive. Conoce los bosques mejor que nadie, y sólo se le ve cuando menos se le espera. Además, su hermano Simón y toda la tribu de salvajes le apoya. Los indios apoyan siempre a los blancos que se vuelven contra los suyos. De aquí que no se haya podido coger nunca a ese traidor. Sin embargo, en el último viaje me enteré de que se le ha visto en los alrededores del Fuerte Henry, seguramente para hacer alguna de las suyas, y que Wetzel está buscándolo. Y si Lew Wetzel se ha metido en la cabeza despachar a ese renegado, no doy, ni una brizna de pólvora por su vida.

Nadie le contestó. Jeff, luego de vaciar su pipa, se fue a la balsa, de donde regresó poco después con una manta que echó en el suelo. Acto seguido se tumbó sobre ella, se envolvió y, cubriéndose con su gorro de piel, exclamó

-Más vale que sigan mi ejemplo y se acuesten también. Todos siguieron el consejo de Lynn, excepto Joe y Nelly. La joven pareja estuvo durante largo tiempo sentada a la orilla del río, contemplando las aguas iluminadas por la luz de la luna.

La noche era apacible. Una suave brisa aventaba las ascuas de la fogata y movía lentamente las hojas de los árboles. Al principio de la noche, una rama solitaria había dado voz a su protesta contra la soledad, pero ya no se oía su triste croar. Una agachadiza tardía avanzaba por la playa en busca de alimento, y sus suaves gritos, que rompían de vez en cuando el silencio, aún parecían hacer más honda la soledad de la noche.

Joe había rodeado a Nelly con un brazo. Ésta se resistió al principio, pero al fin cedió y apoyó la cabeza en el hombro del joven. No había necesidad de hablar.

A Joe le encantaba la proximidad de la muchacha y la deliciosa fragancia de su cabello, que le acariciaba la mejilla, pero no pensaba en el amor. Todo el día había laborado en silencio bajo la fuerza de una emoción que no comprendía. Cierta sensación, en la que no participaba Nelly, le atraía con irresistible poder. Le encantaba la dulzura de la pasión de la muchacha, pero a pesar de todo, le absorbía con mayor atracción el aspecto de las aguas brillantes, el oscuro reflejo de los árboles y las brillantes tinieblas del bosque.

Al cabo de algún tiempo, Nelly se quedó dormida en sus brazos Y Joe se echó a reír pensando en cómo se burlaría de ella al día siguiente por su indiferencia. Pero en seguida comprendió que la joven había de estar cansada a causa del largo viaje y se reprochó haberla alejado del descanso necesario. Inmediatamente decidió llevarla a la balsa. Sin embargo, tan

grande era la novedad de la situación, que cedió a su encanto y no se marchó en seguida. La luz de la luna arrancaba argentinos destellos de la cabellera de Nelly, le acariciaba el rostro dormido y trataba de penetrar por los párpados cerrados.

Joe hizo un movimiento como para levantarse con ella, cuando la muchacha empezó a hablar en sueños. Entonces recordó que le había contado su costumbre de hablar algunas veces estando dormida y lo mucho que le disgustaba esto. Por si podía descubrir algo más con que burlarse de ella, Joe escuchó atentamente.

-Sí... tío... iré... Kate, hemos de ir...

Sobrevino un silencio y luego la muchacha volvió a hablar. Joe la oyó pronunciar su nombre y a poco la entendió perfectamente. Parecía como si la muchacha contestara a un examen interior.

-Yo le quiero... sí... amo a Joe... me domina... sin embargo, quisiera... que fuese como Jaime... Jaime me miró... con sus ojos profundos... y yo...

Joe la levantó como si fuese una criatura y la llevó a la balsa, donde la dejó al lado de su hermana.

Aquellas inocentes palabras que él no debía haber escuchado, fueron para él como un mazazo. Lo que ella nunca hubiera confesado despierta, porque consciente no se podía dar cuenta, lo había expresado soñando. Joe recordó que la mirada de Jaime no se había apartado de Nelly casi en todo el día y comprendió perfectamente lo que significaba.

En un extremo de la isla encontró una piedra muy grande, llena de musgo, y se subió a ella, quedando sentado allí con el rostro inundado por la luz de la luna. Gradualmente desapareció de su rostro la expresión de amargura, que ya había desterrado de su corazón, y de nuevo se quedó absorto en la extensión plateada del agua, en el suave murmullo de las ondas sobre la playa y en el misterioso silencio de los bosques.

Cuando los primeros rayos débiles del sol naciente se asomaban por la cima de los montes del Este y la niebla se levantó de las aguas como una nube vaporosa, Jeff Lynn se levantó, se desperezó y ció un grito de saludo a la mañana. Su alegre llamada despertó a todos los viajeros, excepto a Joe, que se había pasado la noche en muda contemplación de la selva, y la madrugada, en pescar.

-¡Caramba, que me aspen! -exclamó Lynn al ver a Joe-. Ha sido usted más madrugador que yo, y, además, ha cogido una sarta de pescado.

-¿Cómo se llaman? -preguntó Joe enseñándoselos. -Lobinas negras. Veo que tiene usted algunas piezas buenas, ¿cómo las ha cogido?

-Pues pescando.

-Bueno, así parece -gruñó Lynn cediendo nuevamente a la admiración que le inspiraba aquel muchacho-. ¿Cómo es que se ha despertado tan pronto?

-Porque no me acosté en toda la noche. He visto a tres ciervos que venían de la orilla, pero esa también ha sido lo único vivo que he visto en toda la noche.

-Lo que puede hacer ahora es limpiar el pescado para el desayuno -aconsejó Lynn a Joe, empezando también los preparativos para la colación, al mismo tiempo que murmuraba para sus adentros-: ¡Caramba, caramba! ¡Qué joven tan sorprendente! Va a hacer carrera en esta región.

Después de terminar el desayuno, Lynn trasladó los caballos a la balsa menor, cortó las amarras que la unían a la grande y después de dar instrucciones a Bill, el segundo almadiero, se marchó en la balsa grande con el señor Wells y las dos muchachas.

Las dos balsas avanzaron durante algún tiempo juntas, pero al encontrar corrientes más rápidas y a causa de la mayor habilidad de Lynn, la almadía grande ganó terreno v poco a poco aumentó la distancia entre las dos.

Así navegaron todo el día. De tiempo en tiempo, Joe y Jaime saludaban a las muchachas agitando las manos, pero la mayor parte de las horas las empleaban en calmar a los caballos. Mose, el gran perro blanco de Joe, se retiró al cobertizo, desde donde contemplaba a su amo cuando no dormía, porque no le gustaba aquel medio de locomoción. Bill estuvo todo el día activamente ocupado en manejar el timón con sus potentes brazos.

Mediada la tarde observó Joe que las colinas eran más abruptas y el río avanzaba más rápido. El joven estuvo en constante alerta para descubrir la roca que señalaba el punto de peligro. Cuando el sol hubo desaparecido tras las colinas, vio enfrente una roca gris que salía de entre el verde follaje. Tenía un aspecto amenazador y se' alzaba a bastante altura sobre el río. Aquélla era la roca llamada de Shawni. Joe la contempló durante largo rato v se preguntó si tras los pinos del borde del bosque habría algún vigía indio. Encima del mismo risco se alzaba un árbol muerto con sus ramas desnudas y retorcidas.

Bill vio también la roca, porque se detuvo en su monótono paseo por la balsa y miró río abajo hacia la almadía grande. La alta figura de Lynn se veía claramente manejando el timón. La embarcación desapareció en un recodo del río y en aquel instante Joe vio la chalina que Nelly agitaba.

Bill llevó la balsa hacia la derecha, donde la corriente era más rápida, empujando el remo con todas sus fuerzas y recorriendo la balsa incesantemente. Joe oteaba el río.
No veía rápidos, sólo en algún que otro punto se formaban remolinos de agua donde la corriente tropezaba con alguna roca. Se hallaban en el sitio del río donde el canal se estrechaba y se acercaba a la orilla derecha. Debajo del borde flanqueado por sauces había una barra de arena. A Joe no le parecía peligroso trasponer aquel paso.

-Mal sitio es ése -dijo Bill, al ver que Joe contemplaba el río.

-Pues no lo parece.

-Una balsa no es una lancha; con una lancha y una buena pértiga es fácil pasar, mas para que floten los troncos de la balsa es preciso que haya bastante agua, y aquí el río trae poca. Tengo miedo por los caballos, porque, si chocamos con algo, puede que caigan al agua.

Cuando la balsa entró en el recodo chocó algunas veces con las rocas, pero por fin llegó al canal y todo parecía propicio para un rápido pasaje.

Mas, con gran sorpresa de Bill, la ancha embarcación chocó con algo en el centro mismo del canal y dio una vuelta de tal modo que el timón apuntaba a la orilla opuesta y el agua, al estancarse, flotó por encima de los troncos.

-¡Sostengan los caballos! -gritó Bill-. Algo ha sucedido. Nunca he visto ningún obstáculo en el río.

La masa de troncos, no muy bien sujetos, se movió con rápidas vibraciones y por fin venció el obstáculo, pero la breve demora había sido fatal para el timón.

A Joe le hubiese encantado acuella situación de no ser por su caballo Lance, al que sólo pudo sostener con dificultad. Mientras Bill hacía esfuerzos para guiar la embarcación con la pértiga, no vio un largo tronco de sinuosa raíz que flotaba como una serpiente en el agua. En la agitación del momento no prestaba atención a los ladridos de Mose, ni tampoco vieron que la raíz se ponía tensa en el momento que la embarcación chocó con ella, pero no-taron el choque y que la balsa no avanzaba. Las aguas volvieron a inundar los troncos, y la yegua de Jaime relinchó de terror y con rápido movimiento rompió la brida y se precipitó al agua sin que el predicador la soltara, con riesgo de caer también al agua.

-¡Suéltala! ¡Te vas a caer! -gritó Joe cogiendo a su hermano con la mano libre y sosteniendo con la otra a su caballo, que daba también muestras de pánico.
¡Pam!

La detonación de un rifle sonó por encima del ruido de la rápida corriente.

Sin abrir la boca, Bill soltó el remo y se cayó de bruces sobre la balsa inundada por el agua. Ésta quedó coloreada de rojo donde yacía el almadiero, e inmediatamente después la corriente se llevó el cuerpo del desgraciado.

-¡Dios mío! ¡Muerto! -exclamó Jaime, horrorizado.

vio el humo blanco de la pólvora entre los sauces y al punto se abrieron las ramas de éstos, revelando los cuerpos oscuros de varios guerreros indios. Del rifle que sostenía el primero de ellos subía aún una ligera voluta de humo. Con el grito de una pantera, el piel roja saltó desde la orilla sobre la balsa.

-¡Quieto, Jaime! Nos han cogido, y nada podemos hacer -gritó Joe.

-¡Si es aquel indio del fuerte! -dijo Jaime con voz jadeante.

Aquel guerrero era en efecto Silvertip, mas, ¡qué cambiado estaba! No llevaba la manta que tenía en el fuerte, sino que estaba desnudo de medio cuerpo para arriba, llevaba pantalón de piel de gamo, v en su rostro oscuro v endiablado se veía una expresión de salvaje feroz. Pero a pesa de todo, era de pies a cabeza un guerrero y un jefe.

Sacando el hacha miró a Joe con rostro sombrío y mirada fija, pero no vio en los ojos del joven el miedo que había supuesto. Joe le contemplaba con ojos fríos y serenos.

-Rostro pálido robar camisa -dijo con su voz profunda-. Rostro pálido hacer broma... Silvertip no olvidar.

V

Silvertip se volvió a sus bravos y con una orden breve saltó a la playa. Los pieles rojas se precipitaron sobre los hermanos y los llevaron a la orilla, donde los esperaba el jefe indio. Otro piel roja se encargó del caballo.

Cuando éste pudo ser por fin llevado también a la playa, tarea que costó bastantes esfuerzos, el jefe cogió la raíz sinuosa que se veía claramente y la partió con un solo hachazo. La balsa, libre del obstáculo, se precipitó río abajo.

En el agua clara Joe vio muy bien la astuta trampa que había causado la muerte de Bill y la captura de él y de su hermano. Los salvajes habían anclado en el centro del canal un tronco sujeto por la raíz, sumergiéndolo con un peso. Cuando la balsa llegó al tronco hundido, los: indios, ocultos entre los sauces, habían tirado de la improvisada cuerda, deteniendo así la embarcación. El asesinato del almadiero demostró la previsión de aquellos enemigos feroces, porque aun en el caso de salvar la balsa el obstáculo del tronco, y continuar río abajo, los dos hermanos no hubieran podido manejarla. Joe pensó que, al fin y al cabo, no se había equivocado mucho al imaginarse que tras la roca Shawni hubiese un piel roja. Le maravillaba el astuto ardid con que tan rápidamente se habían apoderado de él y de Jaime.

Una vez en la linde del bosque, los indios maniataron a los dos prisioneros con correas. Mientras dos de los indios efectuaban este trabajo, Silvertip se apoyó en un árbol sin prestar atención a los dos hermanos. Luego, uno de los indio habló al jefe y éste echó a andar hacia el Oeste a través del bosque. Los salvajes le siguieron en fila india, con Joe y Jaime en el centro. El último piel roja trató de montar a Lance, pero el noble caballo no lo toleró y, al cabo de algunos esfuerzos, el indio desistió. Mose caminó con desgana detrás del caballo.

Aunque el jefe mantenía su expresión grave, los demás indios mostrábanse alegres por haber podido apoderarse, tan fácilmente de aquellos rostros pálidos, y charlaban incesantemente. Uno de los indios, un gigante que iba inmediatamente detrás de Toe, le empujaba constantemente con el rifle v cuando Joe se volvía, el piel roja le decía sonriendo: «¡Uf! Joe observó que aquel salvaje de ancho, rostro tenía un tono menos bronceado que sus compañeros. Tal vez aquellos golpes se los daba en son de amistad, porque, si bien le

divertían mucho, no permitía a sus compañeros que tocasen a Joe. Sin embargo, Joe se dijes que hubiera preferido que demostrase sus sentimientos amistosos de modo menos rudo.

Aquel indio era también el que llevaba el equipaje de Joe y, al parecer, lo hacía muy a gusto, porque cuando sus compañeros se mostraban curiosos, les echaba atrás como si no quisiera que nadie tocase aquel bulto.

-Es un bruto muy alegre -observó Joe, dirigiéndose a su hermano.

-¡Uf! -gruñó el indio gigante, y le dio otro golpe con el rifle.

Joe hizo caso del aviso y no volvió a hablar. Dedicó toda la atención al camino por el cual le llevaban. Era la primera vez que tenía la oportunidad de aprender algo acerca de los indios y de su arte. Se le ocurrió pensar que sus captores no se hubiesen mostrado tan alegres y tan descuidados si no supiesen que no les amenazaba peligro alguno, y concluyó que les llevaban sin prisa a alguna de las aldeas indias.

Se fijó en la esbelta figura del indio que iba delante, en su rápido y ligero paso casi ingrávido y trató de pisar tan suave como él. Sin embargo, descubrió que donde el indio evitaba fácilmente las ramas y los arbustos él, en cambio, no podía avanzar sin romper las ramas con que tropezaba. De vez en cuando Joe se fijaba en la configuración del terreno y estudiaba con gran atención determinadas rocas y árboles para recordar su forma. Quería aprenderse de memoria aquel camino a través de los bosques para que si la fortuna le favorecía y lograba escaparse, pudiese encontrar nuevamente el camino del río.

También le encantaba enormemente el panorama selvático. Aquel bosque hubiese parecido hermoso hasta al más indiferente y Joe estaba muy lejos de serlo. A cada momento sintió más fuerte la sutil influencia que no podía definir. De modo inconsciente trató de analizarla, pero no encontraba la explicación de lo que le fascinaba, como tampoco podía comprender qué era lo que causaba la melancólica quietud del ambiente. Además, se había figurado la selva muy distinta de lo que era aquel bosque, que no era muy denso y carecía de verdaderas espesuras. Mas pronto comprendió por qué sus captores recorrían un bosque tan claro.

El jefe, que al parecer no se desviaba un ápice del camino emprendido, se mantenía, sin embargo, alejado del terreno abrupto, de las espesuras y partes densas. Joe vio a distancia oscuros barrancos, percibió el murmullo de cascadas de agua, vio riscos grises llenos de plantas trepadoras, laderas pinas, cubiertas de matas espesas, pero siempre el jefe indio encontraba un sendero fácil v sin obstáculos.

El sol bajó tras el follaje en el Oeste y las sombras fueron alargándose hasta que todo quedó envuelto en la oscuridad y la noche puso un alto a la marcha.

Los indios escogieron un lugar abrigado junto a un árbol grande, al pie del cual corría un riachuelo; en aquel lugar casi oculto se veían los restos de una fogata. Al parecer, los indios habían descansado en aquel sitio aquel mismo día, porque aún se veían rescoldos del fuego. Mientras uno de los pieles rojas reanimaba el fuego, otro bajó de una rama alta un gran trozo de carne de venado. Pronto surgieron las llamas de entre las ascuas, se echó más leña y, a poco, una alegre fogata despejaba en amplio círculo las tinieblas del bosque y revelaba las figuras de los guerreros indios.

Era aquél un cuadro que Joe había visto muchas veces de niño en sus sueños, pero ahora que él mismo formaba parte de la escena, no le impresionaba lo desesperado de la situación, ni la hostilidad del jefe en cuya enemistad había incurrido. Casi se alegraba de la ocasión de poder contemplar y escuchar a los pieles rojas. A él le habían alejado de su hermano y le parecía que sus captores trataban a Jaime con un desprecio que no le mostraban a él. Sin duda alguna, Silvertip había informado a sus bravos de que Jaime estaba en aquellos parajes en su camino para enseñar a los indios la religión de los hombres blancos.

Jaime estaba sentado con la cabeza baja y expresión triste; sin duda le descorazonaba la situación, que se le antojaba trágica. Después de comer la lonja de venado que le dieron, se tumbó de espaldas al fuego.

Silvertip revelaba en aquel ambiente su verdadero carácter. En la colonia de, los blancos había aparentado sentimientos amistosos, pero en aquel campamento era el salvaje inexorable, hijo de las selvas y libre como el águila. Su dignidad de jefe le mantenía alejado de los suyos. No había tomado interés alguno en sus prisioneros desde la captura. Permanecía silencioso, mirando el fuego fijamente con los ojos sombríos. Por fin miró primero al indio gigante y luego a los prisioneros. Después pronunció una sola palabra y se echó sobre las hojas.

Joe advirtió en los otros rostros oscuros la misma inmutable expresión que había visto en Silvertip y le llamó poderosamente la atención. Cuando hablaban con sus voces suaves y guturales o se echaban a reír levemente o miraban fijamente al fuego, sus rostros siempre seguían con la misma expresión, inescrutable como las profundidades del bosque ahora oculto en la noche. Además, se dio perfecta cuenta de que aquellos salvajes eran fieros e indomables y lo lamentaba por su hermano, porque se figuraba que sería tan fácil enseñar docilidad a una pantera como la religión cristiana a aquellos salvajes pieles rojas.

Los indios manifestaban gran alegría al ver que su compañero se disponía a abrir el paquete de Joe, y el gigantón tuvo que echarles constantemente atrás, para que no le molestasen en la operación.

Por fin quedó abierto el paquete, que contenía alguna ropa, un par de botas, una pipa y un paquete de tabaco. El indio, que se había apoderado del paquete desde el primer momento, manifestó satisfacción al ver la pipa y el tabaco y tiró las demás cosas a sus compañeros. Éstos forcejearon entre sí y se apoderaron de lo que pudieron. Uno de ellos logró hacerse con las botas y se quitó inmediatamente los mocasines para ponerse el calzado del blanco. Empezó a caminar, orgulloso, en derredor del campamento, pero pronto mostró su disgusto.

El cuero de las botas no es tan suave como la piel de gamo de los mocasines y aquel calzado extraño estaba haciendo daño al piel roja. Se sentó y se quitó una bota, no sin dificultad, porque el calzado estaba húmedo, pero no se pudo quitar la otra. Tras vacilar un momento y viendo la burla de sus compañeros, levanto el pie calzado y se lo aproximó al indio más cercano. Este era el gigantón, que, al parecer, era humorista. Cogió la bota con ambas manos y haciendo ver que quería sacarla arrastró a su compañero alrededor de la fogata. Sin embargo, la diversión no había de ser tan sólo unilateral, porque cuando más entusiasmado estaba, la boté cedió de pronto. No habiendo previsto aquel caso, el gigantón perdió el equilibrio y dio con su cuerpo en el suelo; un poco más y se hubiese caído en el arroyo. Sin embargo, no soltó la bota y cuando se puso en pie, la tiró al fuego.

Después los indios se calmaron v se tumbaron a dormir, dejando al gigantón haciendo la guardia. Al ver que Joe le miraba viéndole fumar en la pipa nueva, el indio, con gran sorpresa del joven, empezó a hablar en inglés, si bien lo hacía con dificultad.

-Rostro pálido... tabaco... mucho bueno.

Luego, viendo que Joe no hacía nada por imitar a su hermano, que estaba profundamente dormido, señaló a los indios tumbados. y volvió a hablar.

-¡Uf! Rostro blanco dormir... Tiendas indias cerca sol poniente.

A la mañana siguiente, Joe se despertó por el dolor que sentía en las piernas, que había tenido atadas toda la noche. Se alegró cuando le cortaron las ligaduras y el jefe indio empezó de nuevo la marcha hacia el Oeste.

Los indios, aunque más quietos, mostraban la misma indiferencia que el día anterior; no tenían prisa, ni adoptaban ninguna precaución especial; sólo escogían la parte menos densa del bosque. Hasta se detuvieron un momento cuando uno de ellos percibió una manada

de ciarnos. Cerca del mediodía, el jefe se detuvo junto a un manantial para beber; los demás indios le imitaron y permitieron también que los prisioneros saciasen la sed.

Cuando iban a emprender de nuevo el camino, el grito suelto de un pájaro lejano sonó claro en el ambiente quieto. Joe no hubiera prestado atención a aquel sonido si no hubiese estado tan atento a los movimientos de Silvertip. Así vio que éste se puso de pronto rígido y escuchó con gran atención. Los demás indios también se pusieron alerta, atentos al menor ruido. De pronto, sobre el suave murmullo del agua se elevó de nuevo aquella nota musical. Joe se dijo que era el grito de algún pájaro, y sin embargo, a juzgar por la actitud de los indios, debía detener otro significado. El joven se volvió como si esperase ver en alguna parte el pájaro que tan repentino cambio había operado con su grito en sus cantores. Al hacerlo oyó muy cerca, pero más potente, la misma nota. Era la respuesta a la señal y la había dado Silvertip.

Joe pensó rápidamente que en el bosque debía de haber otros salvajes que habían descubierto las huellas de los shawnis y comunicaban con ellos por medio de aquellas señales. Así era, en efecto, porque pronto surgieron de la espesura figuras oscuras que iban acercándose y, por fin, penetraron en el calvero donde estaba Silvertip con sus guerreros.

Joe contó hasta doce y advirtió que eran distintos a los shawnis. Sólo tuvo tiempo de darse cuenta de que la diferencia consistía en el tocado del cabello y en el color y la cantidad de pintura sobre el cuerpo, cuando le llamó la atención el primero de los que acababan de llegar.

Tratábase de un indio muy alto, de porte majestuoso, a todas luces un jefe, hacia el cual Silvertip avanzaba con muestras de respeto. En la elevada estatura de aquel indio, en su rostro de color bronceado de líneas fuertes y hermosas, se veían todas las características de un rey. En sus ojos profundos de mirada aguileña, en todos los rasgos de su rostro altivo percibíase la elevada inteligencia, el poder y la autoridad de un gran jefe.

La segunda figura era también notable, a causa del contraste que formaba con la del jefe. A pesar de los adornos alegres, a pesar de la pintura, del pantalón de piel de gamo y los demás detalles de la indumentaria india, en todas partes se le hubiese reconocido como hombre blanco. Su piel estaba tostada por el sol y tenía un color bronce oscuro, pero carecía del débil tinte rojo que caracteriza al indio. Además, aquel blanco tenía una extraña fisonomía. La frente era estrecha y aplastada, reveladora de instintos animales, los ojos estaban muy juntos, eran de color amarillento pardo y vibraban inquietos como aguja de compás; la nariz era larga y ganchuda, y la boca, de labios delgados. Había en el aspecto del hombre una extraordinaria combinación de ignorancia, vanidad, astucia y ferocidad.

Mientras los jefes conversaban brevemente, aquel blanco vestido de piel roja se dirigió a Jaime y Joe.

-¿Quién sois y adónde vais? -preguntó con voz gruñona.

Y Jaime le contestó

-Me llamo Downs. Soy predicador y estaba en mi camino hacia la misión morava. Veo que no es usted un indio. ¿Nos ayudará usted?

Jaime esperaba que lo que acababa de decir sería agradable a aquel hombre, pero se equivocó por completo.

-Conque tú eres uno de ellos, ¿eh? Pues bien, haré algo por ti cuando regresemos al pueblo. Te sacaré el corazón y se lo daré a trocitos a los buitres -dijo con fiereza, dándole al mismo tiempo un terrible puñetazo en la cabeza.

Joe se quedó mortalmente pálido al ver la cobarde acción y sus ojos, al cruzarse con los del rufián, se contrajeron con su característico brillo acerado.

-¿Tú no eres predicador? -preguntó el hombre al ver en la mirada de Joe algo que no había visto en la de Jaime.

Joe no le contestó, pero tampoco desvió la mirada.

-¿Me has visto antes? ¿Has oído hablar de Jim Girty? -preguntó el rufián, muy ufano.

-Antes de que hablases sabía que eras Girty -contestó Joe con calmosa voz.

-¿Cómo lo sabes? ¿No tienes miedo?

-¿Miedo? ¿De qué?

-De mí, de mí. De Jim Girty. Joe se echó a reír.

-Yo haré que te acuerdes de mí -gruñó Girty-. ¿Cómo me has conocido?

-Porque me figuraba que en estos bosques sólo podía haber un hombre blanco suficientemente cobarde para pegar a un hombre que tiene las manos atadas.

-Yo te enseñaré a morderte la lengua -exclamó Girty alzando la mano, pero sin poder hacer lo que se proponía.

El indio que tenía la orden de vigilar a Joe, le había cortado un par de horas antes las ligaduras de la mano y lo sostenía sólo por el cabo atado a la muñeca izquierda. Así el joven podía mover el brazo derecho y aunque lo tenía hinchado, lo movió con la velocidad del rayo.

Cuando el renegado alargó la mano, Joe la apartó con un golpe v en vez de pegar, cogió entre los dedos la nariz ganchuda y la apretó con todas sus fuerzas. Girty empezó a renegar fuertemente forcejeando al mismo tiempo, pero sin poder librarse de aquellas garras. Sacó el hacha del cinturón v dando un grito de dolor quiso abrir la cabeza a Joe. Sin embargo, erró el golpe, porque Silvertip intervino a tiempo, apartando el brazo; así Joe recibió una herida dolorosa, pero de escasa importancia.

La nariz del renegado estaba despellejada y sangraba profusamente. Girty estaba frenético de dolor y de furia, y trataba de echarse encima de Joe, pero Silvertip se interpuso entre su cautivo y Girty, hasta que algunos de los indios llevaron al rufián al bosque, donde el otro jefe había desaparecido.

Aquel incidente de la nariz aumentó la alegría de los shawnis, porque, al parecer, les complació el dolor del renegado. Charlaban muy animadamente entre sí y hacían señales de aprobación a Joe hasta que una exclamación breve de Silvertip produjo un cambio repentino.

Joe no pudo comprender bien las palabras, pero le sonaban a francés. La absurda idea de que un piel roja hablase aquel idioma le hizo sonreír. De todos modos, el significado de aquellas palabras debió de ser advertencia de alguna amenaza, porque los indios se quedaron de pronto muy graves, recogieron sus armas y miraron a todas partes con gran atención. El indio gigante volvió a maniatar a Joe y luego todos se acercaron al jefe.

-¿Has oído lo que ha dicho Silvertip y el efecto que han causado sus palabras?- preguntó Jaime en voz baja, aprovechando el momento.

-Sonaba a francés, pero, naturalmente, no puede ser -contestó Joe.

-Pues francés era. Lo he oído muy bien. Ha dicho Le Vent de la Mort.

- ¡Caramba! ¿Y qué es? -preguntó Joe.

-Significa el viento de la muerte.

-Muy bien, eso lo entiendo; pero, ¿qué significación puede tener? ¿Lo entiendes tú?

-No; debe de ser algún presagio para esta gente.

Después de la rápida consulta entre los pieles rojas, Silvertip ató el caballo y el perro de Joe a los árboles y empezó de nuevo la marcha. Pero esta vez evitó los espacios claros del bosque, prefiriendo la espesura y los caminos impracticables. Durante largo tiempo avanzó por el cauce del arroyo y siempre allí donde era difícil dejar huellas. Nadie hablaba. Cada vez que uno de los hermanos promovía ruido al andar por el agua o tropezaba con alguna piedra, el indio que iba detrás le daba con el mango del hacha en la cabeza.

En ciertos sitios y a una indicación de Silvertip, el indio que iba delante de los cautivos se volvía v les señalaba dónde habían de pisar, porque querían a todo trance ocultar la pista. Silvertip los llevó por sitios pedregosos, volvió a caminar por el agua y, cuando era preciso cruzar un terreno blando, avanzaba con gran cuidado. A veces se detenía y se quedaba inmóvil durante largos segundos.

Esta vigilancia continuó durante toda la tarde. Desapareció el sol, el crepúsculo primero y luego, la noche negra envolvió el bosque. Los indios se detuvieron, pero sin encender ninguna fogata. Se quedaron sentados muy juntos en un lugar pedregoso, silenciosos y alertas.

Joe no sabía qué pensar de aquel comportamiento. ¿Era que los indios temían ser perseguidos? ¿Qué había dicho aquel jefe indio a Silvertip? A Joe le pareció que sus captores obraban como si creyeran que sus enemigos estaban en todas partes. Aunque ocultaban sus huellas, no era al parecer sólo el temor a la persecución lo que les hacía proceder con tanta cautela.

Estando echado como estaba sobre el duro suelo, agotado por la larga y fatigosa marcha y sufriendo el dolor de la herida, perdió un poco el valor y se estremeció de miedo. La quietud de las tinieblas del bosque, aquellos salvajes amenazados por un enemigo invisible en su propia región selvática y aquella extraña frase francesa, que no podía apartar de la mente, tuvieron el efecto de conjurar sombras gigantescas en la fantasía del joven. En toda su vida, hasta aquel momento, jamás había temido a nada ni a nadie, y ahora tenía miedo de la oscuridad. Aquellos árboles de formas fantásticas y el susurro del suave viento le hacía ver por todas partes al misterioso enemigo, el Viento de la Muerte.

Mas por fin se quedó dormido. A los primeros albores de la mañana, los indios reanudaron la marcha hacia el Oeste, sin descansar durante todo el día. Por la noche se detuvieron para comer y dormir; esta vez montó la guardia el mismo Silvertip y otro indio.

Un poco antes del alba, Joe se despertó de pronto; la noche era oscura, pero se veía un poco más que cuando se quedó dormido. Una luna pálida iluminaba la escena débilmente por entre las nubes. No se advertía ningún movimiento en el aire. Reinaba completo silencio.

Joe vio al indio de centinela apoyado en el árbol, dormido. Silvertip había desaparecido. El cautivo levantó la cabeza para buscar al jefe. Sólo quedaban cuatro indios. Tres que dormían v el centinela, también dormido.

Cerca de él vio algo que brillaba y al fijarse más vio que era la hermosa pluma blanca que Silvertip había llevado en el cabello. Joe hizo un movimiento ligerísimo que despertó al centinela. El piel roja no se movió en absoluto, pero sus ojos lo abarcaron todo. También él se dio cuenta de la ausencia del jefe.

En aquel momento, de las profundidades del bosque sumió un suspiro, como el gemido del viento de la noche. Iba aumentando gradualmente de fuerza y luego se apagó dejando, al parecer, un silencio más profundo.

Joe se estremeció; fascinado, contempló al centinela: El indio tenía la boca abierta y los ojos salidos, mirando como alocado. Lentamente se irguió y estuvo esperando, escuchando. La mano oscura que sostenía el hacha temblaba y en el acero se reflejó la luna.

De muy lejos del bosque surgió de nuevo el suave gemido que iba aumentando en potencia hasta terminar en quejido como el de un alma perdida.

El efecto que causó aquel profundo silencio fue terrible. A Joe le pareció que se le helaba la sangre en las venas. La frente se le inundó de sudor frío, y en el corazón sintió un dolor como la presión de una garra. Trató de convencerse de que el miedo que revelaba el salvaje sólo era debido a la superstición, y que el gemido era causado por el viento, pero no logró calmarse.

El centinela, tras aquel extraño grito, se quedó un momento como paralizado y luego, como un relámpago, desapareció en las tinieblas sin hacer ruido. Había huído sin despertar a sus compañeros.

De nuevo surgió el gemido y se elevó con nota triste en el silencio de la noche; pero esta vez estaba más cerca.

-El Viento de la Muerte -murmuró Joe.

El joven no pudo resistir la impresión. Las fuerzas le abandonaron y perdió el conocimiento.

VI

Una tarde, algunos días antes de la captura de los dos hermanos, un cazador solitario se detuvo ante una cabaña abandonada que se hallaba a orillas de un río, a cincuenta millas tierra adentro desde el Ohio. La noche se venía rápidamente encima, caía una lluvia fina y densa y el viento que se levantaba era presagio de una noche tempestuosa.

Aunque el cazador parecía familiarizado con aquella cabaña, se movía con gran cautela y vacilaba como si no estuviese seguro de si le convenía confiarse al abrigo de aquella choza solitaria o permanecer toda la noche a la intemperie, debajo de los árboles. Tocándose el cuerpo, vio que estaba ya calado y esto sin duda le decidió en favor de la cabaña, porque, inclinándose, penetró en ella. Dentro, la oscuridad era completa, pero conociendo la habitación por otras visitas, la falta de luz no le molestó. Rápidamente encontró la escalera que llevaba al desván, subió por ella y se echó a dormir.

Durante la noche le despertó un ruido. Al principio no percibió más que el de la lluvia, pero después oyó el murmullo de varias voces, seguido de las suaves pisadas de pies calzados con mocasines. El cazador sabía que a cosa de diez millas había una aldea india y se figuraba que algunos guerreros retrasados habrían buscado refugio en la cabaña.

El cazador se quedó totalmente quieto, esperando los acontecimientos. Si los indios tenían pedernal y acero encenderían luz, y era inevitable que descubriesen su presencia. Con gran atención escuchó lo que hablaban y comprendió por su idioma que eran delawares.

Poco después percibió en efecto el ruido del pedernal y a poco, por las rendijas del techo entró la luz que habían encendido abajo. El cazador aplicó el ojo a una de las rendijas y contó once indios, todos jóvenes, excepto el jefe. Habían estado de caza y llevaban carne de ciervo y de bisonte, junto con varios paquetes de cueros. Algunos estaban ocupados en secar las armas; otros se habían sentado sin hacer nada, revelando claramente el cansancio. Dos estaban ocupados con la fogata. Las hojas y las ramas húmedas ardían con poca llama, pero había luz suficiente para que el cazador temiese que le pudiesen descubrir. Creía que Poco tenía que temer de los jóvenes, pero le daba mucho que pensar el jefe.

Y no se equivocó. A poco, aquel jefe de ojos de halcón vio u oyó una gota de agua que cayó del desván. Era del traje calado del cazador. Casi todo el mundo, excepto un indio astuto, se imaginaría que aquella gota era causada por la lluvia sobre el techo. La mirada del jefe indio recorrió con expresión de recelo el interior de la cabaña. Examinó el suelo húmedo, donde no podía descubrir nada, porque las huellas del cazador habían sido pisadas por las suyas. Aquello parecía desvanecer las sospechas del indio.

Pero lo cierto era que aquel jefe, con la sagacidad maravillosa de los indios, había observado cosas que totalmente habían escapado a los ojos de los jóvenes y, como zorro viejo, esperaba cuál de los cachorros se mostraría más inteligente.

Sin embargo, ninguno de ellos advirtió nada anormal. Se sentaron en derredor del fuego, comieron la carne y las tortas de trigo, y charlaron volublemente.

El jefe se levantó, se dirigió a la escalera y pasó la mano por uno de los travesaños.

-¡Uf! -exclamó.

Al instante se vio rodeado por diez anhelantes bravos. El jefe les mostró la mano, que se hallaba manchada de barro húmedo, como el del suelo. Al mismo tiempo de exclamar sorprendidos, los indios cogieron sus armas. Sabían que encima de ellos había un enemigo.

Era forzoso que se tratase de un rostro pálido, porque si hubiese sido un indio, habría bajado en seguida.

El cazador, viéndose descubierto, obró con el juicio infalible y la rapidez del que estaba familiarizado con situaciones peligrosas. Sacó el hacha, se acercó sin ruido a la abertura del techo y saltó en medio de los asombrados indios. Levantándose del suelo como pelota de goma al rebotar, su largo brazo con la brillante hacha giró vertiginosamente en torno suyo y los jóvenes indios se apartaron como corderos asustados.

Después el cazador se dirigió a la puerta, y afinque parezca increíble, sus movimientos eran tan rápidos, que hubiese logrado escapar sin un rasguño de no haber intervenido una circunstancia que no podía prever. El suelo de la choza era fangoso y resbaladizo y, apenas había empezado a correr, resbaló y cayó cuan largo era.

Con fuertes gritos de victoria, la banda se le echó encima. Hubo un formidable forcejeo, se oyó un terrible grito de angustia y luego roncas voces de mando. Tres de los indios se dirigieron al equipaje, del que sacaron correas. Tan fuerte y poderoso era el cazador, que fueron necesarios los esfuerzos unidos de seis pieles rojas para sostenerlo, mientras los otros le ataban pies y manos. Luego, lo dejaron en un rincón de la cabaña, con exclamaciones de satisfacción.

Dos de los indios habían salido heridos de la lucha breve, uno de ellos tenía el hombro dislocado y el otro, un brazo roto; tal fue la fuerza que el cazador desplegó en aquel breve instante de lucha.

Los indios registraron el desván y no encontraron más enemigos. La agitación se calmó y los pieles rojas se dispusieron a pasar la noche en la choza. Los heridos soportaron el daño con su estoicismo característico; aunque no durmieron, los dos guardaron silencio y no se les escapó un solo suspiro.

El viento cambió durante la noche, el temporal amainó y cuando se hizo de día, el cielo estaba sin nubes. Los primeros rayos del sol penetraron por la puerta abierta iluminando el interior de la cabaña.

Un indio soñoliento que había hecho de centinela' bostezó y se desperezó. Al mirar hacia el prisionero, lo vio sentado en un rincón. Tenía el brazo libre y el otro a punto de librarse también. Un momento más y hubiera podido huir.

-¡Uf! -exclamó el joven indio, y, despertando al jefe, señaló al cazador.

El jefe miró al prisionero y al verlo casi libre se levantó de un salto con el hacha en la mano. Pronunció un grito breve y estridente v al oírlo, todos los indios se levantaron dispuestos a luchar con quienquiera que fuese, porque la llamada del jefe había sido el alarido guerrero de los delawares.

El jefe manifestó toda la intensa emoción que buenamente podía revelar un jefe indio de gran experiencia. Señalando al cazador, dijo una sola palabra.

Al mediodía, los indios entraron en los campos de trigo que rodeaban los alrededores de la aldea delaware.

-Col... lu... col... lu... col... lu...

La larga señal que avisaba el regreso de la partida con importantes noticias resonó en el quieto valle v, apenas se había apagado el eco, cuando ya desde la aldea contestaron con otros gritos.

Traspuestos los campos de trigo, el cazador vio por encima de los hombros de sus captores el hogar de los pieles rojas. La aldea india estaba situada en un llano de suave inclinación, entre el monte boscoso y un río serpenteante, y formaba un panorama pintoresco con sus hermosos castaños, las chozas y tiendas bien alineadas y las mantas de muchos colores que se veían por todas partes.

Al grito de los indios, la plácida escena de la aldea se trocó en una gran agitación, porque empezaron a acudir los niños, las muchachas y los guerreros, saliendo los peleteros franceses y los renegados.

El cazador, al bajar el sendero hacia la multitud, presentábase sereno e impávido. Cuando los indios de la aldea le rodearon, resonó un alarido furioso y prolongado, seguido de extraordinarias demostraciones de alegría. Las exclamaciones de los jóvenes, los chillidos de las muchachas y de las mujeres y el grito gutural de los guerreros mezcláronse en terrible discordancia.

Muchas veces el cazador había oído el nombre que le daban los pieles rojas; ya en otra ocasión había estado en el mismo sitio en calidad de prisionero y había sufrido las terribles torturas frente a la tienda a la que sus raptores ahora le llevaban. Conocía a Wingenund, el cacique de los delawares. Desde hacía cinco años, cuando Wingenund le sometió a aquellas torturas, los dos eran terribles enemigos.

Aunque el cazador oía los roncos gritos y veía las fieras miradas de odio y los ataques de ira, tan extraños en la naturaleza de los indios, aunque comprendió su fiero éxtasis y la inutilidad de esperar piedad, sin embargo, no-se inmutó lo más mínimo.

-¡Atelang! ¡Atelang! Atelang! -fue el nombre extraño que los indios pronunciaron sin cesar.

Los peleteros franceses corrían también en la procesión como verdaderos salvajes, con plumas en el cabello, el rostro y el cuerpo pintados, revelando la misma agitación que los pieles rojas al exclamar en su lengua nativa.

-¡Le Vent de la Mort! ¡Le Vent de la Mort! ¡Le Vent de la Mort!

El cazador vio la alta figura del cacique frente a los notables del pueblo. A todos los conocía muy bien. Allí estaba el astuto Pipa y su camarada salvaje Half King; allí estaba Shingiss, que llevaba en la frente una cicatriz, la señal de una bala del cazador; allí estaban Kotoxen, el Lince, y Miseppa, la Fuente, y Winstonah, Nube de Guerra, jefes todos de gran renombre. Completaban el círculo tres renegados, y estos tres traidores representaban una fuerza que en el espacio de diez años dejó huellas sangrientas de su maldad en la frontera. Eran, Simón Girty, el llamado indio blanco, con su rostro autoritario; Elliot, el realista traidor que desertó del Fuerte Pitt, un hombre pequeño, delgado, con apariencia de araña, y, por fin, el demonio de la frontera, Jira Girty,

La procesión se detuvo frente a aquel grupo y dos pieles rojas obligaron al cazador a avanzar algunos pasos más. El rostro de Simón Girty revelaba satisfacción; Elliot movía los ojos inquietos, expresando alegría, y la cara repulsiva de Jim Girty se contorcía en éxtasis de gozo. Aquellos renegados habían temido al cazador más que a ninguna otra persona del mundo.

Wingenund, con ademán majestuoso, impuso silencio a los alaridos de los salvajes y se colocó frente al cautivo. Los enemigos mortales hallábanse de nuevo cara a cara. La alta figura y la oscura cabeza del cacique desprovista de plumas sobresalía sobre los demás pieles rojas, pero no tenía necesidad de bajar la mirada para mirarle al cazador a los ojos.

Realmente el cazador merecía el respeto que revelaba la mirada del cacique. Como roble, fuerte y erguido, miró a su eterno antagonista. Sus anchos hombros, el cuello de toro, el pecho alto, los contornos nudosos de sus brazos, todo en él revelaba su maravillosa fuerza muscular.

Esta fuerza expresada en el cuerpo se intensificaba en sus facciones. Tenía el rostro blanco y la mandíbula saliente, que le daba expresión de indomable energía; los ojos de azabache brillaban con destellos casi sobrehumanos, y su cabello, más negro que ala de cuervo, le llegaba más abajo de los hombros.

Wingenund estuvo contemplando largo rato a su enemigo y luego, elevándose por encima de la multitud v resonando en el valle, se oyó su voz sonora:

-"Viento de la Muerte" morirá al alba.

El cazador fue atado a un árbol v dejado allí para que todo el mundo pudiese contemplarlo. Los niños pasaban temerosos, los jóvenes indios miraban largamente al gran

enemigo de su raza, los guerreros pasaban en silencio. Quedaron suprimidas todas las múltiples y variadas torturas de los pieles rojas en espera de la llegada del nuevo día, la hora en que aquel odiado Cuchillo Largo había de morir.

Tan sólo una persona se atrevió a insultar al cautivo, un hombre de su propia raza. Jim Girty se plantó delante de él, en los ojos una mirada de víbora, en los labios un rictus de desprecio, exhalando la peste del aguardiente pésimo que vendían los peleteros.

-Pronto serás comida de los buitres - exclamó con voz ronca. Tantas veces había sembrado los llanos con carne humana para las aves de carroña, que la idea le fascinaba hondamente-. ¿Has oído, cazador de cabelleras? Serás devorado por los buitres. -Y le escupió al rostro -. ¿Has oído? - repitió.

El cazador no le contestó más que con el brillo de sus ojos, pero el renegado no podía comprenderlo, porque no se atrevió a sostener aquella mirada llameante. Por nada del mundo se hubiese enfrentado con aquel hombre, de hallarse en libertad. Aun así, atado y todo, Girty sintió un estremecimiento y durante un instante le embargó un miedo misterioso que le paralizaba, como si fuese un presagio de lo que sería la venganza de aquel cazador. Sin embargo, pronto dominó el miedo cerval. El cazador nada podría hacer, porque pronto moriría. De nuevo le miró con insana alegría, escupiéndole por segunda vez el rostro.

Su impetuosidad le llevó demasiado lejos. El cazador estaba atado de manos y cuerpo al árbol, pero tenía libres los pies. De pronto alzó una de sus piernas poderosas y dio a Girty un tremendo puntapié en la boca del estómago. El renegado cayó como un árbol herido por el rayo. Varios indios jóvenes se lo llevaron, con los brazos colgantes y el rostro contraído de dolor y de angustia.

Las muchachas de la tribu, en cambio, mostraron por el prisionero un interés que tenía algo de velada simpatía. Las muchachas indias siempre sentíanse fascinadas ante los hombres blancos. Las oscuras páginas de la historia del Oeste registran muchos hechos de bondad, de amor v de heroísmo por parte de las muchachas indias, en favor de los prisioneros blancos.

Aquellas jóvenes pasaron junto al cazador, desviando la mirada cuando estaban cerca de él y las podía ver, pero mirándole de reojo, para contemplar furtivamente aquel rostro impresionante. Una de ellas atrajo, sobre todo, la atención del cazador.

Ello era debido a que cuando la muchacha se acercó con sus compañeras, no desvió la mirada como las demás, sino que le miró con sus dulces ojos oscuros. Era una muchacha joven de delicada belleza. Su traje, exquisitamente adornado, revelaba su alcurnia: era la hija de Wingenund. El cazador la había visto cuando era una niña y ahora la reconocía. Sabía que la belleza de Aola, «Murmullo de la Brisa entre las Hojas", era cantada desde el Ohio hasta los Grandes Lagos.

Aola pasó muchas veces por su lado aquella tarde. A la puesta del sol, cuando los indios lo desataron del árbol y se lo llevaron, volvió a ver la intensa mirada de sus adorables ojos.

Aquella noche, estando echado, fuertemente atado, en un rincón de una tienda y durante el lento transcurrir de las horas, el cazador forcejeó con las fuertes ligaduras e hizo varios proyectos por salvarse. No estaba en él desesperarse jamás; mientras tuviese vida, lucharía. De cuando en cuando, puso en tensión los músculos, tratando de aflojar la presión de las húmedas correas.

Transcurrieron lentamente las horas de la noche, sin percibirse más ruido que el lejano ladrido de un perro y el paso monótono del centinela ante la cabaña. Por fin despejáronse un poco las tinieblas: el alba estaba próxima y con ella la hora fatal.

De pronto, su oído supersensible percibió un ruido levísimo, que llegaba desde la parte posterior de la tienda. Era un ruido semejante al que produce el cuchillo cuando se hunde en un material suave.

Alguien estaba rasgando la pared de la tienda.

El cazador rodó silenciosamente hasta alcanzar las pieles que formaban la pared. A la vaga luz grisácea vio una ancha hoja moverse por la abertura practicada en la pared. Luego apareció el cuchillo entero: una mano pequeña y morena lo tenía agarrado por el puño. Al punto apareció otra mano, tentando la pared y el suelo.

El cazador volvió a rodar y se colocó con la espalda contra la pared y las muñecas frente a la abertura. Entonces sintió la manecita sobre el brazo v luego sobre las muñecas. El contacto del frío acero le llenó de alegría. La presión de sus ligaduras se aflojó y, por fin, sus brazos quedaron libres. En seguida se volvió y halló el cuchillo de larga hoja en el suelo. Las manecitas habían desaparecido.

En un abrir y cerrar de ojos el cazador se levantó, libre, armado, desesperado. Un segundo después, un guerrero indio se retorcía en el suelo en la agonía, mientras una figura desaparecía rápidamente en la niebla del amanecer.

VII

Joe advirtió que el pesado letargo se alejaba de él como si le quitasen una manta; se le despejó la mirada y vio los árboles y la oscuridad del bosque; lentamente se dio cuenta de su situación.

Era prisionero, yacía, sin poder moverse, entre sus captores, que dormían. Silvertip y el centinela habían huído atemorizados por el gemido terrorífico que, según ellos, sonaba a la hora de la muerte. Y Joe creyó que, de haber estado libre también, hubiese huído. ¿Qué era lo que podía haber causado aquel sonido? Al recordarlo, luchó contra los escalofríos que le acometían de nuevo. Estaba despierto, tenía la mente despejada y no quería volver a perder el conocimiento. Se dijo que no podía haber nada sobrenatural en aquel gemido que había surgido de las profundidades del bosque.

Sin embargo, a pesar de todo, no podía dominar el pánico. Aquel grito emocionante le obsesionaba. La huída de un centinela indio y de un jefe astuto, de gran experiencia, no podía tomarse a la ligera. Aquellos salvajes estaban familiarizados con las selvas desde la infancia; se hallaban acostumbrados a conocer los peligros y a luchar siempre; por lo tanto, no era posible que huyesen sin excelentes razones.

Joe se dio cuenta de que algo se movía debajo de aquellos árboles oscuros. No tenía idea de lo que podía ser. Podía tratarse lo mismo del viento de la noche que de algún animal de rapiña o de un salvaje, enemigo de aquellos indios y acaso más salvaje que ellos. El gorjeo de un pájaro interrumpió la quietud. La noche cedía a la mañana. Alegrándose de la luz que iba a despejar las tinieblas, Joe alzó la cabeza con un gran suspiro de alivio. Al hacerlo vio que las ramas de un arbusto se movían y, luego, que una sombra se hundía en el suelo. Había visto un objeto más claro que los árboles, más oscuro que el fondo gris. De nuevo se sintió emocionado por la extraña sensación de la proximidad de algún ser sobrenatural.

Transcurrieron largos segundos, que se le antojaron horas. vio que el alto helecho tembló ligeramente. Tal vez lo había movido una liebre o una culebra. Moviéronse otros helechos, tal vez al impulso de una suave brisa. No, aquella línea de helechos no se movía, se dirigía sobre él; no podía ser el viento; señalaban el curso de algo que avanzaba silenciosamente, acaso una pantera.

Joe abrió la boca para despertar a sus captores, pero no pudo articular palabra; le pareció como si el corazón se le hubiese paralizado. A veinte pies, abriéronse los helechos, revelando un rostro blanco, brillante, con ojos de fuego. Lentamente surgió la figura de un hombre muy alto y de poderoso porte. Con increíble ligereza y silencio avanzó y se inclinó sobre los indios durmientes. Una, dos, tres veces brilló el acero. Uno de los indios se

estremeció, otro dio un pequeño sollozo y el tercero movió dos dedos... Así pasaron de la vida a la muerte.

-¡Wetzel! -exclamó Joe.

-En persona -repuso el libertador con voz serena y profunda, y al ver que Joe tenía sangre en la cabeza le preguntó-: ¿Podrá levantarse?

-No estoy herido-le contestó el joven poniéndose en pie cuando el cazador le hubo cortado las ligaduras. -Son hermanos, ¿verdad?-preguntó Wetzel al inclinarse sobre Jaime.

-Sí, somos hermanos. ¡Despiértate, Jaime! ¡Estamos salvados!

-¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué pasa? -exclamó Jaime incorporándose y mirando a Wetzel.

-Jaime, este hombre nos ha salvado. Fíjate, Jaime, los indios están muertos. Nuestro salvador es Wetzel. Como recordarás, Jeff Lynn me dijo que yo lo conocería si le viese, y...

-¿Qué le ha pasado a Jeff ?-le interrumpió Wetzel.

-Lynn estaba en la primera balsa, y suponemos que debe de haber llegado sano y salvo al Fuerte Henry. A nosotros nos mataron el almadiero y nos cogieron prisioneros.

-¿Es que el shawni tiene algo contra usted, muchacho?

-Me parece que sí. Le gasté una broma. Le cogí la camisa y se la puse a otro.

-Para el caso, lo mismo hubiera sido darle un puntapié. Le ofendió usted gravemente. Y contra usted, ¿qué tiene?

-No sé - respondió Jaime -. Tal vez no le gustó mi manera de hablar. Soy predicador y he venido al Oeste para enseñar el Evangelio a los indios.

-Éstos de aquí ahora son buenos indios-dijo Wetzel, señalando a los tres muertos.

-¿Cómo nos ha descubierto usted? - preguntó Joe con avidez.

-Hace dos días crucé sus huellas.

-¿Y nos ha seguido?

El cazador asintió.

-¿Ha visto usted a otra banda de indios? Entre ellos había un jefe alto y Jim Girty.

-Me han estado persiguiendo durante algunos días. Yo les seguí a ustedes, cuando Silvertip habló con Girty y los delawares. El gran jefe era Wingenund. Yo le vi a usted cuando apretó la nariz a ese Girty. Cuando los delawares se marcharon, solté el perro y el caballo, y continué siguiendo la pista.

- ¿Dónde estarán los delawares ahora?

-Supongo que siguiéndome la pista. Hemos de marcharnos en seguida. Silvertip volverá pronto con refuerzos.

Joe quiso preguntar al cazador acerca del gemido que había asustado a los pieles rojas, pero, a pesar de su curiosidad, se dominó.

-Girty por poco le mata - observó Wetzel examinando la herida de Joe -. Está de un humor de mil diablos. Hace pocos días le dieron un solemne puntapié y ahora usted le ha desollado la nariz. Alguien sufrirá las consecuencias... Bueno, muchachos, cojan sus rifles y vámonos al fuerte.

Joe se estremeció al inclinarse sobre uno de los indios para quitarle la bolsa de pólvora y las balas. Nunca había visto a un indio muerto v aquellas facciones inanimadas y los ojos en blanco le daban miedo. Volvió a estremecerse cuando observó que el cazador quitaba las cabelleras de sus víctimas. Y tembló por tercera vez cuando vio que Wetzel cogía la hermosa pluma blanca de águila de Silvertip, la mojó en un charco de sangre y la clavó en la corteza del árbol. Aquella pluma larga y sangrante era un mensaje de muerte. Había sido el orgullo de Silvertip; ahora era para él un reto y una amenaza.

-¡Síganme! -dijo Wetzel, y echó a andar, adentrándose en el bosque.

Un poco después de salir la aurora, a los dos días de la liberación de los hermanos Downs, el cazador traspuso una espesura de alisos y dijo:

-Allí está el Fuerte Henry.

Los dos jóvenes se hallaban en la cima de una montaña desde la cual el terreno bajaba lentamente, interrumpido por suaves colinas y valles, para terminar en una llanura verde y volver a elevarse abruptamente hacia una cima más alta que el pico en que ellos se hallaban. El ancho Ohio, rutilante a los primeros rayos de sol, se hallaba al pie de aquella montaña.

Sobre el disco que dominaba el río, debajo de la cresta del monte, estaba el fuerte de la frontera, que, a pesar de la distancia, se veía claramente. Tratábase de un edificio bajo rodeado por una empalizada alta, y sin embargo, su aspecto no era digno de su fama. Aquellas troneras formidables, las paredes y troncos ennegrecidos, contaban la historia de diez años de luchas cruentas. El efecto que daba el fuerte era el de una amenaza, como si enviase un reto a las selvas y estuviese decidido a proteger las cabañas de troncos que se agrupaban en la ladera.

-¿Cómo vamos a arreglarnos para cruzar ese río tan ancho? -preguntó Jaime con sentido práctico.

-Vadeándolo a nado-contestó el cazador, y echó a andar cuesta abajo.

Al cabo de una hora llegaron los tres al río. Wetzel guardó su rifle en una espesura de sauces, indicó a los jóvenes que hiciesen lo mismo con los suyos y se metió en el agua. Jaime y Joe le siguieron; así vadearon una distancia de cien metros, con lo que llegaron cerca de la isla que les ocultaba la vista del fuerte. El cazador recorrió a nado el último trecho y, subiéndose a la orilla, se volvió a ver a sus jóvenes compañeros. Estos le seguían de cerca. Después cruzaron la isla, que tenía unos cuatrocientos metros de ancho.

-Ahora nos toca nadar mayor distancia -dijo Wetzel señalando el brazo principal del río-. ¿Se atreverán?

-preguntó a Joe, puesto que Jaime no había sufrido herida alguna durante el breve cautiverio y, por lo tanto, tenía mayor resistencia.

-Con eso y con mucho más-respondió Joe con su característica serenidad, que el cazador había advertido pronto.

Wetzel contempló atentamente el rostro macilento del joven, la sien herida y el pelo lleno de sangre. Aquella mirada le dijo todo lo que deseaba saber. Si Joe hubiese podido conocer el resultado de aquel escrutinio, se hubiese sentido satisfecho y confuso al mismo tiempo, porque el cazador se dijo: «Un muchacho valiente, a quien ha acometido la fiebre de la frontera."

-Síganme de cerca - dijo Wetzel, y se metió en el río.

La tarea fue realizada sin accidente alguno y juntos subieron a la orilla.

-¿Ven ustedes aquella gran cabaña en la ladera? El que está en la puerta es el coronel Zane.

Cuando se acercaron al edificio, varios hombres se juntaron al coronel y se veía que hablaban de los dos jóvenes. Poco después, el coronel Zane dejó el grupo y se fue al encuentro de los dos hermanos, quienes se hallaron ante un hombre apuesto, en la plenitud de su vigor.

-¡Bien venido, Lew! ¿Has tenido suerte? -dijo dirigiéndose a Wetzel.

-No mucha. He despachado a cinco indios, y dos se me han, escapado -repuso el cazador encaminándose hacia el fuerte.

-Bien venidos al Fuerte Henry-dijo el coronel Zane sonriendo a los dos hermanos-. Los otros han llegado sanos y salvos, y de seguro que se alegrarán mucho de verles a ustedes.

-Coronel, tenía una carta de mi tío para usted -con-testó Jaime-, pero los indios me la han quitado con las demás cosas.

-No importa. Yo conocía a su tío y también a su padre. Véngase a mi casa para cambiarse la ropa mojada. Usted, muchacho, tiene una herida fea en la cabeza. ¿Quién se la ha hecho?

-Jim Girty.

-¿Cómo? -exclamó el coronel.

-Sí, Jim Girty me la hizo con el hacha. Estaba la compañía de unos delawares con los que nos encontramos. Iban persiguiendo a Wetzel.

-¿Conque Girty está con los delawares? Mala noticia es ésa. Algo prepara ese renegado. ¿Y ha dicho usted que iban persiguiendo a Wetzel? He de enterarme de lo que pasa. No me gusta eso. Pero, dígame, ¿por qué lo ha herido Girty?

-Porque le desollé la nariz.

-¡Caramba! ¡Muy bien! -exclamó el coronel Zane, muy satisfecho- ¡Vive Dios, buena hazaña! Dígame... pero, no, espere hasta que se haya cambiado de ropa. El resto de su equipaje ha venido con la balsa de Jeff y encontrará usted sus cosas ahí dentro.

Mientras Joe iba tras el coronel, oyó decir a uno de los hombres

-Como dos gotas de agua.

Más abajo vio a un piel roja de pie, un poco alejado de los demás. Al percibir la leve exclamación de sorpresa del joven, el indio se volvió y Joe vio un rostro viril, apuesto, caracterizado por una serena dignidad. El piel roja adivinó el pensamiento del joven.

-¡Uf! Ser amigo-dijo en inglés.

-Ése es Tomepomehala, un shawni, mi guía. Es una excelente persona, a pesar de que Jonathan y Wetzel afirman que los únicos indios buenos son los muertos. Entren, entren, allí está su equipaje y afuera encontrarán agua.

El coronel Zane llevó a los dos hermanos a una habitación pequeña, les entregó su equipaje y se marchó, para volver poco después con un par de buenas toallas.

-Ahora arréglense un poco y luego conocerán a mi familia. Deseamos que nos cuenten sus aventuras. Para entonces ya estará también la comida.

-¡Caramba! ¿No te recuerda esa toalla nuestra casa? -exclamó Joe, cuando el coronel se hubo marchado-. Por lo que se ve, el coronel no se priva de nada en esta región selvática. A mí me ha sido muy simpático.

Los jóvenes alegráronse de poder cambiarse de ropa, después de lavarse, afeitarse y vestirse, presentaban un aspecto totalmente distinto. De nuevo eran hermanos gemelos de pies a cabeza. Peinándose el pelo de modo que cayera sobre la frente, Joe logró taparse la herida.

-Me parece que he visto aquí a una muchacha encantadora -observó Joe.

-Bueno, ¿y qué?-preguntó Jaime con severidad.

-Pues nada. Oye, tú, ¿no puedo admirar a una muchacha guapa si se me antoja?

-No, Joe, no puedes hacer eso. ¿Es que no te enmendarás nunca? Me parece que pensando en la señorita Wells...

-Escúchame, Jaime; para Nelly no soy nada... yo, yo no soy digno de ella.

-¡Vuélvete y mírame! -ordenó Jaime severamente. Joe se volvió y miró a su hermano.

-¿Es que tú has estado jugando con ella, como con tantas otras? Dímelo; sé que tú no mientes.

-No.

-Entonces, ¿qué significa tu actitud?

-Nada, Jaime, excepto que no me considero digno de ella. Tú bien sabes que en mí no hay nada bueno. Nelly debería casarse con un hombre... como tú.

-¡Qué absurdo! Vergüenza debería darte...

-No te preocupes por mí. Dime, ¿no la admiras tú?

-Sí... claro -balbuceó Jaime poniéndose rojo ante aquella pregunta-. ¿Quién no la admira?

-Ya me lo figuraba. Sé que ella te admira por las cualidades que a mí me faltan. Nelly es como una enredadera tierna, que busca apoyo en algo fuerte. Me quiere, pero su cariño es

como la tendencia de la enredadera. Puede que le haga un poco daño arrancarse este amor, pero no se morirá por eso, y, al final, será mejor para ella. Tú necesitas una buena esposa. ¿Qué haría yo con una mujer? Ve y conquístala, Jaime.

-Joe, tú vuelves a sacrificarte por mí -exclamó Jaime completamente pálido-. Te haces daño a ti mismo y a ella. Te digo...

-Basta -le interrumpió Joe con energía-. Generalmente ejerces influencia sobre mí, pero esta vez no lograrías nada. Yo te digo que Nelly caerá en tus brazos sin poderlo remediar. No le hará ningún daño y será mejor para ella. Recuerda que puede ser tuya si quieres conquistarla.

-Pero tú no dices si eso te hará daño a ti -murmuró Jaime.

-Vamos, que el coronel Zane nos espera-dijo Joe abriendo la puerta.

Salieron al pasillo, que daba sobre el patio, lo mismo que la habitación mayor por la que el coronel Zane les había conducido antes. Cuando Jaime, que iba delante, entró en aquella habitación, penetró en ella una muchacha desde el patio. Era Nelly y se dirigía sin vacilación hacia él. Tenía el rostro arrebolado y los ojos le brillaban alegres.

-¡Oh, Joe! -fue todo lo que dijo muy bajito, pero la felicidad que había en aquellas palabras no podía haberse expresado mejor con un largo discurso. Al mismo tiempo alzó el rostro hacia él.

Todo sucedió con la velocidad del pensamiento. Jaime vio aquel rostro radiante, las manos alargadas y oyó las dulces palabras. Sabía que ella acababa de equivocarse de nuevo tomándole por loe, pero aunque hubiese dependido de ello su vida, no hubiera podido echar atrás la cabeza. La besó y al estremecerse ante la dulce caricia, se puso encarnado de vergüenza por el engaño.

-Usted ha vuelto a equivocarse... Soy Jaime -dijo en voz baja.

Durante un momento los dos quedaron mirándose, dándose gradualmente cuenta de lo que había sucedido, sintiendo al mismo tiempo una dulce y tentadora emoción. De pronto, percibieron la alegre voz del coronel Zane.

-¡Ah, aquí está Nelly v el hermano de usted! Ahora, díganme ustedes dos quién es Jaime y quién es Joe.

-Ése es Jaime y yo soy Joe -contestó éste. Al parecer no reparó en su hermano y saludó a la muchacha de modo natural y con gran efusión.

Joe se vio pronto rodeado por mucha gente que le felicitaba, entre ellos la señora Zane, Silas Zane y el comandante Mac Colloch. De pronto se vio frente a la muchacha más hermosa que había visto en su vida.

-Mi hermana, la señora Clarke, antes Betty Zane heroína del Fuerte Henry - dijo el coronel Zane con orgullo rodeando a la esbelta mujer con el brazo.

-De nuevo arrostraría el peligro de los pieles rojas y las selvas por este placer-contestó Joe galantemente, inclinándose sobre la manita que ella le brindó con cordialidad.

-Bess, ¿está lista la comida? - preguntó el coronel a su mujer, y al ver que ésta asentía con un movimiento de cabeza, llevó a los invitados a la habitación contigua -. Sé que ustedes dos deben tener mucho apetito.

Durante la comida, el coronel interrogó a sus invitados acerca del viaje y del trato que habían recibido de manos de los pieles rojas. Sonrió con benevolencia al ver la seriedad con que habló el joven predicador acerca de la conversión de los indios y se echó a reír cuando Joe le confesó que «había venido a la frontera porque en casa había demasiada tranquilidad".

-Estoy seguro de que pronto verá usted satisfecho su deseo de vivir una vida más animada-observó el coronel-. Pero en cuanto a la realización de las esperanzas de su hermano, no soy tan optimista. No cabe duda que los misioneros moravos han hecho maravillas con los indios. No hace mucho visité la Villa de la Paz, nombre indio de Gnadenhutten, y me llamó la atención la paz y tranquilidad, a la vez que la actividad, que

reinaban allí. Era en realidad una verdadera villa de paz. Sin embargo, creo que es demasiado temprano para que el éxito pueda ser permanente. La naturaleza y el carácter de los indios son difíciles de comprender. Por naturaleza son inquietos, debido tal vez a su costumbre de cambiar frecuentemente de lugar de vivienda en busca de buenos cazaderos. Yo creo, aunque confieso que no conozco a nadie de entre los colonizadores que comparta mi opinión, que el salvaje tiene algo muy hermoso en su carácter. Conozco de ellos muchas hazañas nobles, y creo que, si se les tratase con honradez, devolverían el bien por el bien. Desde luego, hay entre ellos gente mala, pero esos peleteros franceses y hombres como los Girty son responsables de muchos de sus actos criminales. Jonathan y Wetzel me dicen que los shawnis y los chippewas han tomado nuevamente el sendero de la guerra. Alarmante es que los Girty se hallen entre los delawares. Últimamente hemos tenido aquí una época de relativa tranquilidad. ¿Saben ustedes a qué tribu pertenecen sus captores? ¿Les dijo algo Wetzel?

-No dijo nada. Habló muy poco, pero en cambio estuvo muy activo-contestó Joe sonriendo.

-Haber visto a Wetzel luchar con los pieles rojas es algo que no se olvida fácilmente - observó el coronel Zane -. Pero, díganme, ¿cómo llevaban aquellos indios el pelo?

-Tenían la cabeza afeitada, excepto en la parte central, donde tenían el pelo arrollado en forma de moño, en el cual llevaban clavados un par de pasadores pintados. Cuando Wetzel les quitó las cabelleras, los pasadores cayeron al suelo. Recogí uno y vi que era de hueso.

-Según veo, usted se va a convertir en un excelente cazador -contestó el coronel- Esos indios eran shawnis en pie de guerra. Bueno, no vale la pena preocuparse demasiado pronto nos enteraremos de lo que pasa. El señor Wells parece que desea reanudar inmediatamente el viaje río abajo, pero trataré de convencerle para que se quede algunos días más aquí. Yo quisiera que se quedasen ustedes todos aquí en el fuerte, sobre todo las muchachas. No me gusta asustarles, pero me parece que van a sufrir bastante.

-Espero que no, aunque venimos preparadas para todo - dijo Kate sonriendo serena -. Hemos vivido siempre con el tío y cuando nos anunció su intención de venir aquí, comprendimos que nuestro deber era acompañarle.

-Han hecho ustedes muy bien y confío en que encontrarán en la selva un hogar feliz. Si la vida entre los indios les resultase demasiado dura, aquí siempre serán bien recibidas. Betty, enséñales ahora a las muchachas tus favoritos y tus trabajos indios. Voy a llevar a los dos hermanos a la cabaña de Silas para que saluden al señor Wells y luego les enseñaré el fuerte.

Al salir de la cabaña, Joe vio al guía indio de pie en la misma posición de antes.

-¿Es que ese piel roja no puede moverse? -preguntó curioso.

-Recorre cien millas en un día cuando quiere -contestó el coronel-. Ahora está descansando. Los indios con frecuencia suelen estar sin moverse, derechos o sentados, durante horas.

-Es un hombre simpático - observó Joe -; pero no me gusta. Desconfío de los indios.

-Usted querrá a Tome, como le llamamos, como todos nosotros.

-Coronel, quisiera lumbre. Desde el día en que nos capturaron no he fumado. Aquel maldito salvaje me quitó el tabaco. Suerte que me quedaba más en el otro paquete. Me gustaría volverlo a encontrar, lo mismo que a Silvertip y a ese animal de Girty.

-Muchacho, no lo desee. Suerte ha tenido usted de escaparse. Comprendo muy bien sus sentimientos. Nada me gustaría tanto como tener a Girty al alcance de mi rifle, pero nunca me meto en el peligro, porque buscar a Girty es jugar con la muerte.

-Pero Wetzel...

-¡Ah, muchacho! Yo sé que Wetzel va solo a los bosques, pero es un hombre completamente distinto a los demás. Antes de que se vaya usted de aquí le hablaré de él.

El coronel Zane se dirigió a un rincón tras la cabaña y volvió con una ascua sobre un tronco de madera, que Joe colocó en la taza de la pipa, y a causa del viento se acercó a la pared de la cabaña. Siendo muy observador, vio muchos agujeros pequeños y redondos en los troncos. Tan cerca estaban el uno del otro, que la madera tenía un aspecto extraño. Al principio pensó que aquellos agujeros serían debidos a algún gusano o a algún pájaro peculiar de la región, pero por fin se dijo que eran causados por impactos de balas. Metió la punta de su navaja en uno y sacó un trozo de plomo.

-Me hubiera gustado estar aquí cuando hicieron esos agujeros -exclamó.

-¡Ah!, ¿sí? Pues yo en aquel tiempo estaba deseando estar muy lejos de aquí.

Encontraron al viejo misionero sentado a la puerta de la cabaña contigua. Al parecer estaba descorazonado. Cuando el coronel le interrogó dijo que estaba impaciente por el retraso del viaje.

-Señor Wells, no es posible que menosprecie usted el peligro de la empresa.

-Yo sólo temo a Dios -contestó el anciano.

-¿Y no teme por los que van con usted? Con el alma y con el corazón apruebo su labor cristiana, pero quisiera que se hiciese usted cargo de que el tiempo no es propicio. El viaje es muy largo y en el camino hay peligros de los que usted no tiene idea. ¿No será mejor que permanezca algunas semanas aquí, por lo menos hasta que mis guías vuelvan con informes?

-Muchas gracias, pero me iré en seguida.

-Pues entonces permítame que le ruegue se quede por lo menos unos días para que yo pueda hacerles acompañar por mi hermano Jonathan y por Wetzel. Son tal vez los únicos que pueden llevarles sanos y salvos a Villa de la Paz.

En aquel momento Joe vio acercarse desde el fuerte a dos hombres, en uno de los cuales reconoció a Wetzel. No dudaba que el otro fuese Jonathan Zane, el famoso cazador y guía de Lord Dunmore. Se parecía bastante al coronel; era tan alto como Wetzel, aunque no tan ancho de hombros.

-Nos embarcaremos en dos canoas pasado mañana -dijo Jonathan al acercarse-. ¿Tienes un rifle para Wetzel? El suyo se lo han quedado los delawares. El que quitó a los shawnis no le va bien.

El coronel Zane se puso a pensar; rifles no faltaban en el fuerte, pero era difícil encontrar un arma apropiada para Wetzel.

-El cazador puede tomar mi rifle-dijo el anciano misionero-. No me sirven las armas que destruyen a las criaturas de Dios. Mi hermano fue cazador y me dejó su rifle. Recuerdo que me dijo un día que si un hombre conocía exactamente el peso del plomo y de la pólvora necesarios, el arma tendría excelente puntería.

Wells entró en la cabaña y salió poco después con un rifle largo envuelto cuidadosamente en tela. Desató las ligaduras y sacó un rifle cuyas dimensiones hicieron brillar los ojos de Jonathan y arrancaron una exclamación al coronel Zane. Wetzel sopesó el rifle. Tenía sus buenos seis pies. El cañón era largo y de acero oscuro bien pulimentado. El cargador era de nogal negro, adornado con taracea de plata. Wetzel procedió a cargar el arma, utilizando el frasco de pólvora y el saquito de balas de Jonathan. Vertió cierta cantidad de pólvora en la palma de la mano, realizándolo hábilmente, pero procedía con tanta lentitud en medir la cantidad, que Joe se preguntó si contaba los granos. Después seleccionó una bala de entre la docena que Jonathan le ofrecía. La examinó con gran cuidado y la probó en la boca del cañón del rifle. Al parecer no le gustó, porque cogió otra con la que por fin cargó el arma. Luego buscó un blanco sobre el que tirar.

Joe observó que los cazadores y el coronel Zane contemplaban aquella operación con tal gravedad como si de la exactitud del rifle dependiese un asunto importante.

-Ahí tienes un buen blanco, Lew. Está un poco lejos hasta para ti, puesto que no conoces el arma - dijo el coronel señalando el río.

Joe vio el extremo de un tronco que salía un poco del agua, a cosa de ciento cincuenta metros. Le pareció que dar en aquel blanco era tener excelente puntería, pero se asombró cuando oyó decir al coronel, dirigiéndose a varios hombres que se habían unido al grupo, que Wetzel intentaba herir a una tortuga que estaba sobre el tronco. Esforzando mucho la vista, Joe logró distinguir una pequeña protuberancia que debía de ser la tortuga.

Wetzel dio un paso adelante y alzó el largo rifle con elegante ademán. En el instante mismo de apuntar, salió la llama y el tiro, que resonó singularmente claro:

-¿Qué? ¿Ha dado en el blanco?-preguntó el coronel, animoso como un muchacho.

-Yo digo que sí-contestó Jonathan.

-Yo iré a verlo -exclamó Joe, y se fue corriendo al río para subir sobre el tronco, donde vio una tortuga del tamaño de un plato pequeño. Recogiéndola, vio un agujero en la concha en el mismo centro. La bala había atravesado a la tortuga, que estaba muerta. Joe la llevó al grupo expectante.

-Ya lo he dicho antes. Buena puntería -declaró Jonathan.

Wetzel examinó la tortuga y volviéndose al anciano misionero, le dijo:

-Su hermano de- usted dijo la verdad, y le agradezco el regalo del rifle.

VIII

De modo que usted desea saber algo más de Wetzel? - preguntó el coronel a Joe cuando, dejando a Jaime y al señor Wells, los dos regresaron, a la cabaña.

-Sí, es un hombre que me interesa mucho -repuso, Joe.

-No es extraño... Conozco a Wetzel tal vez mejor que nadie, pero nunca hablo de él porque sé que no le gusta. Nació en Virginia y me parece que tiene unos cuarenta años, porque yo tengo pocos más y le conozco desde niño. Siendo un muchacho, era como todos nosotros, excepto que tenía más fuerza y mayor agilidad que nadie. Cuando tenía casi dieciocho años, urca banda de indios, creo que fueron delawares, cruzó la frontera en una incursión, adentrándose bastante en Virginia. Quemaron el hogar de los Wetzel y asesinaron al padre, a la madre, a dos hermanas y a un hermano suyos. Aquel golpe terrible casi mató a Lew, pues estaba muy enfermo. Cuando se repuso, se fue en busca de sus hermanos Martín y Juan Wetzel, que estaban cazando, y los llevo al lugar donde estaban las ruinas de su casa. Sobre las cenizas de su hogar y las tumbas de sus deudos, los hermanos juraron eterna venganza. Martín y Juan se han dedicado durante los últimos veinte años. allá matanza de indios, pero Lew ha sido y es el gran enemigo del piel roja. Ya ha tenido usted un ejemplo de sus hazañas, y tendrá ocasión de conocer otras. Su nombre es respetado en todas las casas de los colonizadores. Sus conocimientos de las costumbres y los métodos de los pieles rojas sobrepasan en mucho a los que pueden tener Boone, el comandante Mac-Colloch y mi hermano Jonathan.

-Entonces, la caza del indio es su única ocupación, ¿verdad?

-Sólo vive para eso. Raras veces permanece en la colonia. Algunas veces se queda aquí un día o dos, sobre todo cuando se le necesita; pero, generalmente, vaga por los horques.

-¿Qué quiso decir Jeff Lynn cuando dijo que la gente creé que Wetzel está loco?

-Hay muchos que creen que está loco, pero a mí me consta que no lo está. Cuando le acomete la furia de la caza del indio, es terrible; pero siempre está perfectamente en su sano juicio. Cuando está aquí, habla raras veces, si no se le habla a él, y con los desconocidos se muestra taciturno. Con frecuencia viene a mi cabaña y se queda sentado junto al hogar

durante horas. Creo que le gusta charlar y reír con los amigos. Quiere mucho a los niños y por mi hermana Betty sería capaz de hacer cualquier cosa.

-Su vida debe de ser muy solitaria y triste -observó Joe.

-La vida de todos los cazadores lo es, pero la de Wetzel más que la de ninguno.

-¿Cómo le llaman los indios?

-Le llaman Atelang, o sea Viento de la Muerte.

-¡Caramba! Eso es lo que le llamó Silvertip en francés: Le Vent de la Mort.

-Tiene usted razón. Un peletero francés le dio hace años ese apodo, que le ha quedado. Dicen los indios que
cuando Wetzel los persigue, sopla el viento de la muerte en el bosque.

-Coronel, no vaya a figurarse que yo sea supersticioso -dijo Joe en voz baja y acercándose al coronel -, pero... yo he oído ese viento en el bosque.

-¡Cómo! -exclamó el coronel Zane; pero vio que el joven hablaba en serio, pues el recuerdo de aquel terrible gemido le había hecho temblar muchas veces.

Joe contó las circunstancias de aquella noche, y, al final, el coronel se quedó pensativo.

-Pero usted no supone que haya podido ser Wetzel el que causó aquel gemido, ¿verdad que no? -preguntó al cabo de un rato de silencio.

-No, no lo supongo; pero, coronel, yo oí aquel gemido lo mismo que le oigo a usted ahora. Lo oí varias veces. ¿Qué podrá ser?

-Jonathan me dijo lo mismo una vez. Había salido con Wetzel a cazar y se separaron. Durante la noche Jonathan oyó aquel viento y al día siguiente encontró un indio muerto. Él cree que es Wetzel quien produce el ruido y también lo creen los demás cazadores. En cambio, yo estoy convencido de que es realmente el viento, que produce esa especie de gemido terrorífico. Yo lo he oído alguna vez y, la verdad, me ha dado escalofríos.

-Yo quise convencerme de que era el viento que soplaba entre los pinos, pero no lo logré. Sea lo que sea, conocí a Wetzel en cuanto le vi, tal como me dijo Jeff Lynn. Mató a aquellos indios en un instante; debe de tener músculos de hierro.

-Wetzel sobrepasa en fuerza y en velocidad a todos los hombres de la frontera, blancos y rojos. Jonathan es rápido como un piel roja, y, sin embargo, corriendo los dos, Wetzel le gana fácilmente. Tiene una fuerza colosal. Recuerdo que un día el carro de Bennet se quedó atascado en el torrente en un sitio de mucho fango; Bennet y otros trataron en vano de desatascar la rueda. Entonces llegó Wetzel, apartó a todos y sacó el carro sin ayuda de nadie. Podría contarle durante horas cosas suyas y no acabaría. No es extraño que los indios le teman. Es rápido como el águila, fuerte como el roble, astuto coma el zorro y no conoce el cansancio.

-¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí, coronel?

-Más de doce años, que han sido muy duros.

-Temo haber llegado tarde para la aventura - observó Joe riendo.

-No lo crea. Aún tendremos otros doce años de agitación. Cuando yo llegué aquí estaba poseído por el mismo espíritu aventurero que veo en usted. En el ínterin. me he calmado. He visto muchos jóvenes osados acometidos por la fiebre de la frontera y morir. Le aconsejo que no se deje llevar por su impetuosidad, sino que aprenda de los cazadores todo lo que se necesita para sobrevivir en esta selvática región. Tal vez el mismo Wetzel pueda enseñarle lo que hace falta conocer. No quiero ocultarle que Lew me habló de usted en términos que no le oí hablar de nadie hasta ahora.

-¡Ah! ¿Sí?-exclamó Joe poniéndose rojo-. ¿Cree usted que me permitiría que le acompañase? ¿Podría pedírselo?

-No sea usted impaciente. Tal vez me sea posible arreglar el asunto. Véngase ahora conmigo a la cabaña de Metzar, a quien quiero que conozca. Los muchachos han estado

cortando troncos y acaban de llegar para comer. No les pregunte demasiado y en seguida simpatizarán con usted.

El coronel Zane presentó a Joe a cinco jóvenes fuertes y lo dejó en su compañía. Joe se sentó sobre un tronco fuera de la cabaña y examinó con tranquilidad a los cinco. Todos tenían el mismo aspecto: fuertes, sin ser pesados, rubios y de rostros bronceados. Ellos también le contemplaron. A los que venían del Este siempre se les miraba con cierto recelo. Pero si habían supuesto que Joe iba a charlar mucho, se equivocaron.

-Buen tiempo estamos teniendo-dijo Metzar.

-Buen tiempo-convino Joe lacónicamente.

-¿Le gusta la vida de la frontera?

-Desde luego.

Después de romper así el hielo, sobrevino un silencio. Los jóvenes estaban haciendo turno junto a un banco de madera sobre el cual había un cubo de agua y una jofaina.

-Me han dicho que usted ha estado en poder de los shawnis -observó otro joven, mientras se arremangaba.

Todos miraban a Joe. Era seguro que la opinión que les merecería aquel joven dependería bastante de la contestación que daría a la pregunta.

-Sí, he sido cautivo tres días.

-¿Pegó usted a algún piel roja? - esta pregunta era artera, para sonsacar a Joe, porque, sobre todas las cosas, la gente de la frontera detestaba la fanfarronería, pero en este caso el ardid falló por completo.

-¡Ca! Me pasé el tiempo sin abrir la boca de miedo que tenía-contestó Joe sonriendo.

-¡Caramba! No se lo puedo reprochar -exclamó Metzar-. Yo pasé una vez por la misma aventura y no tengo ganas de repetirla.

Los jóvenes se echaron a reír y miraron a Joe con más simpatía. A pesar de que había dicho que pasó miedo, su actitud serena e indiferente desmintió sus palabras. En la voz clara y quieta de Joe, en sus ojos grises había algo que ejercía poderosa atracción sobre todos los que le trataban.

Mientras sus nuevos amigos se pusieron a comer, Joe se dirigió a la cabaña del coronel Zane y encontró a éste sentado a la puerta.

-¿Qué tal le ha ido con los muchachos? -preguntó el coronel.

-Muy bien, son muy, simpáticos. Oiga usted, coronel; me gustaría hablar con su guía indio.

El coronel llamó al guía, quien dejó su puesto y se acercó. Él coronel tuvo una breve conversación con él en su idioma y por fin señaló a Joe.

-¿Cómo está? Chóquela -dijo Tome alargando mano.

Joe le estrechó sonriendo la mano.

-Shawnis... ¿cogerle? -le preguntó el indio, quien sabía hacerse entender regularmente en inglés.

Joe asintió con un movimiento de cabeza y el coronel Zane volvió a hablar en shawni, explicando la causa de la enemistad de Silvertip.

-Jefe... shawnis... mal... indio... -observó Tome con seriedad -. Silvertip... loco... mucho loco... Coger rostro pálido... quitar cabellera... seguro.

Después de dar este aviso, el indio se volvió a su puesto cerca de la esquina de la cabaña.

-Pues este guía habla el inglés bastante bien; mucho mejor que el indio que habló el otro día conmigo.

-Algunos de los indios hablan nuestro idioma perfectamente - observó el coronel -. Si hubiese oído usted hablar a Logan, no habría notado diferencia alguna. Cornplanter hablaba también inglés, lo mismo que la mujer de mi hermano, una india de la tribu wyandot.

-¿Su hermano de usted se ha casado con una india? -preguntó Joe, sorprendido.

-Ya lo creo, y con una mujer muy guapa. Algún día le contaré la historia de Isaac. Ha sido cautivo de los hurones durante diez años. La hija del jefe se enamoró de él y le salvó de la muerte.

-¡Caramba! Me choca, y realmente no sé por qué. ¿Dónde está su hermano ahora?

-Vive con la tribu. Él y Myeerah, su mujer, están trabajando en favor de la paz. Nos hallamos ahora en relaciones más amistosas que nunca con los wyandot, o sea los hurones, como nosotros los llamamos.

-¿Quién es ese hombre alto que viene del fuerte? -preguntó al ver de pronto acercarse un formidable cazador.

-El comandante Mac Colloch. Ya lo ha visto usted antes. Es el hombre que saltó con su caballo desde aquel risco.

-Jonathan y él tienen el mismo aspecto y el mismo modo de andar-observó Joe contemplando al coronel-. Todos esos cazadores llevan el mismo traje de piel de ante; sin embargo, no es eso lo que hace que se parezcan esos dos. Lo que me llama la atención es su modo de andar, sus movimientos, sus gestos y ademanes, su desenvoltura, como en el caso de Wetzel.

-Ya sé lo que usted quiere decir. Los ojos llameantes, el porte derecho y el paso elástico, todo esto viene de la vida en los bosques. Es una vida muy agradable.

-Coronel, mi caballo está cojo -dijo el comandante Mac Colloch, saludando a Joe con una inclinación y una sonrisa.

-¿De modo que te vas a Short Creek? Puedes tomar uno de mis caballos, pero antes entra para que hablemos de tu expedición.

La tarde pasó sin acontecimientos para Joe. Su hermano y el señor Wells se hallaban enfrascados haciendo planes para su futura labor, y Nelly y Kate estaban descansando, de modo que el joven se vio obligado a distraerse como pudo en el fuerte.

IX

Joe se acostó aquella noche prometiéndose levantarse temprano a la mañana siguiente, porque le habían invitado a tomar parte en el levantamiento de una nueva cabaña, tarea que siempre era un acontecimiento en la vida de los colonizadores.

A la mañana siguiente se levantó, en efecto, temprano y se puso el traje de piel de ante que se había agenciado a cambio de sus trajes de paño. Nunca en su vida traje alguno habíale dado una impresión como aquel de piel de ante. Sentía ganas de saltar y brincar; la suave piel abrigaba mucho y era fina como terciopelo de seda; el peso era tan ligero, los mocasines se ajustaban tan bien, que se vio obligado a dominarse para no brincar como jaca juguetona. La posesión de aquel equipo de piel de ante, el rifle y las demás cosas que comprara, señalaban el último paso de la sumisión de Joe a la fiebre de la frontera. Las silenciosas y sombrías cabañas, el misterio de los bosques, el aliento de aquella vida libre y selvática le embargaron por entero desde aquel momento.

Sin embargo, cuando se halló frente a sus amigos, se mostró sereno, y no reveló nada de la emoción que sentía. Nelly le contempló con timidez; Kate expresó su admiración bromeando; Jaime se burló de él, revelando al mismo tiempo el gran cariño que le inspiraba su hermano; sólo el coronel, que también cedió un día a las locas ansias de libertad, comprendió los sentimientos del joven y se sintió atraído hacia él. No dijo nada, pero le contempló con ojos de mirada bondadosa. En su larga vida en la frontera había visto sucumbir a muchos jóvenes temerarios, pero siempre le causaba tristeza. ¡Cuántos jóvenes, su

hermano entre ellos, descansaban bajo la alfombra fragante de los bosques en su último sueño terrenal!

El levantamiento de la nueva cabaña hizo salir a todos: las mujeres para mirar y charlar, mientras jugaban los niños; los hombres para doblar las espaldas, para mover los pesados troncos. Se celebraba el levantamiento de una cabaña como un suceso notable, que ocupaba un lugar descollante entre la breve lista de diversiones de los colonizadores.

Joe contempló aquel trabajo con el mismo placer y la misma sorpresa que sentía por todo lo relacionado con la vida en la frontera.

Para .él, la erección de aquellos troncos le parecía durísima labor. Sin embargo, se veía claramente que aquellos hombres curtidos, aquellas mujeres, que sólo hablaban en voz baja, daban al trabajo una significación distinta, más importante que el mero hecho de construir una cabaña. Al cabo de un rato, Joe iba comprendiendo la significación de la escena. Un espíritu de unión, el espíritu del colonizador, les convertía a todos en una gran familia. Aquélla era una nueva cabaña, un nuevo hogar, otro paso hacia la conquista de las selvas, en holocausto de la cual esos hombres y mujeres valientes sacrificaban sus vidas. En las miradas alegres de los niños, que batían palmas cada vez que se colocaba un tronco, Joe vio el progreso, la marcha de la civilización.

-Siento que nos deje usted esta noche -dijo el coronel Zane a Joe cuando el joven se dirigió al sitio desde el cual con su mujer y su hermana contemplaban el trabajo-. Jonathan me dice que está todo dispuesto para emprender el viaje a la puesta del sol.

-¿Es que viajamos de noche?

-Ya lo creo. Hay pieles rojas en todas partes del río, y de noche es más fácil burlar la vigilancia. Creo que con Jonathan y Lew irán ustedes seguros. El proyecto es remar a lo largo de la costa sur del río toda la noche, hasta un sitio llamado Punta de Girty, donde permanecerán ocultos durante el día. De allí subirán por el río Amarillo. Luego irán hasta la desembocadura del Tuscarwawas. Otra noche de viaje les llevará a Villa de la Paz.

Jaime y el señor Wells, con sus sobrinas, se unieron al grupo para ver la colocación de los últimos troncos.

-Coronel Zane, me encanta la escena -dijo el joven predicador con rostro grave-, está llena de vida. Nunca he visto tan buena voluntad entre los hombres. Fíjese en aquel gigante de los brazos musculosos sobre el tronco, allá arriba. ¡Cómo silba mientras maneja el hacha! Señor Wells, ¿no le gusta también?

-Los colonizadores han de ser hermanos a causa del aislamiento y de los peligros en que viven. Ser hermanos
significa amarse, y amarse, significa amar a Dios. Y lo que yo quisiera es ver esos mismos hermosos sentimientos entre los indios.

-Yo lo he visto - observó el coronel Zane -. Cuando llegué aquí hace doce años, los pieles rojas eran pacíficos. Si los colonizadores hubiesen pagado por la tierra, como yo pagué a Cornplanter, nunca habría habido guerra en la frontera. No lo hicieron así, sino que se apoderaron sin más ni más de todo el terreno que se les antojaba. La consecuencia fue que los indios se rebelaron; criminales como Girty atizaron el descontento y la frontera se convirtió en escenario de cruentas luchas.

-¿Han logrado algo las misiones de los jesuitas entre las tribus guerreras?-preguntó Jaime.

-No, porque se han limitado a otras regiones más al Norte y no han venido aquí. Los hurones, los delawares, los shawnis y otras tribus del Oeste han sido desmoralizadas por el ron de los traficantes franceses, y Girty y sus renegados han concluído de fomentar el odio. La labor de ustedes en Gnudenhutten, en medio de las tribus hostiles, es una empresa muy aventurada.

-Mi vida está en la mano de Dios -murmuró el anciano sacerdote, cuya fe era imperturbable.

-Jaime, me parece que tú harías mejor impresión sobre esas salvajes de los que' nos habla el coronel Zane si llevases un traje como el mío, acompañado de una navaja y un hacha -dijo Joe alegremente-. Entonces, si no les puedes convertir, les puedes arrancar las cabelleras.

-Bien, bien, tengamos confianza - dijo el coronel, cuando se calmó la hilaridad causada por las palabras de Joe-. Ahora nos iremos a comer. Vénganse todos. Jonathan, tráete a Wetzel. Betty, haz tú que venga si puedes.

Mientras el grupo avanzaba lentamente hacia la cabaña del coronel, Jaime y Nelly iban juntos. No habían hablado desde la tarde anterior cuando Jaime la besó. Sin atreverse a mirarse y sin saber qué decir, caminaban en silencio.

-¿Verdad que Joe está magnífico con su traje de cazador? -preguntó Jaime por fin.

-No me había dado cuenta. En efecto, le está muy bien-contestó Nelly con fingida indiferencia.

-¿Está usted enojada conmigo? -De ninguna manera.

Jaime, era siempre sincero y franco en sus relaciones
con las mujeres. No tenía nada de la facilidad de habla de su hermano, ni la confianza, ni la osadía, ni la comprensión de los caprichos y humores de las mujeres.

-Pero, dígame, ¿está usted enojada conmigo? -preguntó Jaime por segunda vez en voz baja.

Nelly se puso encarnada, pero no levantó los ojos.

-Cometí una cosa imperdonable -continuo Jaime, vacilante-. No sé por qué me aproveché del error de usted. Si usted no hubiese levantado la cara... No, no, no quiero decir eso; desde luego usted no hizo eso. El caso es que no pude evitarlo. Me siento culpable. No he podido pensar en otra cosa. Siento en mí algo maravilloso desde...

-¿Qué ha dicho Joe de mí? -preguntó Nelly con ojos llameantes.

-¿De usted? Nada -repuso Jaime-. Yo le reproché acerca de... lo que considero una injusticia hacia usted. Joe nunca se ha preocupado mucho de los sentimientos de las señoritas, y yo creí... bien, el asunto no era de mi incumbencia. Me dijo que la quería a usted sinceramente, pero que usted le había enseñado lo indigno que es él para una mujer buena. En esto se equivoca. Joe es temerario y atrevido, pero tiene un :corazón de oro. Realmente, es un diamante en bruto. Ahora mismo se halla poseído por el ansia de cazar indios y vagar por los bosques, pero, con el tiempo, se calmará. Quisiera poderle decir a usted lo mucho que ha hecho por mí; cuánto le quiero, lo bien que le conozco. Sé que puede ser digno de cualquier mujer. No tardará en sosegarse, en perder ese espíritu fiera y alocado, v entonces... ¿querrá usted ayudarle?

-Lo haré si él me deja -contestó dulcemente Nelly, atraída de modo irresistible por aquella voz grave y apasionada en la que vibraba el amor.

X

A la caída de la tarde reanudaron los viajeros su camino hacia el Oeste bajo la bóveda azul oscura del cielo con sus miríadas de rutilantes estrellas. Aún no se había apagado en sus oídos el recuerdo de las despedidas de sus nuevos amigos. Los contornos oscuros del fuerte perdiéronse en la oscuridad, dejándoles una sensación como si se hubiese ido un protector suyo... tal vez para siempre. Guardando absoluto silencio por orden de sus severos guías, que parecían haberse embarcado en una misión peligrosísima, los viajeros se hallaban recostados en las canoas, escuchando y pensando. El agua arremolinábase con suave gorgoteo en el

aguaje de las rápidas canoas, pero también era éste el único sonido que oían. Los remos parecían sombras, porque no producían ruido alguno, y cortaban el agua silenciosa y rápidamente. Así avanzaron las frágiles embarcaciones por las tinieblas, bajo las ramas de los sauces. Lentamente transcurrieron las horas, mientras los guías remaban incansablemente, como si sus músculos fuesen de acero

Con el gris del alba vino el desembarque furtivo, el desayuno frío bajo el refugio de la espesura de sauces y el comienzo de un largo día de espera, ocultos, lejos de las agudas miradas de los vigías indios, al acogedor abrigo de la noche.

También transcurrieron por fin aquellas largas horas, hasta que las canoas fueron lanzadas nuevamente al agua, pero esta vez no en el ancho Ohio, sino en un río que no reflejaba el brillo de las estrellas, porque la corriente se deslizaba, quieta y sombría, bajo una bóveda de denso follaje.

Los viajeros no se atrevían a moverse, tan amenazadora había llegado a ser la actitud alerta de Wetzel y Zane, que hacían avanzar lenta y sigilosamente las pequeñas naves. El ruido de alguna rama que se rompía en alguna parte de la inescrutable oscuridad les hizo detenerse durante largos momentos. En cualquier instante, el silencio de la noche podía romperse con el horrible alarido de guerra de los pieles rojas. Los segundos estaban plenos de temores. ¡Qué maravilloso era el silencioso y seguro avanzar de aquellos guías por las negruras de las selvas! El instinto o sus ojos de lince les guiaban. Otra noche oscura se convirtió por fin en tardío amanecer, y cada una de sus horas inquietas significaba muchas millas recorridas.

Salió el sol cuando Wetzel llevó su canoa hacia la orilla, después de doblar un pronunciado meandro.

-¿Desembarcaremos aquí? -preguntó Jaime, viendo que Jonathan seguía con su canoa a la de Wetzel.

-La villa está cerca, después de doblar la vuelta que da el río aquí-contestó el guía-. Wetzel no puede ir allí, de modo que yo les llevaré a todos en mi canoa.

-No hay sitio para todos. Yo esperaré aquí -contestó Joe con calma.

Jaime advirtió su mirada, una mirada extraña v fija, y luego vio que clavaba los ojos en Nelly, a la que Joe siguió mirando hasta que la canoa desapareció al doblar el recodo del río.

Los viajeros hallábanse a la vista de inequívocos indicios de un pueblo indio. En las limpias orillas del río veíanse docenas de canoas hechas de abedul; un puente de troncos cruzaba la corriente y, por encima de la alta ribera, se veían los palos de las tiendas indias.

Cuando la canoa fondeó sobre la playa arenosa, un muchacho indio, que estaba jugando en la orilla, alzó la cabeza y sonrió.

-Mira aquel chiquillo indio - exclamó Kate.

-¡Qué simpático es! -repuso Nelly.

El muchacho se acercó corriendo al sitio donde desembarcaron, con alegría y confianza en sus ojos negros. Excepto por los pantalones de piel de ante, iba desnudo y su sedosa piel brillaba dorada a la luz del sol. Era un chiquillo muy hermoso.

-Yo ser Benny, -dijo en inglés, alargando la manita hacia Nelly.

La acción era tan cariñosa y confiada como la de cualquier chiquillo blanco. Jonathan Zane se quedó mirando con una luz curiosa en los ojos oscuros; el señor Wells y Jaime miraban como si no quisieran creer a sus ojos. Allí tenían, en un muchacho indio, la prueba irrefutable de que era posible domar y civilizar a los salvajes.

Con una exclamación de cariño, Nelly se inclinó y dio un beso al niño.

Jonathan Zane volvió a subir a la canoa con el propósito de ir en busca de Joe. La pequeña embarcación desapareció pronto por el recodo del río, pero no tardó en aparecer de nuevo. Sólo venía una persona; el guía que la gobernaba.

-¿Dónde está mi hermano? -preguntó Jaime, asombrado.

-Se ha ido -repuso Zane con calma.

-¿Que se ha ido? ¿Qué quiere usted decir? ¿No se habrá equivocado de sitio?

-Los dos se han ido.

Nelly y Jaime se miraron, quedándose los dos muy pálidos.

-Vengan, les llevaré al pueblo -dijo Zane saliendo de la canoa, y todos advirtieron que no dejó las armas atrás.

-¿No puede usted decirnos lo que significa esa desaparición? -preguntó Jaime con ansiedad.

-Sólo puedo decirle que se han ido, llevándose la canoa. Sé que Wetzel tenía la intención de marcharse, pero no creí que el muchacho lo haría también. Puede que haya ido con Wetzel y puede que haya ido salo -contestó el guía, taciturno, y no fue posible hacer que dijera más.

Dada la gran expectación que embargaba a Jaime acerca del pueblo indio, olvidó de momento la desaparición de su hermano, y cuando llegaron a lo alto de la ribera contempló el panorama con gran ansiedad. Lo que vio era más imponente de lo que se había figurado. Se hallaba frente a un llano; en el centro del cual había un edificio bajo y ancho rodeado de cabañas de troncos, y éstas, a su vez, rodeadas por las tiendas indias. Circundando el puebla había árboles altos, copudos, que daban densa sombra. La colina era un hervidero de indios. Los que primero vieron a los viajeros empezaron a dar gritos y en seguida se acercaron una multitud de jóvenes, muchachas y chiquillos, llenos de curiosidad.

Jonathan Zane se dirigió a una cabaña cerca del edificio grande y llamó a la puerta. A poco apareció en el umbral un hombre bajo, de pela blanco y hombros inclinados, en cuyo rostro arrugado se veía el inequívoco aspecto de benevolencia peculiar a la mayoría de los predicadores del Evangelio.

-Señor Zeisberger, le traigo a unos viajeros del Fuerte Henry - dijo Zane, indicando a los que había acompañado, y luego, sin una palabra más, sin volverse, sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, atravesó el pueblo hacia el río.

Jaime recordó, al ver desaparecer al guía, que el coronel le había dicho que tanto Jonathan como Wetzel odiaban a los indios y que no podían verles siquiera. Sin duda alguna los largos años de guerra y de vertimiento de sangre habían endurecido los sentimientos de aquellos dos formidables cazadores. Para ellos no había distinción: un piel roja era un piel roja y nada más.

-Señor Wells le doy la bienvenida a Villa de la Paz -exclamó el señor Zeisberger, estrechando la mano del anciano misionero-. Muchos han sido los años que no nos hemos visto, pero le recuerdo perfectamente.

-Yo también me acuerdo de usted y me siento feliz de haber llegado al fin aquí tras el largo y peligroso viaje -contestó el señor Wells -. He traído a mis sobrinas, Nelly y Kate, que eran aún muy pequeñas cuando usted salió de Williamsburg, y a este joven, Jaime Downs; predicador, que desea tomar parte en nuestra tarea.

-¡Gloriosa tarea la nuestra! Bien venidas, señoritas, a nuestra pacífica aldea. Y a usted, joven, le saludo muy agradecido. Necesitamos aquí gente joven... Entren todos y compartan conmigo mi cabaña. Mandaré buscar en seguida su equipaje. Vivo solo en esta cabaña, pero con un poco de trabajo y con la mano mágica que tiene la mujer en el adorno del hogar, creo que estaremos muy bien aquí.

El señor Zeisberger cedió' su propia habitación a las muchachas, asegurándoles con una sonrisa que era de las de más lujo de la aldea. La estancia contenía una silla, una mesa, y una cama con mantas indias y pieles de búfalo. Aunque las comodidades eran escasas, fueron debidamente apreciadas por las muchachas que, cansadas del largo viaje, se acostaron en seguida.

-Yo no estoy cansado -dijo el señor Wells a su viejo amigo-. Quiero conocer todo el alcance de su trabajo, saber lo que ha hecho y lo que espera realizar todavía.

-Hemos tenido un éxito maravilloso, que ha llegado mucho más allá de lo que nos atrevíamos a soñar. Realmente la bendición de Dios está con nosotros.

El misionero empezó a contar detalladamente los esfuerzos de la misión morava entre las tribus occidentales. Trabajaban principalmente entre los delawares, una nación de pieles rojas nobles, inteligentes y muy susceptibles de escuchar el Evangelio. Entre los delawares orientales que vivían al otro lado de la montaña de Allegheny, los misioneros habían logrado convertir a muchos. Y principalmente debido a las exploraciones que Federico Post hizo en el Oeste, la Iglesia decidió hacer el ensayo de enseñar también a los indios del Oeste la vida cristiana. Los primeros ensayos de convertir a los indios occidentales se realizaron en el Allegheny superior, donde muchos pieles rojas, incluso Alemewi, un jefe delawar ciega, aceptaron la nueva fe. La misión decidió, sin embargo, que lo mejor sería trasladarse aún más al Oeste, hacia él sitio donde los delawares habían emigrado y eran más numerosos.
En el mes de abril de 1770, diez años antes, dieciséis canoas llenas de indios conversos y misioneros bajaron por el río Allegheny hacia el Fuerte Pitt, continuando luego el viaje por el Ohio hasta el río Amarillo, que remontaron, adentrándose en aquella región selvática.

A orillas de un tributario del Murkingong, llamado el Tuscarwawas, fundaron la nueva colonia, corriendo la noticia de su fundación por toda la comarca. Pieles rojas de todas las tribus la visitaron. Jefes y guerreros, esposas y muchachas sintiéronse atraídos por la nueva doctrina de los indios conversos. Les asombró la enseñanza de los misioneros. Muchos dudaron, algunos se convirtieron, pero todos escucharon atentos a los predicadores. Grande fue la agitación cuando el viejo Glickhican, uno de los jefes más inteligentes de la tribu Tortuga de los delawares, se convirtió a la religión de los rostros pálidos.

En pocos años surgió en aquel punto un pueblo próspero y hermoso que recibió por nombre el de Villa de la Paz. Fueron los indios de las tribus guerreras los que le dieron este nombre. Las vastas extensiones del bosque eran ricas en toda suerte de caza; los profundos y rápidos ríos, abundantes en pesca. Con poco trabajo se podía obtener carne v trigo en abundancia y pieles de ante para trajes. Al principio sólo había unas cuantas tiendas ; después se erigió un edificio de troncos, que se empleó como templo; a continuación se creó una escuela, un molino y un taller. Los campos verdes fueron cultivados y rodeados de cercas. Los caballos y el ganado vacuno pacían con el tímido ciervo en las llanuras herbosas.

Villa de la Paz floreció como una rosa; la noticia de la felicidad y del amor mutuo que reinaban en la comunidad corrieron de boca en boca, de aldea en aldea, con el resultado de que los curiosos salvajes venían desde todas partes para ver aquel puerto de la dicha. Los indios pacíficos, lo mismo que los hostiles, asombráronse ante el cambio que se había operado entre sus hermanos. La camaradería y la industria de los conversos ejerció amplia y maravillosa influencia. Mucho más también las demás cosas: los grandes campos de trigo, las colinas cubiertas de ganado vacuno y caballar, todas las pruebas de abundancia, que dieron a los visitantes la impresión de bienestar entre los cristianos. Bandas de indios nómadas, tanto si eran amigos como si eran enemigos, fueron tratados con hospitalidad y nunca se marcharon con las manos vacías. Se les instó para que tomasen parte en la abundancia y para que volviesen.

Un hecho de bastante importancia en la popularidad del pueblo era la campana de la iglesia. Los indios aman la música, y aquella campana les encantaba. En las noches quietas, los salvajes de las aldeas distantes podían oír las notas profundas y melodiosas de la campana que llamaba a los fieles al servicio religioso. El tono del bronce sonoro, tan extraño, tan dulce, tan solemne, que rompía la quietud de las selvas, obsesionaba a los salvajes como si fuese la llamada de una divinidad de las selvas.

-Ha llegado usted muy oportunamente-continuó el señor Zeisberger-. Edwards y Young están trabajando para establecer misiones en otras partes. Heckewelder está aquí ahora para lo mismo.

-¿Cuánto tiempo me costará aprender el idioma delawar? -preguntó Jaime.

-Poco tiempo. Sin embargo, no le hace falta hablar ese idioma, porque tenemos excelentes intérpretes.

-En el Fuerte Pitt, lo mismo que en el Fuerte Henry, hemos oído hablar mucho de los peligros y de la inutilidad de nuestra empresa -continuó Jaime-. Los veteranos allí declaran que en cada palmo del camino había un enemigo y que, aun en el caso probable de llegar sanos y salvos aquí, nos hallaríamos ante el obstáculo de la enemistad de tribus vengativas.

-Desde luego, tenemos por vecinos a muchos salvajes hostiles, pero no les tememos. Los invitamos a que vengan a vernos. Nuestra tarea consiste en convertir a los malos, en enseñarles a vivir una vida buena y útil. Estoy seguro de que tendremos éxito.

Jaime no pudo menos de contagiarse del entusiasmo de aquel predicador, de su inmutable creencia de que la palabra de Dios se abriría paso entre los salvajes; sin embargo, aunque no sintió temor alguno y se prometió trabajar ahincadamente, recordó con inquietud las advertencias del coronel Zane. Pensó en las grandes precauciones y en la eterna vigilancia de Jonathan y Wetzel, los que entre todos los hombres entendían mejor la astucia del piel roja. Concibió que fuese posible que aquellos buenos misioneros, enfrascados en la tarea de salvar las almas de aquellos hijos de las selvas, no pensasen en otra cosa que, en la enseñanza y no conociesen la naturaleza de los indios más allá de lo que necesitaban para su tarea. Si lo que los veteranos de las fronteras afirmaron era cierto, el celo de los predicadores había cegado a éstos.

Jaime creía ver cada vez más claro el mejor método para enseñar a los salvajes. Había decidido proceder con lentitud, estudiar el carácter de los indios, no predicar una palabra de su religión hasta dominar su idioma, y así poder impresionar su sencilla mentalidad con la verdad. Quería explicarles el cristianismo con la misma claridad que ellos leían las huellas del venado sobre el musgo y la hojarasca del bosque y entendían los signos y señales de la Naturaleza.

-¡Ah! Ya están ustedes aquí. Espero que hayan descansado bien -dijo el señor Zeisberger cuando, al final de su largo relato, Nelly y Kate aparecieron.

-Muchas gracias. En efecto, nos encontramos mucho mejor -contestó Kate.

Las muchachas estaban totalmente cambiadas por el breve descanso y el cambio de trajes, y el anciano predicador no pudo ocultar su admiración.

-¡Caramba, caramba! Ahora sí que Edwards y Young me pedirán que les retenga aquí - exclamó mirando a Nelly y a Kate -. Vengan conmigo. Voy a enseñarles Villa de la Paz.

-¿Son cristianos todos esos indios? - preguntó de pronto Jaime.

-No, señor. Los indios que usted ve aquí, aunque pacíficos, no son cristianos. Nuestros conversos trabajan siempre, sea en el campo, sea en los talleres. Venga; asómese a este local. Aquí es donde predicamos por las tardes v durante el tiempo malo. Cuando hace buen tiempo, predicamos debajo de aquel bosquecillo de alisos.

Jaime y los otros se asomaron a la puerta del templo. Vieron un salón muy grande,- lleno de bancos, y en un extremo una plataforma. Unas pocas ventanas daban luz a aquella inmensa sala.

-He aquí uno de nuestros talleres -dijo el señor Zeisberger llevándoles a una cabaña-. Aquí confeccionamos escobas, arneses para los caballos, herramientas de agricultura, todas las cosas útiles que podemos hacer. Hasta tenemos una forja. Allí tienen ustedes un herrero indio.

El interior de la cabaña era escenario de ruidosa actividad. Había unos veinte indios trabajando con rostros graves. En un rincón, un salvaje sostenía con tenazas un pedazo de

hierro candente sobre el yunque y otro piel roja manejaba el martillo, haciendo saltar las chispas. En otro rincón había un círculo de indios jóvenes alrededor de un montón de hierba seca, confeccionando cestas. En un banco trabajaban tres carpinteros indios, cepillando y aserrando.

-¿Por qué llevan todos esos indios el cabello largo y lustroso, sin adorno?-preguntó Jaime, que era muy observador.

-Porque son cristianos. Han prescindido de los adornos y peinados guerreros de su raza-contestó el señor Zeisberger con inconsciente orgullo.

-No esperaba yo ver aquí un yunque de herrero. ¿De dónde han sacado ustedes las herramientas?

-Hemos tardado años en reunirlas. Algunas han venido por la vía fluvial, por el Ohio; otras, por tierra, desde Detroit. Ese yunque tiene historia. Estuvo durante años perdido en el bosque hasta que los pieles rojas lo encontraron. Le llaman la piedra retumbante, y los indios vienen desde muy lejos para verlo y oírlo.

El misionero señaló luego los anchos campos de trigo, y las laderas llenas de vacas y caballos, y los establos con los chillones marranos, todo lo cual daba fe de la creciente prosperidad de Villa de la Paz.

De regreso a la cabaña, mientras los otros escuchaban o interrogaban al señor Zeisberger, Jaime estaba pensativo, recordando a su hermano.

Más tarde, cuando se paseó con Nelly por la orilla del' río, habló de Joe.

-Joe deseaba mucho cazar con Wetzel. Seguramente volverá cuando haya satisfecho sus locas ansias de aventura. ¿No le parece?

Jaime hablaba con gran ansiedad, casi con súplica, porque dudaba de que su hermano volviese algún día y necesitaba que le animasen para no perder la esperanza.

-¡Nunca! -contestó Nelly solemnemente.

-¡Oh! ¿Por qué dice usted eso' -Porque le vi cómo le miraba, con ojos extraños. También me miró a mí así y aún siento el efecto de su intensa mirada. No, nunca volverá.

-Nelly, no diga usted que se marchó deliberadamente, porque... ¡Oh!, no puedo decirlo.

-No hay más motivo que el hecho de que las selvas le atraen más que el amor por usted o... por mí.

-No, no-respondió Jaime, palideciendo-. Usted no comprende. Él la amaba, yo lo sé; también me quería a mí. Él se ha marchado porque... no, no puedo decirlo.

-Jaime, yo confío en que me quiera-dijo Nelly, echándose a llorar-. Su frialdad, su indiferencia durante esos días me ha hecho mucho daño. Si es verdad que me quiere, como usted dice, me consolaré.

-Los dos tenemos razón: usted al decir que Joe no volverá, y yo que nos quería a los dos-dijo con tristeza Jaime ante la amarga certidumbre.

Mientras Nelly sollozaba y Jaime la contemplaba con ojos graves, sonaron de pronto en el crepúsculo las profundas y melodiosas notas de la campana del templo. Tanto les emocionó y sorprendió aquella maravillosa melodía que rompió la quietud crepuscular, que los dos se quedaron mirándose. Luego, recordaron. Aquélla era la campana de la misión, que llamaba a los indios cristianos al servicio vespertino.

XI

Lentamente transcurrieron los días bochornosos de la canícula sin acontecimiento alguno para interrumpir la soñolienta quietud. Los nuevos habitantes de Villa de la Paz gozaron de una vida de contento y satisfacción como no habían soñado. El señor Wells

empezó inmediatamente a trabajar con actividad, predicando todos los días a los indios, valiéndose de un intérprete. Nelly y Kate, aparte sus deberes caseros, se dedicaron a hermosear su nuevo hogar, y Jaime empezó con decisión la tarea de estudiar el carácter, las costumbres y el idioma de los pieles rojas. La gente joven hubiérase sentido perfectamente feliz en aquella nueva vida si Joe hubiese vuelto. Su desaparición y su prolongada ausencia eran tema constante de sus conversaciones. La fascinación de su potente personalidad había sido tan grande, que aún mucho tiempo después le recordaron en todo momento. Ninguno de los indios amigos trajo noticia alguna de Joe, ninguno encontró sus huellas. Se había adentrado en el dédalo de las intrincadas selvas donde buscarlo hubiera sido lo mismo que empeñarse en descubrir las huellas del vuelo de la golondrina.

Jaime pasaba parte de las mañanas estudiando con los intérpretes y rápidamente iba aprendiendo el idioma de los delawares. Ambulaba libremente entre los indios tratando de ganarse su buena voluntad. Siempre había de cincuenta a cien pieles rojas de visita en la aldea; a veces, cuando los misioneros anunciaban una asamblea especial, reuníanse debajo de los alisos hasta quinientos indios. Jaime, por lo tanto, tenía buena oportunidad para practicar sus estudios.

Afortunadamente para él, logró granjearse desde el primer momento las simpatías de Glickhican, el jefe indio converso. El anciano delawar era una ayuda inapreciable para Jaime. Desde el primer día cobró un gran afecto al joven predicador y hablaba con él durante horas.

De Glickhican aprendió Jaime a conocer la verdadera naturaleza del piel roja. El amor del indio por la libertad y el honor, su odio a la subyugación y el engaño, tal como lo explicaba el anciano jefe, recordaron a Jaime lo que el coronel Zane le había dicho acerca del carácter de los salvajes. Los indios tenían, en efecto, sobrados motivos para odiar a los colonizadores.

Raras veces los blancos habían pensado en los derechos del piel roja. Los colonizadores avanzaban constantemente, arando los campos con el fusil en la mano, considerando al indio poco menos que como animal, al que era más fácil matar que civilizar. ¡Qué poco conocían los colonizadores la orgullosa indiferencia, la inmarcesible pureza de su honor! Los pieles rojas veíanse echados, como raza perseguida, hacia las regiones más selváticas. De ser dueños absolutos de los bosques y de las grandes e ilimitadas llanuras, pasaron a ser fugitivos en su propio país. No era, pues, de extrañar que se convirtiesen en enemigos crueles los que antes habían sido todo bondad y honradez. De la guerra abierta v franca, recurrieron a las estratagemas y a la astucia, a los asaltos nocturnos, a las emboscadas fatales. Su valor caballeresco, aquella sublime herencia de sus antepasados, que no habían conocido al enemigo de rostro pálido, degeneró en salvaje ferocidad.

Aunque Jaime consideró muy interesante la historia del indio, le gustaba más el verbo rico con que Glickhican pintaba la vida doméstica del piel roja, la hermosa poesía de sus tradiciones y leyendas. Con delicia escuchaba el exquisito y policromo folklore de los indios. Por aquellas románticas leyendas, hermosos poemas y maravillosos mitos, esperaba obtener excelente idea de la religión de los indios. Encantadoras y sencillas como sueños infantiles eran aquellas leyendas extrañas, leyendas que hablaban de las hadas de los bosques que moraban en hondonadas alfombradas de helechos, que a la aurora salían para abrir las flores con un beso; de los caminos del bosque que eran sendas de los espíritus; de las hojas que murmuraban poesías que transmitían los vientos; de que en las rocas vivían los dioses y maestros de los indios, que vigilaban sobre sus elegidos.

Glickhican terminó un día su largo discurso declarando que en el curso de toda su vida (tenía a la sazón sesenta años) jamás había mentido, ni robado, ni engañado, ni asesinado, ni siquiera matado más que en defensa propia. Jaime, viendo las nobles facciones de aquel anciano jefe indio, le creyó implícitamente.

Sin embargo, cuando el joven predicador trataba de estudiar a los pieles rojas hostiles que visitaban la villa, no podía llegar a ninguna conclusión definitiva acerca de su carácter, ni a ningún análisis satisfactorio de su estado mental con respecto a la religión de los rostros pálidos. Su reserva pasiva, silenciosa, era desconcertante. Glickhican le había enseñado cómo interrogar a los indios de sentimientos amistosos y con éstos siempre tenía éxito. Pero poco lograba saber de los otros. Cuando hacía regalos a estos indios, nunca podía estar seguro de cómo aceptarían sus obsequios. Las joyas y el oro que había traído consigo iban a manos de los traficantes franceses que, a cambio, le dieron chucherías, adornos, brazaletes y armas; Jaime hizo centenares de regalos. Con osadía se acercaba a los jefes llenos de plumas y les ofrecía cuchillos, hachas o abalorios de plata. A veces, sus obsequios fueron rechazados con miradas altivas; otras veces los aceptaban con. frialdad; con recela, como si los presentes trajeran consigo ignoradas obligaciones.

Para un hombre blanco era una experiencia inolvidable ver a diez o doce de aquellos torvos reyes de los bosques de paso lento y majestuoso, ataviados con el rico esplendor de su indumentaria salvaje, pasearse entre las tiendas de Villa de la Paz. Aquellas procesiones siempre daban escalofríos a Jaime. Los jefes salvajes escuchaban imperturbables el canto; las, oraciones y los sermones de los cristianos. En sus rostros bronceados no se veía ninguna emoción; nada cambiaba sus facciones impasibles. Si no hubiese sido porque caminaban, o miraban con ojos llameantes, se les hubiera tomado por estatuas. Cuando aquellos jefes salvajes contemplaban a los indios conversos, algunos de los cuales pertenecían a sus propias tribus, el desprecio de sus miradas revelaba que consideraban a aquellos indios cristianos como una raza enemiga.

Entre los jefes indios que de vez en cuando acudían a la aldea cristiana señaló Glickhican a Wingenund, el supremo cacique de los delawares, a Half King, Shingiss y Kotoxan, todos de la tribu del Lobo de los delawares.

Glickhican explicó a Jaime que la nación de los delawares se había dividido en dos tribus, la del Lobo y la de la Tortuga, guerreros los primeros, y pacíficos los segundos. Pocos indios de la tribu del Lobo habían aceptado la nueva religión, y los que lo habían hecho se veían despreciados. Wingenund, el gran cacique de los delawares, más aún, jefe indiscutible de todas las tribus del Oeste, mantenía una actitud neutral hacia. Villa de la Paz. Pero se sabía muy bien que sus lugartenientes, Pipa y Winstonah, eran enemigos de la religión cristiana.

Jaime resumió en sus estudios todo lo que había aprendido y trató de utilizar parte de ello para concebir un sermón que fuese distinto de todos los que los indios habían escuchado hasta entonces. Al predicar, no deseaba hablarles de cosas fuera de su alcance; quería, si era posible, hablar de acuerdo con los ideales de ellos, porque los creía más hermosos que los de él. Deseaba llevar su enseñanza sobre la base sencilla de sus creencias, para que después de estimular y desarrollar sus mentalidades, pudiesen pasar, de lo que conocían, al cristianismo desconocido del hombre blanco.

La primera vez que se dirigió a los indios fue un día en que el señor Wells se hallaba indispuesto, por exceso do, trabajo, y estando ausentes los otros misioneros. Jaime no se consideraba aún preparado para predicar, por lo que dirigió sus esfuerzos a una charla sencilla y grave, recitando los pensamientos que había asimilado durante su breve estancia entre los indios.

Decir que se asombró cuando se enteró de haber hecho una gran impresión, no era describir exactamente el estado de su ánimo, porque no había previsto en modo alguno un éxito tan grande. Los conversos se hacían lenguas en loor de su sermón, los descreídos se quedaron silenciosos y pensativos. A pesar suyo y mucho antes de considerarse preparado para una misión, se vio lanzado a la enseñanza religiosa. Cada día se le obligó a predicar, cada día cuando menos un indio se convertía a la nueva fe, cada día aumentaba la atención y el interés de los infieles. Los viejos misioneros sentíanse embargados de alegría y le instaban

constantemente a que predicase, hasta que, por fin, llevaba él solo el servicio religioso vespertino.

La noticia se esparció, la Villa de la Paz recibió la visita de más indios que nunca. Día tras día la fe iba afianzándose. Algunos de los conversos sufrían una especie de éxtasis religioso, lo que ejercía poderosa influencia sobre los que dudaban. Muchos creían que había llegado el Gran Monitor.

Heckewelder, el director de todas las misiones moravas del Oeste, visitó la villa en aquella época, e, impresionado por el éxito del joven misionero, organizó un festival religioso que había de durar tres días. Se enviaron invitaciones a todas las tribus, requiriendo especialmente la visita de los hurones del Oeste, de los shawnis del Sur y de los delawares del Norte. No se practicó ningún engaño para atraer a los lejanos salvajes a Villa de la Paz. Se les suplicó que acudiesen, que tomasen parte en la fiesta y que escuchasen las enseñanzas del hombre blanco.

XII

Desde el amanecer hasta el mediodía de aquel domingo era incesante la llegada de indios a Villa de la Paz. Centenares de canoas bajaron por la rápida corriente y hundieron la proa en la arenosa playa. Muchos grupos de guerreros montados salían de los bosques y penetraban en el llano de la aldea; por los senderos venían las mujeres con las criaturas de pecho, las muchachas con cestas, y la chiquillería juguetona.

Durante la mañana se repartieron regalos y después se dio un banquete a los visitantes. Por la tarde, todo el mundo se reunió en el bosquecillo para oír el sermón.

El bosquecillo de alisos donde se había de celebrar el servicio parecía creado por la Naturaleza para aquel objeto. Los árboles eran grandes, muy copudos y distanciados entre sí. Piedras musgosas y una densa alfombra verde ofrecían cómodo asiento a la congregación.

Heckewelder, hombre alto, delgado, de aspecto bondadoso, dirigió la organización. Coloco a los indios conversos inmediatamente detrás de la pequeña elevación de tierra desde la cual había de hablar el predicador. En el semicírculo, frente al otero, colocó a los jefes y personajes importantes de las varias tribus. Luego hizo un breve discurso en idioma nativo hablando de la labor de la misión, de las maravillas que habían conseguido y de la buena labor que aún esperaban hacer. Concluyo presentando al joven misionero.

Mientras Heckewelder hablaba, Jaime, que estaba detrás de él, empleó el breve tiempo que le quedaba para estudiar a la multitud. Jamás olvidaría aquel espectáculo, que le asombró. Desde aquel anfiteatro le miraban cerca de un millar de rostros oscuros y quietos. A la suave brisa movíase el mar de plumas policromas con que se habían adornado los salvajes. Los tocados fantásticos de éstos presentaban un fuerte contraste con las cabelleras lisas v sencillas de los conversos. Aquellas plumas retadoras significaban la diferencia entre los salvajes y los cristianos.

Frente al otero se hallaban sentados cincuenta jefes, atentos y majestuosos. En aquel círculo había representantes de todas las tribus hasta el río Scioto. Había allí jefes indios que tenían fama de guerreros, de astucia, de valor v de sabiduría. Su pomposa presencia daba a la asamblea importancia centuplicada. Si fuese posible interesar y conmover a tales personajes, cabía esperar que todo el Oeste quedaría civilizado en poco tiempo.

Hepote, cabecilla de los Maumi, del que se decía que jamás había escuchado la palabra de un rostro pálido, estaba en el centro de aquel círculo. A derecha e izquierda suya estaban Pipa y Shaushoto, implacables enemigos de todos los blancos. Entre todos estos jefes descollaba la figura de Wingenund, el cacique delaware.

Se hallaba en pie, en el extremo izquierdo del círculo, apoyado contra un árbol. Llevaba un manto largo negro, adornado con manchas blancas, que sostenía con el brazo bronceado, en el cual lucía un pesado brazalete de oro.

El penacho que llevaba, y que llegaba hasta el suelo, era de una belleza soberana. Las plumas de águila, todas de igual tamaño,. eran completamente blancas, excepto la punta, que era negra.

A sus pies sentábase su hija Aola, rodeada por sus doncellas. La hija del jefe dirigía sus dulces ojos negros al joven predicador, llenos de maravillosa luz de sorpresa y esperanza.

Más allá del círculo estaba la masa compacta de los demás indios, debajo de los árboles, sentados en el suelo herboso y, algunos, en las ramas bajas de los alisos.

Cuando Jaime contempló aquel mar de rostros, se sobresaltó de pronto al ver unos ojos de mirada fiera que se dirigían a él. Reconoció a Silvertip, el jefe shawni, que se hallaba, sentado, sin moverse, sobre un poderoso caballo negro. Este caballo produjo también sorpresa a Jaime, porque era Lance, el favorito de su hermano Joe. Pero no tuvo tiempo de reflexionar más acerca de los enemigos de Joe porque en aquel momento Heckewelder le cedió la palabra.

Jaime se sentó y con voz resonante y clara empezó su discurso

-¡Jefes, guerreros, muchachas y niños de la selva! Escuchad y vuestros oídos no percibirán ninguna mentira. Yo vengo de donde sale el sol para hablaros del Gran Espíritu de los hombres blancos.

Muchas, muchas lunas hace, tantas como hierbas crecen en aquella llanura, el Gran Espíritu del que voy a hablaros, creó el mundo. Él hizo los lagos rutilantes y los ríos rápidos, las llanuras ilimitadas y los bosques selváticos, sobre todo lo cual hizo brillar el sol y caer la lluvia. El dio vida al majestuoso alce, al gracioso ciervo, al potente bisonte, al oso, al zorro, a todas las bestias y pájaros y peces. Pero no estaba contento, porque nada era perfecto a su mirada. Entonces. creo, al hombre blanco, a su propia imagen, y de la costilla de aquel hombre creó su pareja... su mujer. Y los dejó ir libres en un hermoso bosque.

»La vida era bella en aquel bello bosque. El sol brillaba siempre, los pájaros cantaban, las aguas fluían melodiosamente, las flores llenaban con dulces fragancias el aire. En aquel bosque, en que las flores florecían siempre, había un árbol, el Árbol de la Vida, cuya manzana no habían de comer. En todo aquel hermoso bosque de la abundancia sólo les estaba prohibida aquella manzana.

Mas con la mujer nació el mal. Una serpiente la tentó para que comiese la manzana de la Vida, y ella tentó al hombre para que la comiese. Por su gran pecado, el Gran Espíritu mandó a la serpiente que se arrastrase para siempre sobre el vientre, y al hombre y a la mujer los echó del bello bosque. El castigo de su pecado lo habían de sufrir sus hijos y los hijos de sus hijos hasta el final; del tiempo. Los dos anduvieron lejos, adentrándose en las oscuras selvas para aprender a vivir lo mejor que pudieron. De estos dos seres descendieron todas las tribus. El mundo es ancho. Un guerrero puede caminar todos los días de su vida y nunca llegará al sol poniente, donde viven las tribus de los pieles amarillas. Puede viajar la mitad de su vida para llegar a los vientos del Sur, donde abundan las tribus de los pieles negras. Pueblos de todos los colores habitaban el mundo. Vivían en odio mutuo. Vertieron la sangre de sus semejantes, se robaron mutuamente las tierras, el oro y las mujeres. Pecaron.

»Muchas, muchas lunas hace, el Gran Espíritu se entristeció al ver que su tribu elegida, la de los rostros pálidos, viviese en la ignorancia y el pecado. Entonces les envió a su hijo único para redimirlos y les dijo que si escuchaban y creían y enseñaban a las demás tribus, él les perdonaría su pecado y los admitiría de nuevo en el bello bosque.

Esto sucedió hace muchas, muchas lunas, cuando el rostro blanco mataba a su hermano por el oro y por las tierras, y pegaba a sus esclavas para que le plantasen el trigo. El hijo del Gran Espíritu apartó la nube de los ojos de los rostros pálidos v así vieron y

aprendieron. Tan complacido se mostró el Gran Espíritu, que hizo a los rostros pálidos los dueños del mundo y les ordenó que fuesen a tierras lejanas a enseñar a las tribus ignorantes.

.Para enseñaros ha venido el joven rostro pálido desde el sol naciente. No desea ni tierras ni poderes. Ha dado
todo lo que tenía. Camina entre vosotros sin rifle ni cuchillo. No puede ganar otra cosa que la felicidad de abrir los ojos de los hombres rojos.

»El Gran Espíritu del que yo os hablo, y el gran Manitú, vuestro ídolo, son uno y el mismo; los cazaderos felices del indio y el bosque bello del rostro pálido es una y la misma cosa; el rostro blanco y el hombre rojo son los. mismos, sólo hay un gran espíritu, que es Dios. Sólo hay un hogar eterno, que es el Cielo; sólo hay un ser humano, que es el hombre.

El indio conoce las costumbres del castor, sabe seguir los senderos de las selvas, sabe conducir sus canoas a través de los hirvientes rápidos; es honrado, es bravo, es grande, pero no es sabio. Su sabiduría está nublada por el pecado original. Vive en la holganza; pinta su rostro; hace trabajar a su esposa, en vez de trabajar él para ella; mata a sus hermanos. Adora los árboles y las rocas. Si fuese sabio, no convertiría en dioses a la veloz flecha, ni a la rápida canoa, porque estas cosas no tienen vida. En sus sueños ve volar su flecha hacia el ciervo que huye; en sus sueños ve a su canoa salvar la cresta de las olas brillantes y en su imaginación les da vida. Cuando abra los ojos verá que no tienen espíritu. El espíritu está en su propio corazón. Él es el que guía la flecha hacia el ciervo que huye, y la canoa sobre la veloz corriente. Es su espíritu el que le hace encontrar los senderos ignorados y realizar bravas hazañas y amar a sus hijos y su honor. Es su espíritu el que le hace encontrarse cara a cara con el enemigo y, si ha de morir, el que le da fuerza para morir... como un hombre. Su espíritu es el que le hace distinto de la flecha, de la canoa, de la montaña, de los pájaros y de todos los animales. Porque su espíritu nace del Gran Espíritu, el creador de todos. A Él habéis de rendir culto.

-Hombres rojos, este culto comprende vuestro espíritu y os enseña a obrar bien. Se llama cristianismo. Cristianismo significa amor. Si amáis al Gran Espíritu, amaréis a vuestras mujeres, a vuestros hijos, a vuestros hermanos, a vuestros amigos, a vuestros enemigos... amaréis a los rostros blancos. Ya no pasaréis más holgando el invierno y haciendo guerras en verano. Llevaréis vuestro cuchillo y vuestra hacha tan sólo cuando vayáis a cazar para obtener carne. Seréis bondadosos, cariñosos, virtuosos... seréis sabios. Cuándo haya llegado el fin de vuestros días, encontraréis
a todos vuestros hermanos en el bosque bello. Allí donde florecen siempre las flores, donde siempre maduran las frutas, donde siempre murmuran suaves las brisas del verano y se deslizan suaves todas las aguas; allí reinará para siempre la paz.

Camaradas, sed sabios, reflexionad. Olvidad al rostro pálido perverso, porque hay muchos rostros pálidos que son perversos. Os venden el agua de fuego de la serpiente, mienten y roban y asesinan. Los ojos de esos rostros pálidos aún están nublados. Si no los abren, no verán nunca el bosque bello. Mucho tenéis que perdonar, pero los que perdonan son agradables al Gran Espíritu; habéis de amar, y los que aman, serán amados; habéis de trabajar, porque los que trabajan serán felices.

¡Mirad la Villa de la Paz! Un día sólo había pocos, ahora son muchos. Donde antes las selvas oscuras sombrearon la tierra, veis cabañas, campos labrados, ganado. Campo tras campo de trigo dorado brilla ante vuestros ojos. La tierra florece en abundancia. La holganza y la lucha no hicieron estas ricas cosechas. La fe hizo el amor, el amor hizo sabios a los ojos, los ojos sabios vieron, y vedlo, llegó la abundancia.

»La prueba del amor es la felicidad. Estos indios cristianos son felices. Viven en paz con el hombre rojo y con el hombre blanco. Trabajan en los talleres. En días no lejanos, cabañas y campos de trigo serán suyos. Subirán sus hijos, no para ocultarse en las selvas para matar, sino para ir mano a mano con el rostro pálido como iguales suyos.

¡Oh, abrid vuestros oídos ! Dios os habla ; la paz os espera. Desechad la amargura de vuestros corazones ; es el veneno de la serpiente. Mientras odiáis, Dios cierra sus ojos. Sois grandes en las sendas, en los consejos, en la guerra; sed ahora grandes en el perdón. Perdonad al rostro pálido que os ha robado las tierras. Entonces vendrá la paz. Si no perdonáis, la guerra continuara; perderéis las tierras y los hogares, para encontrar ignoradas tumbas bajo la hojarasca de las selvas. La venganza es dulce, pero no es sabia. El precio de la venganza es la sangre v la vida. Arrancadla de vuestros corazones. Amad a estos indios cristianos, amad a los misioneros que os aman a vosotros ; amad a todas las criaturas vivientes. La vida es breve, por lo tanto no luchéis más. Digamos juntos: "Hermanos", ésta es la palabra de Dios, ésta es su Ley, éste es el Amor, éste es el Cristianismo. Si podéis decir de corazón «hermane», entonces sois cristianos.

»Hermanos, el predicador de rostro pálido os suplica. No penséis en esta guerra larga y cruenta, en vuestros muertos deshonrados, en vuestras tiendas silenciosas, en vuestras tumbas ignoradas, en vuestros hogares sin hijos. Pensad en lo por venir. Una palabra de vosotros llevará la paz a toda esta ancha tierra. El rostro pálido tiene que honrar al cristiano. No puede robar la tierra al cristiano. Todos los rostros pálidos, que son tantos como las estrellas del .Gran Camino Blanco, no se atreverían a invadir la Villa de la Paz. Porque aquí nos sonríe Dios. Escuchad sus palabras : «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cansados, que yo os haré descansar. »

Sobre la multitud cerníase un silencio solemne e impresionante. Luego, levantóse un anciano jefe de los delawares, con rostro profundamente pensativo, y se paseó lentamente ante el círculo de jefes. A poco se detuvo, se dirigió a los indios y habló

-Netawatwis está casi persuadido a ser cristiano.

Y se volvió a sentar. Siguió otro intervalo de penetrante inquietud. Por fin so levantó un jefe de aspecto venerable.

-Ojos Blancos escucha el trueno tonante en sus oídos. El humo se aparta de su mirada. Ojos Blancos es el jefe más anciano de los Lenni-Lenape. Sus días sen muchos, sus días están plenos, se acercan al atardecer de su vida. So alegra de que la sabiduría le llegue antes de quo se ponga su sol.

"Ojos Blancos creo en el joven padre blanco. Los caminos del Gran Espíritu son tantos como las hojas que vuelan, son extraños y secretos como el vuelo del somormujo; Ojos Blancos cree que los cazaderos felices del hombre rojo no necesitan ser olvidados para amar al Dios de los rostros pálidos. Lo mismo que un joven bravo está confuso y jadeante cuando pisa por primera vez la senda, así el guerrero anciano siento su comprensión do aquel dios: a :ciegas va tentando su camino por los barrancos oscuros.

»Ojos Blancos habla pocas palabras hoy, porque está aprendiendo sabiduría; suplica a su pueblo que atienda la voz del padre blanco. La guerra es mala, la paz es mejor.
El amor es el amino de la paz. El rostro pálido avanza un paso más hacia su Dios. Trabaja por su hogar, mantiene la paz, pide poco, libra a sus mujeres. Esto está bien. Ojos Blancos ha dicho.

El anciano jefe avanzó lentamente hacia los indios cristianos. Dejó aparte navaja y hacha y se quitó las plumas de águila y el penacho de guerra. Con la cabeza desnuda so sentó entre los conversos. Estos empezaron a entonar un cántico en voz baja y melodiosa.

El silencio que siguió a esto acto era muy significativo. Wingenund avanzó hacia el otero con paso lento y majestuoso. Sus ojos oscuros destellaban desprecio, revelando la pasión que le embargaba.

-El oído de Wingenund es fino, ha oído caer una pluma en medio de una tempestad, ahora oye a un tordo su voz suave. Wingenund grita a su pueblo, a sus amigos,
a los jefes de las demás tribus : « ¡ No enterréis el hacha! » La lengua del padre blanco se desliza suave como las aguas del río; canta como canta el tordo cuando llama a su pareja.

Escuchadle, pero ¡esperad, esperad! Que el tiempo pruebe su hermoso discurso; que las lunas pasen sobre la Villa de la Paz.

»Wingenund no hace ostentación de sabiduría. Se ha hecho anciano entre sus guerreros, los ama, teme :por ellos. El sueño del bello bosque del rostro pálido luce como el arco iris sobre la riente cascada del río. El sueño del rostro pálido es demasiado hermoso para que llegue a ser verdad.

"En días pasados, cuando los padres y les padres de los padres de Wingenund no oían el hacha del rostro pálido, vivían en amor y felicidad, como el joven padre blanco sueña. 'No hicieron guerra. Una paloma blanca se hallaba en todos sus hogares. Las tierras eran suyas y ellos eran ricos. Llegó el rostro pálido con su muerte de plomo, su agua de fuego, su hacha ruidosa, y la gloria del hombre rojo se desvaneció para siempre.

»Wingenund no desea inflamar el corazón de sus bravos a la furia. Está cansado del vertimiento do sangre, no por miedo, porque Wingenund no puedo sentir el miedo.
'Pero suplica a su pueblo que espere, que recuerde que los obsequios del rostro blanco siempre contenían una flecha envenenada. El corazón do Wingenund siente ya las sombras grises del crepúsculo.

El jefe indio se detuvo un largo momento como si quisiera reunir aliento para el ataque final. Luego, con un ademán magnífico, tronó.

-¿Es que el delaware es tonto? Cuando Wingenund pueda cruzar sin armas el camino hasta el Agua Grande, entonces cambiará de opinión. Cuando Viento de Muerte cese de imprimir su sangrienta senda sobre las hojas caídas, entonces Wingenund creerá.

XIII

Al declinar el verano, cada día un poco más corto que el anterior, más melancólico, con sus tardes frescas y húmedas, la pequeña colonia blanca de Villa de la Paz llevaba una vida activa y animada.

Desde el comienzo de los sermones del joven misionero habíanse convertido al cristianismo cerca de cincuenta indios, entre ellos algunos jefes significados. Heckewelder declaró que el resultado era sencillamente maravilloso, y si podían continuar del mismo modo, lograrían sobre los indios, una influencia tal vez decisiva y perdurable. Heckewelder había logrado interesar a los salvajes que vivían hacia el oeste de la aldea, hasta tal punto, que le permitieron establecer puestos misioneros en dos localidades más
uno cerca de Goshhocking, un pueblo delaware, y otro, a orillas del Muskingong, el río más caudaloso del centro de la región del Ohio. Con sus ayudantes Edwards y Young había ido varias veces a aquellos puestos, para predicar, hacer regalos y solicitar ayuda de los jefes indios.

Tal vez el aspecto más interesante de la animada vida de los misioneros era la rivalidad entre Young y Edwards para conquistar el cariño de Kate Wells. Generalmente, la hermosura de Nelly atraía más a los hombres que la tranquila belleza de Kate; sin embargo, en este caso, aunque los dos predicadores admiraban a Nelly, se enamoraron de Kate. Los dos hombres ya pasaban de los treinta años y se habían dedicado, con su peculiar honradez y bondad, en cuerpo y alma al trabajo de su profesión. Los dos eran feos y, por haberse dedicado a la tarea religiosa desde temprana edad, habían pasado la vida lejos de

las mujeres de su propia raza o que les faltaba la facilidad de trato que las mujeres gustan de ver en los hombres. Young y Edwards eran en ese sentido casi zafios que, sin atreverse a hablar casi nunca al objeto de su adoración, se comportaban de modo asaz ridículo.

Aunque era posible que Kate se divirtiese como loa demás (Heckewelder no podía ocultar la risa y Nelly hizo poco para ocultarla), nunca demostró abiertamente que el galanteo de los dos pobres hombres fuese una diversión para ella. Mostrábase siempre serena y bondadosa y trataba a los dos de igual modo; sin duda sabía muy bien que cada uno de ellos poseía, a pesar del rudo aspecto, un corazón de oro.

Un día, el genial Heckewelder perdió la paciencia , o fingió haberla perdido.

-¡Oigan: ustedes, caballeritos! Ustedes están convirtiéndose en hombres decorativos. Toda esa manía de cambiar de trajes, atusarse los bigotes y suspirar con elocuencia, al parecer no ha influido sobre la dama de su corazón. Me dan ganas de enviarles a los dos a la aldea de Maumi, que está a cien millas de este pueblo. Admito que la señorita sea encantadora,. pero si va a ser motivo para que ustedes no dediquen sus esfuerzos a nuestra misión, me veré obligado a protestar. Para el caso, tal vez me presente yo mismo como candidato a la mano de la beldad. Soy tan joven como cualquiera de ustedes y me parece que bastante más guapo. Tendrán ustedes muy pronto un rival peligroso, manera que arreglen el asunto de una vez y sepan que sólo uno de ustedes puede casarse con la chica.

Aquélla arenga de su bondadoso jefe colocó a los dos hombres en un terrible brete.

A la tarde siguiente de este incidente, Heckewelder y Wells se fueron a uno de los talleres indios v Jaime y Nelly dieron un paseo por el río. Young y Edwards, después de conferenciar durante una hora, decidieron zanjar el asunto de una vez.

Young era un hombre pálido y delgado, muy feo, excepto cuando sonreía. Su sonrisa no sólo transformaba la fealdad de su rostro, sino que, además, despejaba las sombras dé sus ojos, permitiendo que se viese su alma gentil y bondadosa. Era un hombre nervioso y de carácter tímido. Edwards era todo lo contrario, porque era corpulento, fornido y tenía modales que en otros hubiesen revelado confianza en sí mismo, cosa de la que él carecía. Los dos eran buenos y leales amigos.

-Dave, yo no podría preguntárselo -dijo Young, temblando ante el mero pensamiento -. Además, sé que no hay esperanza para mí. Por eso prefiero no preguntarle nada. ¿Qué ha de ver una mujer tan gloriosa en un hombre tan insignificante como yo?

-Jorge, verdad que no eres un Adonis precisamente -admitió Dave-; pero tratándose de las mujeres, no se sabe nunca. A veces les gusta precisamente el hombre insignificante. No tengas, pues, miedo de preguntárselo. Además, así me allanas el camino. Podrías decirle... algo acerca de mí... tantearla, para que yo...

Dave no pudo seguir hablando, pero ya había dicho bastante para descorazonar por completo al pobre Jorge. Dave estaba tan entusiasmado, animándose a sí mismo, que se olvidaba de los sentimientos de su amigo.

-No, no puedo - exclamó Jorge, jadeante, dejándose caer en una silla, muy pálido -. No puedo suplicarle que me quiera a mí, y menos hablar en favor de otro. Creo que te tiene más simpatía a ti y que no te dirá que no.

-¿Tú lo crees de verdad? - preguntó Dave, nervioso.

-Estoy seguro. Tú eres un hombre que se puede dejar ver y lograrás su cariño. Yo me alegraría de ello, porque ya estoy al final de mis fuerzas con tanto preocuparme de ella. Y una vez que te haya dicho que sí, estaré contento de tu felicidad. Pero, Dave, ¿verdad que me dejarás verla de vez en cuando? Ahora, vete y acaba de una vez.

-Sí, es preciso acabar de una vez -contestó Dave, levantándose decidido, diciéndose que si se plantaba valiente y enérgico delante de la dama, haría buena impresión; mas al llegar a la puerta, tenía todo menos aspecto de conquistador.

-¿Estás seguro de que... de que me quiere? -preguntó Dave por centésima vez, y su amigo exclamó con tono convincente

-Estoy seguro. Vete... date prisa. Te digo que no puedo resistir más.

-¿Por qué no vas tú primero? - murmuró Dave sin soltar la puerta.

-Yo no iré. Yo no puedo preguntarle eso. Yo no la quiero. ¡Vete, sal de una vez

Dave se dirigió a desgana hacia la cabaña contigua, por cuya ventana abierta salía el canto de la mujer que era culpable de aquel conflicto sentimental. Jorge, mientras tanto, se echó sobre la cama, sintiendo un gran alivio porque todo hubiese acabado. Estuvo echado, con los ojos cerrados, al parecer, durante horas. Cuando Dave regresó, Jorge se levantó de un salto y vio que su amigo se dejaba caer en una silla. Dave no era el mismo, parecía cambiado, como si se hubiese achicado, y en el rostro tenía una expresión de amargo disgusto.

-Bueno, ¿qué?-exclamó Jorge con viveza, aunque, a pesar de su exaltada imaginación, su amigo no parecía un conquistador victorioso.

-Me ha rechazado -balbució Dave -. Ha sido muy buena y muy simpática, diciéndome que sería para mí una hermana... No sé exactamente qué es lo que dijo, pero el caso es que me dijo que no.

-¿Qué le has dicho? - preguntó Jorge.

Una vaga esperanza casi le impidió hablar.

-Pues todo lo que se me ocurrió - contestó Dave, disgustado-, hasta lo que tú me dijiste.

-¿Lo que yo te dije? Dave, ¿qué es lo que has dicho?

-Pues lo que tú dijiste, que tú estabas seguro de que ella me quería y que tú no la querías...

-¡Idiota! -tronó Jorge, irguiéndose como un león a quien despiertan de pronto.

-Pero, ¿no me has dicho tú eso? - preguntó Dave, estupefacto.

-¡No! ¡No! ¡No! ¡Idiota!

Como llevado por mil diablos, Jorge salió de la cabaña y un momento después se plantó desgreñado y frenético ante Kate, espetándole sin más ni más

-¿Le ha dicho ese tonto que yo no la quiero a usted?

Kate le miró sorprendida, pero, dándose cuenta del porqué del aspecto y de las palabras alocadas de Jorge, volvió a adoptar su acostumbrada calma. Mirándole otra vez vara convencerse de que aquel joven apasionado era en efecto Jorge Youna, apartó el rostro diciendo

-Si usted se refiere al señor Edwards, creo que, en efecto, dijo eso. Por su manera de hablar pareció como si hubiese monopolizado todo el amor en Villa de la Paz.

-Pero eso no es verdad. Yo la amo a usted. Yo la amo a usted hasta la locura. Yo la he amado desde el primer día que la vi. Así se¡ lo dije . a Dave. Heckewelder lo sabe; hasta los indios lo saben-; gritaba Jorge, protestando vehementemente contra la disparatada alusión a, sus afectos, no dándose cuenta de que estaba haciendo la más apasionada declaración de amor. .

Cuando se quedó sin . aliento, se sentó y se secó la frente. Kate se había puesto encarnada y sus ojos brillaban felices, pero Jorge no se percató de. aquellas manifestaciones de

-Claro que yo sé que usted no me quiere...

-¿Es que el señor Edwards le ha dicho eso? -preguntó Kate alzando rápidamente la mirada.

-Sí, muchas veces me ha dicho que lo pensaba así Siempre se consideraba como objeto afortunado de los afectos, de usted y yo también lo creía.

-Pero eso no es verdad.

-¿Qué?

-Que no es verdad?

-¿Qué . es. lo que no es verdad? ..

-¡Oh! ... eso de que yo...no le quiera; a usted.

-¡Kate! - exclamó Jorge extasiado, y :para acercarse a ella tropezó con dos sillas y cayó por fin de rodillas a los pies de la muchacha para besar su mano.

-¡Qué tonto! Siempre te he querido a ti -murmuró Kate sonriendo tranquila.

-Downs. Salga a la puerta y vea lo que hay allí -dijo Heckewelder a Jaime.

Un tanto sorprendido por el tono grave de Heckewelder, Jaime se levantó de la mesa y se asomó a la puerta. Vio a dos indios altos pasearse debajo de los alisos. Era a la caída de la tarde v aún había suficiente luz para ver claramente. Uno de los indios estaba casi desnudo; la esbelta y graciosa simetría de su figura oscura descollaba en fuerte contraste con la abigarrada indumentaria del otro.

-Silvertip y Girty -exclamó Jaime en voz baja.

-Yo conocía, desde luego, al renegado, pero no estaba seguro de que el otro fuese el indio que le capturó a usted y a su hermano -contestó Heckewelder, obligando a Jaime a entrar en la habitación.

-¿Qué significará su presencia aquí? -preguntó Jaime con aprensión.

Cada vez que oía el nombre de Girty o pensaba en él, recordaba con escalofríos ` la alusión del renegado a los buitres. Cada vez que veía volará un buitre sus pensamientos se volvían inmediatamente hacia el rufián y su amenaza.

-No lo sé -contestó Heckewelder-. Girty ha estado aquí últimamente varias veces. Le vi hablando con Pipa, en Goshhocking. Espero que no tramen ninguna diablura. Pipa es enemigo inexorable de todos los cristianos y Girty uña verdadera hiena. Creo que ustedes y las muchachas harán bien en no salir esos, dos estén aquí.

Aquella noche, todos los misioneros y sus familiares se hallaban reunidos en la habitación del señor Wells. Heckewelder contó algunas cosas de la vida de los indios; Nelly, entonó algunas canciones y Kate refirió cosas divertidas acerca de los muchachitos indios de la clase que daba en la escuela. Así, la velada pasó; agradablemente.

-El próximo miércoles tendré que celebrar una gran ceremonia - observó Heckewelder, poniendo una mano sobre la rodilla de Young-. Celebraremos el primer matrimonio entre blancos en Villa de la Paz, .

Young contempló azorado sus botas; Edwards cruzó una pierna sobre la otra y empezó toser para ocultar su azoramiento. Kate, como siempre sonreía, pensativa; Nelly hizo una dé sus muecas y ya iba a hablar cuando la mirada de Heckewelder la hizo callarse.

-Espero que pronto podremos celebrar otra boda - dijo plácidamente el misionero.

Esta observación tan corriente tuvo un efecto extraordinario. Nelly se volvió con las mejillas encendidas y miró por la ventana. Jaime frunció el ceño fieramente y se mordió los labios; Edwards empezó a reír y hasta el grave rostro del señor Wells se contrajo sonriendo.

-Quiero decir que he escogido una esposa delaware muy linda para Dave -dijo Heckewelder, al ver que la chanza no habría caído bien.

-¡Oh! - exclamó Nelly, llena de pánico.

Todos la miraron asombrados. Del rostro de la muchacha había desaparecido todo vestigio de color dejándola blanca como el mármol. Sus ojos miraron fijamente, llenos de horror, y de pronto soltó las manos del alfeizar de la ventana y cayó desmayada.

Heckewelder corrió a la puerta para mirar si había alguien fuera y los otros se inclinaron sobre la muchacha para hacerle volver en sí. Cuando abrió, por fin, sus hermosos ojos, miró azorada y miedosa los graves rostros que, llenos de ansia, se inclinaban sobre ella.

-Querida Nelly, no te asustes, estamos todos a tu lado. ¿Qué te ha pasado?-preguntó su hermana.

-¡Oh. ha sido horrible! -exclamó Nelly, incorporándose, cogiendo a su hermana con una mano y con la otra a Jaime-. Estaba mirando por la ventana, cuando, de pronto, vi un rostro repugnante -continuó la joven, con los ojos llenos de miedo-. ¡Qué ojos, Dios mío, qué ojos! Era una cara de lobo, con una nariz ganchuda. Nunca olvidaré aquellos ojos... No se trataba de un indio. Era aquel terrible renegado, a quien nunca he visto, pero sé que era él.

-Ha sido Girty -dijo Heckewelder, que acababa de entrar-. Cálmese, Nelly; ya se ha ido.

El incidente preocupó a todos y Nelly pasó algunos días en un estado de nerviosidad, pero como el renegado había desaparecido y no se supo nada más de él, poco a poco le olvidaron. El día de la boda de Kate amaneció encontrándose todos bien y felices. Al comienzo de la tarde, Jaime, Nelly, Kate y su novio dieron un paseo hasta el bosque con el propósito de buscar unas pocas flores silvestres con que adornar la cabaña.

-Los dos estamos pensando en él - dijo Jaime, después de que él y Nelly habían caminado un rato en silencio.

-Sí -contestó Nelly.

-Espero que Joe vuelva; pero si no volviese, Nelly... ¿no me podrá querer un poco?
No recibió contestación; Nelly apartó el rostro.

-Los dos la amamos. Si se ha marchado para siempre, nuestro amor por él nos habría de unir. Sé que él así lo deseaba.

-Jaime, no me hable ahora de amor-murmuró la joven, y volviéndose hacia los otros -: Vengan, aquí hay hermosas flores. Fíjense qué lindas son. Cojamos todas las que podamos.

Los dos hombres casi habían enterrado a las muchachas bajo enormes masas de hermosas flores, cuando el ruido de suaves pasos les obligó a volverse. Seis salvajes acababan de alzarse de entre el matorral donde habían estado escondidos, y apuntaban a los cuatro con sus rifles.

-No griten -exclamó una voz ronca. Y de entre la espesura salieron otras dos figuras: Girty y Silvertip.

-No griten o se quedarán aquí para ser pasto de los buitres-exclamó el renegado.

Al mismo tiempo cogió a Young y dio una orden a los indio;, señalando a un árbol cercano. Aunque era extraño, el renegado, al parecer, no deseaba verter la sangre de nadie. Mientras uno de los salvajes empezó a atar a Young al árbol, Girty dirigió la mirada sobre las muchachas, con ojos brillantes y con una mueca terriblemente significativa en su rostro repulsivo.

-A ti te esperaba -dijo roncamente, mirando a Nelly-. Eres la muchacha más guapa de la frontera, excepto tal vez Betty Zane; a ésta no la he podido coger, pero te tengo a ti y, después de que haya despedazado a tu precioso predicador, para que se lo coman los buitres, tal vez llegues a quererme.

Nelly miró un instante al rostro del monstruo; con los ojos llenos de pánico, trató de hablar, pero no pudo; luego, como pajarillo herido, cayó desmayada sobre la hierba.

XIV

Apocas millas de Villa de la Paz elevábase una cadena irregular de colinas: las lejanas estribaciones de los enormes montes Apalaches, de la gran cordillera Allenhany. Estas colinas eran boscosas, abundando allí, sobre todo, el roble y el álamo y sobresaliendo en algunos sitios elevadísimos pinos, cual centinelas de aquellas soledades. Caracterizábanse estas colinas por sus muchos y profundos barrancos, bordeados por riscos de roca gris, en cuyas vaguadas corrían torrentes de limpísimas aguas en su camino hacia el majestuoso Ohio.

Uno de estos valles, tan estrecho que el sol raras veces llegaba al alegre riachuelo que corría por el centro, era en realidad sólo una profunda hendidura en la roca. Un extremo de este valle angostábase poco a poco de tal modo que las paredes casi se tocaban y, al parecer, se perdían en la sombra de los lejanos riscos, porque se hallaban dominados por abetos que se inclinaban sobre los bordes como si tratasen de escudriñar los secretos del barranco. Tan profundo, oscuro y fresco era aquel escondido rincón que, a pesar de lo avanzado de la estación de verano, aún brillaba allí la primavera.

En rodas partes la hierba y el follaje eran suaves y lozanos. Los riscos grises adornábanse con helechos, líquenes y musgo. Bajo una gran rosa que sobresalía de la pared, manchada y húmeda por el agua color de cobre que bajaba desde la cima, había un lugar en el que nunca entraba el sol. Allí el rápido riachuelo deteníase un poco, dando una gran vuelta debajo del risco, como si le disgustase dejar aquel rincón tranquilo, y luego volvía a mostrarse saltarín en su rápida huída barranco abajo.

Abundaban las manifestaciones de vida en aquel hermoso y selvático lugar, que era poco menos que inaccesible. Pajarillos de color pardo y amarillo volaban y saltaban por los árboles, los tordos corrían por el suelo cubierto de hojarasca, oíase el melodioso canto de las oropéndolas y, por debajo de las bajas ramas, saltaban veloces los petirrojos y picamaderos. Las ardillas jugaban en todas partes a sus anchas, saltando de rama en rama y chillando ruidosamente desde las copas. Las liebres corrían libremente de una parte a otra y ramoneaban los tiernos brotes de laureles y sasafrás.

A lo largo del riachuelo bordeado de flores avanzaba cautelosamente un joven alto que, rifle en mano, mira con gran atención las ramas que se extendían sobre él. Por el tronco de un roble pasó veloz una sombra gris y, luego, la peluda cola de una ardilla señalaba el escondrijo bien protegido desde el cual sin duda los ojillos agudos vigilaban todos los movimientos del cazador.

Este alzaba el rifle, para bajarlo de nuevo, y, luego, dio la vuelta alrededor del árbol. A poco vio en la alta copa, debajo de una rama nudosa, una bola de piel gris; entonces empezó a sacudir fuertemente el árbol. Aquel movimiento molestó a la ardilla, que salió de su escondrijo y miró por encima de la rama. ¡Pam! La ardilla se desprendió de la rama y cayó a los pies del cazador y éste, al recogerla, recibió de pronto la luz del sol en pleno rostro.

El cazador era Joe.

Estaba satisfecho de haber cobrado aquella pieza, y guardándosela en el bolsillo retrocedió hacia el extremo del barranco. A poco, el alegre murmullo del torrente quedó apagado por un vago estruendo sobre las rocas. El riachuelo empezaba a mostrar manchas de blanca espuma. Pasando debajo de un risco gris, Joe dobló un recodo rocoso y se halló de pronto al final del barranco. Una cascada de agua señalaba el lugar donde comenzaba el riachuelo. El agua era de color pardo donde empezaba la cascada, verdoso claro en su amplia cortina y, abajo, al saltar sobre las piedras, un remolino de blanca espuma.

Sobre una roca plana, tan cera de la cascada que la rociada le alcanzaba, estaba otro cazador. El estruendo de la cascada apagaba cualquier otro sonido; sin embargo, aquel hombre despertó la soñolienta contemplación del agua cuando Joe dobló el recodo.

-He oído cuatro tiros – dijo al subir Joe a la roca.

- En efecto, y he cobrado una ardilla con cada disparo.

Wetzel echó a andar por la estrella y pina senda, verdadero vericueto, que gradualmente iba subiendo hacia la cima del barranco. Este atajo salía a cierta distancia encima de la cascada por el borde del risco, corría durante algunos metros a lo largo del precipicio y luego se adentraba en la espesura del bosque. Un poco antes de subir al risco, Wetzel se detuvo y miró con gran atención a todas partes. No se veía un alma viviente; el silencio era profundo en aquella región selvática.

Wetzel subió al risco y se asomó al borde. La pared rocosa opuesta se hallaba sólo a nueve metros de distancia y su borde estaba un poco más abajo que el del risco. La actitud de Wetzel parecía indicar que trataba de saltar la hendidura. En efecto, muchas veces, los pieles rojas, al perseguir al cazador hasta aquella fortaleza rocosa, habían llegado hasta el risco, y se maravillaban de la agilidad de Wetzel, que creyeron que había dado aquel prodigioso salto, haciendo así inútil toda persecución. Pero Wetzel, nunca había intentado realizar aquella proeza; primero, porque sabía que era poco menos que imposible, y segundo, porque no había necesidad de arriesgarse a darlo.

Cualquiera que se hubiese tomado la molestia de asomarse al borde del risco hubiera visto, a cosa de diez pies abajo, un estrecho saliente en la pared rocosa y hubiese imaginado que bajar a aquel saliente era arriesgado y no podía tener finalidad alguna.

Sin vacilar un momento salvó Wetzel el borde del risco y bajó el escalón rocoso. Joe le siguió. A un extremo del saliente había un arbusto de ramas fuertes y, encima, un pino enano proyectábase horizontalmente sobre el barranco. Dejando el rifle en tierra, Wetzel cogió una raíz fuerte y se deslizó con cuidado sobre el borde. Cuando había desaparecido todo el cuerpo, excepto las manos, éstas soltaron la raíz, cogieron el rifle y con idéntica precaución se dejó caer también y desaparecieron con él. Joe agarró la misma raíz cuando se hallaba colgado así sobre el borde, y encontró con los pies seguro apoyo en una cavidad en la roca. Soltando la raíz, cogió el fusil y se metió en el refugio de Wetzel.

De todos los refugios del cazador, que tenía muchos, éste lo consideraba aquél como el más seguro. Había descubierto la cueva debajo del saliente por casualidad. Un día, viéndose perseguido muy de cerca por los shawnis, se había dirigido al risco, y había bajado a aquel saliente con la intención de salvarse dejándose caer sobre las copas de los árboles del barranco. Aprovechando todo lo que podía ayudarle a acortar el salto, se había agarrado a la raíz del arbusto al extremo del escalón y después de deslizarse estuvo a punto de soltarla, cuando vio que la pared debajo del saliente retrocedía y que al alcance de sus pies tenía la entrada de una cueva. Ésta era pequeña; en su parte posterior había una abertura casi impracticable, una especie de grieta en la roca. Por las señales, aquella cueva había servido de invernadero para algún oso que debió de entrar por la grieta del fondo. De este modo Wetzel estableció allí un escondite donde era punto menos que imposible descubrirlo. Abasteció convenientemente aquel escondite al que entraba siempre por la parte del risco y salía por la parte interior, para lo cual era preciso avanzar a gatas.

Prueba del extraño carácter de Wetzel y de su amor por aquel hogar selvático fue su exigencia de que Joe le jure guardar el secreto. Era muy probable que, si el joven saliese alguna vez de la selva, sus explicaciones pudiesen revelar exactamente el escondite favorito del cazador, pero Wetzel exigió seriamente aquel juramento, como si el bosque estuviese lleno de indios y de blancos y todos anduviesen buscando su madriguera.

Joe se hallaba en el séptimo cielo de las delicias y se zambulló en la vida de libertad de las selvas como el pato en el agua. Ningún lugar le encantó tanto como aquel agujero oscuro y silencioso en lo alto de la abrupta pared del barranco.

Su interés por Wetzel trocóse pronto en gran admiración y, finalmente, en profundo cariño.

Aquella tarde, después de asegurarse de que todo estaba bien dentro del refugio, Joe apartó el rifle y, silbando suavemente, empezó a preparar la cena. La parte central de la cueva le permitía ponerse derecho y era bastante ancha para que pudiese moverse cómodamente. Allí Wetzel había instalado un pequeño fogón de piedra y varios utensilios de cocina. En un rincón había una pila de leña y un montón de piñas secas. Del techo colgaban trozos de carne de oso y de búfalo secos; un saco de trigo y otro ,de manzanas secas se hallaban sobre un anaquel rocoso.

Cerca colgaba un frasco de pólvora lleno de sal y pimienta. En la grieta del fondo de la cueva manaba una fuente de agua cristalina.

Las necesidades del hombre del bosque son pocas. Joe y Wetzel, con apetito acrecentado por su activa vida, comían la frugal cena con más satisfacción que si fuese un banquete. Cuando las sombras del crepúsculo llenaron la cueva, encendieron sus pipas, para gozar del solaz más dulce del cazador: fumar un rato en completo sosiego y tranquilidad.

Aunque parezca extraño, aquel solitario y austero cazador de indios y el muchacho impulsivo y temerario se avenían muy bien. Wetzel había simpatizado con el joven cuando lo llevó con su hermano al Fuerte Henry. Los hechos posteriores aumentaron la simpatía, y después del tiempo en que juntos recorrían los bosques, entre los dos habíase forjado una sincera amistad.

Wetzel comprendió muy bien el deseo vivo de Joe de recorrer las selvas, pero temió que el muchacho se cansaría pronto de aquella vida errante. Mas sucedió todo lo contrario. El cazador había tenido desde el primer instante la intención de llevar a su nuevo camarada a una excursión de caza y, luego, volver con él al Fuerte Henry; sin embargo, estaban en el bosque desde hacía más de tres semanas y cada día, de un modo u otro, Joe había demostrado su temple. Por fin, Wetzel le reveló el secreto de su escondite preferido. No quería lastimar los sentimientos del joven llevándolo de nuevo a la colonia, ni tampoco podía mandarle que regresase solo y le dejase allí. Así, los días transcurrían rápidamente, llenos de animación, y la intimidad entre el hombre y el joven aumentaba de día en día.

Había dos razones para que así sucediese: primero, no hay ser humano de mente sana que no esté mejor teniendo un compañero. Hasta un desterrado hallará un poco de felicidad al lado de quien comparta su miseria. En segundo lugar, Joe era un camarada muy valioso hasta para un matador de indios. Encadenado como estaba Wetzel a las selvas, a su vida solitaria, a la terrible venganza que estaba llevando a cabo desde hacía dieciocho años, seguía siendo un hombre civilizado, bondadoso en sus horas de tranquilidad, y por ello, aunque lo ignoraba, aún podía sentir afectos. Nunca había conocido lo que era ser joven: en plena juventud empezó su virilidad, empleada exclusivamente en su inexorable guerra contra el enemigo jurado; pero durante aquellos largos años, su corazón dolorido se abrió una vez a una nueva sensación y fue una mujer la que se la inspiró: una mujer que no era para él. Su vida sólo había tenido un objeto: matar a los indios. Sin embargo, no carecía de corazón y no pudo evitar que correspondiese a otro. En su torpe ignorancia se rebeló contra un afecto que no era el que sentía por las selvas. El hombre es débil frente al odio, pero más lo es aún frente al cariño. Los oscuros recintos del gran corazón de Wetzel abriéronse, admitiendo en sus tétricas profundidades a aquel joven desconocido. Así nació un nuevo cariño en aquel corazón sin alegrías, donde morara durante tanto tiempo en glacial reclusión el fantasma de un viejo amor.

Los sentimiento de camaradería que Wetzel sentía por Joe eran algo totalmente nuevo en la vida del cazador. Cierto era que había cazado con Jonathan Zane y había acompañado a expediciones en las que se vio obligado a compartir el lecho de hojarasca con otros guías como él, pero jamás había tenido un camarada y menos un amigo. Joe era un muchacho más selvático que un águila, pero excepto por los años, era un hombre hecho y derecho.

Mostrábase feliz y entusiasta; nunca hacía preguntas, como era de suponer en un joven ansioso de conocer la nueva vida, sino que aguardaba siempre que le hablase antes. Era muy capaz; nunca olvidaba nada; tenía la vista del cazador nato; además, era fuerte y ágil como un lince, y no conocía el miedo. Estas últimas cualidades eran las que más influencia ejercían sobre Wetzel.

Aquella noche, los dos compañeros seguían como siempre la costumbre establecida. Pasaron un rato fumando antes de acostarse. Wetzel estaba más callado que de costumbre, y el joven, rendido por las correrías de todo el día, se echó sobre un lecho de fragante hierba.

Wetzel continuó fumando lentamente en la oscuridad cada vez más profunda. La noche era muy quieta; los pájaros habían cesado de cantar; el viento se había calmado; aún era demasiado temprano para percibir los aullidos del lobo, el quejido de la pantera, el ulular del búho.

La profunda y regular respiración del muchacho llevó a Wetzel a meditar de nuevo, como hiciera con frecuencia durante las últimas semanas, acerca del cambio que se había operado en su vida. Estaba seguro de que Joe le quería, porque constantemente daba pruebas de ello. El muchacho había preferido vagar con el solitario cazador por las selvas, arrostrando los peligros y las durezas de aquella vida errante, en vez de aceptar la sonrisa de la fortuna y del amor. Wetzel sabía que el coronel Zane había simpatizado también con el joven, que le había ofrecido trabajo y un hogar, y también recordaba el cazador la pasión que viera en los ojos de Nelly. Reflexionando de este modo, el hombre sintió en el corazón una emoción extraña; el vengador olvidó por un momento el objeto de su vida. Sintióse extrañamente enternecido. Cuando por fin se acostó, lo hizo con cierta sensación de alegría a causa de que, aunque siempre había deseado vivir una vida solitaria para poder cumplir sin obstáculos su juramentó, ahora compartía su soledad un muchacho que le quería.

Joe se despertó por el alegre grito de una ardilla que todas las mañanas corría por el borde de la pared opuesta del barranco. Levantándose, se fue al fondo de la cueva, donde encontró a Wetzel peinándose la larga cabellera. Él muchacho metió las manos en el frío manantial y se lavó rostro. Luego se echó a reír cuando cogió el rudimentario peine que Wetzel le entregó.

-Mi cabellera no puede incitar la envidia de los indios, ¿verdad? -dijo mirando con admiración la magnífica cabellera del cazador.

-Ya crecerá - contestó Wetzel.

A Joe no le extrañaba el cuidado que Wetzel dedicaba a su cabello, como tampoco interpretaba mal el sencillo orgullo del cazador. Wetzel era muy cuidadoso con su rifle, muy limpio en su persona; cepillaba siempre su traje de piel de ante, pulía con atención su cuchillo y el hacha, pero la mayor atención la dedicaba a su cabello. Éste requería mucho cuidado. Suelto y peinado le llegaba hasta las rodillas. Joe le había visto, al regreso de una excursión de caza larga, trabajar pacientemente durante una hora con. su peine de madera, hasta haber deshecho todos los nudos.. Luego solía peinarlo de nuevo por la mañana, naturalmente, si las circunstancias lo permitían, para recogerlo y atarlo de tal modo a fin de que no fuese obstáculo en sus correrías. Joe sabía que la simplicidad del cazador era tan grande en ese sentido, que si se hubiese cortado el pelo, hubiese parecido que temía a los indios, porque aquella cabellera abundante la habían codiciado los salvajes desde hacía mucho tiempo. Obtener aquella cabellera convertiría a cualquier indio en jefe famoso y, por lo tanto, era tema. favorito de las proezas que se prometían realizar los salvajes con él.

Después del desayuno, dijo Wetzel aquella mañana -Tú te quedas aquí mientras yo echo un vistazo por los alrededores; puede que vuelva pronto y entonces iremos a cazar un búfalo. A veces los indios siguen las huellas de los búfalos y quiero asegurarme de que ninguno de ellos anda cerca de la manada que vimos ayer.

Wetzel salió de la cueva por la parte posterior. Tardó quince minutos en recorrer a gatas el pasaje tortuoso. Alzando la piedra que cerraba la entrada, escuchó y miró en torno suyo. Luego salió, volvió a colocar la piedra y bajó la ladera boscosa.

Era una mañana muy bella; el rocío brillaba en el verde follaje, el sol caldeaba la atmósfera, los pájaros cantaban alegremente en los árboles. Los mocasines del cazador avanzaban tan suavemente sobre el musgo y las hojas, que no producía más ruido que una pantera. El oído estaba alerta para percibir al punto cualquier ruido extraño; sus penetrantes ojos miraban sin cesar a todas partes, contemplando primero los lejanos claros y calveros y luego los arbustos y el suelo cercanos. Delante de él corrían ardillas para refugiarse en las densas

matas. Un guaco asustado alzó el vuelo para ponerse en seguridad; ciervos sorprendidos silbaban y se ponían a salvo velozmente. Wetzel sabía por la actitud de aquellos moradores de las selvas que él era el único ser viviente extraño a la selva que les había molestado aquella mañana. De otra manera, los ciervos no hubiesen estado ramoneando; sino escondidos en una espesura; tampoco hubiese encontrado a su paso ni la ardilla ni el guaco.

Wetzel dio un rodeo por la montaña, oteó largo rato desde una roca elevada, y después reconoció la tierra baja en varias millas. Descubrió el hatajo de búfalos y, viendo que pacían con tranquilidad, se convenció de que no había pieles rojas en aquellos contornos. Luego volvió a la cueva. Alzó la piedra y llamó a Joe con un silbido.

-¿Está la costa clara? -preguntó el muchacho en voz baja, sacando la cabeza con ojos brillantes de emoción. El cazador asintió con un movimiento de cabeza v echó - a andar ladera abajo. Joe le siguió de cerca, tratando, como Wetzel le había enseñado, de pisar exactamente en las huellas de éste. El muchacho había aprendido pronto a avanzar con paso suave como un gato. Mediada la ladera, Wetzel se detuvo.

-¿Has visto algo? -preguntó.

Joe miró en torno suyo. Los muchos errores cometidos le habían enseñado a ser cauto. La experiencia le había demostrado que por cada criatura de la selva que él veía, había diez que le contemplaban a él. En aquel momento no veía nada, ni siquiera una de las muchas ardillas rojas que tanto abundaban. En todas partes no veía más que recios robles y nogales, tiernos tiemblos v, en los espacios libres, grupos de zumaques. En el suelo había troncos podridos, dominados por las hojas de los helechos. Joe no veía más que los colores naturales del bosque y, sonriendo, movió la cabeza confesándose vencido.

-Pruébalo otra vez. Enfrente de ti-dijo Wetzel con voz apenas perceptible.

Joe dirigió la mirada hacia el grupo de sasafrás que estaba a unos treinta metros. Luego miró a la derecha y a la izquierda y estudió con gran atención todo lo que era visible a la vista humana. De pronto se fijó en un objeto pequeño que salía detrás de un haya. Era puntiagudo y un poco más oscuro que la corteza gris del árbol. Era tan peco visible que pasaba fácilmente inadvertido, pero una vez visto, Joe sabía de qué se trataba.

-Es la oreja de un ciervo -contestó.

Apenas acababa de decirlo, Wetzel rompió intencionadamente una rama. En las matas junto al haya se movió algo agitadamente y al punto salió un ciervo grande que, tras su acostumbrado silbido de alarma, huyó. Joe se echó el rifle a la cara y trataba de apuntar al ciervo, pero el cazador se lo impidió, apartando el rifle con la mano.

-Muchacho, no mates por el placer de matar -dijo-. Tenemos suficiente carne de venado y no nos hace falta más. Vamos a ver si logramos cazar un búfalo, porque tengo ganas de comer un buen bistec.

Media hora más tarde, los cazadores salían del bosque y entraron en una ancha llanura de alta y ondulante hierba. La llanura tenía forma de valle ovalado, rodeado de colinas y tal vez en tiempos prehistóricos hallárase cubierta de agua. En un prado vio Joe una manada de animales grandes que pastaban como ganado vacuno. La vista de aquel hatajo de búfalos le emocionó, porque hasta entonces sólo había visto algunos sueltos en las orillas del Ohio.

Estaba seguro de abatir a alguno de aquellos animales gigantescos con su rifle.

Wetzel rogó al joven que hiciera exactamente igual que él, y después se, dejó caer sobre las rodillas y empezó a avanzar a, gatas a través de la alta hierba. Esto le era muy fácil al cazador avezado, pero muy difícil para su compañero. Sin embargo; logró no perder de vista a su maestro, proeza bastante para merecer felicitaciones, porque el cazador se arrastraba con la misma velocidad con que andaba. Al cabo de un rato, que le pareció muy largo al joven, Wetzel se detuvo.

-¿Ya nos hemos acercado bastante? -preguntó Joe, sin aliento.

-No. No hacemos más que dar la vuelta. La dirección del viento nos es contraria y tengo miedo de que adviertan nuestra presencia.

Wetzel se levantó con gran cuidado miró por encima de lar hierbas y luego, dejándose caer, continuó avanzando a gatas. Al cabo de un rato volvió a detenerse y esperó que Joe le alcanzase.

- Escúchame Joe; acuérdate de que nunca debes darte prisa si el asunto no lo requiere, pero si hace falta rapidez debes proceder con la celeridad de un relámpago. Después de este consejo, Wetzel continuó avanzando. Para él era fácil. Joe se extrañaba de que con sus anchos hombros pudiese pasar por entre las hierbas sin romperlas ni casi moverlas, pero era así.

-Ahora, échate completamente -murmuró Wetzel poniendo la manaza sobre la espalda de Joe, obligándole a echarse-. Es la oportunidad para que te practiques. Ponte el rifle en la espalda; si procedes con cuidado no se deslizará; alarga la mano todo lo que puedas y hunde los dedos en el suelo. Luego arrástrate a pulso, primero con un brazo y luego con el otro.

Wetzel se deslizaba por entre la hierba como una colosal serpiente, al parecer sin esfuerzo alguno. Mas para Joe, a pesar de la ventaja de poder seguir el camino allanado por el cazador, resultaba una tarea dificilísima. Sin embargo, trabajó con persistencia y, a medida que iba avanzando, iba aprendiendo y haciéndolo mejor. De pronto se sorprendió al oír una especie de silbido y luego un golpe sobre el suelo. Levantando la cabeza, vio que el cazador limpiaba el hacha en la hierba.

-¡Culebras! -murmuró Wetzel.

Joe vio una enorme serpiente negra retorcerse entre la hierba, con la cabeza separada del cuerpo. También vio a otras serpientes huir rápidamente, lo mismo que a relucientes topos esconderse en sus madrigueras.

-Ya estamos suficientemente cerca-murmuró Wetzel, al detenerse tras un arbusto. Se levantó y oteó la llanura; luego hizo señal al joven para que mirase también.

Joe se puso de rodillas y al ver el llano herboso, el corazón le dio un vuelco. A cincuenta metros había un búfalo negro, grande, peludo. Era el guía del hatajo. Estaba intranquilo, porque piafaba y movía la enorme cabeza. Cerca de él había varias vacas y una ternera. Más allá estaba el hatajo principal, extendiéndose por toda la llanura hasta donde alcanzaba la vista; un verdadero mar de gibas negras. El muchacho se quedó emocionado y respiraba anhelante frente a aquel grandioso espectáculo.

-Escoge ese animalito pequeño el de color pardo rojizo, y apunta a la espaldilla. Dispara tú primero, porque i yerras el tiro, puede que yo pueda disparar sobre otro. No estoy acostumbrado a tirar sobre blancos tan pequeños.

Wetzel sonreía irónicamente; lo más seguro era que hubiera podido tirar y acertar una mosca posada sobre el cuerno del búfalo, si lo hubiese querido.

Joe alzó lentamente el rifle. Apuntó a la ternera y ya iba a apretar el gatillo, cuando con sagacidad impropia de su poca experiencia de cazador, dijo en voz baja a Wetzel

-Si disparo, puede que todos vengan hacia aquí. -No; huirán en dirección contraria-contestó Wetzel, pensando que el muchacho era tan observador como un piel roja.

Joe volvió a apuntar a la ternera y apretó el gatillo. Con un potente mugido, el búfalo macho se escapó, y con él, todo el hatajo se dirigió al Oeste, con estruendo cada vez mayor.

Las peludas gibas subían y bajaban como ondas de un mar embravecido.

Wetzel y Joe se dirigieron al sitio donde había caído la ternera y la hallaron muerta.

-Hubieras podido acertar mejor -exclamó el cazador al ver donde había dado la bala-. Está un poco baja, pero puede que sea debido a que la ternera avanzó un paso en el momento en que disparaste.

XV

Así los días pasaron rápida y agradablemente, despertando en Joe cada vez mayor entusiasmo. En un solo mes se hizo tan experto y entendido en asuntos de la selva como muchos veteranos que habían pasado largos años en la frontera, porque tenía la ventaja de tener un maestro incomparable. Además, tenía excelente disposición para aprender y teniendo centrado todo su interés en el arte de las selvas, no era extraño que asimilase gran parte de los conocimientos de Wetzel. Siempre se hallaba dispuesto a emprender cualquier cosa que prometía nuevas enseñanzas. Muchas veces, estando hundidos en la espesura del bosque, a muchas millas de la cueva, suplicaba a Wetzel que le dejase encontrar el camino de regreso. Y nunca falló, aunque muchas veces se apartaba del camino recto y daba un rodeo.

El adelanto de Joe fue maravilloso, pero le faltaba, cono falta a casi todos los blancos, el instinto de los bosques, tan sutil e intuitivo, que hace que el indio se halle tan en su casa en la selva como en su tienda. Wetzel lo, poseía en grado sumo. Largos años de entrenamiento, años, de apasionada e inexorable venganza contra los indios,. habíanle proporcionado conocimientos de las selvas que eran incomprensibles para los blancos y aterradores para los indios.

Joe bien veía cómo empleaba aquella habilidad, pero no podía desentrañar en qué consistía. Comprendió que no había palabras adecuadas para explicar claramente aquel gran arte. Implicaba un visión de máxima grandeza, perfectamente familiar, aguda, con todas las criaturas, árboles, rocas, arbustos y demás cosas que eran parte integrante de la selva; una vista rápida para poder advertir instantáneamente el más leve cambio de su naturaleza y descubrir todo lo que no era natural del ambiente. El oído tenía que ser delicado como el de un ciervo; cuanto más fino el oído, mejor para el cazador. Por fin existe el sentimiento o el instinto que obliga, por ejemplo, a un viejo cazador a decir «Hoy no hay caza.» Ese sentimiento es algo intuitivo que le hace prever con absoluta certeza la tormenta del día siguiente al fijarse en un halcón nocturno que vuela en círculos cerca del suelo. Es lo que hace que el indio se encuentre en su casa en cualquier selva. Las nubes podrán ocultar las estrellas guiadoras; puede haber perdido el norte; puede faltar el musgo en los árboles; las cimas pueden ser bajas o estar perdidas en la niebla, puede faltar el curso de los ríos; sin embargo, el indio siempre se dirige a su tienda en línea recta, sin desviarse. Era la voz de esta intuición la que, cuando se hallaba sorprendido al ver la, pista de un indio desvanecerse entre las rocas, le guiaba exactamente en la dirección tomada por su astuto enemigo.

Joe practicó el estudio de seguir la pista de ciervos y de otro cuadrúpedos, hasta que era en ello tan' certero como el mejor perro. Después empezó a perfeccionarse en el arte de seguir la pista al ser humano a través de los bosques. Excepto algunas pistas antiguas de indios, medio borradas por la lluvia, no tenía otras que las de Wetzel, y eran tan difíciles de descubrir como el vuelo de un ave. En terreno blando o de hierba fresca, que Wetzel evitaba cuando podía, dejaba una pista muy débil, pero en suelo duro no dejaba huella alguna.

La persistencia le valió mucho ,a Joe; nunca se desanimaba, y cuantos más fracasos sufría, más se empeñaba en aprender. Muchas veces salía de la cueva después de haberse ido Wetzel y trataba de descubrir el camino que había tomado. En suma, el joven se convirtió en excelente cazador y perseverante estudiante de las selvas. Amaba a éstas y todo lo que contenían. Aprendía las costumbres de los animales. Cada venado, cada ardilla, cada pato silvestre que mataba, le daba alguna lección.

Siempre se levantaba con las alondras, para contemplar la salida del sol sobre los montes del Este y ver cómo se despejaba la niebla blanca de los valles. Cuando no cazaba ni recorría los bosques, cuando era necesario permanecer oculto en el campamento, esperando el regreso de Wetzel, siempre se mostraba contento. Muchas horas las pasaba echado sobre la

espalda, mirando a las lejanas montañas por cuyas cimas cruzaban las nubes blancas con lento y majestuoso movimiento, cual enormes veleros en alta mar.

Cuando Wetzel y Joe se hallaban muy lejos de la cueva, como sucedió más tarde, acampaban en los bosques y era entonces cuando Joe más gozaba. El lento invadir de las sombras del crepúsculo y de la noche sobre la fogata del campamento, el brillo rojo de las ascuas, el crepitar de la leña, la fragancia del humo de madera, todo tenía para el joven un sutil encanto.

El cazador solía asar sobre las ascuas un trozo de venado o una perdiz. Después de cenar encendían las pipas y fumaban mientras oscurecía. El silencio opresivo del crepúsculo siempre daba a Joe una sensación de temor. Al principio lo atribuía al hecho de que aquella vida era nueva para él; pero al transcurrir los días y hacerse la emoción más fuerte, en vez de desvanecerse, concluyó que era debido a su estrecha e íntima comunión con la Naturaleza. La hora del crepúsculo, solemne, tranquila, profunda, no le comunicaba la sensación de alegría y claridad de percepción de las demás horas.

-¿Ha sentido usted alguna vez esta quietud? - preguntó a Wetzel una noche, estando los dos junto a la fogata.

El cazador dio una chupada a la pipa y, como un indio, parecía reflexionar profundamente acerca de la pregunta antes de contestar.

-He arrancado cabelleras a los indios a todas las horas del día, excepto durante el crepúsculo vespertino.

Joe ya no se preguntaba si el cazador estaba demasiado endurecido para sentir aquella hermosa calma. Aquella hora en que Wetzel olvidábase de su implacable venganza parecía en efecto embrujada.

Siempre que Joe se quedaba solo en el campamento esperando el regreso de Wetzel, ansiaba también que el cazador volviese con alguna noticia sobre los pieles rojas. El cazador nunca hablaba de los salvajes, y cuando salía de su habitual mutismo, sólo hablaba de algún incidente de su excursión. Una tarde volvió con un gran zorro negro al que había matado.

-¡Qué hermosa piel! - exclamó Joe -. Nunca he visto un zorro negro.

-Hace tiempo que estaba acechando a esta fiera - replicó Wetzel -. No muy lejos de aquí, en un grupo de álamos, hay una pequeña cueva llena de hojas. Casualmente vi un día a una culebra arrastrarse por allí y, para ver lo que hacía, examiné el lugar y encontré una camada de conejos. Maté la culebra y me interesé por los conejitos. Cada vez que pasaba por allí los iba a ver, y cada vez vi señales de que alguna fiera rondaba la madriguera. Un día vi que faltaba un conejito, al día siguiente eché de menos a otro, hasta que sólo quedó uno de piel blanca y algunas manchas grises. El que hubiese una fiera que se llevase a aquellos conejitos me enfureció. De aquí que ayer y hoy me pusiese en acecho, y por fin pude despachar a este ladrón negro. Tiene, en efecto, una piel muy brillante, pero a pesar de su hermosura es una fiera muy mala. Los zorros negros son más grandes, más fuertes más astutos que los rojos. En todas las camadas encontrarás un cachorro negro, la deshonra de la especie. Como crece más aprisa que sus hermanos y les roba toda la comida, la madre lo coge por el cuello y lo despacha, para que se valga por sí mismo, en lo cual hace muy bien.

Al día siguiente, Wetzel dijo a Joe que irían a campo traviesa en busca de nuevos cazaderos. Estuvieron andando infatigablemente hasta la caída de la tarde, v llegaron a una región que era tan hermosa como la que acababan de dejar, aunque los riscos pintorescos y los barrancos no existían allí, porque el terreno era ondulante
y exuberante su vegetación, debido a la abundancia de manantiales y ríos. Los bosques y las praderas abundaban en fuentes borbollantes y ríos estrechos de elevadas orillas, y aquí y allá se veía un lago pequeño.

Wetzel había dicho muy poco acerca de aquella región, pero lo suficiente para despertar la curiosidad de Joe, porque así se enteró de que se hallaban en una parte de la

región selvática frecuentada por indios, especialmente corredores y partidas de caza que caminaban de Norte a Sur. El cazador explicó que por el centro de aquel terreno corría una senda de búfalos, que éstos escogían siempre el camino más seco, más recto y más bajo de un paso a otro y que los indios utilizaban aquellos caminos.

Acamparon aquella noche en la orilla de un río; el joven vio que el cazador construía una fogata oculta y entonces miró furtivamente en tomo suyo como si esperase ver a los indios en el bosque. Wetzel procedía con extrema precaución. De un tronco caído quitó grandes trozos de corteza con los que construyó una especie de abrigo sobre la leña que iba a encender. Frotó un poco de pólvora sobre un trozo de yesca y con' e1 acero y el pedernal dejó caer algunas chispas sobre la substancia inflamable, logrando rápidamente un fuego vivo. Lo cubrió de tal modo que no dejaba pasar la luz, y cuando las llamas desaparecieron y la leña quedó convertida en ascuas rojas, quitó la corteza para asar los trozos de venado que llevaban. Descansaron sobre un lecho de brotes tiernos que habían cortado a lo largo de un enorme tronco. Joe estuvo despierto durante horas, porque no podía dormir. Escuchó atentamente el suave murmullo de las hojas y se estremeció al recordar el viento gemebundo que oyera una noche en el bosque. Luego se volvió para cambiar de posición. El leve ruido despertó al instante a Wetzel, que alzó la cabeza y escuchó con gran atención; luego dijo tan sólo: «Duermen, y se volvió a tumbar. Entonces Joe se dispuso a dormir y concilió pronto el sueño.

A la mañana siguiente, Wetzel salió para averiguar si podían salir a cazar, y volvió al mediodía. Joe se sorprendió al ver al cazador en cierto modo cambiado, aunque no podía decir en qué fundaba su opinión.

-He visto señales de indios - dijo Wetzel -. No sé si tardaremos poco o mucho en verlos, pero lo cierto es que aquí no podemos cazar. Seguramente son hurones y delawares los que infestan esta región. Creo que lo mejor será que te lleve al pueblo.

-¿Dice usted todo eso por mí? -preguntó Joe.

-Naturalmente -contestó Wetzel.

-Si estuviese usted solo, ¿qué es lo que haría?

-Pues dedicarme a la caza de los salvajes.

Había llegado el momento supremo. El corazón de Joe le latió con violencia. No quería perder aquella oportunidad, anhelaba seguir al lado del cazador.

-¡No quiero volver al pueblo 1 -dijo mirando fijamente a su maestro.

El cazador estaba apoyado sobre el rifle, su posición favorita, y no contestó.

-No quiero irme -continuó Joe con insistencia- Déjeme quedar. Si en cualquier momento le molesto o no me encuentro a la altura de las circunstancias, entonces puede abandonarme a mi suerte, pero no me deje hasta entonces. Permítame que me quede.

Joe hablaba con energía y sus ojos mostraban el brillo acerado peculiar de sus grandes momentos. Veíase claramente que no temía los peligros de aquel selvático país y que estaba dispuesto a arrostrarlos solo, si el caso se presentaba.

Wetzel alargó la manaza y dio a su camarada un apretón fortísimo. Lo que no hubiera hecho por nadie en el mundo, estaba dispuesto a hacerlo por aquel joven. Además, le parecía mejor tenerlo a su lado para poderlo proteger hasta donde fuese posible, puesto que tan decidido estaba a pelear con los salvajes. Wetzel sabía que Joe se daba cuenta de los riesgos que era preciso afrontar, porque lo demostraba la palidez de su rostro y la decisión de su mirada.

Así fue como a la sombra de un altísimo roble, el cazador de indios admitió al joven definitivamente en su intimidad, abriendo ante él un mundo en el que ya no se trataba de jugar, ni de hacer prácticas, sino de vencer los peligros que podían presentarse con riesgo de su propia vida.

-Bien, muchacho, quédate-dijo con la rara sonrisa que de vez en cuando iluminaba su oscuro rostro como rayo de sol perdido-. Nos quedaremos aquí durante algunos días. Principiaremos por reconocer el terreno. Tú vas hacia el río y reconocerás sus alrededores. Yo subiré
hacia la parte alta con el mismo objeto. Avanza con lentitud y precaución y no pierdas detalle alguno.

Joe siguió el río durante una milla, avanzando bajo la sombra de los sauces y no cruzando ningún espacio abierto sin antes esperar y vigilar. Escuchaba atentamente todos los sonidos, pero no percibió ninguno que no le fuese familiar. Examinó con gran cuidado la arena a lo largo del río y el musgo y las hojas debajo de los árboles. Cuando ya se hallaba separado de Wetzel desde hacía horas y había decidido volver lentamente al campamento, descubrió un sendero serpenteante en el bosque; seguramente se trataba de los caminos indios a los que se refería Wetzel. Con mirada aguda se inclinó para examinar la hierba pisoteada.

¡Pam!

Se oyó la fuerte detonación de un rifle. Joe sintió el silbido de una bala al rozarle la mejilla. Con ágil salto se escondió detrás de un árbol, desde donde se asomó para ver quién había tirado sobre el. Llegó a tiempo para ver el cuerpo oscuro de un indio desaparecer en unas matas a cien metros, camino abajo. Joe esperaba ver a otros pieles rojas y percibir más tiros, pero se equivocó. Al parecer, aquel salvaje estaba solo. El árbol tras el cual Joe se había resguardado no era bastante para ofrecer seguro refugio,# y si hubiese habido más indios, pronto habrían advertido aquel detalle.

Joe observó con atención el sitio donde su enemigo había desaparecido y por fin vio una mano oscura, un brazo desnudo y, por ultimo, la baqueta. El indio volvía a cargar el rifle. Con el corazón latiendo con violencia y apretando los dientes, Joe se ocultó todo lo que pudo. El árbol era pequeño, pero servía como protección parcial. Joe pensó rápidamente cómo poder engañar a su enemigo. El indio estaba detrás de un roble grueso, rodeado de arbustos, y podía disparar sin exponerse.

De nuevo sonó el rifle del salvaje y la bala arrancó la corteza del árbol a la altura de la cabeza del joven. Éste dio un grito de angustia, salió tambaleándose detrás del árbol y se cayó en la senda, donde se quedó inmóvil.

El piel roja dio un grito de victoria. Viendo que el blanco no se movía, salió de su escondite y sacó la navaja al mismo tiempo. Tratábase de un indio joven, muy rápido y enérgico en sus movimientos; se acercó velozmente para recoger el trofeo apetecido: la cabellera del rostro pálido.

De pronto Joe se incorporó, apuntó el rifle y disparó sobre el indio.

Pero erró el tiro.

El piel roja se detuvo aterrado cuando vio que al parecer el rostro pálido resucitó, mas dándose cuenta de la mala puntería, avanzó a grandes saltos, blandiendo la navaja y dando alaridos de furor.

Joe se puso en pie, con el rifle en alto. Cuando el salvaje estuvo a cosa de seis metros y Joe ya veía el rostro oscuro lleno de fiera pasión, sobre el hombro del joven pasó un silbido acompañado por una detonación fuerte y potente.

El indio se detuvo como si hubiese tropezado con algún obstáculo y, llevándose las manos al pecho, dio un grito extraño y se cayó sobre la hierba.

Joe avanzó y se inclinó sobre la figura postrada. El indio, un joven apuesto, había recibido un tiro en pleno pecho. Tenía la mano puesta sobre la herida y la sangre roja corría por entre los dedos, sobre la hierba.

El piel roja miró a Joe con mirada fija. A pesar de estar mortalmente herido, a pesar de saber que iba a morir, en su mirada brillaba todavía el odio fiero. Luego, cristalizáronse sus ojos y la mano se quedó quieta sobre el pecho.

Joe se hallaba ante un indio muerto.

Rápidamente pensó que Wetzel había llegado a tiempo para salvarle la vida, pero al punto olvidó tal pensamiento, porque le había sobrecogido la muerte violenta de un ser humano. No era el aspecto del muerto, ni el remordimiento por el hecho. El corazón le latía con violencia, la mano le temblaba, y, sin embargo, sintió una extraña frialdad en todo el cuerpo. Aquel salvaje había tratado de matarle; tal vez, si no hubiese sido por la infalible puntería del cazador, en aquel momento tendría en la mano la propia cabellera de Joe.

Joe sintió más que oyó que se aproximaba alguien, y al volverse vio que Wetzel bajaba por la senda.

-Es un corredor shawni solitario-dijo el cazador, mirando al muerto-. Trataba de ganarse sus plumas de águila. Os vi a los dos desde la ladera.

-¡Caramba! -exclamó Joe, y luego se echó a reír-.

Ha sido una suerte para mí que estuviese usted presente. Quise emplear el ardid que usted me enseñó, pero me precipité.

-El caso es que no había motivo alguno para precipitarse. Tú empleaste muy bien el ardid, pero te precipitaste en disparar. Me vi precisado a disparar por encima de tu hombro; de lo contrario, hubiese tirado antes.

-¿Dónde estaba usted?

-Allí arriba, al lado de aquel zumaque -y Wetzel señaló un sitio a cosa de ciento cincuenta metros de distancia de allí.

loe se preguntaba cuál de las dos balas, la del salvaje o la de Wetzel, le había pasado más cerca.

-Vámonos - dijo el cazador después de arrancarle la cabellera al piel roja.

-¿Qué hacemos con el salvaje?-preguntó Joe.

-Pues dejarlo donde está.

Los dos regresaron al campamento sin más incidentes. Mientras el cazador se puso a trabajar para arreglar mejor su abrigo temporal, porque las nubes tenían aspecto amenazador, Joe cortó carne de búfalo y luego se fue al riachuelo en busca de agua. Regresó rápidamente al sitio donde estaba trabajando Wetzel y le habló a éste con voz que revelaba su agitación

-Venga pronto; he visto algo que puede tener mucha importancia.

Wetzel se fue rápidamente con él al riachuelo.

El río tenía allí unos sesenta centímetros de profundidad y seis metros de anchura. Un poco antes, la corriente había sido de agua muy clara, pero en aquel momento estaba tiñéndose de amarillo. La corriente arrastraba leves granos de arena, que bajaban en forma de nubes,, mezclados con pedacitos de corteza, y los pedacitos precipitábanse como flechas sobre las partículas flotantes.

-Un ciervo no revolvería el agua de ese modo. ¿Qué podrá ser?

-Indios. Y no están muy lejos.

Wetzel volvió al abrigo que estaba construyendo y lo echó abajo, cubriéndolo después con la rama de haya junto a la cual estaba situado. Luego arrancó una rama grande y cubrió los restos de la fogata, con lo cual hizo que aquel lugar fuese menos visible. Wetzel sabía que los indios nunca miran de modo casual, sino que examinan el bosque rápida pero concienzudamente. Cualquier cosa poco natural en un arbusto o un tronco les obligaba a un examen más detenido. Hecho esto, el cazador cogió a Joe de la mano y lo llevó a la cumbre de la loma. Los dos se escondieron detrás de las enormes raíces de un árbol caído, desde donde podían ver muy bien el río.

Apenas Wetzel hubo encomendado a Joe que se estuviese perfectamente quieto, cuando, a breve distancia río arriba, se oyó el ruido del chapotear del agua, pero nada podían ver, porque, en aquella dirección, los sauces del borde del río lo impedían. El ruido hacíase cada vez más fuerte.

De pronto Joe sintió que el cuerpo poderoso a su lado sufrió una contracción muscular, una especie de convulsión, como la del tigre cuando está a punto de saltar sobre su víctima. Tan sutil y fuerte era su significación, tan claramente decía al joven lo que había de venir, que él también la sintió, sólo que en su caso no pasó de estremecimiento.

Tras momentos de intensa suspensión de ánimo vieron aparecer en el riachuelo un guerrero indio de gran estatura. Iba metido en el agua hasta las rodillas y avanzaba con paso lento y cauteloso. Su alegre y llamativa indumentaria parecía familiar al joven. Llevaba el rifle a punto de disparar y avanzaba con evidentes señales de desconfianza. El joven creyó reconocer aquella cabeza con su pelo negro enmarañado y cuando vio el rostro del villano, exclamó

- ¡Girty! Por.. .

El poderoso brazo de Wetzel le oprimió con tanta fuerza contra el tronco, que no pudo terminar la exclamación, pero podía seguir mirando. Girty no había oído el grito ahogado, porque continuó vadeando lentamente y, a poco, desapareció tras los sauces.

Luego apareció en aquel espacio abierto otro indio y luego otro. Entre ellos iba un blanco con las manos atadas a la espalda. El prisionero y sus captores desaparecieron río abajo entre los sauces.

El chapoteo continuó, se hizo más fuerte que antes; aparecieron, uno tras otro, tres guerreros indios, y luego dos más, que vadeaban junto a una balsa pequeña sobre la cual yacían dos seres humanos.

Joe contemplaba a los indios con tanta curiosidad que apenas vio a los prisioneros sobre la balsa. Cerraba la marcha un guerrero atlético, cuyos anchos hombros, musculosos brazos y cabeza afeitada y pulida tan bien recordaba Joe. Era Silvertip.

Cuando también, a su vez, se perdió de vista tras los sauces, Joe estaba temblando. Se volvió hacia Wetzel, pero al instante se echó atrás.

La transformación que el cazador había sufrido era terrible. Había desaparecido la calma de su rostro, que era hosco y blanco, denotando intensa emoción; sus ojos se habían contraído y parecían puntas candentes que emitían destellos tan furiosos y penetrantes, que Joe no pudo resistir un instante aquella mirada.

-Tres prisioneros blancos, dos de ellos mujeres -murmuró el cazador, como si ponderase la importancia de aquel hecho.

-¿Las de la balsa eran mujeres? -preguntó Joe, y cuando Wetzel, por toda respuesta, asintió con un movimiento de cabeza, continuó-: Un hombre blanco, dos mujeres, seis guerreros, Silvertip y aquel renegado Jim Girty

Wetzel no se dignó contestar a la exclamación apasionada de Joe, sino que se mantuvo silencioso y rígido. Joe volvió a mirar el rostro sombrío.

-Teniendo en cuenta que iríamos tras Girty y sus pieles rojas, si estuviesen solos, supongo que tenemos mayor motivo para perseguirles sabiendo que tienen consigo prisioneras a dos mujeres blancas, ¿verdad? -exclamó Joe, riendo fieramente.

El corazón del joven se ensanchó y se estremeció de alegría y emoción. Había anhelado la aventura en las regiones selváticas y ahora se hallaba metido en ella, teniendo, además, a su lado a un cazador cuyo nombre aterraba a los salvajes.

Al parecer, Wetzel había decidido rápidamente el curso de la acción, porque en breves palabras indicó a Joe que cortase bastante cantidad de carne de búfalo, lo suficiente para llenar los bolsillos. Luego, diciéndole que le siguiese, se metió en el bosque, caminando rápidamente y deteniéndose de vez en cuando breves segundos. Pronto salieron de la selva y entraron en campo abierto. Hallábanse delante de un ancho llano bordeado a la derecha por una línea serpenteante de sauces que señalaban el curso del río. En la linde de aquella llanura, Wetzel empezó a correr y se detuvo al cabo de cien metros para escuchar y mirar por todas partes. Luego, echó a correr de nuevo.

Mediada la llanura empezó Joe a perder el aliento y su respiración era cada vez más fatigosa, pero, sin desanimarse, siguió de cerca al cazador. Una vez echó la mirada atrás para contemplar el ancho espacio de ondulante hierba. Habían recorrido cosa de cuatro millas y acercábanse al otro lado de la llanura. Joe tenía la sensación como si la cabeza le fuese a estallar y en los costados sentía agudas punzadas. Sin embargo, continuó corriendo obstinadamente y sólo cayó al suelo cuando estuvo completamente agotado.

Pocos minutos después, habiendo recobrado el aliento, pudo levantarse. Entonces vio que habían cruzado la llanura v se hallaban en un bosquecillo de hayas. Frente a él corría un río que se dividía en la cabecera rocosa de lo que al parecer era una isla. Pero, mirando detenidamente, Joe se dio cuenta de que aquella lengua de tierra no era una isla, sino tan sólo el punto donde el río se dividía en dos brazos, que tomaban dirección opuesta entre sí en aquel sitio.

Joe se preguntó si se habían adelantado a los indios, porque habían corrido velozmente y él estaba completamente bañado en sudor. Con mirada curiosa contempló a Wetzel y vio que la única señal del esfuerzo realizado que se veía en el cazador era que respiraba un poco más aprisa. Entonces el joven tuvo la penosa impresión de que nunca podría mantenerse a la altura del cazador.

-Se nos han adelantado, pero ¿cuál de los dos brazos han tomado?-preguntó Wetzel.

-¿Cómo sabe usted que han pasado?

-Nosotros hemos dado una gran vuelta -contestó Wetzel. y al mismo tiempo señaló los arbustos.

Joe se dirigió a la espesura y encontró cierta cantidad de hojarasca y ramitas echadas a un lado, poniendo de manifiesto un sitio largo y estrecho donde el suelo se hallaba ligeramente hundido, como si de aquel lugar se hubiese quitado un tronco que hubiese estado largo tiempo allí. Pequeñas hendiduras en el suelo, agujeros y montículos de tierra, así como pasajes de curiosos círculos mostraban donde los insectos habían construído sus madrigueras. Los bichos corrían alocadamente en todas direcciones.

-¿Qué hubo aquí? ¿Un tronco?

-Una canoa de seis metros. Los indios la tenían guardada para poder navegar por el río.

-¿Cómo podemos saber cuál de los dos ríos han tomado?

-Es posible que no podamos saberlo; pero lo intentaremos. Coge unos cuantos bichos de ésos, vete a aquella punta rocosa y acércate echado para que puedas asomarte. Ten cuidado de que no tires tierra ni piedras al agua y que desde abajo no se te vea. Fíjate en si ves alguna trucha. Mira a todas partes y echa de vez en cuando un bicho. Yo haré lo mismo en el otro brazo del río. Luego volveremos a reunirnos aquí para hablar de lo que haya podido decirnos la trucha acerca de los indios.

Joe bajó algunos pasos por la orilla y, arrodillándose e, se arrastró con gran cuidado hacia el agua. Apartó la hierba y vio que se hallaba directamente sobre un remanso. El agua era tan clara que se veía perfectamente el fonda pedregoso, excepto un agujero oscuro cerca de la orilla donde ésta formaba un recodo. No veía ningún ser viviente en el agua, ni siquiera una rana. Después de mirar atentamente, echó uno de los insectos que llevaba consigo, y al punto surgió de las profundidades de aquel agujero un pez de color amarillento que, tras engullir el cebo, desapareció por el sitio por donde había venido; mas aquel pez no era una trucha. El joven echó otro insecto y esta vez, antes de que lo pudiese coger ningún pez, el animalito nadó hacia la orilla opuesta y se salvó.

Cuando Joe se halló suficientemente acostumbrado a penetrar con la vista en la profundidad del agua, con sus luces y sombras engañosas, vio un pez escondido debajo de una piedra. El joven creyó reconocer la forma de aquel pez, pero no estaba suficientemente cerca para verlo bien, por lo que se arrastró hacia una posición más ventajosa N, luego volvió

a espiar por entre las hierbas. Entonces vio que aquel pez era, en efecto, una trucha. Conocía muy bien aquellos flancos plateados, llenos de manchas rojizas, y la ancha cola. ¡Qué enorme ejemplar! En su admiración por aquella estupenda trucha y deseando disponer de aparejo de pesca, Joe se olvidó de su objeto; mas al recordarlo echó al agua un insecto gordo que cayó encima de la trucha. Pero ésta no se movió. Joe volvió a echar otro insecto con el mismo resultado. La trucha no se movía de ninguna manera. Entonces Joe volvió al sitio donde se había separado de Wetzel.

-No he visto nada -dijo el cazador, que ya esperaba a su camarada-. ¿Y tú has visto algo?

-Una trucha enorme.

-¿Te ha visto a ti?

-No.

-¿Subió cuando le echaste insectos?

-No; no subió, pero es posible que no tuviese hambre -contestó Joe, que no podía comprender adónde iba a parar Wetzel.

-Dime exactamente lo que hizo.

-¡Ahí está! No hizo nada-contestó Joe, pensativo-. Estaba quieta y rígida debajo de una piedra. No pestañeó siquiera, como quien dice. Pero las aletas laterales temblaban como hojas de álamo temblón.

-Esas aletas nos lo revelan todo. Los pieles rojas han ido por este lado-dijo Wetzel, convencido- El otro río va a las aldeas de los hurones. Girty tiene un escondrijo cerca del campamento de los delawares. Muchas veces he tratado de descubrirlo. Ha llevado allí a más de una muchacha blanca, y nadie la ha vuelto a ver jamás.

-¡Qué bestial ¡Pensar que una mujer blanca, una muchacha como Nelly Wells, pueda estar a la merced de esos pieles rojas!

-No te equivoques, muchacho. Sé que los indios son malos, pero jamás he oído decir que un piel roja abuse de una mujer blanca como tú supones. Los indios a veces se casan con mujeres blancas, las matan y les arrancan la cabellera con frecuencia, pero eso es todo. Son los hombres de nuestra raza, los renegados como Girty, quienes cometen los peores crímenes.

Tan grande fue el asombro de Joe al ver que Lew Wetzel, el terrible e insaciable enemigo de todos los indios, hablase en favor de ellos, que no supo qué contestar.

-Aquí echaron la canoa al agua. Vamos a examinar el sitio un poco más, antes de ponernos en marcha-dijo Wetzel.

Recorrió varias veces la playa arenosa, examinó los sauces y escudriñó la arena. De pronto, se inclinó y recogió un objeto del agua. Su aguda mirada había visto el brillo de un objeto debajo de la superficie. Resultó ser una hebilla de hueso o de marfil con el travesaño roto. El cazador se lo enseñó a Joe.

-¡Cielos! Wetzel, eso es una hebilla del zapato de Nelly. Lo he visto demasiadas veces para equivocarme.

-Ya me temía yo que Girty tuviese en su poder a las dos hermanas, y tal vez también a tu hermano. Jonathan me dijo que el renegado andaba rondando la Villa de la Paz, y eso sólo podía significar que pensaba hacer alguna de las suyas.

-¡Vámonos!... Vamos a matar a ese criminal -exclamó Joe fuera de sí y blanco como el mármol.

-Calculo que se hallan a una milla río abajo, en un sitio que conozco, para acampar durante la noche. Hay allí un excelente manantial, y... ¡fíjate! ¿Ves aquellos cuervos volando en derredor de aquel roble grande? ¿Los oyes graznar? Tú podrías pensar que es porque persiguen a alguna presa. Pero no es así. Graznan porque han visto a los indios.

-¿Y qué? -preguntó Joe con impaciencia

-Después de medianoche habrá luna. Esperaremos hasta entonces y...

El rechinar de los dientes del cazador completó la sentencia. Joe no dijo nada, pero siguió al cazador bosque adentra. Deteniéndose junto a un árbol caído, Wetzel recogió gran cantidad de hojarasca y la extendió por el suelo. Después cortó algunas ramas anchas de un álamo y las inclinó contra el tronco. Hizo que el muchacho se metiese en el abrigo y, con una mirada en torno suyo, se metió él también en el refugio.

Aún no se había puesto el sol y parecía una hora muy intempestiva para meterse en aquel pequeño escondrijo. Joe pensó que no era para dormir, sino para esperar hasta que transcurriesen las horas. De nuevo sufrió una gran sorpresa, porque, cuando el crepúsculo vespertino cedió a la oscuridad de la noche, Wetzel estaba profundamente dormido. Entonces el joven se prometió que nunca más se sorprendería ante las acciones del cazador, dando por sentado de una vez para siempre que aquel hombre era capaz de todo. Sin embargo, no alcanzaba a comprender cómo era posible que durmiese en aquellas circunstancias. Era incomprensible que se tumbase tranquilamente a dormir conociendo la captura de las muchachas y estando dispuesto a entablar cruenta batalla al cabo de pocas horas. Sabiendo que el cazador estaba sediento de sangre como un tigre, Joe había esperado que se precipitase sobre sus enemigos sin pérdida de tiempo. Pero aquel hombre sabía muy bien que no era momento oportuno, que era preciso esperar y que, esperando, lo mejor era dormir.

Joe no pudo conciliar el sueño. Por los intersticios de las hojas vio aparecer de una en una las estrellas, hacerse más densa la oscuridad y perfilarse con claridad una silueta de los altos árboles en la oscura colina. El tiempo pasó lentamente, cada minuto se le antojó una hora. Percibió el grito de la chotacabra y luego el monótono ulular de un mochuelo. Un animal de suave pisada corrió a lo largo del tronco, husmeó las ramas y luego se marchó corriendo. Poco a poco el profundo silencio de la noche invadió la selva. Joe seguía despierto, atento a todo, el corazón en llamas. Pronto iría a salvar a Nelly, a matar a aquel renegado, a luchar con Silvertip.

Pasaron las horas, pero no el ansia anhelante y apasionada de Joe, que se mantuvo silencioso y, al ver la luna salir sobre la cima de la colina, supo que había llegado el momento y tuvo un estremecimiento de emoción.

XVI

Cuando la luna estuvo bastante alta para iluminar con su pálida luz bosques y llanuras, dos hombres separáronse silenciosamente de la sombra de los árboles y penetraron en la pradera, cubierta de vaga niebla plateada.

Un lobo gris y alto se acercó corriendo husmeando el suelo. De pronto se detuvo alzando la cabeza y mirando con fieros ojos el llano. Dos hombres habían invadido sus dominios, y con un ladrido breve, el lobo se escapó.

Como fantasmas deslizándose rápida y silenciosamente, los dos hombres desaparecieron. La alta hierba se los tragó. La llanura parecía de nuevo desierta, convirtiéndose en algo indeciblemente solitario. Ningún ruido, ningún movimiento, nada más que una gran extensión de terreno bañada por la triste luz plateada.

Lentamente transcurrieron las horas de la noche.

En el lado opuesto de la llanura, cerca de la linde del oscuro bosque, la alta hierba se abrió, revelando una silueta negra. ¿Era sólo una sombra engañosa de las ramas? Lentamente la sombra bajó y se perdió. De nuevo la línea gris ondulada de la pradera quedó solitaria.

Sólo la brisa nocturna, que recorría acariciante la punta de las hierbas, hubiera podido hablar de dos siluetas oscuras que se deslizaban suave e infaliblemente hacia el bosque. Sólo la luna y las pálidas estrellas podían ver aquellas figuras agachadas.

Avanzaban como vengadores para realizar su misión fatal.

Cruzaron la línea oscura donde la pradera tocaba con la selva. Sin ruido, sin vacilación, lenta pero inexorablemente, avanzaban hacia su meta. Uno tras otro se deslizaron sobre el musgo, el que iba delante abriendo el paso por la espesura. Avanzaron pulgada tras pulgada. Tedioso era aquel lento avanzar; difícil y penoso aquel viaje que había de terminar con la velocidad del relámpago. Sin tocar una hoja, sin romper una rama, sin mover un helecho, avanzaron lentamente, acercándose como se acerca la muerte. Los segundos transformáronse en minutos, los minutos en horas; una hora entera, para avanzar seis metros.

Por fin alcanzaron la cima del otero. El vengador puso la mano sobre el hombro de su compañero. La fuerte presión era para recordar, para avisar, para reanimarle. Luego, como enorme serpiente, el vengador se marchó deslizándose por el suelo.

El que se quedó alzó la mirada para ver el calvero, llamado .el lugar de la Fuente Hermosa". Delante de él tenía un espacio ovalado en cuyo centro había un manantial que brillaba como una perla. Un centinela indio se apoyaba como estatua en una roca. Otros indios se hallaban echados, relucientes las cabezas pulidas. Uno de los durmientes llevaba plumas y pantalones con franjas. Cerca de él había una manta india, debajo de la cual asomábanse dos rostros blancos y tristes a la triste luz de la luna.

El que observaba se estremeció al ver aquellos rostros blancos, pero no podía hacer nada; era preciso esperar; tenía que aguardar hasta que el vengador se acercase silenciosamente, matase al centinela y librase a los prisioneros sin despertar a los salvajes. Si fallaba el plan, él había de precipitarse hacia aquel campamento y, en la agitación, huir con cualquiera de los tres cautivos.

Así siguió esperando, escuchando, lleno de tensa y fiera pasión. Sólo el suave murmullo de las hojas y del agua y el suspiro del viento en las copas le demostró que aquel cuadro no formaba parte de un sueño. Sus ojos buscaron las figuras quietas, deteniéndose esperanzados en los cautivos, amenazadores sobre los salvajes y fieros sobre el renegado. Después se detuvieron en el centinela, una mancha oscura sobre la piedra gris. Vio la pluma del indio, blanca, plateada; luego, se posaron en la fuente borbollante y refulgente. El manantial tenía forma redonda y un diámetro de metro y medio; brillaba como escudo pulido, reflejando la luna, las rutilantes estrellas y los árboles.

El hombre que observaba sintióse de pronto invadido de un horror inexplicable. Se le pusieron los pelos de punta y le invadió un frío glacial. No sabía si era la crisis de la larga espera o la anticipación de la sangrienta lucha que había de sobrevenir en breve. ¿Es que aquella fuente borbollante que reflejaba los rayos plateados de la luna contenía en sus insondables profundidades un secreto? ¿Es que aquellos árboles sombríos y solitarios con sus ramas caídas y tristes abrigaban algún misterio? Si aquel lugar había de ser escenario de otra tragedia en lo por venir, ¿podrían aquellas aguas o aquellas hojas presagiar con su susurro y murmullo lo futuro? No; sólo eran testigos silenciosos y ciegos de la Naturaleza.

El hombre que esperaba se maldecía por su cobardía; luchó contra la sensación de frío, con gran esfuerzo venció el miedo. ¿Era así como había de realizar su promesa de compartir los peligros del vengador? Su energía se impuso; de nuevo se convirtió en hombre valiente y fiero.

Fijó la mirada en el centinela. Seguía en la misma posición y, sin embargo, se había operado en él un cambio; parecía más atento. Tenía la cabeza erguida como ciervo que acecha el peligro.

Un suave gemido alentó sobre el murmullo del agua de la fuente y, al oírlo, el centinela se quedó rígido; la manta con que se había cubierto cayó lentamente a sus pies. De

nuevo se percibió el gemido de la suave brisa en las copas, y de entre las sombras surgió, más potente, otro gemido plañidero, subiendo en la quietud, para apagarse poco a poco como un sollozo.

El centinela se metió en la sombra y desapareció como un fantasma.

Otro indio se levantó rápidamente, miró en torno suyo, se inclinó sobre un compañero y lo despertó. Rápidamente, el segundo piel roja se puso en pie. Apenas se había erguido, cuando un objeto, veloz como pelota disparada, salió de la espesura y se precipitó sobre los indios derrumbándolos. La luz de la luna reflejóse en algo brillante que circuló con ancho y rápido movimiento. Un alarido breve, ahogado, despertó a los demás salvajes, que se levantaron, alarmados, confusos.

La figura sombría saltó entre ellos, moviéndose con increíble rapidez, convirtiéndose en monstruo. Terrible fue la lucha. Golpes sordos, el entrechocar de aceros, gritos de furia, alaridos de agonía, mezclados al forcejeo y al terrible estruendo, cual toro enfurecido. La lucha cesó con la misma rapidez con que había sobrevenido. Algunos guerreros quedaron exánimes en la hierba, otros se retorcían agonizantes. Por un instante una veloz sombra cruzó el sendero, para luego desvanecerse en seguida.

Tres salvajes se precipitaron sobre sus rifles. Un relámpago, una detonación desde la espesura del otero y uno de los salvajes cayó mortalmente herido. Los otros se vieron interceptados por una sombra gigantesca que blandía un rifle. El observador del otero había entrado en acción. Se plantó ante los indios que tenían los rifles en la mano v manejó el suyo. Un indio cayó al golpe potente de aquella arma, pero volvió a levantarse. Los salvajes se alejaron de aquella figura amenazadora y la rodearon.

El estruendo de la otra pelea se apagó y otros salvajes se unieron a los tres que retrocedían ante el desesperado enemigo. Se acercaron, pero viéronse obligados a retroceder también. Uno tiró una navaja reluciente, otro una piedra, el tercero su hacha, que arrancó chispas del rifle que giraba vertiginosamente.

El solitario atacante los mantenía a todos a raya. Mientras no tuviesen armas de fuego, era dueño de la situación. Con cada golpe arrancaba o rompía un rifle. Pronto los rifles de los indios eran inservibles; lentamente iban retrocediendo y el atacante se apartó de la roca hacia el sendero por donde había huído su amigo.

Su intención era llegar y salir huyendo, porque había oído ruido tras la roca y recordó al centinela. Vio que los salvajes miraban en aquella dirección y previó el peligro,, pero no podía volverse. Un segundo podría serle fatal: Viéndose rodeado, no le quedaba otra cosa que abrirse camino. Infatigablemente blandió el rifle, precipitándose como una furia sobre el círculo que le encerraba. Los indios caían ante aquella poderosa arma, pero desde el suelo trataron de alcanzarlo. A golpes y patadas, realizando heroicos esfuerzos, se abrió paso y, por fin, tenía el camino libre delante de sí. Rápidamente echó a correr hacia la libertad.

Al salir del calvero, el centinela salió tras de un árbol cerca de la entrada del sendero v tiró el hacha, que volaba como rayo argentino tras el que huía, guiada por mano certera.

De pronto la luz de la luna se apagó en la mirada del que corría, vio un millón de estrellas rutilantes, sintió un terrible dolor; lenta, muy lentamente, se dejó caer v perdió el conocimiento.

XVII

Joe despertóse de una terrible pesadilla. Al recobrar e: conocimiento tuvo una vaga idea de haber soñado cor entrechocar de armas, con salvajes dando alaridos, cor una pelea en

la que él se viera cogido por garras potentes La cabeza le dolía horriblemente, los ojos los tenía velados y brazos y piernas, sujetos por presión de calambres. A: principio se dijo que aquellas sensaciones debían de ser continuación del sueño. Luego, se le despejó la mirada y se vio frente a la terrible realidad.

El sol de la mañana iluminaba una escena de tragedia Cerca de Joe yacía un indio con ojos vidriosos, sin vida Más allá había otros cuatro salvajes cuya posición peculiar, inerte, como si hubiesen caído de gran altura, atestiguaba también que su vida se había extinguido. Joe sólo se fijó en un detalle: el cráneo hundido del más cercano y en seguida apartó la vista asqueado. Por fin lo recordaba todo: el acecho, el disparo, la lucha, todo. vio de nuevo la oscura figura de Wetzel moverse como monstruo legendario en medio de los salvajes, percibió otra vez el alarido gutural con que acompañaba el vengador sus golpes. Atentamente miró en torno del calvero, pero no halló rastro del cazador.

vio que Silvertip y otro indio curaban la herida que tenia Girty en la cabeza. El renegado gemía y se retorcía en su dolor. Cerca de él yacía Kate, con rostro blanco y ojos cerrados. Estaba desmayada o muerta. Jaime se hallaba acurrucado bajo un árbol, al que estaba atado.

-Joe, ¿es grave tu herida? -preguntó Jaime, muy apenado.

-No, me parece que no; pero no lo sé bien. ¿.Está muerta la pobre Kate?

-No; se ha desmayado.

-¿Dónde está Nelly?

-Se ha ido -contestó Jaime bajando la voz y mirando a los indios, los cuales se hallaban muy ocupados en vendar la cabeza de Girty y no prestaban atención a los prisioneros -. ¿Verdad que aquel torbellino de anoche era Wetzel?

-Si, ¿cómo lo has sabido?

-Estaba despierto. Me sentí oprimido. Tal vez era un presentimiento. Sea como sea, no pude conciliar el sueño. Oí el gemido de aquel viento y la sangre se me heló en las venas.

Es como el susurro del viento de la noche, sólo que más fuerte, y parece preñado de poder sobrehumano. Hablar de él en pleno día parece cosa de superstición, pero escucharlo en las tinieblas de esta selva solitaria es sencillamente horrible. No es que yo sea cobarde, pero créeme que me asusté de veras. Y no es extraño que me asustara. Fíjate en esos indios: todos murieron en un momento. Oí el quejido extraño, vi que Silvertip desapareció y que los otros dos indios se levantaron. De pronto, un cuerpo enorme cayó de la roca y un objeto brillante cayó sobre los salvajes, que dieron un breve alarido cayeron para no levantarse más. No sé por qué, pero en seguida sospeché que aquel ser extraño, con sus movimientos rápidos como el relámpago, su hacha rutilante era Wetzel. Cuando se precipitó en medio de los demás salvajes lo reconocí claramente. Vi que tenia algo arrollado sobre el brazo izquierdo, tal vez la chaqueta, mientras la derecha manejaba el hacha brillante. Le vi herir a aquel indio alto, el que está allí con el cráneo destrozado.

Su colosal osadía y rapidez confundió a los pieles rojas. Rompió el circulo que había formado en derredor suyo, cogió a Nelly con un brazo, cortó sus ligaduras al pasar, y desapareció como había venido. Sólo cuando tú caíste y Silvertip se acercó me di cuenta de que mis ligaduras estaban sueltas; las había cortado el hacha de Wetzel y me hirió al mismo tiempo en el costado, pues sangraba. Por lo tanto, estaba durante aquellos momentos libre para ayudar en la lucha y no lo sabia. ¡Qué tonto fui!

-Yo he realizado muy mal la parte que me correspondió en la lucha -dijo Joe lamentándose -. Me gustaría saber si los indios averiguaron que fue Wetzel quien los atacó.

-¿Que si lo saben? ¡Ya lo creo! ¿No oíste que pronunciaron aquel nombre francés? Por lo que he podido juzgar, sólo dos indios murieron instantáneamente. Los otros fallecieron más tarde. Yo he tenido que estar aquí atado sin poder valerme de mi mismo, escuchando sus

quejidos y oír cómo pronunciaban el nombre de su matador: Viento de la Muerte. ¡Qué bien le sienta el nombre!

-Creo que casi ha matado a Girty.

-Le ha causado una buena herida, pero parece que el diablo protege al renegado.

-Jim Girty está condenado-dijo Joe gravemente-. Es como si ya estuviese muerto. He vivido al lado de Wetzel y le conozco. Me dijo que Girty asesinó a un colonizador, un pobre anciano que vivía con su hijo cerca del Fuerte Henry. El cazador ha jurado matarlo; pero no vayas a figurarte, no me lo ha dicho, lo he visto en sus ojos. No me sorprendería que saltase de pronto de aquella espesura. Yo lo espero. Si sabe que aquí sólo quedan tres enemigos, los perseguirá implacablemente. Girty tendrá que darse prisa. ¿Adónde os llevaba?

-A la aldea de los delawares.

-Supongo que los jefes no permitirán que te causen daño a ti, pero en cuanto a Kate y a mi, más nos valdría estar muertos. Si pudiésemos retrasar la marcha es seguro que Wetzel nos salvaría.

-¡Calla! Girty se levanta.

El renegado se había puesto de pie y se sostenía tambaleante en el brazo del shawni. Al parecer no tenia ninguna herida grave. Cubierto el rostro de sangre que procedía de una herida superficial en la sien, presentaba un aspecto más salvaje que nunca.

-¿Dónde está la muchacha rubia? -preguntó apartando el brazo de Silvertip.

Buscó a la muchacha en el calvero y cuando Silvertip le explicó el asunto, empezó a encolerizarse, maldiciendo con labios llenos de espuma y dando alaridos de furor. Tan grande fue su exasperación que perdió las fuerzas y tuvo que sentarse.

-¡Está salvada, maldito renegado! -exclamó Joe.

-¡Cállate, Joel No le hagas enfadar. Nos tratará peor.

-No podemos estar peor; de modo que es igual -contestó Joe.

-La cogeré, la cogeré -tronó Girty con voz jadeante-. La cogeré y ella me querrá.

El espectáculo de aquel miserable pervertido hablando como si le hubiesen engañado en su amor, era tan notable, tan monstruoso, que Joe no supo qué decir de momento.

-¡Bah! - exclamó. Sabía muy bien que no era prudente ceder a la pasión, pero no pudo remediarlo; aquella fiera en forma humana, gimiendo por un amor perdido, le enloqueció-. ¡Maldito asesino l Cualquier mujer blanca preferiría morir mil veces antes de quererte a ti.

-¡Calla! Pronto sufrirás la muerte en la estaca, y luego te comerán los buitres -gritó el renegado.

-Entonces, mátame ahora o te expones a perder uno de tus célebres banquetes de buitres -dijo Joe gritando-. Luego puedes volverte como una hiena a tu madriguera y guardarte en ella. Wetzel ha jurado matarte. Anoche erró. el golpe, pero fue porque quería salvar a la muchacha. El día menos pensado te cogerá y entonces...

Nada podía ser más repugnante que aquella cara villana pálida de miedo. El rostro de Girty estaba lívido y desencajado, y tan intensa y grave había sido la voz de Joe, que a todos les parecía que Wetzel había de caer inmediatamente entre ellos, con la vengadora hacha alzada, para tomar terrible venganza. El corazón de hiena del renegado no conocía el coraje. Cuando luchaba, era como el lobo, que se apoya en la fuerza de muchos. Mas también acaba allí la semejanza, porque un lobo, cuando está acorralado, muestra los dientes, y Girty en tal situación se hubiese muerto de miedo. La sola mención del nombre de Wetzel le hizo temblar.

-Yo te haré callar-exclamó cogiendo su destral y precipitándose sobre Joe.

Silvertip intervino, evitando el asesinato. Llevó a Girty a su sitio y le habló en voz baja, tratando, al parecer, de calmarle.

-Silvertip, dame un hacha y déjame luchar con él -imploró Joe.

-Rostro pálido valiente... como jefe indios... Rostro pálido prisionero del shawni... No hable más-contestó Silvertip, con un dejo de respeto en la voz.

-¡Oh! ¿Dónde está Nelly?

Jaime percibió un grito de terror y se volvió; Kate estaba mirándole con ojos horrorizados.

-Nelly ha sido salvada.

-Gracias a Dios -murmuró la muchacha.

-Vámonos -gritó Girty con voz dura.

Cogió a Kate. por el brazo y la obligó a ponerse en pie con violencia, y recogiendo el rifle, se fue con ella al bosque. Silvertip le siguió con Joe, y el otro indio, con Jaime.

La gran tienda del Consejo de los delawares resonó llena de fiera elocuencia. Wingenund paseábase lentamente ante los oradores. Aunque todos reconocían su sabiduría y su autoridad, deseaban escucharlos consejos de sus guerreros antes de decidir lo que se había de hacer con el misionero. Los dos hermanos habían sido llevados a su presencia y Wingenund convocó inmediatamente la asamblea. Los indios formaban medio círculo en la tienda. Los prisioneros, maniatados, guardados por dos indios jóvenes, estaban en un rincón, mirando con curiosidad la formidable escena. Jaime conocía a algunos indios, pero la mayoría de aquellos que hablaban tan fieramente contra los rostros pálidos nunca habían estado en Villa de la Paz. Casi todos eran de la tribu del Lobo de los delawares. Jaime traducía a Joe la parte de los discursos que se refería a ellos. Dos blancos ataviados como los indios ocupaban un lugar preferente delante de Wingenund. Los dos hermanos vieron cierta semejanza entre uno de ellos y Jim Girty, y concluyeron que se trataba del famoso renegado Simón Girty, el llamado indio blanco. El otro debía ser Elliot, el espía inglés, en compañía del cual Girty desertara del Fuerte Pitt. Jira Girty no estaba presente. Al acercarse a la aldea se había llevado a su cautiva y desapareció con ella en un barranco.

Shingiss, raras veces favorablemente dispuesto a medidas radicales con los prisioneros, defendía con elocuencia la conveniencia de iniciar a los hermanos para que formasen parte de la tribu. Otros jefes se mostraban conformes, pero con menos energía que Shingiss. Kotoxen pedía la muerte de les dos; el implacable Pipa pedía nada menos que fuesen quemados vivos en las estacas. Ninguno quería que el misionero volviese a Villa de la Paz. Girty y Elliot, a pesar de que se rogó que diesen su opinión, mantuvieron ominoso silencio.

Wingenund se paseaba pensativo ante su Consejo, después de oír a los sabios y fieros guerreros. Supremo era su poder. La libertad o la muerte para los cautivos estaban en su mano. Su rostro impasible no dejaba traslucir lo que podía esperarse de él. Por lo tanto, los prisioneros se vieron obligados a aguardar con mortal inquietud, mientras el cacique dejaba pasar el acostumbrado intervalo antes de dirigirse al Consejo.

-Wingenund ha escuchado las palabras de los hombres sabios y de los guerreros de los delawares. El indio blanco no ha abierto la boca; su silencio significa desgracia para los rostros blancos. Pipa desea la sangre de ellos. El jefe de los shawnis pide el palo de los tormentos. Wingenund dice que se ponga en libertad al padre blanco que no hace daño a los indios. Wingenund no percibe maldad en la música de su voz. El hermano del padre blanco debe morir. ¡Muera el compañero del Viento de la Muerte!

Un murmullo quejumbroso, muy notable en una asamblea de jefes indios, corrió entre los reunidos al oír la terrible sentencia.

-El padre blanco está libre-continuó Wingenund-. Que uno de mis corredores lo conduzca a Villa de la Paz.

Un joven indio entró y tocó a Jaime en el hombro.

Jaime movió la cabeza y señaló a Joe. El indio se dirigió a Joe.

-No, no. Yo no soy el misionero -exclamó Joe mirando aturdido a su hermano -. Jaime, ¿has perdido el juicio?

Jaime movió la cabeza con tristeza y volviéndose a Wingenund le dijo en su propio idioma que aquel hermano era el misionero, que quería sacrificarse aprovechándose de la oportunidad para practicar el cristianismo que enseñaba.

-El padre blanco es valiente-dijo Wingenund con su profunda voz. Luego, señalando la puerta de la tienda, añadió-:

¡Que vuelva a sus indios cristianos!

El indio cortó las ligaduras de Joe y trató de nuevo de sacarle de la tienda. La furia y la desesperación se revelaron en el rostro del joven. Con violencia apartó al indio y trató de explicarse, de buscar las pocas palabras indias que conocía para demostrar que no era el misionero. Hasta imploró a Simón Girty para que hablase en su favor, y cuando el renegado se empeñó en no salir de su estólido mutismo, Joe estalló en un ataque de furor

-¡Malditos sean todos los pieles rojas idiotas Yo no soy misionero, yo soy amigo del Viento de la Muerte. Yo he matado a un delaware. Yo soy compañero de Le Vent de la Mort.

La vehemencia apasionada de Joe y la certeza que se revelaba en sus ojos relampagueantes obligó a los indios a respetarle, aunque no podían creerle implícitamente. Los salvajes movieron la cabeza. Hallábanse ante el espectáculo de dos hermanos, uno de ellos amigo y el otro enemigo de los indios, que estaban ambos dispuestos a sufrir una muerte terrible por amor al otro. Las proezas nobles siempre conmueven al indio. Aquella voluntad decidida de morir por el hermano era un rasgo digno de un indio. La Indiferencia, el desprecio para la muerte les llenó de admiración.

Cien ojos sombríos contemplaron a los prisioneros. Excepto que el uno llevaba traje de piel de ante y el otro de paño, no se veía diferencia. Las figuras erguidas eran las mismas, los dos rostros blancos exactamente iguales, la enérgica decisión de los ojos grises idéntica; eran hermanos gemelos y se parecían como una gota de agua a otra.

Wingenund empezó de nuevo a pasearse ante el Consejo.

En su perplejidad, no sabía cómo resolver la situación con justicia. No le convenía matar a ambos. De pronto tuvo una idea.

-Que venga la hija de Wingenund -ordenó.

A poco entró una muchacha joven, Aola, y su hermoso rostro estaba radiante mientras escuchaba la voz de su padre.

-La hija de Wingenund tiene los ojos de su madre, que eran bellos como los de la corza, agudos como los del halcón, penetrantes como los del águila. Que la muchacha delaware muestre su raza. Que señale ella quién es el padre blanco.

Tímidamente, pero sin vacilar, Aola puso la mano sobre el brazo de Jaime.

-Que se marche el misionero -ordenó el cacique-. Que dé las gracias a la hija de Wingenund por su vida y no al Dios de los cristianos.

Con un ademán dio una orden al corredor indio. Éste asió a Jaime del brazo.

-¡Adiós, Joe! -dijo Jaime con voz trémula.

-¡Adiós, Jaime!

Los dos se miraron por última vez. La mirada de Jaime reveló sus temores. Jamás volvería a ver a su hermano. El brillo de los ojos de Joe demostraba su espíritu indomable; mientras había vida, había esperanza.

-Que el jefe shawni pinte a su prisionero de negro -ordenó Wingenund.

Cuando el misionero salió de la tienda con el corredor, Aola había sonreído, porque acababa de salvar a aquel al que gustaba de escuchar, pero la terrible orden que oyó a continuación la hizo palidecer. La pintura negra significaba una muerte horrible. Aola vio a aquel hombre que era igual que el Padre Blanco. Su mirada lastimosa trató de apartarse de aquel rostro blanco, pero los ojos fríos y acerados del prisionero la fascinaron.

Ella solo había salvado a uno para condenar al otro. Aola siempre habíase sentido atraída por los hombres blancos. Había salvado a muchos prisioneros. Hasta habíase mostrado buena con el enemigo jurado de su raza, con Viento de la Muerte. Ella había escuchado con éxtasis las palabras del joven misionero y le había salvado. Y ahora, al mirar en los ojos de aquel joven gigante, cuyo destino había estado en sus manos al decir la identidad del misionero, también resolvió salvarle a él.

Había sido una muchacha tímida, vergonzosa, temerosa de alzar los ojos hacia un rostro pálido, pero ahora erguía la cabeza con decisión y miraba sin pestañear.

Al ir con paso rápido hacia el cautivo y cogerle la mano, toda su figura irradiaba el orgullo consciente de su fuerza, al saber que estaba en sus manos salvarle. Cuando le beso la mano y se arrodillo ante él, expreso tierna humildad.

Había reclamado el indiscutible derecho de una muchacha india; exigía lo que ningún indio puede rehusar a la hija de un jefe: tomaba a aquel rostro pálido por esposo.

Su actitud fue seguida de un silencio impresionante. Aola se quedo arrodillada. Wingenund continuo paseándose lentamente. Silvertip se retiro a un rincón, con mirada hosca. Los demás inclinaron la cabeza, como si la decisión de la muchacha fuese irrevocable.

De nuevo sonó la voz de mando del cacique. Un indio anciano, de rostro arrugado, de aspecto extraño, de indumentaria fantástica, entro en la tienda y movió su vara de canutillos. Murmuro extrañas palabras y se marcho cantando en voz baja.

Aola se levanto sonriendo, radiante y, sin soltar la mano de Joe, lo llevo fuera de la tienda por entre las largas filas de indios silenciosos, por la senda bordeada de tiendas puntiagudas. Y Joe la siguió como si soñara.

Esperaba despertar en cualquier momento de aquel sueño y, sin embargo, sintió real y verdaderamente la suave y cálida presión de una manita. Aquella figura graciosa y esbelta era real.

Aola le suplico que entrase en una tienda de dimensiones imponentes. En silencio, asombrado y agradecido, Joe obedeció.

La muchacha se volvió hacia él. Aunque en su rostro seguía brillando el orgullo, había desaparecido la pasión. Su pecho se movía agitado, le temblaron los labios y el cuerpo como corza acorralada.

Por fin alzo las largas pestañas y Joe vio dos ojos aterciopelados llenos de timidez que revelaban, sin embargo, en sus brillantes profundidades, inefables esperanzas de amor.

-Aola... salvar... rostro pálido...-dijo en voz baja y trémula-. Aola teme a su padre. Teme decir... a Wingenund... que Aola... es cristiana.

El veranillo de San Martín, el tiempo más hermoso del otoño, desplegó su áurea y engañadora luz sobre el pueblo
delaware. El bosque apareció en toda su gloria otoñal; los prados vistiéronse con exuberancia de flores. Durante el día, la calina purpúrea cerníase sobre los valles, trocándose con el fresco del atardecer en nubes de blanca niebla. Las llanuras y las selvas reposaban en melancólica quietud. El triste susurro del viento del Oeste sobre la alta hierba revelaba que poco a poco iba flaqueando ante su enemigo, el viento del Norte.

Para Joe fueron aquellos días una época de embeleso. Su corazón apasionado había encontrado su pareja. Ahora era un cautivo voluntario. Todas sus veleidades con otras mujeres, todos sus recuerdos, se desvanecieron ante el amor a su esposa india.
Aola encantaba la vista, la mente y el corazón. Cada día renovábase su belleza. Aprendía con tanta facilidad como rápidamente sabía mover la cabeza de pelo de azabache, pero su suprema belleza radicaba en su alma apasionada e inocente. Limpia como la más clara fuente, reflejaba la pureza y la sencillez de su vida. Aunque era india y pertenecía a una raza cuya

moral y cuyas costumbres eran ajenas a las del hombre a quien amaba, sin embargo, hubiese honrado al apellido más ilustre.

Cuando Aola levantaba sus oscuros ojos, eran radiantes como estrellas solitarias; cuando hablaba, su voz era musical.

-Amado -dijo un día con melodioso acento-, enseña a tu esposa india cómo puede hacer para amarte más, dónde está la verdad y dónde está Dios. Aola anhela ir entre los cristianos, pero teme a su padre. Wingenund quemarla la Villa de la Paz. Las tribus indias tiemblan ante el trueno de su cólera. Ten paciencia, amado mío. El tiempo cambia las hojas y también cambiará la cólera de los guerreros. Aola te libertará y ella misma será libre para ir contigo hacia el sol naciente, donde tu gente vive. Ella amará y será constante como la estrella del Norte. Su amor será una fuente eterna donde las flores brotarán siempre frescas y lozanas. Amará a tu pueblo y sus hijos serán cristianos y siempre estará en la puerta de tu hogar orando para que sople el viento del Oeste. Y si mi amado quiere, viviremos la vida de los indios, libres como dos águilas en su solitaria cima.

Aunque Joe se entregó por completo al amor de su esposa, no olvidó que Kate estaba en poder del renegado y que era preciso salvarla. Sabiendo que Girty tenía a la desgraciada muchacha oculta en algún lugar cerca de la aldea de los indios, estaba decidido a encontrarla, para lo cual hizo un plan tras otro. Creía que lo mejor sería servirse de Aola. Ésta tal vez podría descubrir la madriguera del renegado y entonces él podría matarlo o por lo menos poner en libertad a Kate. Después se proponía marcharse con ella y con Aola. A pesar de su eterno optimismo, no ignoraba lo peligroso de su proyecto. El que los delawares se enterasen de la traición de Aola significaba la muerte para ella y para él. Y antes estaba dispuesto a pasar el resto de la vida en aquella aldea de los salvajes que causar la desgracia de la mujer que le había salvado. Sin embargo, creyó que sería posible escaparse con ella sin exponerla a ningún peligro y en este sentido hizo sus proyectos. El tiempo que pasara al lado de Wetzel no había hecho más que aumentar su innata osadía.

En el entretanto, relacionábase libremente con los indios, y allí, como en todas partes, su simpatía y su constitución atlética hicieron que fuese bien visto entre los pieles rojas. Hasta tenía relaciones amistosas con Pipa; este hosco guerrero simpatizaba con Joe porque el joven, a pesar de la animosidad que había despertado en los pretendientes a la mano de Aola, les gastaba bromas. En efecto, las jugarretas de Joe llegaron a ser famosas, y los bravos que habían pretendido a la hermosa hija de Wingenund temían al poderoso rostro pálido lo mismo que al ridículo. La idea que guiaba a Joe en sus bromas era dar a los indios la impresión de que sentíase completamente feliz en su nueva vida, y aunque era así en realidad, apetecía, sin embargo, la libertad El éxito le acompañó, porque tras la estrecha vigilancia del comienzo, ésta disminuyó y, por fin, desapareció por completo. Esta última circunstancia era en parte debida a un fermento de agitación que se había apoderado de pronto de los delawares. En la gran tienda se celebró un consejo tras otro. El ir y venir de los corredores era incesante. Al parecer, se avecinaba alguna crisis

Joe no logró saber lo que significaba aquella agitación, y sus ansias aumentaron al ver que Aola perdió de pronto su alegría y se puso triste. Al preguntarle por la causa de su pesar, ella guardó silencio. Otra sorpresa para él fue que la muchacha se mostró inmediatamente dispuesta a huir con él cuando le habló de su proyecto. Aunque la situación misteriosa le confundía, Joe no cambió sus proyectos, porque, en cierto modo, los favorecía. Comprendió que la presencia de Simón Girty y Elliot, con otros renegados desconocidos, era la causa de la inquietud entre los indios. Aquellos provocadores acostumbraban ir de pueblo en pueblo para excitar a los salvajes a la guerra. La paz significaba el ocaso y la muerte de los renegados. De aquí que trabajasen activamente de día y de noche. Con frecuencia Joe percibía la ronca voz de Girty en la tienda de los consejeros. Pipa pidió incesantemente con voz de trueno la

guerra. Sin embargo, Joe no pudo enterarse contra quién excitaban a los salvajes. Pero pronto lo sabría.

Al tercer día de empezar los consejos, un jinete se detuvo ante la tienda de Aola y llamó. Joe salió a la puerta y vio a un hombre blanco cuyo rostro oscuro y viril le pareció familiar, aunque jamás lo había visto.

-Quisiera hablarle -dijo el desconocido con voz seca y autoritaria, como hombre acostumbrado a mandar.

-Estoy a su disposición. ¿Quién es usted?

-Soy Isaac Zane. ¿Es usted el compañero de Wetzel o el renegado Deering?

-No soy renegado. Me salvó la muchacha india que me tomó por esposo-contestó Joe fríamente, sorprendido ante la actitud de Zane.

-Muy bien, me alegro mucho conocerle -repuso Zane, cambiando de tono y alargando la mano-. Quería asegurarme, porque no conozco a Deering y sé que está aquí. Estoy en camino a la aldea de los hurones. Vengo del Fuerte Henry; mi hermano me ha hablado de usted y de los misioneros. Al llegar aquí, Simón Girty me ha explicado la historia de usted. Si puede, es necesario que se vaya de aquí. Si me atreviese, lo llevaría conmigo a la aldea de los hurones, pero no puede ser. Huya, pues, antes que sea tarde.

-Muchas gracias, señor Zane. Sospeché que pasaba algo anormal. ¿De qué se trata?

-Se lo diré-contestó Zane en voz baja y mirando en tomo suyo para cerciorarse de que nadie les escuchaba -. Girty y Elliot, lo mismo que ese Deering, tienen celos de la influencia del cristianismo sobre los indios. Sus intrigas se dirigen contra Villa de la Paz. Han suplicado a Tarhe, el cacique de los hurones, que se una a ellos en una acción común contra la religión. Al parecer, lo que enfurece a los renegados no son los misioneros, sino los indios conversos. Saben que si matan a éstos, el poder de los misioneros quedará destruído para siempre. Pipa está sediento de sangre. Los renegados están envenenando poco a poco la mente de los jefes que aún vacilan. El asunto tiene el aspecto feo y temo lo peor.

-¿Qué puedo hacer?

-Marcharse de aquí. Si puede, llévese un rifle. Siga la corriente del río hasta el Ohio y diríjase luego hacia el Este, camino del Fuerte Henry.

-Quisiera rescatar antes a una muchacha blanca que Jim Girty tiene secuestrada en estos alrededores.

-¡Imposible! Eso es lo mismo que cometer un suicidio. Jim Girty es un verdadero carnicero; seguramente habrá asesinado a la muchacha.

-No me marcharé sin intentarlo. Además, he de llevarme a mi mujer, la muchacha india que me salvó. Ella es cristiana y quiere ir conmigo. Yo no puedo dejarla.

-Yo no hago más que avisarle y usted hará lo que tenga por conveniente. Si estuviera en su lugar no trataría de buscar a la muchacha blanca, pero me llevaría a mi esposa. Yo he pasado por lo mismo que usted. Debe usted ser buen cazador, porque, de lo contrario, Wetzel no lo hubiese tolerado a su lado. Si insiste usted en hacer algo por aquella muchacha, espere el momento oportuno. Obligue a su esposa a que le diga dónde se oculta Girty. Ella lo sabe, pero teme decírselo por temor a Girty. Recupere usted su perro y su caballo del shawni. Es un excelente caballo y en él pueden huir los dos. Quíteselo a Silvertip.

-¿Cómo puedo hacerlo?

-Vaya y pídaselo. La mayoría de los delawares es gente honrada, a pesar de que sean crueles y sanguinarios. Para ellos, la justicia está en la fuerza. Los delawares no le ayudarán a que recupere su caballo, pero le apoyarán si usted afirma sus derechos como es debido. No simpatizan con el shawni. Si Silvertip se niega a devolvérselo. cójalo antes de que pueda sacar arma alguna y propínele una buena zurra. Fuerza tiene usted para ello. A los delawares les divertirá mucho que usted le dé una paliza. Silvertip es íntimo de Girty; por eso está

aquí. Créame que es el mejor camino. Pero hágalo abiertamente, y entonces nadie se interpondrá.

-¡Vive Dios, Zane, le voy a zurrar la badana! Se la debo y tengo ganas de cogerlo.

-Muy bien, ahora me voy. Enviaré un corredor de los hurones a Villa de la Paz para avisar a su hermano y los demás misioneros. Adiós. Buena suerte. Espero volverle a ver.

Joe se quedó mirando a Zane mientras éste cabalgaba rápidamente por el sendero y desaparecía tras los arbustos. Aola se acercó a la puerta y miró a Joe con ansiedad. Éste la llevó adentro y le informó rápidamente de lo que sabía acerca de la causa de los consejos, diciéndole, además, que estaba decidido a huir con ella, pero que antes era necesario que ella descubriese el escondite de Girty. Aola se echó en sus brazos declarando, con energía y pasión inusitada en ella, que sabía la dirección desde la cual se acercaba Girty al pueblo y no dudaba que le sería fácil encontrar su madriguera. Con una astucia que reveló su naturaleza india, explicó a Joe un plan que a éste le pareció excelente. Dijo que una vez conseguido el caballo, ella lo montaría para pasearse por la aldea y luego por el bosque, donde lo dejaría bien atado para regresar a pie, fingiendo que el caballo se había escapado. Luego, siguiendo la costumbre de todos los días, se pasearía por la tarde en las afueras y así, debido a la agitación que reinaba en la aldea, a causa de los consejos, podían escaparse sin ser vistos. Entonces buscarían el caballo; si era posible rescatarían a la prisionera y después se encaminarían velozmente hacia el Este.

Joe salió en seguida de la tienda para llevar a cabo el proyecto. La suerte le favoreció desde el principio, porque se encontró a Silvertip delante de la tienda de los consejos. El shawni llevaba el caballo de la brida y. el perro le seguía. El pobre Mose había recibido tantas palizas que temía mover la cola cuando veía a su antiguo amo. El resentimiento de Joe se convirtió en furia, pero exteriormente se mantuvo sereno.

Delante de todos los indios que esperaban el comienzo de la asamblea, Joe se plantó frente al shawni, impidiéndole avanzar.

-Silvertip tiene el caballo y el perro del rostro blanco - dijo Joe con voz potente.

El jefe indio le miró con orgullo y los demás indios se acertaron rápidamente. Todos sabían cómo había obtenido el shawni los dos animales y esperaban con curiosidad el resultado del reto del hombre blanco.

-Rostro pálido... mucho mentiroso -gruñó el indio, con mirada astuta y apoyando la mano de modo casual sobre el mango del hacha.

Joe alzó rápidamente el largo brazo y le pegó un tremendo puñetazo en la mandíbula, lo que hizo caer al indio. Dando un horrendo alarido, Silvertip sacó el arma y trató de levantarse, pero el tiempo que perdió en coger el hacha le fue fatal, porque Joe se precipitó sobre él con la presteza de un tigre. Con un puntapié apartó el hacha y con otro tumbó al indio de nuevo. Ciego de ira y furor, Silvertip se levantó de un salto y sin arma alguna se precipitó sobre su enemigo, pero no conociendo el boxeo, no pudo alcanzar a Joe con las manos. El joven esquivó con sus movimientos rápidos la embestida del salvaje y le lanzó uno tras otro tres terribles puñetazos. Con un cuarto golpe, dado con toda la fuerza de su poderoso brazo, el indio perdió el equilibrio y se cayó con el rostro ensangrentado, vencido, sobre la hierba. Los indios contemplaban al desgraciado shawni y expresaban su aprobación con sus gruñidos característicos.

Con Lance de la brida y Mose saltando alegremente a su lado, Joe se dirigió a su tienda, donde Aola le recibió con gran alegría. La muchacha informó a Joe que aquella tarde se celebraba un consejo muy importante y que sería muy conveniente huir tan pronto como los jefes se hubiesen reunido. Para hacer los preparativos de la huída, Aola montó el caballo y se paseó por la aldea con gran satisfacción de los indios. Después de haber recorrido toda la aldea para que todo el mundo la viese montada en el garañón negro, se dirigió al riachuelo. Acostumbrados a que la hija de Wingenund obrara siempre a su antojo, los indios no

encontraron nada de particular en ello. Cuando una hora más tarde, volvió con el pelo suelto y el traje roto, nadie le prestó gran atención.

La misma tarde, Joe y su mujer viéronse favorecidos por :a suerte. Se llevaron el perro, salieron de la aldea: y se metieron en el bosque. Una vez en la selva, Aola llevó a Joe rápidamente hacia una cima rocosa desde donde señaló un barraneo en el cual estaba la choza de Girty. El joven estaba indeciso acerca de llevarse el perro o no. Deseaba llevárselo, pero en caso de una fuga precipitada era preciso que Aola supiese encontrarle, para lo cual podía valerse del can. Finalmente lo dejó con ella.

El joven bajó la ladera y, apenas había dado cien pasos, vio por encima de unas rocas la techumbre de una choza. Tan selvático y escondido era aquel lugar, que no hubiera podido descubrir la choza más que desde aquel punto de vista que con tanta fortuna encontró.

Las prácticas que había realizado en compañía de Wetzel le favorecían para la misión que se había impuesto. Escogió el mejor camino sobre las rocas y entre los arbustos, manteniéndose siempre oculto. Avanzaba con tanto cuidado como si su maestro estuviese mirándole. Por fin llegó al llano. Un espeso bosquecillo de laurel ocultaba la choza, pero Joe ya conocía exactamente la situación. Echándose al suelo, se arrastró por la espesura con gran cuidado pero rápidamente porque sabía que no podía perder tiempo. Por fin alcanzó la parte posterior de la choza.

Ésta era de troncos, burdamente construída. En varios sitios se había caído la arcilla de las hendiduras entre los troncos, dejando pequeñas aberturas. Como una serpiente se arrastró Joe hacia la choza y, levantando la cabeza, miró por uno de los agujeros.

Al instante se echó atrás, temblando de horror y haciendo grandes esfuerzos para no gritar.

XVIII

Lo o que Joe había visto le horrorizó de tal modo, que durante largo rato fue incapaz de moverse. Se quedó tumbado en el suelo, respirando con fatiga, impotente, sacudido por terrible furia. Mientras seguía así aturdido por el golpe, alzó la mirada hacia las copas de los árboles, tratando de calmarse, de comprender el alcance de la situación, para no obrar precipitadamente. El suave azul del cielo, las nubes aborregadas volando hacia el Este, el susurro de las hojas y el gorjeo de los pájaros, todo le decía que no soñaba. Había descubierto la madriguera de Girty, donde éste tuvo secuestradas a tantas mujeres blancas que jamás habían vuelto a ver su hogar. Había visto al renegado durmiendo tranquilamente como cualquier hombre. ¿Cómo era posible que un miserable pudiese dormir así? También había visto a Kate y su aspecto le había paralizado. Para cerciorarse de sus temores, Joe volvió a alzarse y miró por la abertura. Al hacerlo, se oyó dentro de la choza un grito débil.

Girty se hallaba echado sobre una piel de búfalo cerca de la puerta atrancada. En un rincón estaba Kate, atada por la cintura con una correa a un tronco. Tenía el pelo desgreñado y en el rostro y en los brazos se veían muchos cardenales. Pero en sus suaves quejidos, en el incesante movimiento de la cabeza, en sus ojos inexpresivos estaba la prueba de que había perdido la razón. Kate estaba loca. A pesar de la compasión que sintió Joe por la desgraciada, seguido de una tremenda furia, no pudo menos que dar gracias al cielo de que la pobre estuviese loca. Era para ella una suerte que no se diese cuenta de sus sufrimientos.

Imposible de resistir más el furor que sintió arder en sus venas, sin hacer caso del recuerdo de Wetzel que le aconsejara calma, Joe se levantó, dio la vuelta a la choza, y saltando como león enfurecido, se echó sobre la puerta, desquiciándola al primer salto.

Girty se puso en pie con un grito de sorpresa, sacando la navaja al levantarse. No tuvo tiempo de emplearla, porque el segundo salto de Joe, más fiero aún que el anterior, le llevó directamente sobre el renegado. Cuando los dos cayeron, Joe agarró la muñeca del villano con tal fuerza que literalmente le hizo crujir los huesos. La navaja cayó lejos de los dos. Durante un instante forcejearon en el suelo en horrible abrazo. El renegado era fuerte y resbaladizo como una anguila y por dos veces se libró de su enemigo. Luchaba como una hiena, luchaba por la vida, porque en los grandes ojos de Joe leyó su destino. Grito tras grito surgieron de entre los blancos labios del miserable.

La lucha fue terrible y breve. Joe tenía, al parecer, la fuerza de diez hombres. Dos veces tumbó a Girty en el suelo, lo precipitó contra la pared, acercándose más y más al sitio donde estaba la navaja. Próximo ya a ella, Joe le dio a Girty un golpe tremendo en la sien y el villano perdió la fuerza. Plantando la rodilla sobre el pecho del re-
negado, Joe cogió la navaja y la levantó en alto. Antes de emplearla gritó victorioso, sediento de sangre.

Un golpe inopinado hizo que Joe soltara la navaja y al saltar de pie se vio frente a Silvertip. El jefe shawni tenía en la mano un hacha con la cual había dado el golpe. v, a juzgar por sus fulgentes ojos y la maligna sonrisa, se disponía a matar al indefenso rostro pálido. A Joe le bastó una mirada para comprender que Girty no podía hacer nada por el momento, que Silvertip estaba demasiado seguro de su venganza y que la situación pedía que él siguiese el consejo característico de Wetzel: actuar con la velocidad del relámpago.

Más rápido que el pensamiento fue el salto que dio esquivando a Silvertip para pasar al lado de una tranca que estaba en el suelo. Fácil le hubiera sido huir, porqué tenía la puerta delante y al indio detrás, pero Joe no pensaba huir. Cogió la tranca y acometió al piel roja, empezando así un duelo en que la agilidad y astucia del salvaje competían con la fuerza y la furia del blanco. Silvertip esquivaba los terribles golpes de la tranca; ágil como felino evitaba las embestidas, manteniéndose totalmente a la defensiva en espera de una oportunidad y reservándose astutamente hasta que su antagonista estuviese cansado.

Por fin logró hundir el hacha en la tranca y apartarla; con rápido movimiento se agachó, sacó la navaja v cogió a Joe por las piernas con una mano, mientras con la otra le hundió la navaja en el costado.

A pesar de la astucia y del éxito del ardid del salvaje, éste fracasó en su' intento, porque lo que Joe quería era poder ponerle la mano encima. Al caer juntos y sentir el agudo dolor de la herida, se llevó la mano hacia atrás y cogió a Silvertip por la muñeca. Ejerciendo toda su fuerza, retorció el brazo del indio de tal modo que no sólo lo dislocó, sino que le rompió, además, los huesos.

Silvertip vio demasiado tarde el error que había cometido, pero no se quejó. A pesar de estar baldado, forcejeaba desesperadamente para desprenderse, mas en vano, porque Joe lo tenía agarrado con terrible fuerza y cuando pudo hacerse con el cuchillo que Silvertip se viera obligado a soltar, lo hundió en el cuerpo del piel roja.

Los músculos de Silvertip se relajaron como si de ellos se quitase una fuerte tensión. Lentamente estiró las piernas, dejó caer los brazos y del pecho surgió la sangre a borbotones. Una sombra pasó por su rostro. Sus ojos perdieron la mirada de odio, ya no vieron al enemigo, sino que mira-ron más allá con triste interrogación y luego se cristalizaron. Silvertip murió como había vivido, como un jefe.

-Joe miró en tomo suyo para buscar a Girty, pero no lo vio porque se había marchado durante la lucha. El joven se dirigió entonces hacia la cautiva para librarla, pero se echó atrás con un grito de horror. Kate se hallaba tendida en un charco de sangre, muerta. El renegado, temiendo que pudiesen rescatarla, le había dado muerte. Luego, huyó.

Casi ciego de horror y tambaleándose a causa de la pérdida de sangre, Joe se volvió para salir de la choza. Comprendiendo que estaba tal vez gravemente herido, pensó que no le

convenía salir sin armas. Se apodero de un rifle y los frascos de Girty y, con otra mirada más de compasión a la pobre Kate, abandonó la choza.

Sentía una extraña ligereza en la cabeza, pero no sufrió dolor alguno. Sus ropas estaban chorreando sangre. No sabía si era toda suya o del indio. El instinto, más que los ojos, le guiaban. Se sentía cada vez más débil. La cabeza empezó a darle vueltas. Sin embargo, continuo avanzando, porque sabía que la vida y la libertad dependían de encontrar pronto a su esposa. Cuando llegó a la cima, tenía los ojos nublados y estaba completamente agotado. Dando un grito, se cayó de bruces. Vagamente, como si estuviese muy lejos, percibió el gemido de un perro. Sintió algo suave y húmedo en el rostro y en seguida perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se hallaba echado sobre unos helechos, debajo de una roca saliente. Percibió el murmullo del agua y el gorjeo de los pájaros. A su lado estaba Aloa y a pocos pasos elevábase una pared de denso follaje. No veía ni a Aola, ni al caballo.

Sintió una ensoñadora lasitud. Estaba cansado, pero no tenía dolor alguno. Viendo que le era posible moverse sin dificultad, pensó que sólo estaba débil a causa de la pérdida de sangre, pero no porque la herida fuese peligrosa. Se llevó la mano al sitio donde había recibido la cuchillada y advirtió que tenía puesta allí una especie de compresa; hecha con hojas humedecidas. Alguien le había desabrochado la camisa, porque los nudos de los lazos eran distintos de Como él los hacía, y le había curado la
herida. Sólo podía tratarse de Aola. Seguramente era ella la que le encontró y la que, después de atenderle y dejarle en aquel sitio, se había marchado en busca de alimentos o tal vez para volver a la aldea india. El rifle y los frascos que había cogido de la choza de Girty, junto con la navaja de Silvertip, estaban a su lado.

Mientras esperaba el regreso de Aola, sus reflexiones no eran agradables. Podía congratularse, en efecto, de vivir todavía, pero no tenía esperanzas de que la suerte siguiese favoreciéndole. Le era imposible confiar en la huída. Seguramente Girty instigaría a los delawares para que le persiguiesen. Lo que no comprendía era la prolongada ausencia de su esposa. Estaba seguro de que ésta antes moriría que abandonarle. Tal vez Girty la había capturado y ahora estaba buscándole a él.

-La próxima vez, si no le mato yo, me matará él a mí - murmuro Joe con amargura, porque no podía perdonarse el haber fracasado en acabar con el renegado.

El recuerdo de lo poco que había faltado para terminar la carrera de crímenes de Girty le recordó también la escena de la lucha. De nuevo vio el rostro repugnante de Jim Girty, la quieta figura de Silvertip y la de Kate en su roja guirnalda de sangre.

-¡Pebre muchacha 1 Más vale así -murmuró -. No tardará en ser vengada.

Los pensamientos de Joe se dirigieron hacia lo por venir. No tenía miedo de pasar hambre, porque Mose podría coger fácilmente alguna liebre. Lo que más le preocupaba era la persecución. Su pista desde la choza estaba regada de sangre y era fácil seguirla. Por otra parte, no se atrevió a huir hasta que pasase algún tiempo y la herida estuviese curada.

Mas aun si lograba escapar de Girty y de los delawares, su futuro no le parecía brillante. La experiencia de los últimos días le hizo comprender exactamente el alcance de la verdadera vida en la frontera. A pesar de su pasión y de su osadía temeraria, sabía muy bien que la carrera a la que se hallaba dedicado estaba por encima de sus fuerzas por falta de preparación. No porque no supiese cómo obrar en un momento de crisis, sino porque no tenía la necesaria práctica para emplear sus conocimientos con la rapidez y la seguridad requeridas.

Amargamente se reprochó que en las situaciones críticas había fallado en todas menos en una. Esta excepción era la muerte de Silvertip. En aquella lucha había peleado con la misma furia con que obraba Wetzel en todos sus actos. Joe se dio cuenta de que la frontera sólo era lugar adecuado para los cazadores más atrevidos y más experimentados, para aquellos que eran inmunes contra la vida dura y frente a la muerte. No era que Joe sintiera

miedo por falta de confianza en sí mismo, pero tuvo el buen sentido de comprender que hubiera hecho mejor quedándose en el Fuerte Henry. El coronel Zane tenía razón: los indios eran tigres; los renegados, buitres, y los vastos bosques y llanuras, sus madrigueras.

Un gruñido del perro interrumpió sus tristes reflexiones. Mose había levantado la cabeza y estaba husmeando el aire. Joe percibió un leve ruido entre la espesura y un momento después tuvo la gran alegría de ver a Aola. Esta se aproximaba rápidamente con paso ligero y gracioso y se arrodilló a su lado, para besarle y para decirle palabras cariñosas y de consuelo.

-Aola, ¿dónde has estado? - le preguntó él.

Aola le contó que el perro la había llevado a su lado dos días antes y que ella lo encontró desmayado. Después de curarle la herida y ponerle compresas, se había quedado a su lado toda la noche. Al día siguiente, viendo que estaba enfermo y deliraba, decidió arriesgarse a regresar a la aldea. Si alguien le preguntaba, estaba decidida a decir que él la había abandonado. Entonces encontraría el modo de volver y llevarle hierbas curativas para la herida y la fiebre. Mas cuando llegó al campamento, descubrió que Girty había llegado antes que ella, quebrado y maltrecho, y se había ido directamente a ver a Wingenund para acusar a Aola de haber ayudado a Joe a escapar. Wingenund llamó a su hija y la interrogó. Ella confesó a su padre la verdad.

-¿Por qué la hija de Wingenund traiciona a su raza? - preguntó el cacique.

-Aola es cristiana.

Aquella noticia fue para Wingenund un mazazo. Hizo salir a Girty y a los indios de la tienda para hablar a solas con su hija.

-La sangre de Wingenund podrá cambiar, pero nunca engaña. Wingenund es el jefe supremo de los delawares. ¡Vete! Aola está libre l

La muchacha tenía los ojos arrasados en lágrimas mientras contaba a Joe lo sucedido. Ella quería mucho a su padre, y no volvería a verlo.

-Aola está libre -murmuró la muchacha-. Cuando su señor recupere las fuerzas, ella podrá ir con él a las aldeas blancas. Aola vivirá sólo para él.

-Entonces, ¿no tenemos que temer a nadie? - preguntó Joe.

-A ningún indio, ahora que el jefe shawni está muerto. ¿Nos seguirá Girty? Es un cobarde y tendrá miedo de venir solo.

-El salvaje blanco es como una culebra en la hierba. Durante dos largos días los dos pasaron escondidos en aquel lugar retirado. La mañana del tercer día Joe se encontró suficientemente fuerte para emprender la marcha hacia Villa de la Paz. Aola llevó el caballo junto a la roca sobre la cual se hallaba el inválido, facilitándole así el poder montar. Luego, ella montó en la grupa.

El sol empezaba a dorar el horizonte cuando salieron del bosque y entraron en una ancha llanura. En toda la extensión de la pradera no se veía un alma. A lo largo de la linde del bosque, el terreno era llano y el caballo avanzaba con facilidad. Varías veces, durante el curso de la mañana, Joe desmontó junto a unas rocas o un tronco caído, para descansar, porque el montar mucho rato seguido le producía molestias y cansancio. Mediada la tarde, cuando habían hecho unas treinta millas de camino, cruzaron un riachuelo estrecho y de rápida corriente. El color del agua era de un hermoso tono pardo, cosa que Joe advirtió especialmente, porque era una circunstancia inusitada. Casi todos los ríos y torrentes, excepto en épocas de inundaciones, tenían aguas de color verdoso. El joven recordó que durante sus caminatas con Wetzel habían encontrado una corriente con aquella agua color pardo, casi cobrizo. Sabiendo que era preciso dar un rodeo para llegar a la aldea de los indios cristianos y no tropezar con los corredores salvajes, confiaba en que aquel riachuelo, fuese el mismo junto al cual acampara un día con su amigo y maestro. . .

Mientras cabalgaban hacia un otero cubierto de árboles y arbustos, Aola sintió algo cálido y húmedo en la mano y con horror vio que era sangre. La herida de Joe se había abierto de nuevo. Entonces le dijo que era preciso
desmontar y quedarse en aquel sitio hasta que estuviese mejor. Joe también pensó que era lo mejor que podían hacer, sobre todo, porque ya se consideraban en seguridad y muy alejados de los caminos de los indios. Así, pues, se apeó sentado en un tronco esperó hasta que Aola hubiese encontrado un lugar conveniente para construir un refugio temporal.

Mirando vagamente en torno suyo, Joe se fijó en un árbol que tenía muchos nudos en la parte baja. Era como muchos otros árboles y no era la nudosidad de la parte inferior lo que le había llamado la atención, sino el haberlo visto antes. No olvidaba nunca nada de las selvas que hubiese visto una sola vez. De aquí que, al reconocer el árbol, mirara con más atención en torno suyo. Detrás de él había un claro entre los árboles v en aquel paraje había una roca perpendicular cubierta de musgo y líquenes; encima de ella, un haya extendía sus largas y graciosas ramas. El recuerdo de aquellas señales familiares le emocionó. Aquel lugar era el de la Fuente Hermosa, donde Wetzel rescató a Nelly y donde mató a los indios en aquel ataque nocturno que jamás podría olvidar.

XIX

Una tarde, siete días después de la desaparición de Jaime y de las muchachas, Jorge Young y Dave Edwards, los dos misioneros, se hallaban sentados en el umbral de su cabaña, mirando desconsolados hacia el bosque. Durante los diez años de dura labor entre los indios nada les había dolido tanto como la pérdida de aquellos amigos.

-Dave, yo te digo que tu hipótesis acerca de volverlas a ver es absurda -afirmó Jorge -. Jamás olvidaré a la pobre Nelly cuando ese miserable Girty le habló. Pobrecita, se desmayó como flor herida por el rayo. No comprendo todavía por qué me dejaron a mí y se llevaron a Jaime Downs, a no ser que fuese obra de aquel shawni. Es la primera vez que he sentido el deseo de ser cazador. Entonces hubiera podido ir tras ese miserable. Tú has oído hablar, lo mismo que yo, de sus atrocidades. Hubiese
preferido ver muertas a Kate y a Nelly antes que en poder de aquel malvado. Hubiese preferido matarlas yo mismo.

Young había envejecido durante aquellos días; en las sienes se le conocían las venas, tenía el rostro delgado y muy blanco y sus ojos revelaban la pena que sentía. La expresión de bondad y paciencia, que le sentaba tan bien, había desaparecido.

-No sé lo que me pasa desde aquel aciago día en que supe la desgracia -contestó Edwards, en cuyo rostro se veían también las huellas del dolor-. Tengo unos pensamientos muy raros y sueños terribles. Tan nervioso estoy, que no puedo dominarme, y no tengo ganas de trabajar ni de predicar.

-A mí me pasa igual. Pero, Dave, tenemos que cumplir con nuestro deber. Nuestra vida ha de ser paciencia y resignación. Por el hecho de que un rayo de sol haya iluminado por breve tiempo el color gris de nuestras vidas, para desaparecer en seguida, no podemos desatender nuestros deberes ni mostrarnos descontentos.

-¡Qué cruel es la vida en la frontera!

-La misma Naturaleza es brutal.

-Sí, ya lo sé, y nosotros hemos escogido por propia voluntad pasar la vida en medio de esta incesante lucha, haciendo voto de pobreza y renunciando a todo, porque en estas selvas hay diez, veinte o un centenar de salvajes a los que podemos convertir.

-Ésa es la razón y nos debe bastar. Es muy duro tener que renunciar a la mujer a la que uno ama, pero no es esto lo que más me duele. Si padezco no es por mí, sino por ella, por la triste suerte que puede correr.

-A mí también me hace sufrir ese pensamiento y me deprime. Tengo el presentimiento de que nos espera aún otra calamidad. No he sido nunca supersticioso, ni he tenido presentimientos, pero últimamente sufro extraños temores.

En aquel punto salieron el señor Wells y el señor Heckewelder de la cabaña contigua.

-He recibido hoy noticias de un corredor de confianza. A Girty y a sus cautivas no se les ha visto en las aldeas delawares.

-Es muy poco probable que las lleve a las aldeas - repuso Edwards -. ¿Por qué habrá capturado a Jaime?

-Para Pipa, tal vez. Ese lobo delaware es muy feroz, odia a los cristianos y... ¿qué es eso?

Un suave silbido de entre los arbustos cerca del río llamó la atención de todos. Los misioneros mas jóvenes se levantaron para investigar la causa, pero Heckewelder los detuvo.

-Esperen - añadió -; no se sabe lo que puede significar esa señal.

Los cuatro esperaron con gran interés y a poco se repitió el silbido. Un momento después, de la espesura salió un hombre alto. Aunque se veía que era un blanco, la distancia era demasiado grande para reconocerlo. El desconocido movió la mano como si les llamase, aconsejándoles al mismo tiempo cautela.

Los cuatro se dirigieron hacia la espesura y, a poca distancia del desconocido, el señor Wells exclamó

-Es el hombre que nos trajo aquí. Se llama Wetzel. Los otros misioneros nunca habían visto al famoso cazador, aunque, desde luego, le conocían de nombre, y lo contemplaron con gran curiosidad. El traje del cazador estaba mojado y roto. En la camisa llevaba manchas oscuras, al parecer de sangre.

-¿Es usted Wetzel? - preguntó Heckewelder.

El cazador asintió y se volvió hacia los arbustos. Inclinándose, recogió un cuerpo del suelo. Era Nelly. Estaba muy blanca, pero vivía y sonreía débilmente.

Ninguno de los presentes dijo una palabra. Con expresión de tierna compasión, el señor Wells recibió a su sobrina en sus brazos. Los cuatro misioneros miraron al cazador con ojos interrogantes y llenos de miedo, pero no pudieron hablar.

-La muchacha está bien; no le ha pasado nada -dijo Wetzel, en contestación a las mudas preguntas -. Sólo está cansada. La he tenido que llevar en brazos las últimas diez millas.

-¡Que Dios le bendiga, Wetzel! -exclamó el anciano misionero-. Nelly, ¿puedes hablar?

-Sí, querido tío... estoy bien -contestó la muchacha con voz débil.

-¿Y Kate? - preguntó Jorge Young con los labios resecos.

-He hecho lo que he podido -repuso el cazador con dignidad. Únicamente la angustiosa súplica en los ojos del joven misionero hizo que Wetzel hablase de su hazaña

-Cuéntenos cómo fue -intervino Heckewelder, viendo que el miedo había hecho enmudecer a Young.

-Los perseguimos y pude llevarme a esta niña. Lo último que vi de Joe fue que luchaba como un gato montés con los salvajes. Trate de cortar las ligaduras de Jaime al pasar. Temo lo peor por los dos hermanos y la otra muchacha.

-¿No podemos hacer nada? - preguntó el señor Wells..

-Nada.

-Wetzel, ¿que significa la captura de Jaime Downs según usted? - preguntó Heckewelder.

-Pipa y sus indios blancos odian al cristianismo.

-¿Cree usted que corremos peligro?

-Creo que sí.

-¿Que nos aconseja usted?

-Que recojan las cosas más indispensables y vengan conmigo y con la muchacha. Yo les llevare al Fuerte Henry.

Heckewelder se paseó con nerviosidad. Young y Edwards se contemplaron sin saber que decir, recordando ambos los presentimientos del último. El señor Wells se mostró muy enojado.

-¿Usted nos aconseja que abandonemos nuestros deberes? ¡Nunca! Jamás daré mi conformidad a eso, porque sería demostrar que tenemos miedo a enseñar la palabra de Dios a los indios. Usted no comprende lo que es el Evangelio. Usted no tiene religión. Usted sólo es un matador de indios.

Por el rostro del cazador pasó una sombra que bien pudiera ser de pena.

-Es verdad, no soy cristiano. Soy matador de indios -repuso Wetzel con extraño temblor en la voz -. Yo no conozco mucho más que los bosques y las praderas, y si hay un Dios para mí, está en las selvas. Señor Wells, es usted el primer hombre que me ha llamado cobarde y se lo perdono por su profesión. Si le he aconsejado que se vuelva a Fuerte Henry es porque, si no lo hacen ahora, lo más probable será que luego ya no tendrán ocasión de volver. A pesar de su cristianismo, hombres como ustedes no tienen nada que hacer en éstos parajes.

-Le doy las gracias por su consejo y le bendigo por haber rescatado a esta niña; pero no puedo dejar mi

trabajo, ni tampoco puedo comprender que todo lo que hemos logrado aquí haya sido en balde. Hemos convertido a muchos indios, hemos salvado sus almas. ¿No somos, pues,, también útiles aquí?

-Eso es el punto de vista de usted. Yo se muy. bien que la corteza de un árbol es distinta de acuerdo con el lado por el cual se mira. Convengo en que el odiar a los indios, como los odio yo, no es motivo para que usted no trate de convertirlos. Pero lo que usted hace es provocar la guerra. Esos indios no toleran la existencia de Villa de la Paz con sus grandes campos de trigo, sus tiendas y sus indios trabajadores. Eso es contrario a su naturaleza. Usted no hace otra cosa que sacrificar a los indios cristianos.

-¿Que es lo que usted quiere decir? - preguntó el señor Wells, sorprendido.

-Basta. Estoy dispuesto a llevarles al Fuerte Henry.

-Nunca iré.

Wetzel miró a los otros. No era posible poner en duda sus afirmaciones. Todos veían que sabía que sobre Villa de la Paz cerníase un peligro terrible.

-Yo le creo, Wetzel; pero no puedo ir - dijo Heckewelder, muy pálido.

-Yo me quedo - repuso Jorge Young con voz firme.

-Yo también - añadió David Edwards.

Wetzel movió la cabeza y se dispuso a marcharse. Jorge Young le detuvo cogiéndole del brazo. El joven misionero estaba desencajado y miró al cazador con intensa mirada.

-Wetzel, ¡escúcheme! -le dijo con voz baja e intensa emoción -. Yo soy siervo de Dios y llevo a cabo mi misión con la misma fe que le anima a usted en la que se ha impuesto. Moriré aquí, pero habré hecho todo lo que he podido. Es el destino que me ha señalado la vida y lo cumpliré del mejor modo que pueda. Sin embargo, en este momento, a pesar de ser misionero, daría todo lo que tengo o que pueda tener por ser un hombre como usted. Porque entonces podría vengar a la mujer a quien amo, podría torturar y matar á Girty. Mas sólo soy un pobre hombre que se perdería irremisiblemente alejado de esta villa. En cambio, usted, con su gloriosa fuerza, con su incomparable maestría, usted es el hombre que puede matar a Girty. ¡Libre usted la frontera de ese demonio! ¡Mátelo, Wetzel, mátelo! Se lo suplico en

nombre de todas las muchachas que puedan hallarse de camino a este terrible país y están expuestas a caer en poder de ese malvado. Por ellas, Wetzel, es preciso que usted le mate. Persígalo como un sabueso, y cuando le encuentre, recuerde mi corazón quebrado, recuerde a Nelly, y recuerde, Dios mío, ¡recuerde a la pobre Kate.

Young terminó con sollozos secos, y tan agotado estaba por el esfuerzo, que tuvo que apoyarse en un árbol. Wetzel no dijo nada. Alargó los poderosos brazos y cogió al joven misionero por los hombros apretándole fuertemente, y aunque nada dijo, su actitud era reveladora. Lentamente desapareció de su rostro la mirada suave que hasta entonces tuviera, sus facciones se pusieron rígidas y sus ojos adquirieron el brillo del acero.

De pronto dejó caer los brazos, se volvió y desapareció en la espesura con paso rápido.

El señor Wells llevó a Nelly a su cabaña, donde ésta quedó durante largas horas con mirada triste. Bebió obedientemente el liquido confortante que una vieja india le dio, hasta sonrió un poco cuando los misioneros le hablaron, pero no contestó, como si fuese incapaz de reaccionar ante la terrible emoción sufrida. Parecía como si siempre tuviera delante una sombra oscura. A veces miraba vagamente, sin darse cuenta de nada, viviendo de nuevo en el recuerdo los horrendos instantes del cautiverio. Otras veces parecía yacer en lánguida apatía.

-Dave, vamos a perder a Nelly. Se está muriendo lentamente -dijo Jorge una noche, muchos días después del regreso de la muchacha -. Wetzel dijo que no le ha pasado nada; sin embargo, parece como si hubiese sufrido un daño más fatal que una herida. Si no logramos animarla para que olvide, se nos morirá.

-Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero no podemos sacarla del sopor en que yace. Todo el día lo pasa mirando fijamente a un punto. No me atrevo a mirarle a los ojos, porque veo reflejada en ellos una cosa horrible. Son los ojos de una criatura que ha visto la muerte.

-Es preciso reanimarla. Tengo una idea. ¿Has advertido que el señor Wells ha envejecido mucho durante las últimas semanas?

-Sí, lo he visto. Temo que caiga gravemente enfermo. Está muy delgado, no come nada, ni tampoco duerme.

A pesar de su energía y de su voluntad, esta vida terrible le está matando.

-Dave, me parece que el pobre hombre se da cuenta. No dice nunca nada de sí mismo, pero estoy seguro de que ha advertido que va cuesta abajo. Bien; lo que te decía, me parece que podríamos sacar a Nelly del sopor diciéndole con insistencia que su tío está mal y que es preciso que ella se ponga bien para cuidarle.

-Podríamos probarlo.

En aquel momento llamaron fuertemente a la puerta, interrumpiendo la conversación de los misioneros.

Edwards se dirigió a la puerta y la abrió.

-¡Jaime, Jaime! -exclamaron los dos misioneros, echándose literalmente sobre el hombre que entraba. Era, en efecto, Jaime, pero en su rostro grave no surgió la sonrisa de la alegría al volver a ver a sus amigos.

-¿Estás herido? - preguntó Dave.

-No, no estoy herido.

-¡Cuéntanos! ¿Te has escapado? ¿Has visto a tu hermano? ¿Sabes que Wetzel ha rescatado a Nelly?

-Wingenund me devolvió la libertad, a pesar de que había muchos que pedían mi muerte. Joe se quedó allí. Tenían la intención de matarlo por ser compañero de Wetzel. Vi al cazador entrar como bólido humano en el paraje donde acampamos ; luchó como una fiera con los indios y se llevó a Nelly.

-¿Y Kate? - preguntó Young, con rostro desencajado.

-Jorge, quisiera poderte decir que esta muerta -contestó Jaime, paseándose con nerviosidad por la habitación -. Pero ella estaba muy bien cuando la vi la última vez. Resistió el viaje mucho mejor que Nelly y yo. Girty no la llevó a la aldea, como hizo Silvertip con mi hermano y conmigo, sino que se apartó de nosotros un poco antes. Le vi desaparecer en una hondonada profunda y selvática. Supongo que debe de tener su madriguera en aquel rincón.

Jorge se dejó caer en una silla y ocultó el rostro entre las manos.

-¿Ha venido Wetzel con Nelly? Joe me dijo que el cazador conoce una cueva muy escondida donde poderla llevar en caso ,de enfermedad .ó accidente.

-Sí, la trajo hace días - contestó Edwards lentamente.

-Quiero verla - exclamó Jaime con ansiedad en el rostro macilento -. ¿Es que está herida q enferma?

-No, no se trata de eso. Sufre mentalmente. Creo que no puede olvidar.

-Es preciso que la vea -exclamó Jaime dirigiéndose a la puerta.

-No te vayas -contestó Dave deteniéndolo-. Espérate. Hemos de pensar en lo que conviene hacer. Espérate hasta que venga Heckewelder. No puede tardar. Nelly cree que estás muerto y la sorpresa al verte podría perjudicarla.

Heckewelder entró en aquel momento y estrechó la mano de Jaime con efusión.

-El corredor delaware acaba de decirme que usted está aquí. Estoy muy contento de que Wingenund le haya puesto en libertad. Lo considero muy buena señal. He oído rumores de Goshhocking y Sandusky que me preocupan bastante, pero ahora estoy más tranquilo. Siento lo de su hermano... ¿Cómo se encuentra usted, Jaime?

-De salud estoy bien, pero no puedo olvidar lo que ha pasado. Quisiera ver a Nelly. Dave me dice que no está enferma, pero que no reacciona. Tal vez no convenga que me vea aún.

-A! contrario, ése es precisamente el tónico que necesita -contestó Heckewelder -. La sorpresa le sentará bien. Ahora está apática, y por mucho que hacemos no podemos sacarla de su indiferencia. Venga en seguida conmigo.

Heckewelder había cogido a Jaime del brazo y se dirigía con él a la puerta, cuando se dio cuenta de Young, que seguía inmóvil, con la cabeza entre las manos. Heckewelder preguntó a Jaime en voz baja

-¿Y Kate?

-Girty no la llevó a la aldea -repuso Jaime-. Yo esperaba que lo hiciese, porque los indios son buenos con las mujeres. Se la llevó a su madriguera.

Jorge Young alzó en aquel momento el rostro. La desesperación que se veía en sus ojos hubiera ablandado un corazón de piedra. Parecía haber envejecido veinte años en pocos momentos.

-¡Ojalá me hubieses dicho que ella está muerta! -dijo a Jaime-. Entonces hubiera tenido valor para calmarme... pero esto... me mata...

Tambaleante, se fue a la habitación contigua y se echó sobre una cama.

-Es terrible para el pobre Young. No lo resistirá, porque no tiene mucha salud -opinó Jaime.

Heckewelder era de ordinario un hombre suave y piadoso, en quien nadie podía sospechar pasiones violentas, pero en aquel momento se exaltó de tal manera que se puso lívido de furor.

-Ya es bastante saber que los renegados luchen e intriguen contra nuestra religión, que siembren el descontento, que esparzan mentiras, que hagan pensar a los indios que nos lucramos materialmente con su conversión..., pero que encima condenen a una mujer a cosa peor que la muerte... es horrible.

-¿Qué podemos hacer? - preguntó Jaime.

-Eso es lo peor; no podemos hacer nada.

-¿No hay esperanza de rescatar a Kate?

-Ninguna en absoluto. Ese miserable está rodeado y apoyado por sus salvajes. He oído muchas veces referir hazañas semejantes, pero ninguna nos ha tocado tan de cerca. Kate Wells era una mujer pura y buena. Vivirá una hora, un día, tal vez una semana en poder de aquel miserable, y luego morirá, afortunadamente.

-Wetzel ha ido en busca de Girty para matarlo. Lo sé por su actitud cuando se marchó de aquí - dijo Edwards.

-Wetzel podrá vengarla, pero no podrá salvarla. Es demasiado tarde para eso. ¡Hola!...

La exclamación era debida a la súbita aparición de Young, que entró con un rifle en la mano.

-Jorge, ¿dónde vas con ese rifle? -preguntó Edwards, cogiendo a su amigo por el brazo.

-¡A buscarla a ella! -repuso Young con furia y tambaleándose, forcejeando al mismo tiempo para librarse de su amigo.

-Jorge, por el amor de Dios, sé razonable -exclamó Heckewelder reteniendo a Young -. Comprende que no es posible hacer lo que te propones. Aunque ahora estés furioso, al fin y al cabo eres misionero y no cazador. Mucho antes de llegar al campamento de los indios te habrás muerto de hambre en los bosques. No empeores las cosas arriesgando inútilmente la vida. Piensa en tus amigos, en tus discípulos que tanto esperan de ti. Piensa en Villa de la Paz. Nosotros no podemos evitar esos terribles crímenes; sólo podemos orar. Con la civilización, con la difusión del cristianismo acabará este estado de cosas. Es preciso que te resignes y te acunes, teniendo en cuenta tu misión. Nosotros no podemos luchar, sólo podemos sacrificarnos en aras de la religión y de un porvenir mejor.

Heckewelder le quitó el arma y se lo llevó a la habitación contigua obligándole a que se echara. Después volvió y cerró la puerta, diciendo

-Ese hombre está en un estado de ánimo terrible; es preciso vigilarlo durante algunos días.

-Yo no he disparado un arma en mi vida -exclamó Dave Edwards -, pero me pasa lo mismo que a Jorge; también de buena gana saldría a matar a Girty.

-Todos nosotros lo haríamos si siguiésemos los dictados del corazón -replicó Heckewelder, volviéndose con fiereza hacia Edwards, como si le molestase lo que acababa de decir-. ¡Hombre de Dios! ¿Qué sería de nuestros indios cristianos si los abandonásemos? Todo lo que nosotros podemos hacer es velar por ellos. El corredor delaware, que es amigo mío, me ha dicho que Simón Girty intriga contra nosotros, porque está celoso de nuestra influencia. No lo entiendo, puesto que lo único que nosotros deseamos es trabajar en favor de la salvación eterna de los pobres indios. Y ese otro Girty ha destruido nuestra felicidad. ¿Cómo podremos olvidar nunca la triste suerte de la pobre Kate?

El misionero alzó las manos como si quisiera invocar algún poder del cielo.

-¡Malditos sean los Girty! -exclamó, cediendo al furor-. Después de vencer todos los obstáculos, ¿hemos de fracasar por culpa de criminales de nuestra propia raza? ¡Malditos sean! ... Vámonos -añadió a poco, con voz temblorosa y haciendo esfuerzos para serenarse -. Iremos a ver a Nelly.

Los tres hombres entraron en la cabaña del señor Wells. El anciano misionero se paseaba por la habitación con la cabeza baja y las manos a la espalda. Saludó con alegre sorpresa a Jaime.

-Deseamos que Nelly lo vea -dijo Heckewelder en ,voz baja-. Creemos que la sorpresa le sentará bien.

-Confío +en que así sea - repuso el señor Wells.

-Déjemelo a mí.

Todos siguieron a Heckewelder a la habitación contigua. Encima del revellín ardía una débil luz. La noche era cálida y una suave brisa entraba por la ventana abierta haciendo llamear la luz.

Jaime vio a Nelly echada sobre la cama. Tenía los ojos cerrados y sus largas pestañas oscuras parecían negras por el contraste con la marmórea palidez de su rostro.

-Póngase detrás de mí -ordenó Heckewelder en voz baja a Jaime-. Nelly -llamó suavemente, pero ella no contestó más que con el movimiento rápido de las pestañas -. Nelly, Nelly -repitió Heckewelder con voz emocionada.

Por fin la joven abrió los ojos y vio al señor Wells a un lado de la cama, a Edwards al pie de la misma y a Heckewelder inclinado sobre ella, mas sus ojos no revelaban el menor interés.

-Nelly, ¿me oyes? -preguntó Heckewelder, poniendo en su voz toda la fuerza y la intensidad de emoción de que era capaz. En los ojos de Nelly vióse una leve sombra de comprensión.

-Escucha. Has sufrido un golpe terrible, pero te equivocas en una cosa. ¿Me comprendes? Te equivocas. Nelly le miró con ojos llenos de duda y vacilación, pero al mismo tiempo parecía haber salido definitivamente del sopor.

-¡Fíjate, te he traído a Jaime!

Heckewelder se puso a un lado y Jaime se arrodilló junto a la cama. Cogió las manos frías de la muchacha y se inclinó sobre ella, sin poder hablar. La duda en los ojos de Nelly se trocó en alegría. Era como si se reavivase un fuego apagado.

-¿Jaime? - murmuró la muchacha.

-Sí, Nelly, soy yo.

Las blancas mejillas de la joven empezaron a teñirse levemente de rojo. Nelly rodeó a Jaime con un brazo y acercó la mejilla a su rostro.

-Jaime -murmuró.

-Nelly, ¿no me conoces? - preguntó su tío agitado v nervioso, al ver que la joven habló por primera vez en muchos días.

-¡Tío! -exclamó Nelly, y, soltándose de Jaime, se incorporó en la cama y miró sorprendida a todos-. ¿Es que he soñado? ¡Qué sueño tan horrible!

El señor Wells le cogió la mano, pero no se atrevió a contestar. Se limitó a pedir ayuda con la mirada al señor Heckewelder, que miraba fijamente a Nelly.

-En parte lo has soñado - contestó.

-¿Entonces, aquel hombre terrible nos raptó?

-Sí.

-¡Oh!... ¿Pero ahora estamos libres? Ésta es mi habitación. Por favor, cuénteme lo que ha pasado.

-Sí, Nelly, usted está segura entre los suyos. Nada le ha pasado.

-Dígame la verdad - exclamó Nelly; temblorosa se acercó a Jaime y le miró con ojos suplicantes -. ¿Dónde está Kate? ¡Oh! Jaime... no me digas que mi hermana quedó en poder de ese malvado.

-Kate está muerta - contestó Jaime rápidamente, incapaz de resistir la mirada de horror que le dirigía Nelly. Por eso mintió con toda intención, como se había propuesto hacer también Heckewelder.

La enorme tensión de nervios que Nelly había sufrido se acabó de pronto. Dando un grito, estalló en llanto bienhechor.

XX

Al día siguiente muy temprano, Heckewelder apareció frente a la puerta de la cabaña de Edwards, montado a caballo. Cuando Dave abrió la puerta, Heckewelder preguntó

-¿Cómo está Jorge?

-Ha pasado mala noche, pero ahora duerme. Creo que no tardará en reponerse -contestó Dave.

-Muy bien. Sin embargo, conviene que no se aparte de su lado durante algunos días.

-Así lo haré.

-Dave, dejo los asuntos de aquí a su buen juicio. Yo tengo que marcharme a Coshhocking para reunirme con Zeisberger. Los asuntos en aquel campamento reclaman nuestra inmediata atención y nos hemos de dar prisa.

-¿Cuánto tiempo se propone usted estar fuera?

-Algunos días. tal vez una semana. En caso de que advirtiese usted alguna agitación entre los indios o viniese aquí Pipa con sus salvajes, envíeme a un corredor para advertírmelo. Mis temores se han desvanecido un poco en vista de la actitud de Wingenund. El haber devuelto la libertad a Jaime a pesar de la oposición de sus jefes de guerra es una señal de buenos sentimientos. Muchas veces he sospechado que le interesa nuestra religión. Su hija Aola mostró el mismo fervor intenso que precede a todas las conversiones. Es posible que no nos hayamos dirigido en vano a Wingenund y a su hija y que sólo su elevada posición entre la tribu de los delawares haga que no sea prudente para ellos mostrar abiertamente su interés. Si pudiésemos conquistar a los dos, tendríamos muchas probabilidades de convertir a toda la tribu. De todos modos, hemos de agradecer la buena disposición de Wingenund. Así casi tenemos dos aliados poderosos. Cierto es que Tarhe, el cacique de los hurones, permanece neutral, pero eso casi vale tanto como su amistad.

-Yo también soy optimista en ese sentido -contestó Edwards.

-Confiaremos en la Providencia y haremos todo lo que dependa de nosotros -repuso Heckewelder disponiéndose a marchar-. ¡Adiós, Dave!

-¡Que Dios le acompañe! -exclamó Edwards al alejarse su superior.

Dave continuó los preparativos para el desayuno. Fue a la cabaña del señor Wells para preguntar por Nelly. Con gran alivio se enteró de que la joven estaba repuesta, hasta el extremo de poder levantarse.

Dave no dejó de atender a su amigo Young. Él también estaba sufriendo por la misma causa que había postrado a su amigo, pero tenía más fortaleza. Mucho se complació al ver que Jorge iba sobreponiéndose a su dolor y no corría ya peligro de caer seriamente enfermo.

Era posible que las encarecidas súplicas en favor de los indios conversos hubiesen hecho mella en el corazón de Jorge, dándole así fuerza para resistir. No hubiera podido encontrar Heckewelder razón más poderosa que la evocación en favor de aquellos cristianos desamparados. Sólo un misionero podía comprender la dulzura, la sencillez, la fe, la gran esperanza en la vida buena y verdadera que reinaba en el corazón de aquellos indios. Pensar en lo que él era para ellos como misionero y maestro le había aliviado en gran parte, y para poder resistir pidió fuerzas a Dios. Para todas las penas hay un remedio soberano, para todos los sufrimientos hay un bálsamo que cura: la fe religiosa. La felicidad material había entrado de pronto en la vida de Young, con esplendor de meteoro, para apagarse como la llama de la vida a fuerza del viento, pero le quedaban su deber y su trabajo. Así, en la prueba, aprendió la necesidad de resignarse. Ya no se rebelaba contra las fuerzas misteriosas de la Naturaleza, al parecer, brutales. Ya no se maravillaba de la aparente indiferencia de la Providencia. Tenía una esperanza: ser fiel a su fe y difundirla hasta el último instante.

Nelly se sobrepuso a su dolor con asombrosas reservas de fuerza; sin duda alguna era la maravillosa fuerza que hace que una persona sea capaz de llevar una cruz muy pesada y luchar hasta con la muerte misma por el amor a otros. Como Young tenía a los inteligentes

indios que aprendían de él la religión y de cuyo porvenir era él responsable, así Nelly tenía a su anciano tío a quien cuidar y querer.

Las atenciones de Jaime hacia ella, que habían sido grandes antes de la desgracia, eran ahora señaladísimas, inconfundibles. En cierto modo, Jaime parecía cambiado desde su regreso del campamento de los delawares. Aunque se dedicaba a su trabajo con su antigua acometividad, no le acompañaba ya el éxito de antes. Fuera esto falta suya o no, tomaba muy a pecho su fracaso. Y fue Nelly quien le ayudó a sobrellevar la pena que le causaba la decepción. Nelly aceptaba ahora francamente la devoción de Jaime, a pesar de que antes siempre la rechazara. Ella, sin darse cuenta, había revelado sus verdaderos sentimientos en los primeros momentos cuando salió de su sopor y él lo recordó. No es que Jaime le hablara de amor, pero con mil actos de bondad y constantes atenciones iba conquistándola poco a poco.

Los días que siguieron a la marcha de Heckewelder fueron notables en varios sentidos. Aunque el tiempo era seductor, el número de indios que visitaban la villa disminuía gradualmente, y por fin llegó el día en que a la hora del sermón no había ningún indio ajeno a la villa.

Jaime predicaba como de costumbre. Después de pasar varios días en que la congregación sólo se componía de indios conversos, el joven empezó a intranquilizarse.
Young y Edwards no sabían explicarse esta inusitada ausencia, pero no vieron en ella motivo alguno de intranquilidad. Ya otras veces habían pasado varios días sin que apareciesen visitas.

Por fin Jaime fue a consultar el caso con Glickhican. Encontró al delaware trabajando en el sembrado de patatas. El viejo piel roja dejó la azada y se inclinó ante el misionero. La actitud de los indios conversos hacia el joven Padre Blanco siempre era de gran respeto y reverencia.

-Glickhican, ¿puedes decirme por qué no vienen ya los indios de afuera?

El indio movió la cabeza en sentido negativo.

-¿Crees que su ausencia significa algún mal para Villa de la Paz?

-Glickhican ha visto un pájaro negro volando en la sombra de la luna. El pájaro volaba sobre Villa de la Paz, pero no cantaba.

El viejo delaware se limitó a dar tan extraña respuesta. Jaime regresó a su cabaña muy preocupado. No le había gustado la contestación de Glickhican, que parecía implicar que una nube se cernía sobre el cielo azul de la aldea cristiana. Jaime confió sus temores a Young y Edwards. Después de discutir la situación, los tres decidieron enviar a buscar a Heckewelder. Éste era el jefe de la misión y conocía mejor que ellos el carácter de los indios. Si la calma en aquella vida hasta entonces tan activa era la que precedía a la tempestad, Heckewelder había de estar presente con su experiencia e influencia.

-Desde hace diez años, Heckewelder está temiendo que los indios hostiles puedan hacer alguna de las suyas -dijo Edwards -; pero, hasta ahora, siempre ha logrado conjurar el peligro. Como sabéis, se ha limitado mayormente a aplacar a los indios y persuadirles para que nos escuchen con disposición amistosa. Puede que esta vez logre dominar también cualquier peligro. Vamos a mandar por él.

De acuerdo con esta decisión mandaron un corredor a Goshhocking, el cual volvió a su debido tiempo con la noticia sorprendente de que Heckewelder había salido días antes de aquella aldea, lo mismo que todos los demás salvajes, excepto los pocos conversos. Lo mismo sucedía en el caso de Sandusky, la aldea vecina a Goshhocking. Además, había sido imposible obtener noticia alguna respecto a Zeisberger.

Los misioneros mostráronse seriamente alarmados y no sabían qué hacer. Ocultaron, sin embargo, las graves noticias a Nelly y a su tío, para no intranquilizarlos innecesariamente. Aquella noche, los tres predicadores se retiraron muy preocupados.

A la mañana siguiente, Jaime se despertó al oír que alguien llamaba con insistencia en la ventana. Se levantó para ver quién era y se encontró con Edwards.

-¿Qué pasa?-preguntó Jaime, sorprendido.

-Muchas cosas. Vístete rápidamente y, después, llama al señor Wells y a Nelly, pero no los asustes.

-Pero, ¿qué pasa? -insistió Jaime empezando a vestirse.

-Pues que los indios están entrando en la villa en masa.

Y así era, en efecto. Apenas el sol naciente había despejado la niebla, se vieron largas filas de indios a pie, guerreros montados, centenares de caballos de carga, acercándose desde el bosque. La ordenada procesión era prueba de un plan por parte de los invasores.

Desde sus ventanas, los misioneros los observaron con gran ansiedad y temor. Cuando los salvajes llegaron al llano frente al pueblo, se detuvieron y empezaron a descargar sus petates. Largas filas de tiendas surgieron como por encanto Los salvajes habían venido para quedarse. Hasta el mediodía, la llegada de nuevos grupos de indios fue constante, y lo más notable era que no venían acompañados ni de sus mujeres ni de sus hijos.

Jaime calculó que en total eran unos setecientos, número de visitantes jamás conocido en un solo día en Villa de la Paz. La mayoría eran delawares, pero también había algunos shawnis y hurones. Pronto se evidenció el hecho de que, por el momento, los indios no tenían intención de dedicarse a demostraciones hostiles. Su conducta era pacífica, no se metían con nadie, atendían a sus fogatas y sus tiendas, pero se advertía en ellos la falta de curiosidad que les había caracterizado en otras visitas a Villa de la Paz.

Tras breve consulta con sus amigos, que se oponían a que predicase aquella tarde, Jaime decidió no prescindir en modo alguno de la costumbre establecida. Celebró el servicio vespertino y habló a la congregación, que aquella vez era mayor en número que ninguna otra. Le sorprendió
observar que su sermón, que hasta entonces había tenido siempre gran influencia sobre los salvajes, no despertase el menor entusiasmo. Cuando calló, se hizo un silencio ominoso.

Los que le habían escuchado con mayor atención eran cuatro blancos vestidos como indios. A tres de ellos los conocía, porque eran Simón Girty, Elliott y Deering, y Edwards le dijo que el otro era el conspicuo Mac Keed. Estos cuatro se paseaban por la aldea visitando tiendas y cabañas como hombres que llevan a cabo una inspección.

Tan grande era su curiosidad, que Jaime volvió aprisa y corriendo a la cabaña del señor Wells y se quedó allí. Naturalmente, Nelly y su tío ya conocían la presencia de los salvajes hostiles. Estaban los dos muy asustados, a pesar de que el joven les aseguraba que no tenían causa alguna para temer nada.

Jaime se hallaba sentado en el umbral de la puerta con el señor Wells y Edwards, cuando Girty y sus camaradas se dirigieron hacia ellos. El jefe de los renegados era un hombre alto y atlético, de facciones fuertes y oscuras. No se veía en él nada de la brutalidad y ferocidad que caracterizaba a su hermano. Simón Girty mostrábase fuerte, inteligente y autoritario, cualidades que le valieron la influencia poderosa que gozaba entre los indios. Sus compañeros eran totalmente distintos. Elliott era un hombre pequeño, delgado, de rostro astuto, malévolo; el aspecto de Mac Keed era el que se podía suponer por su reputación, y Deering era digno compañero de Jim Girty.

-¿Dónde está Heckewelder? - preguntó Simón Girty secamente, deteniéndose ante los misioneros.

-Se marchó a las aldeas indias a orillas del Muskinong -contestó Edwards -. Pero no sabemos nada de el ni de Zeisberger.

-¿Cuándo lo esperan ustedes?

-No puedo decirlo. Tal vez mañana, tal vez dentro de una semana.

-Él es el que manda aquí, ¿verdad?

-Sí, pero me ha encargado todos los asuntos de la misión durante su ausencia. ¿Puedo servirle en algo?

-Creo que no-dijo el renegado volviéndose a sus compañeros, con los que habló brevemente en voz baja.

Poco después, Mac Keed, Elliot y Deering se dirigieron hacia el nuevo campamento indio.

-Girty, ¿nos tiene usted mala voluntad? - preguntó Edwards gravemente. Había visto al renegado muchas veces y no vacilaba en interrogarle.

-No, no les tengo mala voluntad-contestó el renegado con acento sincero-. Pero siempre he sido opuesto a que se predique a los indios. Los pieles rojas están furiosos y no diré que yo haya hecho nada para calmarlos. El trabajo de los misioneros ha de terminar de un modo o de otro. Les digo que yo no he olvidado aún del todo lo que he sido antes y creo que ustedes son sinceros y honrados. Estoy dispuesto a hacer algo que realmente no debía hacer: ayudarles a marcharse de aquí.

-¿Marcharnos? -preguntó Edwards.

-Eso mismo -contestó Simón Girty poniéndose el rifle al hombro.

-Pero, ¿por qué? No hacemos daño a nadie y procuramos hacer el bien. ¿Por qué nos habíamos de marchar?

-Porque seguramente habrá jaleo -dijo el renegado. Edwards se volvió lentamente hacia el señor Wells y Jaime. El viejo misionero estaba temblando. Jaime se había puesto pálido, pero más de ira que de temor.

-Muchas gracias, Girty; pero nos quedaremos -exclamó Jaime con voz clara y potente.

XXI

Jaime, sal un momento - dijo Edwards llamando a la ventana de la cabaña del señor Wells…

El joven, que estaba desayunándose, se levantó y salió. Encontró a Edwards junto a la puerta con un indio de la tribu de los hurones, de cuerpo fuerte y esbelto, en el que fácilmente se reconocía al corredor. Cuando Jaime salió, el joven indio le entregó un paquetito. Jaime desenvolvió las hojas de piel aceitosa y encontró un trozo cuadrada de corteza de abedul en el que se leía lo siguiente

«Reverendo Jaime Downs:
»Saludos. Su hermano de usted vive v está bien.
Aola lo ha salvado, tomándolo por esposo. Salgan de la
Villa de la Paz. Pipa y Half King están bajo la influencia de Girty. Zane.»

-¿Qué te parece esto? -exclamó Jaime entregando el mensaje a Edwards -. Gracias a Dios, Joe se ha salvado.

-¿Zane? Debe ser el Zane que se casó con la hija de Tache -contestó Edwards después de leer el mensaje-. Me alegro mucho de que tu hermano se haya salvado.

-¡Joe casado con aquella hermosa india! ¿Qué dirá Nelly? - musitó Jaime.

-Otro aviso más. ¿Has entendido bien el de la carta? -preguntó Edwards -. « Pipa y Half King están bajo la influencia (le Girty.» Al parecer, ese Zane cree que este aviso tan seco es suficiente.

-Edwards, nosotros somos predicadores y no podemos entender esas cosas. Yo estoy aprendiendo cada día cosas nuevas. El coronel Zane nos aconsejó que no viniésemos aquí. Wetzel nos dijo que nos volviésemos al Fuerte Henry. Girty nos aconsejó lo mismo, y ahora viene esta orden perentoria de Isaac Zane.

-¿Y qué?

-Pues que esos veteranos de la frontera ven lo que nosotros no queremos ver. Nosotros tenemos tanta confianza en Dios, que no nos damos cuenta de los peligros de esta vida. Temo que nuestra labor aquí haya sido en vano.

-;Nunca! Yo he salvado muchas almas. No te desanimes.

Durante aquella conversación, el corredor había estado al lado de ellos, erguido como una flecha. Se le ocurrió a Edwards que el hurón tenía que decirles algo más y le preguntó en este sentido.

-Hurón... pasar... rostros pálidos.-Alzó ambas manos abriéndolas y cerrándolas varias veces, seguramente para indicar cuántos blancos había visto -. Estar aquí... cuando... sol... alto.

Dicho lo cual se volvió y se alejó con paso ligero y elástico.

-¿Qué ha querido decir? -preguntó Jaime, casi seguro de no haber oído bien al corredor.

-Ha querido decir que una partida de hombres blancos está viniendo hacia aquí y que llegará al mediodía. Los corredores indios son siempre exactos en sus afirmaciones. Tenemos, pues, muy buenas noticias, tanto por lo que respecta a tu hermano, como a Villa de la Paz. Vamos a decírselo a los otros.

La información del corredor indio resultó ser cierta, porque un poco antes del mediodía, los centinelas indios avisaron la llegada de una banda de hombres blancos. Al parecer, las fuerzas de Simón Girty conocían la proximidad de la banda, porque la noticia no despertó ninguna agitatación. Los indios sólo mostráronse vagamente curiosos. Poco después aparecieron algunos guías delawares escoltando un gran número de veteranos de la frontera.

Tratábase de una expedición al frente de la cual iba el capitán Williamson, que había ido a castigar a una tribu de chippewas. Ésta había molestado recientemente a algunos colonizadores, cometiendo varios actos de violencia. Componíase la Compañía de hombres que habían servido en la guarnición del Fuerte Pitt y de cazadores y veteranos del torrente Amarillo y del Fuerte Henry. El capitán mismo era un típico veterano de la frontera, rudo y francote, endurecido por largos años de vida en la frontera y, como muchos colonizadores, apreciaba a los indios como se aprecia a una serpiente. Capitaneando aquella partida de veteranos había sorprendido a los chippewas, dejando muy pocos con vida. Al regresar había pasado por Goshhocking, donde se enteró de la tempestad que se cernía sobre Villa de la Paz, y había acudido más por curiosidad que con esperanza e intención de evitar una desgracia.

La llegada de tantos hombres curtidos en la vida de la frontera parecía buena señal para los preocupados misioneros. Les dieron cariñosamente la bienvenida y les cedieron varias cabañas nuevas, para que se instalasen con comodidad. Edwards condujo al capitán Williamson por el pueblo, enseñándole las tiendas, los talleres y las escuelas, y en el curtido rostro del veterano se manifestó cómica sorpresa.

-¡Caramba! ¡Que me aspen si jamás creí que un piel roja pudiese trabajar! -fue el único comentario que hizo.

-Estamos muy alarmados por la presencia de Simón Girty y su gente-observó Edwards -. Nos han aconsejado que nos fuésemos de aquí, pero no nos han amenazado todavía. A usted, ¿que le parece la presencia de los indios hostiles?

-No creó que les molesten a ustedes, los predicadores, pero se ve claramente que son enemigos de los indios conversos.

-¿Por que nos han dicho que nos fuésemos?

-Eso es natural, puesto que se oponen a que ustedes continúen predicando.

-¿Qué harán con los conversos?

-Nadie lo sabe. Puede que quieran llevárselos de nuevo a las tribus, pero me parece que los conversos no querrán ir. Por otra parte, ese Simón Girty teme que el cristianismo se difunda demasiado entre los pieles rojas.

-¿Entonces cree usted que cogerán prisioneros a nuestros indios cristianos?

-Es lo más posible.

-Y también cree que haríamos bien en marcharnos de aquí.

-Ciertamente. Nosotros regresaremos pronto al Fuerte Henry, y lo mejor que pueden hacer es venirse con nosotros.

-Capitán Williamson, nosotros nos quedaremos aquí a pesar de todos los Girty.

-No adelantarán ustedes nada. Pipa y Half King no toleran a los indios conversos y menos a los de aquí, con su ganado y campos de trigo.

-Wetzel dijo lo mismo.

-¿Ha visto usted a Wetzel?

-Sí, arrancó del poder de Jim Girty a una muchacha y nos la devolvió.

-¡Ah!, ¿sí? Yo me encontré con Wetzel y Jonathan Zane a algunas millas de aquí, en el bosque. Están acechando a alguien, porque les dije que se viniesen con nosotros, pero se negaron, diciendo que tenían algo que hacer. Y su aspecto lo indicaba claramente. Nunca he oído decir que Wetzel haya dado un consejo a nadie, pero no tengo inconveniente en declarar que si a mí me aconsejara una cosa, me faltaría tiempo para hacerle casó.

-Como hombres podríamos hacer casó de esos consejos, pero siendo predicadores, hemos de quedamos aquí para hacer todo lo que podamos por los indios cristianos. Otra cosa: ¿querrá usted ayudarnos?

-Me quedare aquí para ver lo que pasa-contestó Williamson, y Edwards tomó buena nota de la contestación evasiva del veterano.

Jaime, en el ínterin, había trabado conocimiento con un joven misionero que se llamaba John Christy, que perdió a su novia en una de las incursiones de los chippewas. Se había unido a la expedición de Williamson con la esperanza de salvarla.

-¿Cuánto tiempo hace de eso?-preguntó Jaime.

-Salimos hace cosa de cuatro semanas. Ayer hizo cinco que raptaron a mi novia. Tenía la esperanza de que, uniéndome al capitán Williamson, me sería posible encontrarla, pero en vano. La expedición peleó con una banda de pieles rojas a la orilla del río Walhonding y los mató a casi todos. Un indio herido me contó que un renegado se había escapado una semana antes con una muchacha blanca. Tal vez era la pobre Lucy.

Jaime contó las circunstancias de su propia captura por , Jim Girty, el rescate de Nelly y la triste suerte de Kate. Al terminar preguntó

-¿No es posible que sea Jim el que haya raptado a su novia?

-No es probable. La descripción que me dieron del miserable no coincide con Girty. Dicen que era un hombre bajo y grueso, conocido por su gran fuerza. Hay diez o doce renegados en la frontera y, excepto Jim Girty, tan malo es uno como otro. El peor de todos es ese Jim Girty.

-Entonces, ¿es cosa corriente que rapten a las muchachas de las colonias?

-Sí, y lo extraño es que uno no se entera de estas cosas hasta que llega a la frontera.

-Ni de eso ni de otras cosas se entera uno. Sólo le hablan a uno de las maravillosas riquezas de las regiones del Oeste.

-Es verdad. La fama de que estas regiones son fértiles induce a la gente a emigrar hacia la frontera. Llegan con sus familias y de cada diez personas, dos por lo menos pierden las cabelleras, y en algunos sitios, el término medio es aún mayor. Además les roban las mujeres y las hijas. Estoy desde hace dos años en la frontera y sé que el rescate de cualquier cautiva, como el caso de que me habla usted, es una excepción notabilisima.

-Si tiene usted tan poca esperanza de volver a encontrar a su novia, ¿para qué se ha unido a los cazadores?

-Para vengarme.

-¿Siendo misionero?-exclamó Jaime, asombrado.

-Lo he sido. Ahora no soy más que un hombre sediento de venganza-. contestó Christy, con rostro sombrío -. Espere a conocer la vida de la frontera. Hace poco tiempo que está usted aquí y aún está henchido por el éxito de sus sermones; usted ha vivido un tiempo relativamente corto en una aldea en la que, hasta ahora, todo ha sido paz y gloria. Usted no conoce nada de lo difícil que es vivir en estas regiones selváticas. Han bastado dos años para que me endurezca de tal modo, que esté sediento de la sangre de ese renegado que me ha quitado lo que más quería. Tenga en cuenta que el que vive en la frontera tiene que elegir entre sucumbir o abrirse paso matando. El vertimiento de sangre es inevitable; si no es la de usted es la del enemigo. El colonizador va del arado a la lucha, tiene que detenerse en medio de la cosecha para defenderse, y en invierno se ve obligado a luchar contra el frío y otras inclemencias, que serían menos crueles si hubiese tiempo en verano para prepararse para el invierno, porque los salvajes apenas le dejan la oportunidad de plantar y recoger sus cosechas. Dígame si todos esos colonizadores no volverían de buena gana hoy mismo al Este si pudiesen. Lo que les trae es el deseo de crearse un hogar, en lo que se ven duramente defraudados. Sin embargo, se quedan, porque no pueden volver y porque no pierden la esperanza de alcanzar su objeto. Mas yo le digo que esta generación, si sobrevive, jamás verá ni la prosperidad ni la dicha. Y el colonizador que resiste a todos los embates, ¿por qué logra sobrevivir? ¿Porque es cristiano? No, sino porque es luchador, porque se defiende como puede y se hace tan feroz como el piel roja que se desliza furtivamente por las inhospitalarias selvas.

Los días serenos y felices de Villa de la Paz habían pasado a la historia. Pronto hizo su aparición aquel depravado vagabundo, el ignominioso traficante francés, con sus baratijas y su despreciable whisky. Esto era todo lo que necesitaban los salvajes para que se encendiesen sus pasiones. Si hasta entonces sólo se habían mostrado atrevidos, ahora se volvieron insultantes. Despreciaban a los indios cristianos por su neutralidad, se burlaban de ellos por adorar a un Dios desconocido y maldecían una religión que convertía a los hombres en mujeres.

Comenzó la matanza del ganado, el despojo de los campos de maíz y el robo de los graneros, en medio de las borracheras.

Al mismo tiempo comenzaron las consultas entre Simón Girty y Elliott con Pipa y Half King. Este último era tal vez más fiero en su odio que Pipa. El porvenir de la colonia cristiana dependía de estos dos jefes indios. Simón Girty y Elliott, al parecer, sólo eran los instigadores que trabajaban con diligencia para avivar la pasión de los dos jefes guerreros. Con gran alivio de los preocupados misioneros, Heckewelder volvió por fin de su excursión. Apareció con el rostro desencajado y el traje deshecho. Informó a sus amagos que, en su camino hacia Goshhocking, le habían asaltado tres veces y que, por fin, le había detenido una banda de chippewas. Éstos le llevaron a su campamento y, poco después de su llegada, un renegado raptó una cautiva blanca, huyendo con ella. Luego los indios se desbandaron al

asalto de los cazadores de Williamson. Zeisberger, en cambio, estaba bien en la ciudad morava de Salem, a algunas millas al oeste de Goshhocking.

Heckewelder, al regresar, esperaba encontrar el mismo estado de cosas en Villa de la Paz y sufrió una enorme sorpresa al ver a tantos indios hostiles. Los jefes que antes le estrecharon siempre amistosamente la mano, se echaron atrás diciéndole fríamente

-Washington ha muerto. El ejército americano ha sido derrotado. Los pocos miles que se han escapado en la guerra con los ingleses se hallan reunidos en el Fuerte Pitt para robar la tierra de los indios.

Heckewelder negó enérgicamente la veracidad de tales afirmaciones, sabiendo que las inventaron Girty y Elliott. Agotó en vano toda su habilidad y paciencia para demostrar a Pipa que estaba equivocado. Half King se hallaba tan influído por los renegados que se negó a escucharle siquiera. Los demás jefes mantuviéronse fríos y reservados hasta la exasperación. Wingenund no formaba parte activa en los consejos, pero su presencia era, al parecer, prueba de que hacía causa común con todos los suyos. La perspectiva era totalmente descorazonadora.

-No puedo más - declaró Heckewelder aquella noche, al regresar a la cabaña de Edwards.

Se dejó caer en una silla como hombre que está completamente agotado y cuyo espíritu indomable ha sido al fin quebrado.

-Acuéstese y descanse- aconsejó Edwards.

-¡Oh, no puedo! Veo el asunto muy mal.

-Está usted cansado. Mañana estará mejor; Tal vez? situación no sea tan desesperanzada como parece. La presencia del capitán Williamson con sus hombres es sumamente halagüeña.

-¿Qué pueden hacer? -exclamó Heckewelder con amargura- Nunca en mi vida me he visto frente a pieles rojas tan pétreos y tétricos. Paréceme que no vacilan, sino que obran como gentes que han decidido lo que van a hacer. Parece que están esperando algo.

-¿Qué esperan? -preguntó Jaime, después de haber guardado silencio durante largo rato.

-Sólo Dios lo sabe. Tal vez esperan llegar a una decisión final y tal vez también algo cuyo mero pensamiento me da escalofríos.

-Díganos lo que es -exclamó Edwards.

-No se preocupen. Acaso no sea nada más que mi propia nerviosidad lo que me hace temer lo peor.

-Heckewelder, díganos la verdad-rogó Jaime con semblante grave.

-Amigos míos, Dios quiera que me equivoque y que mis temores no se confirmen... Creo que los indios esperan la llegada de Jim Girty.

XXII

Simón Girty estaba sentado sobre una manta en la tienda de Half King. Estaba solo, esperando a sus aliados. Fumaba lentamente en una larga pipa india echando nubes de humo blanco y contemplando la ancha llanura en: que estaba asentada Villa de la Paz.

Las aguas quietas tienen algo en su plácida superficie que habla de sus ocultas honduras; la lejana selva revela con su sombría línea su vida selvática. Así el duro rostro de Simón Girty, tostado por el sol, revelaba al hombre. Las facciones de su degenerado hermano eran repugnantes, pero las de Simón eran notables y, a no ser por la áspera dureza, hubieran sido hermosas. Años de rebeldía, de amargura, por una vida echada a perder, habían grabado profundas arrugas en aquel rostro bronceado, rígido como una máscara. Mas a pesar de las

líneas crueles, aún quedaban débiles trazos del hombre en quien un día predominaron otros sentimientos.

En un momento de resentimiento, Simón Girty había desertado de su puesto militar en Fuerte Pitt, convirtiéndose por propia voluntad en enemigo de la ley. Antes de eso había sido buen soldado y excelente persona. Cuando se dio cuenta de que su paso era irrevocable, de que hasta sus mejores amigos le condenaban, se metió con furor y desesperación en el corazón el hacer la guerra a los de su raza. Sus dos hermanos hacia tiempo se habían convertido en rufianes de la frontera que no encontraban otra protección ante los colonizadores iracundos que los lejanos campamentos de las tribus hostiles. Jorge Girty había perdido su individualidad de tal modo que ya no se le podía considerar como blanco; era un piel roja en todos los sentidos. Jim Girty caminaba por la región de la frontera con su destral ensangrentada, siempre dispuesto a raptar alguna desgraciada muchacha blanca. Ambos habían descendido a un nivel más bajo que el salvaje, y Simón Girty debía su tristemente célebre nombre casi exclusivamente a las criminales hazañas de sus hermanos.

Aquel día, el jefe blanco, como le llamaban a Simón, esperaba a sus confederados. Un ligero movimiento le obligó a volver la vista. El jefe de los hurones, Half King, esplendoroso en su magnífico arreo, acababa de entrar en la tienda. Se sentó en un rincón, apoyó la taza de su enorme pipa sobre la rodilla y fumó en silencio. A poco entró otro jefe en la tienda y se sentó también. Era Pipa. Su semblante no revelaba ni asomo de la inteligencia que daba tanta nobleza al rostro de Wingenund ; era aún más basto que el de Half King y sus ojos parecían ascuas vivas en la oscuridad, que revelaban un alma cruel y astuta.

-El jefe Blanco está ocioso hoy-dijo Half King.

-King, estoy esperando. Girty es lento, pero seguro -contestó el renegado.

-El águila vuela lentamente en círculos -replicó Half King con ademán majestuoso-, hasta que sus ojos lo ven todo, hasta que sabe llegado el momento; entonces recoge las alas y baja del cielo azul como un rayo. Así lo hace el Jefe Blanco. Pero Half King está impaciente.

-Hoy se decide la suerte de Villa de la Paz-contestó Simón Girty con calma.

-¡Uf! -exclamó Pipa, y Half King dio su aprobación con el mismo grito.

Pasó una hora. El renegado fumaba en silencio, y los dos jefes indios, de igual modo.

Un jinete se acercó a la tienda, se apeó y entró. Era Elliott, que había estado ausente durante veinte horas. Su traje de piel de ante revelaba las huellas del largo cabalgar por las espesuras.

-¡Hola, Bill! ¿Sabes algo de Jim?-preguntó Simón Girty a su lugarteniente.

-Nada, no se le ha visto en el campamento de los delawares. Está persiguiendo a ese tipo a quien salvó Aola casándose con él.

-Me lo figuraba. Jim va detrás de un bisoño que le dará que hacer si se descuida. Eso ya lo vi el día que le quitó el caballo a Silvertip, a quien al final mató, y por poco acaba también con Jim. Mi hermano no tendría que pensar en venganzas personales en un momento como este -el rostro de Simón Girty seguía impasible, pero en la voz se advertía su enojo.

-Jim dijo que estaría hoy aquí, ¿verdad?

-Sí, y si no llega hoy no esperaremos más.

-Vendrá. ¿Dónde están Jack y Mac?

-Por ahí bebiendo y escandalizando.

Otros dos renegados aparecieron en aquel momento y se sentaron en el suelo a la manera de los pieles rojas. El hombre pequeño y delgado con el rostro mustio era Mac Keed; el otro era la última adquisición de Simón Girty para aumentar sus fuerzas: Jack Deering, desertor, ladrón y asesino. Era de mediana estatura, pero muy fornido, de cuerpo vigoroso y, al parecer, con la fuerza de un toro. Tenía pelo rojo enmarañado, un rostro ancho abotargado, ojos grandes apagados; sus facciones revelaban claramente su bestialidad. Tanto Deering como Mac Keed estaban borrachos.

-Mal momento para beber - observó Girty con mirada de desaprobación.

-¿Y a ti qué te importa? -gruñó Deering-. Estoy aquí para hacer tu trabajo y me parece que, cuanto más borracho esté, mejor lo haré.

-Ándate con cuidado-replicó Simón Girty con voz fría y mirada hosca- Sólo te digo que es mal momento para que bebas, porque si los hombres de Williamson descubriesen que tú eres el renegado que estaba con los chip. pewas y se llevó la novia de aquel tipo, vas a pasarlo mal. "

-No hay miedo que lo descubran.

-¿Dónde la tienes?

-Oculta en el bosque.

-Más vale así. Bien, procura no emborracharte demasiado, porque de lo contrario eres capaz de charlar todo lo que sabes. Tenemos bastante trabajo sin necesidad de que los hombres de Williamson se pongan contra nosotros. Bill, cierra la tienda para que podamos empezar el consejo.

Elliot se levantó para cumplir la orden, y ya había bajado las pieles que hacían las veces de puerta, cuando alguien las apartó. El que entró era Jim Girty. Excepto una mancha en un ojo, era el mismo de antes.

-¡Uf! -gruñó Pipa, contento de ver a su amigo, y Half King hizo la misma exclamación.

-¡Hola! -se limitó a decir Simón.

-Paréceme que llego a tiempo para tomar parte en la merienda -observó Jim Girty con su horrible sonrisa. Bill Elliott cerró definitivamente la tienda, después de dar orden al centinela para que nadie se acercara a ella. -¡Escuchad! -dijo Simón Girty, hablando el idioma delaware -. El tiempo está maduro. Hemos venido aquí para quebrar para siempre la influencia de la religión del hombre blanco. Hemos celebrado nuestros consejos. Echaremos de aquí a los misioneros y quemaremos la aldea. Simón se detuvo inclinándose hacia delante, el rostro bronceado lleno de venas abultadas, el cuerpo rígido. Con voz que era un silbido, exclamó

-¿Qué haremos con los indios cristianos?

Pipa alzó la pica de guerra, la clavó en el suelo y luego se la entregó a Half King, quien repitió la acción.

Ambos jefes se pronunciaron por la pena de muerte.

-¡Que se los coman los buitres! - gritó roncamente Jim Girty.

Simón frunció el entrecejo, muy pensativo. La cuestión de los indios conversos hacía tiempo que le preocupaba.

-No -dijo -; echemos de aquí a los misioneros, quememos la aldea y llevémonos a los conversos. Pronto lo olvidarán todo.

-Pipa no los quiere - declaró el delaware.

-Los indios cristianos nunca se sentarán alrededor de la fogata de Half King -exclamó el hurón.

Simón sabía que había llegado el momento crítico y que sólo tenía poco tiempo para decidir acerca de la suerte de los cristianos. Él no deseaba de ningún modo su muerte.

A pesar de toda su crueldad le quedaban aún sentimientos humanos. Lo que él deseaba era quemar la aldea y acabar con la influencia religiosa, pero sin verter sangre. Sin embargo, a pesar de la influencia y del poder de que gozaba, se veía en un callejón sin salida. No podía acabar con la creciente influencia del cristianismo sin la ayuda de Pipa y Half King.

Y para estos salvajes no había términos medios. Simón había sembrado la simiente de la inquietud y de los celos en los pechos de aquellos salvajes, y el fruto fue la condena a muerte.

Aquellos indios, en su mentalidad estrecha, no podían llegar a otra decisión. Por otra parte, si él no lograba acabar de una vez con la prosperidad de Villa de la Paz, los misioneros alcanzarían tanta preponderancia que su influencia sobre las tribus resultaría inquebrantable.

Él no podía admitir que así sucediese, ni siquiera en el caso de verse obligado, para evitarlo, a sacrificar a los misioneros junto con los conversos, porque Simón Girty veía en el crecimiento de aquella religión su propia caída. La frontera había de seguir siendo hostil a los blancos; de lo contrario él no podría sostenerse allí. Cierto era que había ayudado a los ingleses en la revolución y siempre encontraría un refugio entre ellos, pero no le convenía recurrir a tal extremo.

Simón Girty se había convertido en contrario a la ley porque fracasó en alcanzar el puesto militar que tanto apeteciera. Después de fracasar entre los de su propia raza, había logrado una posición sobresaliente entre los pieles rojas y tenía mucho apego al poder. Doblegar a los hombres a su voluntad, vengarse de las injusticias que creía que le habían inferido, había sido el fin de toda su vida. Por eso sabía que le era preciso sacrificar a los cristianos o renunciar para siempre a su posición privilegiada. No se hacía falsas ilusiones acerca de los indios conversos. Le constaba que eran inocentes, que eran mil veces mejores que los indios herejes, que nunca le habían hecho daño, que nunca se lo harían. Pero también sabía que si no acababa con su religión, ésta acabaría con Simón Girty.

Su decisión era característica en hombres como él. Sacrificaría voluntariamente a todo y a todos vara mantener su supremacía. Sabía que el cumplimiento del decreto de muerte dado por Pipa y Half King se le atribuiría finalmente a él. Su nombre, ya muy notorio, correría de boca en boca con nuevo horror y lo recordaría la posteridad maldiciéndole eternamente. Lo sabía, y en lo más hondo de su corazón percibió el eco de sentimientos humanos. Le espantaba el horrible sacrificio necesario para conservar su dominio sobre los indios. Cuando se supiese entre los de su raza, todos le tildarían de cobarde y su nombre quedaría señalado para siempre con mancha infamante.

Rápidamente recordó su agitada vida. Con grandes disposiciones para ser adalid, en pocos años había alcanzado la más encumbrada posición en la frontera, disponiendo de mayor influencia que cualquier cacique indio. Habíase opuesto a la invasión de los colonizadores y esto solo, sin su natural sagacidad y su gran disposición para el mando, le hubiese dado el dominio sobre muchas tribus. Mas el odio a los de su raza, unido a un juicio casi infalible, una notable habilidad para conducir expediciones guerreras y el invariable éxito, habíanle elevado más y más, hasta que se quedó solo en las alturas. Era el hombre más poderoso al oeste de los Alleghany. Su fama era tan grande que los ingleses habían buscado su ayuda y, en más de una ocasión, le habían dado el mando sobre tropas inglesas.

Todo lo cual significaba que tenía mucha fama, y él estaba encariñado con el poder y con la fama. Y a pesar de que todas las horrendas hazañas que cometían sus depravados hermanos se le atribuían a él, jamás había cometido un acto de cobardía. Por eso le dolía tanto tener que sancionar la matanza de los indios cristianos, porque era una acción cobarde.

Half King esperó en vano que Simón Girty hablara y por fin sugirió con gran astucia que se podía decidir el asunto por medio de votos.

-Quememos la aldea, echemos de aquí a los misioneros y llevemos a los indios cristianos a nuestros campamentos, pero sin que corra la sangre -volvió a repetir Simón Girty, decidido a imponer su voluntad, si era posible.

-Soy de la misma opinión - añadió Elliott, rechazando la pica que le ofrecía Half King.

-Yo también - opinó Mac Keed, que no estaba tan
borracho para no comprender la mirada significativa de Simón Girty.

-Hay que matarlos a todos. ¡a todos! -exclamó Deering con horrible mueca, y cogiendo la pica, la hundió en el suelo.

Pipa repitió la misma operación, igual que Half King, quien entregó después el negro símbolo de la muerte a Jim Girty.

Tres se habían declarado en favor de salvar la vida de los cristianos y tres en favor de la pena de muerte. Todos miraron con intenso interés a Jim Girty.

Pipa y Half King mostráronse fríos e inexorables; Deering, brutal; Mac Keed y Elliott esperaban reteniendo la respiración. Aquellos hombres se habían reunido para formar un tribunal y para decidir la vida o la muerte de muchas personas, y la situación era para todos de vital importancia.

Simón Girty maldecía interiormente a todos los destinos. No se atrevía a oponerse abiertamente, y no podía tratar de influir sobre su hermano frente a aquellos jefes indios que, si bien eran crueles, eran muy correctos en su proceder.

Cuando Jim Girty cogió la pica de guerra, Simón leyó en el rostro de su hermano la suerte de los indios converso,. Jim no tenía prisa. Lentamente alzó la pica. Jugaba como juega el gato con el ratón; gozaba de su poder. Lentamente dejó caer la pica fatídica, exclamando al mismo tiempo

-¡Que se los coman los buitres!

XXIII

Yo he estado aquí antes - dúo Joe a Aola -. Recuerdo esa roca cubierta de enredaderas. Nos deslizamos por ella para acercarnos a Girty y Silvertip. Allí está el otero, y allí el sitio donde me hirió el hacha. Sí, y aquí está la fuente. Déjame que recuerde... ¿Cómo llamó Wetzel a este lugar?

-Fuente Hermosa -contestó la india.

-Eso es, y el nombre le va muy bien. ¡Qué sitio tan encantador!

La Naturaleza había sido pródiga en embellecer aquella pequeña hondonada, que tenía unos cincuenta metros de ancho y estaba rodeada por pequeños oteros y murallas de rocas grises cubiertas de liquen. Era, además, un resguardo contra el viento.

Joe gozó de la belleza del paraje a pesar de que estaba demasiado débil para poder mantenerse en pie. La herida no le dolía, pero la pérdida de sangre había sido tan grande que estaba mareado y la cabeza le daba vueltas. Con gran satisfacción se tumbó sobre el suelo suave y musgoso de una especie de caverna bajo una enorme roca.

Aola le quitó entonces la chaqueta empapada de sangre y le examinó la herida. Ésta se había abierto y manaba sangre en abundancia. La muchacha la lavó con gran cuidado y puso nuevas compresas de hojas refrescantes, vendándola luego con el pañuelo de Joe. Mientras éste descansó confortablemente en aquel sitio abrigado, la muchacha se fue a buscar helechos que llevó a la caverna. Con las anchas hojas y largos tallos de helechos construyó hábilmente un excelente sombraje para el sol y para el relente de la noche. Después construyó con varias piedras un fogón. En los otros encontró manzanas silvestres y otras frutas que podían servir de alimento. Después guisó las lonjas de carne que habían traído. Cuando sobrevino la oscuridad, Aola llamó al perro, lo metió en la caverna y colgó el sombraje delante de la abertura.

Así transcurrieron varios días. Joe descansaba y empezaba a recobrar fuerzas. Aola, aparte de preparar las comidas, no tenía otro quehacer que estar al lado del enfermo y distraerle para que no se impacientase.

Hablaron casi siempre de lo por venir. Tenían la intención de visitar la Villa de la Paz para luego ir al Fuerte Henry, donde Joe esperaba encontrar empleo. Discutieron ampliamente la forma de la cabaña que iban a construir y pasaron momentos muy felices

haciendo proyectos acerca de su futuro hogar. El amor de Joe por las selvas no había disminuido, pero el golpe que recibió con la destral en la cabeza y la cuchillada en el costado le habían dado a entender que no era prudente sacrificar la vida a los placeres de las inhospitalarias selvas. Podría disfrutar del mismo modo de las bellezas de aquella magnífica y selvática región, sin correr el peligro de que detrás de cada árbol le esperase un enemigo. Pensó que lo mejor sería llevar a su mujer al Fuerte Henry, aceptar allí algún empleo y dedicar sus momentos de solaz a los cercanos bosques.

-¿Serán los rostros pálidos buenos con la india que ha aprendido a quererlos? - preguntó Aola a Joe cuando hablaron de sus proyectos.

-¡Ya lo creo! -contestó Joe, y le contó la historia de Isaac Zane, de cómo la belleza y la bondad de su esposa se habían granjeado el cariño de todos los blancos-. Y lo mismo sucederá contigo, esposa mía.

-Aola sabe tan poco... - murmuró la india.

-Cada día estás aprendiendo más, y aunque no fuese así, a mí me basta con lo que sabes y eres.

-Aola tendrá miedo. Teme bastante emprender de nuevo el camino.

-Pues yo estaré muy contento de poder marcharme -exclamó Joe, impaciente de volver a la acción-. ¿Cuántos días faltan aún?

-Tantos como éstos - contestó Aola señalando los dedos de una mano.

-¿Cinco días aún? Quisiera marcharme de aquí.

-¿Abandonar Fuente Hermosa?

-Sí, a pesar de que es un sitio encantador, quisiera marcharme de aquí. Le tengo horror. Nunca olvidaré la noche en que vi por primera vez la brillante superficie de la fuente a la luz de la luna. Yo estaba allí arriba en aquella roca y cuando vi las sombras de sus profundas aguas sentí de pronto un inexplicable terror. Y lo siento ahora, a pesar de que no hay motivo. Porque estamos seguros aquí, ¿verdad?

-Estamos seguros- contestó Aola en voz baja.

-Sin embargo, cada vez que veo la fuente siento un terror glacial y por las noches, cuando estoy despierto y percibo el murmullo del agua, me quedo helado de terror. Aola, yo no soy cobarde, peto no puedo remediarlo. Tengo miedo. Tal vez sólo sea el recuerdo de aquella horrible noche.

-El indio tiene esos sentimientos cuando pisa su futura tumba-contestó Aola mirándole gravemente- Aola no gusta de esa premonición. Vámonos de la Fuente Hermosa. Ya estás casi bien. ¡Ah! ¡Si Aola tuviese que perderte ahora l Te quiero tanto...

-Y yo también te quiero, hermosa flor silvestre -con-testó Joe acariciando la cabeza de su esposa.

Sonreía con gran ternura. Mas, de pronto, percibió un leve ruido y, al alzar la mirada, vio algo que borró la sonrisa de su rostro.

-¡ Mose! -exclamó con fuerza, pero el perro estaba lejos, cazando conejos.

Aola volvió la mirada con un grito de sorpresa que terminó en un alarido de pánico.

A dos metros de ella estaba Jim Girty.

Su rostro era horrendo con su mueca de triunfante ferocidad. Tenía en la mano una navaja larga y, aullando como un lobo, se precipitó sobre Joe. Éste quiso levantarse, mas. antes de que pudiera hacerlo, la larga hoja le había atravesado el pecho.

Lentamente se dejó caer atrás, contrayendo las pupilas con su peculiar mirada de acero. Le quedaba la energía de la voluntad, pero sus fuerzas se habían acabado.

-¡Recuerda, asesino, que soy amigo de Wetzel! -exclamó, mirando al criminal con indecible desprecio.

Después se suavizo la mirada de sus ojos grises y se fijó en la horrorizada muchacha.

-¡Rola! -dijo en voz muy baja.

La india estaba helada de terror y sin poderse mover vio que los ojos de su amado se cristalizaron.

El renegado alzó de nuevo la navaja ensangrentada y se inclinó sobre el cadáver de Joe.

Aola se echó sobre Girty con la ciega furia de una leona enloquecida. Maldiciendo fieramente, el renegado la apuñaló hasta tres veces; ella se cayó encima del cuerpo de su esposo y lo abrazó en los últimos estertores de la muerte.

Girty echó una mirada a sus víctimas, limpió la navaja ensangrentada en el traje de Aola y, con otra mirada de pánico en torno suyo, desapareció en la espesura.

Pasó una hora. Desde las dos quietas figuras corrió un reguero hacia la fuente tiñendo el musgo y las hojas, y lentamente se abrió camino hacia las claras aguas, goteando por entre las hermosas flores. La pequeña cascada en la parte interior de la fuente ya no era blanca como la nieve. La sangre la había teñido de rojo.

Un perro entró, saltando, en la hondonada; saltó el riachuelo, se quedó vacilante en la orilla y, por fin, husmeó el agua. Luego, corrió velozmente hacia la cueva.

Un aullido largo y quejumbroso interrumpió el silencio de las selvas.

Pasó otra hora. Los pájaros guardaban silencio; los insectos estaban quietos; el sol desapareció tras los árboles y las sombras de la noche invadieron la hondonada.

Los helechos del otro extremo temblaron ligeramente. Un suave susurro de hojarasca interrumpió la quietud. El perro gimió y, luego, ladró. La alta figura de un cazador salió de la espesura y entró en la hondonada con la vista fija en las huellas de mocasines sobre el suave musgo.

La pista que había seguido le llevó a la fuente ensangrentada.

-Hubiera debido suponerlo -murmuró.

Wetzel se apoyó sobre el largo rifle y abarcó con aguda mirada los detalles de la tragedia. El perro que gemía, el agua tinta de sangre, las figuras inmóviles que yacían en su último abrazo, revelaban la triste historia.

-Joe y Aola - murmuró.

Sólo ¡un momento se quedó ensimismado en tristes reflexiones. La huella familiar de un mocasín en la arena señalaba hacia el Oeste y la examinó con gran cuidado.

-Se marchó hace dos horas. Aún podría alcanzarle. Luego empezó a obrar con gran actividad. Con dos golpes de su destral arrancó un largo trozo de enredadera; cogió una piedra pesada del riachuelo; llevó a Joe a la fuente y luego a Aola, colocando a los dos uno sobre el otro. Después ató la enredadera a la piedra y a los cadáveres y los echó a la fuente. Al bajar los dos cuerpos en el agua, se volvieron, exponiendo por un momento sus rostros, y después desaparecieron en el agua profunda. Pequeñas olas subieron a la orilla de la fuente, el rizo del agua se aquietó y la superficie volvió a ser lisa.

Wetzel se quedó durante breves momentos junto a la tumba acuosa de la muchacha que le había salvado y del muchacho que le había amado. En las sombras del crepúsculo, su alta figura adquirió gigantescas dimensiones, v cuando alzó el brazo y blandió el puño hacia el Oeste, parecía una magnífica estatua de la venganza.

Con un salto salvó la fuente y se alejó de la hondonada.

Hizo que el perro siguiera las huellas de Girty y corrió tras él con paso rápido. Al desaparecer, un suave gemido del viento rompió la quietud de la noche.

XXIV

Cuando los primeros rayos del nuevo sol colorearon el horizonte del Este, Wetzel bajaba lentamente por la ladera de una colina abrupta. A su lado iba un perro blanco, cansino y despeado. Tanto el hombre como el perro daban muestras de un gran agotamiento.

El cazador se detuvo en una pequeña cueva, debajo de una pared rocosa, y dejando el rifle en el suelo empezó a recoger ramas secas. Mostrábase muy cuidadoso al escoger la leña y apartó muchas ramas que hubiesen ardido bien; pero cuando encendió la fogata, ésta ardió sin humo.

Después hizo punta a una rama verde y sacando algunas lonjas de carne del bolsillo las asó sobre la llama viva. Primero dio de comer al perro. Mose se había acurrucado con la cabeza entre las patas y los ojos grises clavados en el cazador.

-Llevaba demasiada delantera para alcanzarlo -dijo Wetzel hablando con el perro como si fuese un ser humano. Las palabras de Wetzel sonaban como si fuesen una excusa ante la significación de los ojos del can.

Después el cazador apagó el fuego y, buscando un sitio más oculto, lo encontró por fin en lo alto de la ladera, desde donde dominaba bien los alrededores. El perro estaba profundamente dormido y Wetzel, después de acomodarse sobre la hojarasca, concilió rápidamente el sueño.

Al mediodía se despertó. Se levantó, se desperezó v buscó un sitio cómodo desde donde dominar el valle. Al parecer esperaba algo. El perro continuó dormido. Wetzel se sentó apoyando la cabeza en la roca y con el rifle sobre las rodillas.

Así escuchó los sonidos del bosque y cuando percibió una nota más profunda que otras, tal vez un poco demasiado fuerte para ser natural, alzó la cabeza. Aquella falsa llamada de pájaro era la señal que esperaba y al punto contestó del mismo modo.

Pasaron los minutos. Aquel sonido no se repitió. El canto de los pájaros había cesado. Aparte de Wetzel, había otro intruso en la selva.

Mose alzó la peluda cabeza y gruñó. El cazador le acarició con unas palmadas. Pocos minutos después, entre los laureles de la ladera, apareció un hombre alto que ascendió la ladera con paso rápido y silencioso y se reunió al poco tiempo con Wetzel.

-Jonathan, te esperaba antes - fue el saludo de Wetzel.

-No me ha sido posible venir antes -contestó Zane -. Después de dejar a Williamson y separarnos tú y yo, tuve que esquivar una banda de varios centenares de indios que se dirigían a Villa de la Paz. Luego regresé, pero no pude encontrar las huellas que buscamos. Entonces lo he dejado estar y me he venido aquí. Hace diez horas une estoy caminando y tengo hambre.

-Tengo comida preparada para ti-dijo Wetzel, entregando a Zane varias lonjas de carne asada.

-¿Qué suerte has tenido tú?

-Encontré las huellas de Girty, va antiguas, a cosa de dieciocho millas de aquí y las seguí hasta cerca de la aldea de los delawares. Las huellas me llevaron a una choza en una cañada muy profunda. No me sorprendo muchas veces, pero allí tuve una gran sorpresa. Encontré el cadáver de Kate Wells, aquella muchacha a la que acompañé de Fort Henry a Villa de la Paz. Es una cosa triste, pero no fue ésa la sorpresa. Encontré también a Silvertip, el jefe shawni al que buscaba. Tenía una gran puñalada en el pecho y estaba más muerto que una piedra. Se veían señales de una gran lucha en la choza. Creí que Girty había asesinado a Kate, pero no se me ocurrió quién pudo despachar a Silvertip, aunque supuse que bien podría ser obra del renegado. Me quedé en aquellos alrededores v vi que Girty volvió con diez indios y, a poco, todos se dirigieron hacia el Oeste. Les seguí, pero no me pareció prudente meterme yo solo con los once y me quedé atrás. A cosa de una milla de la choza encontré huellas de un caballo mezcladas con las de dos mocasines. A unas quince milla< de la aldea delaware, Girty se separó de los pieles rojas. que se fueron hacia el Oeste, mientras que Girty

siguió las huellas del caballo. En seguida comprendí su idea. Eché a campo traviesa en dirección a Fuente Hermosa, pero llegué tarde. Encontré los dos cuerpos aún calientes de Joe y de la india, la llamada Aola. El miserable los había asesinado.

-Me parece que Joe debió de ganar la voluntad de Aola, llevándosela consigo en su huída de la aldea de los delawares. Creo que trataría de salvar a Kate y, en la lucha, debió matar a Silvertip. Lo más probable es que a Girty, al verlo, le entró miedo en el cuerpo y, después de asesinar a la muchacha, ahuecó el ala.

-Así debió de ser. Joe tenía dos puñaladas, pero una era antigua.

-¿Dices que la pelea fue grande?

-Lo supongo porque en el interior de la choza todo estaba en desorden, y no me extraña, porque Joe sabía pelear.

-Ya lo creo. Ha sido el muchacho más vivo y más valiente que he visto en muchos años.

-Si hubiese durado, habría sido un buen cazador.

-Si, es una lástima... ¿Tuviste tiempo de enterrarlos?

-No tuve mucho tiempo, por eso los metí en la fuente.

-La fuente es muy honda y allí están bien -dijo Zane
pensativo -. Luego, tú y el perro os echaríais sobre la pista de Girty, pero sin poderle dar alcance. Ahora está con los demás renegados y centenares de indios en Villa de la Paz.

Sobrevino largo silencio. Jonathan terminó la frugal colación, bebió agua del manantial que manaba debajo de una piedra y, sentándose junto al perro, se alisó la sedosa cabellera.

-Lew, ¿verdad que tú y yo somos buenos amigos? - preguntó pensativo.

-Sí, Jonathan. Tú y el coronel sois los únicos amigos que he tenido, exceptuando al muchacho que yace en Fuente Hermosa.

-Yo te conozco muy bien, y no me quejo de que te hayas separado de mí en muchas de tus correrías, pero quisiera hablarte con claridad sobre ese miserable de Girty...

-Habla - dijo Wetzel al ver que Zane vacilaba.

-Dos veces en los últimos años tú y yo hemos ido tras los mismos hombres, ambos cobardes y traidores. ¿Lo recuerdas? Primero fue Miller, que trató de raptar a mi hermana Betty, y después Jim Girty, que mató a nuestro viejo amigo, un pobre anciano más bueno que un trozo de pan.

Pues bien, cuando Miller se escapó y lo perseguimos por el río y vimos que se había metido en las selvas, te pregunté: « ¿Tú o yo? », y tú me contestaste: «Yo». Como tú eras amigo de Betty y yo sabía que la vengarías te dejé ir. Miller está yaciendo ya en su tumba en los bosques y las violetas han florecido dos veces sobre ella, aunque tú no has dicho nunca una palabra. Sé que es así, porque te conozco.

Zane miró gravemente a su amigo esperando tal vez una confirmación verbal de su creencia, pero Wetzel no dijo nada y Jonathan continuó.

-Otro día, no hace mucho, los dos contemplamos a un viejo amigo nuestro y vimos su cabeza blanca cubierta de sangre. Lo habían asesinado sin motivo alguno. De nuevo tú y yo perseguimos a un hombre cobarde y descubrimos que era Jim Girty. Yo sabía que desde hacía mucho tiempo lo estabas buscando y, por lo tanto, te pregunté de nuevo: «Lew, ¿tú o yo?», y otra vez me contestaste «Yo». Y yo te cedí el puesto, porque sé que vales más que yo y, además, quería que tuvieses esas satisfacciones. Pues bien, han pasado muchos meses y Jim Girty todavía vive y continúa sus crímenes. Ahora está intrigando contra los pobres misioneros. No te digo, Lew, que tú tengas más causas contra él que yo, pero sí te digo que me dejes tomar parte en esto. Este hombre siempre está rodeado de una banda de pieles rojas. Tiene miedo de viajar solo; de lo contrario, hace tiempo hubiese acabado con él. Siendo dos, tendremos ventaja. Permíteme, pues, que vaya contigo. Cuando llegue el momento final yo

me apartaré para que tú te encargues de él. Gozaré inmensamente al ver cómo lo abres en canal. Después de que salga de Villa de la Paz le seguiremos la pista y no la soltaremos hasta que termine junto a la tumba.

La grave voz del cazador cesó. Los dos hombres se pusieron en pie y se contemplaron. El rostro bronceado de Zane era duro y tenso, expresando su indomable voluntad; el de Wetzel era oscuro y glacial, con una resolución tan decidida como si su voluntad de venganza fuera tan inmutable como el Destino. Las dos manazas callosas se estrecharon con fuerza nacida en fiera pasión, pero no pronunciaron palabra alguna.

A lo lejos, en el Oeste, un renegado seguía el camino de sus crímenes, tal vez en aquel mismo instante sus manos volvían a mancharse de sangre, pero no podía soñar aquella fatal alianza que significaba su fin.

Los dos cazadores se dirigieron al Oeste; silenciosamente bajaron la ladera y se adentraron en la selva. La noche los encontró a un tiro de Villa de la Paz. Con el perro en medio, se arrastraron hacia una posición desde la cual al día siguiente dominarían la aldea. Y mientras uno montó la guardia, el otro durmió.

Cuando alboreó la mañana, se colocaron en la cima de un risco cubierto de helechos, desde el cual podían ver con detalle lo que pasaba en la aldea. Toda la mañana vigilaron con la maravillosa paciencia de hombres que saben esperar. Los salvajes seguían quietos, los misioneros salían y entraban en los talleres y cabañas, los indios cristianos trabajaban afanosamente, mientras los renegados pasaban el tiempo sentados ante una tienda sobresaliente.

-No me gusta esa quietud - murmuró Jonathan.

-Han llegado ya a una decisión, pero los cristianos no lo saben todavía.

Una hora más tarde, el suave repique de la campana de la iglesia rompió el silencio. Todos los indios conversos se reunieron junto al templo y luego se encaminaron ordenadamente hacia el grupo de alisos, donde se celebraba siempre el servicio cuando el tiempo era bueno. De este modo, los indios quedaban a pocos centenares de metros del risco donde Zane y Wetzel se hallaban escondidos.

-Ahí va Heckewelder junto con el viejo Wells -dijo Jonathan-; allí están Young y Edwards. Y fíjate, también va el joven misionero que es hermano de Joe. Paréceme que van a cometer la estupidez de predicar a la vista dé todos esos salvajes encolerizados.

-Eso es más que estupidez -contestó Wetzel.

-¡Dios mío! Fíjate, ahí sale toda la banda de los salvajes. Llevan sus rifles, y se han pintado. Malo, malo. No me gusta eso.

-Como que no tienen intenciones pacíficas.

-¡Demonio! Tienes razón, ninguno de ellos se sienta. Paréceme que conozco a algunos de esos pieles rojas.

-Ahí está Pipa y allí Kotoxon.¡Dios mío!, ese otro es Shangiss. Y eso que antes se mostraba amigo de los cristianos.

-Ninguno de ellos viene en son de amistad.

-Fíjate, Lew, fíjate, inmediatamente detrás de Pipa.
Fíjate en aquel largo penacho de guerra. ¡Pero... si es tu viejo amigo Wingenund! Paréceme que están ahí todos nuestros conocidos.

Los dos cazadores vieron a los indios. conversos sentarse ante la plataforma. La banda de salvajes hostiles rodeaban aquel paraje por completo, excepto el que daba sobre el bosque.

-Fíjate allí -exclamó Wetzel señalando a la derecha del grupo de alisos.

Jonathan miró en la dirección indicada y vio a dos salvajes deslizarse por entre los arbustos hacia los árboles y a poco, aquellos dos indios, cuyos movimientos eran sospechosos, se detuvieron en un pequeño otero a cosa de cien metros de la congregación.
Wetzel emitió un gruñido.

-No me gusta nada -observó Zane-. Esos diablos rojos tienen muy malas intenciones. Más vale que no se acerquen por aquí.

Los dos cazadores dejaron a los dos salvajes aislados en su otero y volvieron a mirar hacia la congregación.

-¡Ah! Simón, traidor. Fíjate, Lew, ahí viene con su preciosa banda. Bien se ve que lo tiene todo bien dispuesto. A su lado están Bill Elliott y Mac Keed, y, ¿quién es ese renegado al lado de Jim Girty? Paréceme que debe de ser ese tipo que estuvo con los chippewas. Buena talla de bandido tiene. Buena pareja de Jim Girty.

-Algo va a pasar-murmuró Wetzel, y Jonathan sintió que su amigo temblaba.

-Los misioneros están consultando entre sí. ;Ah, ahí viene uno! ¿Quién es? Me parece que es Edwards. ¡Dios mío! ¿Quién es ese indio que se destaca del grupo de salvajes? Gran jefe debe de ser. ¡Caramba, si es Half King!

Los dos vieron que el jefe indio movía el brazo y hablaba con arrogancia a Edwards, mas éste se dirigió a la plataforma y alzó la mano para hablar a los cristianos.

¡Pam!

Desde el otero se oyó un disparo. Llevándose las manos al pecho, el misionero se tambaleó y cayó.

-Uno de los dos bandidos del otero ha matado a Edwards -dijo Zane -. Pero no, no está muerto. Está levantándose, tal vez esté gravemente herido. ¡Dios mío! Allí viene Young, ¡qué estúpido!

Era, en efecto, Young el que se había encarado con los indios. Half King se dirigió a él en el mismo tono que a Edwards, pero Young alzó la mano y empezó a hablar Pam.

Del otero sonó otro tiro. Young alzó las manos y cayó pesadamente al suelo. Los demás misioneros corrieron hacia él y el señor Wells se retorcía las manos desesperadamente.

-Ése ha salido peor -dijo Zane entre dientes- Se ve por la manera de caer.

Wetzel no contestó. Permanecía echado, en silencio, con el cuerpo rígido y el rostro como una piedra.

-Ahí viene el otro, el hermano de Joe. También lo despacharán de igual modo- continuó Zane -. ¡Dios mío, yo creí que tendría más sentido común! Es muy noble morir por la religión, pero aquí de nada les servirá. ¡Válgame Dios!, Heckewelder lo detiene. Eso es tener buen juicio.

Half King se dirigió a los cristianos con la pica negra en la mano mientras hablaba.

La atención de Jonathan se apartó de la escena, porque había oído un ruido metálico cuando Wetzel amartilló el rifle. Lentamente lo vio alzar.

-Escucha, Lew, acaso no obres bien. Recuerda que quien nos importa es Girty y desde aquí hay mucha distancia para disparar. ¡Si casi son trescientos metros!

-Tienes razón, Jonathan, tienes razón-contestó Wetzel con respiración fatigosa.

-Esperémonos, y veremos lo que sale de ahí.

-Jonathan, no Puedo dejarlo. Nuestra tarea será luego más difícil, pero no puedo evitarlo. Yo puedo poner perfectamente una bala sobre el ojo izquierdo de ese hurón y lo voy a hacer.

-Imposible, Lew, es demasiado lejos. Espérate -murmuró Jonathan poniendo la mano sobre el hombro de Wetzel.

-¿Esperar? Hombre de Dios, ¿no ves lo que hace ese villano?

-¿Qué hace? -preguntó Zane volviendo a mirar hacia abajo.

Los indios conversos habían bajado la cabeza. Half King subió la pica de guerra y la tiró al suelo frente a los indios.

-Acaba de pronunciar la sentencia de muerte - exclamó Wetzel.

-¡Dios mío, es verdad!

Jonathan miró a Wetzel y luego se arrodilló como había hecho su amigo y se apretó el cinturón. Sabía que dentro de breves segundos estarían corriendo velozmente hacia el bosque.

-Lew, mi rifle no sirve para esa distancia, pero el tuyo tal vez. Tú debes saberlo. La cosa no tiene sentida común porque allí están Simón y Jim Girty. Pero de todos modos, ¡adelante! Lew, métele una bala a ese piel roja de los demonios.

Wetzel puso una rodilla en tierra y metió el rifle por entre los helechos. Lentamente subió el cañón y se quedó rígido como una piedra.

Jonathan fijó la mirada en el rostro altivo de Half King que se había quedado con los brazos cruzados frente a los cristianos que acababa de condenar a muerte.

En el mismo momento en que la breve detonación del rifle de Wetzel rompió el silencio, Jonathan vio que la fiera expresión del rostro oscuro de Half King se trocó en mirada de asombro. Sin soltar los brazos cayó como caen los árboles gigantes de los bosques.

XXV

Por favor, no prediques hoy - dijo Nelly mirando a Jaime con ojos suplicantes.

-Nelly, es preciso que yo celebre el servicio coma siempre. Yo no puedo faltar a mi deber, ni debo mostrarme miedoso ante los renegados.

-¡Tengo tan extraños presentimientos!... Tengo miedo y no quiero quedarme sola. Por favor, no me abandones.

Jaime se paseó nerviosamente por la habitación. La súplica de Nelly, su rostro desencajado, sus ojos suplicantes, sus manos temblorosas, le habían impresionado fuertemente. Más que nada en el mundo deseaba complacerla, confortarla, pero, ¿cómo podía faltar a su deber?

-Nelly, ¿qué es lo que temes? -le preguntó, cogiéndola de la mano.

-¡Oh!, no sé; ¡todo! Tío está cada día más débil. Fíjate en el señor Young, sólo es una sombra de lo que fue, y el señor Heckewelder también está sufriendo. No muevas la cabeza, porque me consta. Y luego esos indios que están esperando sólo Dios sabe qué. Y lo peor de todo es que he visto a ese renegado, ese miserable canalla que se llevó a nuestra querida Kate.

Nelly estalló en sollozos y se apoyó en el pecho de Jaime.

-Nelly, yo sólo he conservado mi valor por ti -contestó Jaime con voz ligeramente temblorosa.

La muchacha alzó la mirada. Algo en aquel rostro blanco le decía que aquel era el momento para que una mujer olvidase sus propias penas y animase a los que la rodeaban.

-¡ Qué tonta soy y qué egoísta! -exclamó, apartándose de Jaime-. Siempre pensando sólo en mí. -Volviéndose, se secó la lágrimas -. Ve, Jaime, a cumplir con tu deber. Yo te ayudaré en todo lo que una mujer pueda.

Los misioneros se hallaban de consulta en la cabaña de Heckewelder. Zeisberger había regresado aquella mañana y su agresivo y dominante espíritu era precisamente lo que necesitaban en aquellas circunstancias. Fue él quien elevó los ánimos decaídos de los misioneros.

-¿Que si celebramos servicio? ¡Ya lo creo! -declaró moviendo las manos con energía -. ¿Qué tenemos que temer?

-¡Qué sé yo! -exclamó Heckewelder moviendo la cabeza en son de duda-. No sé qué es lo que podemos temer. Girty mismo me dijo que no nos tenía mala voluntad, pero no me atrevo a creerlo. Me inquieta el silencio, esta ominosa espera a no se sabe qué.

-Señores, creo que no cabe duda acerca de cuál sea nuestro deber -opinó Jaime -. La fe de esos indios cristianos en nosotros es tan grande que ellos no tienen miedo. Creen en Dios y, en nosotros. Las amenazas de los salvajes no han causado impresión en nuestros amigos. Si no celebramos el servicio creerán que nosotros le tenemos miedo a Girty, y eso podría causar mal efecto.

-Yo opino que debe suspenderse el servicio religioso durante algunos días. Temo a los salvajes de ese Girty, no por mí, sino por los cristianos, a los que tanto queremos. - Heckewelder revelaba claramente que estaba aterrado.

-Usted es nuestro jefe y a nosotros nos cumple obedecerle-contestó Edwards -. Sin embargo, nosotros creemos que debemos a nuestros conversos el continuar cumpliendo nuestras obligaciones hasta que nos hagan desistir a la fuerza.

-¡Ah! ¿Qué forma tendrá esa fuerza? - exclamó Heckewelder, palideciendo -. Ustedes no pueden saber lo que intentan esos salvajes. Tengo miedo...

-Escuche, Heckewelder -intervino Zeisberger -. Recuerde que ya pasamos una vez por un trance parecido. En 1778, Girty descendió sobre nosotros como un lobo hambriento. Ya entonces tenía tantos indios a sus órdenes como ahora, pero se limitó a echarnos discursos durante algunos días, tratando de asustarnos, mas fracasó. Resistimos entonces y salimos vencedores. Ahora está haciendo lo mismo. Resistámonos, pues, como entonces. Celebremos el servicio como siempre, confiando en Dios.

-Eso es. ¿Quién dijo miedo? -gritó Jaime.

-Señores, tienen ustedes razón. Me están avergonzando a pesar de que creo entender la situación y sus terribles amenazas mejor que ustedes. Sea lo que fuere, cumpliremos nuestro deber. Les doy las gracias por confortar y animar mi corazón acobardado. Celebremos hoy el servicio como siempre y, para que sea más impresionante, cada uno de nosotros hablará a la congregación.

-Y si es necesario, daremos la vida por nuestros indios cristianos -exclamó Young alzando el pálido rostro.

El suave tintineo de la campana de la iglesia despertó los ecos durmientes. Apenas habíase apagado su melodía en el lejano bosque, una fila de indios, compuesta de hombres, mujeres, muchachos, muchachas v niños, se encaminó desde la iglesia al grupo de alisos.

Glickhican, el viejo jefe delaware, iba delante con paso firme, cabeza erguida y rostro de expresión noble y austera. Los que le seguían expresaban igualmente la firmeza de su fe. Las muchachas iban con el rostro bajo, pero por timidez, no por miedo. Los niños iban contentos y alegres, expresando claramente la alegría de poder escuchar a sus amados maestros.

La proecesión pasó por en medio de las filas de los salvajes, que la contemplaron con los brazos cruzados y ojos sombríos.

Apenas habían llegado los cristianos al bosquecillo, se acercaron desde todas partes los indios hostiles y se colocaron en posición ventajosa, cerca de la plataforma de lo: misioneros.

Los indios conversos sentáronse como siempre en semicírculo frente a la plataforma, esta vez rodeados de cerca por sus enemigos. Éstos llevaban armas y guardaban el mismo silencio que durante las últimas veinticuatro horas. No era posible adivinar sus intenciones. Su glacialidad podía ser reserva habitual, lo mismo que la calma ante la tempestad.

Heckewelder se acercó a sus predicadores al mismo tiempo que aparecieron Simón Girty con los demás renegados; entre éstos iban también Pipa y Half King. Éstos cruzaron la plazuela y se detuvieron cerca de la plataforma.

Heckewelder se reunió rápidamente con los misioneros. Estaba fuera de sí y hablaba con dificultad.

-No deben ustedes predicar hoy. Acaban de avisarme de nuevo -dijo en voz baja.

-¿Nos lo prohibe usted?-preguntó Edwards.

-No, no. Esperen hasta que los salvajes estén de mejor humor.

Edwards se apartó del grupo y subiendo a la plataforma se dirigió a los cristianos. Al mismo tiempo, Half King avanzó majestuosamente. No llevaba más arma que el símbolo de la muerte, la pica de guerra. El movimiento de agitación entre los salvajes reveló el intenso interés que había despertado su acción. Half King se colocó en el centro entre la plataforma y los conversos. Contempló con mirada despectiva a los cristianos y luego a Edwards.

-Las órdenes de Half King deben obedecerse. Que el rostro pálido mantenga la boca cerrada-exclamó en su propio idioma.

La orden imperiosa fue como un rayo que descendiera del cielo azul. Los misioneros se quedaron aturdidos.

Pero Edwards, sin un momento de vacilación, alzó con calma la mano y habló.

-Queridos hermanos indios, nos reunimos hoy aquí, como otras veces y como esperamos reunirnos...

¡Pam !

El silbido de una bala por encima de la cabeza de los cristianos acompañó la fuerte detonación de un rifle. Edwards se tambaleó y se llevó las manos al costado, respiró con dificultad y cayó sin dar un grito. Uno de los indios ocultos en el otero había tirado sobre él.

Durante unos segundos nadie se movió ni nadie habló. Los misioneros estaban horrorizados, los conversos parecían haberse convertido en piedra y la masa de salvajes seguía aguardando con la misma calma que antes.

-¡Lo han matado, lo han matado! ¡Me lo figuraba! -exclamó Heckewelder, corriendo hacia el caído, seguido de los misioneros. Edwards se hallaba tumbado sobre la espalda, oprimiéndose con la mano ensangrentada el costado.

-Dave, ¿cómo está usted? - preguntó Heckewelder en voz baja, lleno de miedo.

-Bien, el tiro sólo me ha atravesado el costado - contestó Edwards con voz débil-. Denme... agua...

Lo bajaron de la plataforma y lo dejaron sobre la hierba, bajo un árbol. Young estrechó la mano de Edwards, murmuró algo parecido a una oración y luego, irguiéndose, subió a la plataforma, el rostro inundado de luz sublime.

-¡Atrás, rostro pálido! -bramó Half King blandiendo la pica.

-¡A callar, perro indio!

La voz clara de Young sonó imperiosa, y tan poderosa en su maravilloso desprecio, que los salvajes se quedaron sobrecogidos y los cristianos emocionados.

Young habló con voz serena y dulce:

-Amados cristianos, si es la voluntad de Dios que muramos para probar nuestra fe, tal como os hemos enseñado que debéis vivir, también sabremos enseñaros cómo morir...

¡Pam!

De nuevo sonó un silbido acompañado de la detonación de un rifle, y de nuevo se percibió el terrible impacto de plomo que destroza la carne.

Young cayó atrás en la plataforma.

Los misioneros lo colocaron junto a Edwards y se quedaron a su lado sin atreverse a hablar.

Una sonrisa se dibujó en el rostro pálido de Young; de su pecho salió la sangre a borbotones.

El herido movió los labios murmurando

-No pido más... la voluntad de Dios.

Jaime echó una mirada a sus amigos, y luego, con rostro pálido pero decidido, se dirigió a la plataforma.

-¡No, no, no! ¡Por amor de Dios ¡¿Quiere usted morir también? -exclamó Heckewelder retorciéndose las manos.

Un alarido fiero y prolongado estalló en las filas de los salvajes, vitoreando la acción que proclamaba la victoria sobre los misioneros.

Todos los ojos se dirigieron sobre Half King, quien, con paso mesurado, se paseaba delante de los indios conversos.

Todos los cristianos, hombres, mujeres y niños, sin pronunciar una palabra, se levantaron con expresión altiva, las cabezas erguidas y los ojos llameantes. Aquel jefe poderoso con su banda de salvajes sedientos de sangre podría destruir la Villa de la Paz y aniquilarlos a ellos, pero jamás podría destruir su fe en Dios.

-¡Ciegos, estúpidos! -exclamó Half King -. El jefe hurón es sabio, no dice mentiras. Hace muchas lunas dijo a los cristianos que se hallaban sentados a medio camino entre dos dioses furiosos que se contemplaban con la boca abierta y miradas feroces. Les dije que si no se apartaban del camino serían inmolados por uno o por otro o por ambos. Half King les aconsejó que saliesen de la villa pacífica, que olvidasen al Dios del rostro pálido, que se llevasen sus caballos y su ganado y volviesen a sus hogares. Los cristianos despreciaron el consejo del jefe hurón. El sol se' ha puesto para Villa de la Paz. ¡Ha sonado la hora! Pipa y el hurón son poderosos. No quieren escuchar al Dios de los rostros pálidos. Quemarán Villa de la Paz. Mueran los cristianos

Half King tiró la negra pica de guerra con energía apasionada sobre la hierba, ante los conversos. Éstos escucharon la sentencia de muerte con rostro impasible. Hasta los niños seguían serenos. Nadie palideció, nadie bajé la vista. Todos miraron a Half King con indecible desprecio.

-¡Dios mío, Dios mío! Esto es peor de lo que yo pensé-gimió Heckewelder -. Esto es un asesinato.

En el silencio momentáneo que siguió a la sentencia, de entre los helechos de un risco cercano elevóse una pequeña nube, de humo.

¡Pam!

Todos percibieron el tiro de rifle; todos advirtieron la diferencia entre el tono claro y las fuertes detonaciones de los anteriores disparos. Todos percibieron el silbido de la bala sobre sus cabezas.

¿Todos? Todos, no. Había uno que no percibió el silbido de la bala. Aquel que era la figura central en aquella escena trágica. El que había sentenciado a los cristianos hubiera podido ver tal vez la nubecilla de humo que anunciaba su propio fin, mas antes de que la detonación pudiese alcanzar su oído, un agujerito apareció como por encanto encima de su ojo izquierdo y la vida se le fue para siempre.

Half King, el gran jefe, el salvaje cruel, se quedó un momento rígido como si fuese una imagen de piedra. Su altiva cabeza perdió su altivez, la fiereza desapareció de su rostro tenebroso, las plumas de su penacho guerrero movíanse con gracia cuando él se tambaleó ligeramente; luego cayó ante los cristianos, exánime, sin vida.

Nadie se movió; pareció que nadie osaba respirar siquiera. Los salvajes, supersticiosos, esperaban temerosos otro disparo, otro rayo, otro castigo del Dios de los rostros pálidos.

Pero Jim Girty, con la astucia nacida de su miedo cerval, había reconocido la característica de aquel tiro. Había sentido el silbido de una bala que lo mismo hubiera podido alojarse en su cerebro como en el de Half King. Había ofrecido el mismo blanco que el hurón; sin embargo, el vengador no había disparado sobre él. ¿Es que se le reservaba un destino distinto? ¿Es que una muerte así era demasiado piadosa para él? Con un alarido dio voz a su miedo

-Le Vent de la Mort!

Aquel nombre temido sacó a los salvajes del estupor en que habían caído. Con alaridos furiosos manifestaron su odio contra el terrible enemigo, y al instante cambió la escena.

XXVI

En la confusión que sobrevino, los misioneros se llevaron a Young y Edwards a la cabaña del señor Wells. El rostro blanco y sereno de Nelly demostró que la joven había temido aquella catástrofe y era ella entre todas las personas la que mejor conservaba la calma. Heckewelder se ausentó en seguida para consultar rápidamente al capitán Williamson. Mientras Zeisberger, muy entendido en cirugía, atendió a los heridos, Jaime atranco la pesada puerta, lo mismo que las ventanas, para convertir la cabaña en refugio temporal contra los enfurecidos salvajes.

Afuera el clamor iba en aumento. Los salvajes mostraban su furor dando gritos y alaridos de guerra, corriendo alocadamente de un lado a otro y hundiendo sus hachas en los árboles.

En la habitación delantera de la cabaña del señor Wells, Edwards estaba echado sobre una cama, cara a la pared y el costado desnudo. Se veía un agujero ensangrentado en su blanca piel; Zeisberger estaba buscando la bala. No tenía mas instrumentos que dos agujas de hacer calceta con las puntas dobladas y una navaja de hoja larga y muy delgada.

-¡Gracias a Dios, ya la tengo! -exclamó Zeisberger-. Estése quieto ahora, Dave... ¡Ya está! -Edwards dio un quejido y Zeisberger sacó la bala ensangrentada-. Jaime, lávele la herida y véndela. No es grave. Edwards estará bien en un par de días. Ahora veré a Jorge.

Zeisberger se fue rápidamente a la otra habitación. Young se hallaba echado sobre una cama, con el rostro blanco y los ojos cerrados, respirando débilmente. Zeisberger descubrió la herida en la parte superior del pecho, al lado derecho. Nelly, que había seguido a Zeisberger, por si necesitaba su ayuda, le vio examinar la herida y luego volver el rostro pálido durante un momento. Aquel movimiento extraño del misionero, hombre frío y ecuánime, era significativo. Luego se inclinó sobre Young y metió una de las agujas en la herida, introduciéndola poco a poco hasta diez centímetros, sin que el herido se moviera ni se quejara. Zeisberger movió la cabeza y sacó el instrumento. Después inclinó al herido para ver la espalda v vio que la cama estaba empapada de sangre. La herida iba de una parte a otra del cuerpo y sangraba por la espalda.

Zeisberger hizo unas compresas de hilo y las puso sobre ambos agujeros.

-¿Cómo está? -preguntó Jaime cuando el cirujano improvisado regresó a la otra habitación para lavarse las manos.

Zeisberger movió la cabeza con gran desanimación.

-¿Cómo está Jorge?-preguntó Edwards en voz baja, porque había oído la pregunta de Jaime.

-La bala le ha traspasado de parte a parte lesionándole el pulmón derecho. La ciencia humana no puede salvarle. Su vida está en manos de Dios.

-¿No he oído un tercer disparo? -preguntó Dave, mirando en torno suyo con ojos tristes e interrogantes-. Acaso Heckewelder...

-Heckewelder está bien. Ha ido a ver a Williamson. En efecto, hubo un tercer disparo. Half King cayó muerto con un agujero sobre el ojo izquierdo. Acababa de cruzarse las manos para adoptar su pose favorita, después de sentenciar a muerte a los cristianos, cuando le hirió la bala.

-¡Un juicio de Dios!

-Así parece; pero vino en forma de un trozo de plomo salido del rifle de Wetzel. ¿Oyen ustedes los alaridos? La muerte de Half King ha puesto furiosos a los indios.

En la puerta sonaron suaves golpes y luego la voz de Heckewelder. Jaime desatrancó la puerta y el misionero entró llevando sobre la espalda lo que parecía un saco de harina. Le acompañaba el joven Christy. Heckewelder dejó el saco en tierra, lo abrió y sacó de el a un chaval indio. El muchacho miró en torno suyo con ojos de miedo.

-¡Salven a Benny, salven a Benny! -empezó a gritar refugiándose en el regazo de Nelly, que lo estrechó en sus brazos.

Heckewelder preguntó con rostro blanco como el mármol por el estado de Edwards.

-No estoy grave y me encuentro mejor desde que me han extraído la bala-repuso el misionero sonriendo.

-¿Y Jorge? -preguntó Heckewelder en voz baja.

Nadie le contestó. Zeisberger alzó las manos. Todos siguieron a Heckewelder a la habitación donde yacía Young en la misma posición. Heckewelder contempló gravemente el rostro pálido de Young con sonrisa significativa.

-Y he sido yo quien lo trajo aquí, yo quien le persuadió de que viniese a este lugar. ¡ Dios mío, Dios mío! -decía Heckewelder.

-Vámonos de aquí-le dijo Zeisberger, obligándole a salir, seguido de los otros y cerrando Jaime la puerta.

-¿Qué es lo que se puede hacer? -preguntó Zeisberger con sentido práctico-. ¿Qué ha dicho Williamson? ¿Qué es lo que ha podido saber usted?

-Espere un momento -contestó Heckewelder, sentándose y cubriéndose la cara con las manos. Tras largo silencio alzó el pálido rostro y habló con calma -: Señores, no hay nada que hacer, la suerte de la Villa de la Paz está echada. Supliqué al capitán Williamson que nos ayudase, pero se negó; me dijo que no se atrevía a intervenir. Le supliqué que hablase siquiera con Simón Girty para evitar lo peor, pero no quiso oírme.

-¿Dónde están los conversos?

-Prisioneros en la iglesia, todos excepto Benny. EL señor Christy y yo pudimos meterlo en el saco y traerlo aquí. Es preciso salvarlo.

-¿Salvarlo?-preguntó Nelly, mirando primero a Heckewelder y luego al niño tembloroso.

-Nelly, los salvajes han obligado a todos nuestros fieles a refugiarse en la iglesia y los han encerrado allí hasta. que Girty y sus hombres den la orden para que se lleven a cabo, sus propósitos criminales. Los conversos sólo pidieron una gracia: una hora para orar. Se la concedieron. Los salvajes quieren asesinarlos a todos.

-¡Oh!, ¡horrible, monstruoso! -exclamó Nelly-. ¿Cómo pueden ser tan inhumanos? - La muchacha cogió a Benny en brazos-. No te cogerán, hijo mío; nosotros te salvaremos... yo te salvaré. - El niño se agarró lloroso a su cuello.

-Sé que están registrando ahora todos los sitios para encontrar a los que puedan haberse ocultado.

-¿Vendrán también aquí?-preguntó Nelly mirando a Heckewelder con ojos llameantes.

-Sin duda. Es preciso ocultar a Benny. Veamos, ¿dónde podríamos esconderlo? Probaremos en un rincón oscuro del desván.

-¡No, no! -exclamó Nelly.

-Pongamos a Benny en la cama de Young -sugirió Jaime.

- ¡No, no! -gritó Nelly.

-Pónganlo en un cubo y bájenlo al pozo -aconsejó Edwards, que había escuchado con gran interés.

-Ése es un sitio excelente -opinó Heckewelder -. ¿pero no es posible que se caiga y se ahogue?

-Atenlo al cubo -dijo Jaime.

-¡No, no, no! -gritó Nelly.

-Pero, Nelly, es preciso decidirse y pronto.

-Yo lo salvaré.

-¿Usted? ¿Piensa usted quedarse aquí para encararse con esos hombres? Le advierto que los que registran son Jim Girty y Deering. ¿Podría usted resistir ver a ésos? No, no podrá.

-¡Oh! Creo que me moriría. Aquel hombre, aquella bestia, ¿vendrá aquí? - Nelly se volvió pálida y parecía a punto de desmayarse. Le horrorizaba el tener que verse otra vez frente a Girty-. ¡Por amor de Dios, Heckewelder, que no me vea, que no entre!

En aquel mismo momento sonaron recios golpes en la puerta.

-¿Quién es? -preguntó Heckewelder.

De nuevo arreciaron los golpes, mas sin que nadie contestara desde dentro.

-¡Pronto, escondan a Benny! Si lo encuentran aquí, peligran nuestras vidas - exclamó Heckewelder dirigiéndose a la puerta-. ¡Va, va! Ahora abro -dijo moviendo torpemente la tranca.

Un momento después abrió la puerta y cuando los dos renegados entraron, el misionero se volvió hacia sus amigos con ojos de miedo y rostro desencajado.

Edwards, echado en la cama, miraba con ojos muy abiertos a los intrusos. El señor Wells estaba sentado con la cabeza inclinada. Zeisberger cortaba con calma una varita y Jaime se hallaba de pie, erguido, con dura luz en los ojos.

Nelly estaba apoyada en la mesa. Maravilloso era el cambio que la había transformado de muchacha tímida y temblorosa en mujer altiva que no daba más prueba de su agitación que con la llama de sus ojos y la palidez peculiar de su rostro.

Benny había desaparecido.

Heckewelder volvió a fijarse en los intrusos. Jamás había visto hombres tan horriblemente brutales.

-Creo que los predicadores no mienten. ¿Habéis visto aquí algún indio cristiano? - preguntó Girty blandiendo un pesado martillo.

-Girty, nosotros no ocultamos aquí a indios -contestó Heckewelder con calma.

-Bueno, de todos modos vamos a echar una mirada - contestó el renegado.

Girty miró en torno suyo con ojos de lobo. Deering estaba tan borracho que se tambaleaba. Sin otro comentario empezaron a registrar la habitación mirando en todas partes, hasta detrás de la estufa y dentro de una alacena. Quitaron la ropa de la cama y de un puntapié echaron abajo la pila de leña. Luego, los rufianes pasaron a las demás habitaciones, donde se les oía dando golpes y patadas. Por fin volvieron a la habitación central. Girty ordenó a Deering que subiese por la escalera al desván, pero no pudiendo mantenerse en pie por la borrachera, Jim Girty se vio obligado a subir en persona. Estuvo arriba bastante rato, revolviéndolo todo, y luego bajó.

-Bueno, parece que no habéis mentido-dijo, con una horrible mueca.

Los dos se disponían a marcharse. Deering había estado con los ojos inyectados en sangre clavados en Nelly mientras Girty registraba el desván, y cuando salieron, el renegado miró a Girty señalando con la cabeza a la muchacha, con terrible significación en su miserable mirada.

Girty había visto a Nelly cuando entró en la cabaña, pero después no se había dignado mirarla más. Al ver la señal de su cómplice en crímenes fijó en ella sus ojos codiciosos! Su aspecto decía más de lo que podía haber dicho con sus palabras. Un horrible poder lucía en sus ojos pequeños. Su mirada fija era tan significativa, que todo el mundo la interpretaba fácilmente.

Ya una vez Nelly había visto aquellos ojos y al comprender lo que significaban se había desmayado. Mas a la sazón le devolvió la mirada con desprecio llameante y una repulsión que era un maravilloso reto.

Girty y Deering salieron por fin y Heckewelder cerró la puerta y la atrancó.

Nelly se dejó caer sobre la mesa con un grito de agonía. Luego, levantó la falda y debajo de ella salió Benny y, con ojos luminosos, Nelly volvió a abrazarlo. Después lo soltó y se dirigió muy agitada a la ventana.

-Allí va el miserable. ¡Oh, si yo tuviese un rifle y supiera tirar! ... Ojalá fuese hombre y pudiese matarlo. ¡Pobre Kate! Ese criminal me destina a la misma suerte.

De pronto se cayó desmayada al suelo. El señor Wells y Jaime la llevaron a la cama que estaba junto a la de Edwards y trataron de hacerla volver en sí. Transcurrieron algunos minutos hasta que abrió los ojos.

Jaime se quedó sentado junto a la cama con la mano de Nelly en la suya. El señor Wells se había sentado de nuevo e inclinaba la cabeza. Zeisberger seguía afilando la varita y Heckewelder se paseaba intranquilo. Christy contemplaba con obvia simpatía al aturdido grupo. Afuera, el clamor era cada vez más fuerte.

-Escuchen ustedes -exclamó Heckewelder-, ¿han oído algo semejante? Todos los salvajes están borrachos. Se han bebido todo el alcohol que tenían los traficantes franceses. ¡Malditos sean los traficantes! El ron ha enloquecido a los renegados y salvajes. ¡Oh, mis pobres inocentes cristianos!

Heckewelder se apoyó en el revellín, abatido por fin por el dolor y la congoja, sollozando como un niño.

-¿Te encuentras bien, Nelly? -preguntó Jaime.

-Sí.

-Voy a salir. Primero para ver a Williamson, y luego, a los cristianos -dijo levantándose, pálido pero decidido.

-No se vaya -suplicó Heckewelder-. Yo he hecho todo lo que era posible y no ha servido de nada.

-Iré - repuso Jaime.

-Sí, Jaime, vete -dijo Nelly en voz baja, mirándole con ojos graves en los que se veía una débil esperanza.

Jaime desatrancó la puerta y salió.

-Espere, yo iré con usted -exclamó Zeisberger, dejando la varita y la navaja.

Cuando los dos hombres se hallaban afuera, se vieron frente a un espectáculo terrible. El ancho espacio era un hervidero de indios. ¡Y qué indios! Eran demonios pintados, enloquecidos por el alcohol. El día anterior habían sido personas silenciosas que se mostraban serenos y dignos, mas a la sazón se habían convertido en un populacho enardecido y frenético.

-Es horrible. ¿Ha visto usted alguna vez seres humanos como ésos?

-No, no.

-Yo tuve una vez ocasión de ver una locura semejante, pero sólo era una banda pequeña de salvajes. Muchas veces he visto a los indios prepararse para la guerra, pero nunca he visto cosa igual. Y lo peor de todo es que cada uno de esos salvajes enloquecidos es sincero en sus sentimientos. Todos creen que es un deber suyo asesinar a los cristianos. Girty los ha preparado con gran astucia y ahora los ha soltado.

-Es la muerte para todos.

-Yo ya he renunciado a la huída -dijo Zeisberger con la calma que le caracterizaba desde su regreso -. Trataré de entrar en la iglesia.

-Allí me reuniré con usted tan pronto haya visto a ti Williamson.

Jaime se dirigió con paso rápido a la cabaña donde se hallaba el capitán Williamson. Sus hombres formaban varios grupos que vigilaban a los salvajes con indiferencia.

-Deseo ver al capitán Williamson -dijo Jaime al que estaba de centinela ante la puerta.

-Dentro lo encontrará -repuso el hombre.

A Jaime le pareció familiar aquella voz y se volvió para examinar aquel rostro tostado por el sol. Era Jeff Lynn, el viejo almadiero que llevó al señor Wells y los suyos al Fuerte Henry.

-¡Caramba, si es usted, Lynn! ¡Cuánto me alegro de verle! -exclamó Jaime.

-Yo también -contestó Jeff, alargando la manaza -. ¿Cómo está su hermano Joe?

-No lo sé. Se fue con Wetzel; lo capturaron los indios. Las últimas noticias que tengo de él son que se ha casado con la hija de Wingenund.

-¡Caramba con el chico! -dijo Jeff moviendo la cabeza y dando una palmada sobre la pierna-. Ya me figuraba yo que ese chico haría alguna de las suyas.

-Tengo prisa. ¿Cree usted que Williamson permitirá que los salvajes realicen lo que se proponen?

-Terno que sí.

Al parecer, el capitán había oído' la conversación, porque apareció en la puerta, fumando en una larga pipa.

-Capitán Williamson, vengo ,a pedirle que salve a los cristianos del asesinato que van a cometer los indios.

-No puedo hacer nada -contestó Williamson quitándose de la boca la pipa y echando una gran bocanada de humo.

-Tiene usted ochenta hombres a sus órdenes.

-Si interviniésemos en el asunto, Pipa terminaría con nosotros en tres minutos. Ustedes, los predicadores, no entienden el asunto, porque no saben que tienen que habérselas con Pipa y Simón Girty. Ustedes no conocen a esos dos, pero sabrán quiénes son a la caída del sol.

-No me importa quiénes sean, para mí son rufianes borrachos y salvajes. ¿Quiere usted ayudarnos? Somos hombres de su propia raza y venimos a suplicarle ayuda. Usted no puede negárnosla.

-No quiero saber nada de este asunto. Los jefes han decidido la ruina de la villa y no se puede hacer nada. Si ustedes hubiesen tenido más cuidado, no se habría vertido sangre de los blancos. Les aconsejo que se oculten en su cabaña hasta que todo haya terminado.

-¿Me permitirá usted que me dirija a sus hombres para ver si puedo hacer que me sigan?

-Heckewelder me pidió lo mismo y como insistió tanto, mandé hacer una votación sobre el asunto. Dieciocho dijeron que le seguirían, el resto se negó a intervenir.

-¡Dieciocho! ¡Dios mío! - exclamó Jaime, enfurecido -. Ustedes son hombres blancos y, sin embargo, se cruzan de brazos y dejan que asesinen a esos inocentes. ¿Dónde están sus sentimientos humanos? Esos indios conversos ya no son salvajes, son cristianos. Sus hijos son tan buenos, tan puros y tan inocentes como los de ustedes. ¿Pueden ustedes contemplar con la conciencia tranquila que los asesinen?

Williamson no contestó y los cazadores que se habían acercado guardaban también silencio. Nadie bajaba la cabeza. Muchos miraron al predicador enfurecido, otros miraban a los salvajes que circulaban por entre los árboles blandiendo sus armas. Si alguien sentía compasión por los desgraciados cristianos no lo revelaba. Mostrábanse indiferentes, con la impasibilidad de hombres acostumbrados a escenas de crueldad.

Al ver en todos los rostros la misma imperturbabilidad. Jaime comprendió por fin sus motivos. Aquellos hombre., eran igual que Wetzel y Jonathan Zane, para los que el indio únicamente era bueno estando muerto. Los años de guerra y de vertimiento de sangre, de

inexorable crueldad que mostraban los pieles rojas, habían transformado a aquellos veteranos de la frontera en seres incapaces de tener compasión a un salvaje.

Jaime no pudo contenerse.

-Ustedes pueden ser muy hombres en su oficio, pero desde mi punto de vista, desde el punto de vista de toda persona honrada, son ustedes una banda de cobardes -exclamó Jaime pálido y con labios temblorosos-. Ahora les comprendo bien. Ustedes no arriesgan nada par un indio. No creen que un salvaje pueda ser un cristiano. No les importa que los asesinen a todos. Si fuesen hombres, exigirían ustedes a esos diablos rojos que no vertiesen la sangre de inocentes. Un capitán que tuviese valor, con unos cuantos hombres decididos, hombres he dicho y no cobardes, evitarían la tragedia, porque es fácil intimidar a esa horda de borrachos. Capitán Williamson, yo sólo soy misionero, y estoy muy lejos de ser hombre de guerra y jefe como usted pretende ser, pero le digo francamente que es usted un miserable cobarde. Si yo logro volver a las regiones civilizadas, proclamaré a gritos esa inhumana frialdad suya señalándola como la más infame y villana cobardía que jamás deshonró a un blanco. ¡Es usted peor que Girty!

Williamson se volvió amarillo de ira y se llevó la mano al mango de su destral, pero no contestó. Los otros guardaban también silencio. ¿Qué era para ellos la ira de aquel loco?

Jaime lo comprendió y se alejó aturdido v desesperado. Al marcharse, Jeff Lynn se colgó de su brazo y se fue con él. Cuando estuvieron lejos de la multitud, el almadiero dijo

-Amiguito, vaya reprimenda que les ha dado usted. No se ha mordido la lengua. Y puede que tenga razón desde su punto de vista. Pero usted no puede ver a los indios desde el nuestro. Nosotros, los cazadores no tenemos muchos sentimientos humanos como usted los ha llamado, pero hemos perdido a tantos amigos y parientes y hemos conocido tantos asesinatos cometidos por los rojos, que para nosotros todos son sabandijas que es preciso matar sin duelo. Tal vez le interese saber que fui yo el que hizo la votación de la que le ha hablado Williamson. Lo hice porque les tengo ley. Les estuve contemplando cuando los dos misioneros cayeron heridos. Me gustan los hombres de valor y usted lo demostró plenamente. Así, cuando vino Heckewelder hablé con mis compañeros y sólo pude interesar a diecisiete, pero querían luchar meramente por el placer de la pelea y no por otra cosa. Y como soy amigo de usted, le aconsejo que se esté quieto y no haga nada hasta que todo haya terminado, porque es imposible hacer nada.

Jaime dio las gracias al viejo almadiero y se marchó. No sabía adónde dirigir sus pasos. Deseaba hacer un esfuerzo más. Por fin se decidió y se dirigió a la tienda de los renegados. Mac Keed y Elliott se hallaban sentados sobre un tronco. De pie, a su lado, estaba Simón Girty, que contemplaba la escena con ojos duros. Jaime se impresionó al ver a aquel indio blanco. Su aspecto era distinto, la expresión de su rostro revelaba mayor furia, como si de pronto se hubiese vuelto salvaje de veras. Sin embargo, el joven se dirigió decidido en derechura a él.

-Girty, vengo...

-¡Largo de aquí! ¡Maldito misionero! -tronó el renegado amenazando a Jaime con el puño.

Simón Girty estaba borracho.

Jaime se apartó de aquellos malvados. Sabía que su vida no valía para aquellos hombres lo que vale una pizca ele pólvora.

-¡Todo está perdido! -exclamó desesperado.

Al dirigirse hacia la iglesia vio a centenares de salvajes saltando por el prado blandiendo las armas y dando terribles alaridos. Estaban concentrándose poco a poco en derredor de la tienda de Girty. Ninguno de los indios caminaba, todos saltaban y corrían como ciervos.

Vio en sus ojos oscuros el fuego del odio y los dientes apretados con la expresión cruel del lobo cuando pelea. Sintió el silbido de la furiosa respiración de más de un salvaje al pasar por su lado. Varias veces blandían sobre él las destrales y se dirigían a él con horribles alaridos. Eran como tigres que hubiesen olido sangre.

Jaime corrió rápidamente hacia la iglesia, cerca de la cual no se veía a ningún indio. Hasta los centinelas habían desaparecido. Entró por la puerta abierta y se quedó sobrecogido de admiración.

Los cristianos estaban cantando.

A pesar del terror que sentía Jaime, comprendió que se hallaba ante una escena de sublime belleza. Los indios sentenciados alzaban voces hacia Dios y nunca habían cantado con tanto sentimiento y armonía.

Terminado el canto, Zeisberger se levantó y con voz baja y trémula empezó el sermón.

La sombra de la muerte cerníase sobre aquellos mártires cristianos, reflejándose en sus miradas sombrías, pero ninguno de ellos se mostraba triste ni cabizbajo. Los niños, demasiado pequeños para comprender, pero sintiendo instintivamente la tragedia, se apretujaban contra sus madres.

Zeisberger hizo un sermón breve pero impresionante. Al terminar, toda la congregación se levantó y rodeó al misionero. Los hombres le estrecharon la mano, las mujeres le besaron y los niños se colgaban de sus piernas. Era una maravillosa manifestación de afecto.

De pronto, Glickhican, el viejo jefe delaware, subió a la plataforma, alzó la mano y gritó una sola palabra india. Los jóvenes y los niños dieron un largo quejido, las mujeres bajaron lentamente la cabeza. Los hombres, fieles al estoicismo de su naturaleza y a la fe cristiana que habían aprendido, manteníanse derechos con la cabeza erguida y expresión de altivez, esperando la muerte.

Glickhican tiró de la cuerda de la campana. Ésta sonó suave y melodiosa. El sonido transfiguró a todos los cristianos, nadie se movió.

Glickhican había dado !a seña! que advertía a los asesinos que los cristianos estaban prontos a morir.

-¡Dios mío, vámonos de aquí! -dijo Jaime a Zeisberger, y los dos se alejaron rápidamente hacia las cabañas. Vieron a los salvajes como una masa negra alrededor de la tienda de Girty. Los alaridos y saltos habían terminado.

Heckewelder abrió la puerta antes de que llamasen, porque había estado esperando su llegada.

- ¡Jaime, Jaime! -exclamó Nelly cuando entraron- ¡Oh! He tenido miedo. Fíjate, ese noble indio ha venido a ayudarnos.

Wingenund estaba cerca de la puerta, de pie y con expresión de suprema calma.

-¿Qué hará el jefe?

-Wingenund les enseñará el camino del gran río -contestó el indio con su profunda voz.

-¿Huir? ¡Nunca! Eso sería cobarde. Heckewelder, usted no lo haría, ni usted tampoco, Zeisberger. Aún podemos ser útiles, tal vez podamos todavía salvar a alguno de los cristianos.

-¡Salven a la muchacha! -exclamó Wingenund.

-¡Oh! Jaime, tú no comprendes. El jefe ha venido para advertirme las intenciones de Girty. Éste quiere apoderarse de mí como se apoderó de la pobre Kate. ¿No viste cómo me miraba hoy? ¡Oh, Jaime! ¡Sácame de aquí! ¡Sálvame! No me abandones a tan triste suerte. ¡Sácame de aquí, Jaime!

-¡Sí, Nelly, te sacaré de aquí! -exclamó Jaime cogiéndola de las manos.

-¡Aprisa, aprisa! Ahí hay una manta llena de cosas para ustedes -dijo Heckewelder-. No pierdan el tiempo. ¡Ah, escuchen! ¡Dios mío, qué gritos! -Heckewelder corrió a la puerta a mirar- Ahí van como lobos hambrientos, Jim Girty delante. Cómo salta, cómo blande el martillo. Lleva a los salvajes hacia la iglesia. ¡Dios mío, todo se acabó!

-¡Benny! ¿Dónde está Benny?-exclamó Jaime, atándose rápidamente la casaca de caza que se había puesto.

-Benny está en lugar seguro. Yo lo he escondido. Yo lo sacaré oportunamente de aquí -contestó el joven Christy -. Váyanse y buena suerte.

-Estoy dispuesto -declaró el señor Wells -. Ya he acabado.

-Allí va Wingenund -exclamó Heckewelder-. Va corriendo, síganle pronto. ¡Adiós!

-¡Adiós, adiós!

Jaime fue con Nelly corriendo hacia el matorral donde se veía la alta figura de Wingenund. El señor Wells se fue tras ellos. En el borde de la selva, Jaime y Nelly se volvieron para mirar atrás.

Vieron una masa negra de salvajes que daban alaridos forcejeaban alrededor de la iglesia.

-¡Oh, Jaime, fíjate bien, fíjate bien! -exclamó Nelly, apretándole la mano-. ¡Fíjate si viene Girty!

XXVII

Por fin los fugitivos respiraron libremente bajo el verde dosel de la selva. Sin hablar, sin, mirar atrás, el guía avanzaba hacia el Este con pasos largos. Jaime, Nelly y el señor Wells se veían casi obligados a correr para no perderlo de vista. Wingenund los había esperado en la linde del bosque y quitándole a Jaime el pesado, paquete, se lo cargó a los hombros y echó a andar con paso rápido. El joven misionero arrastraba a Nelly y a veces la llevaba en brazos para salvar los sitios más abruptos. El señor Wells iba fatigosamente detrás de ellos.

Nelly obligaba a Jaime con frecuencia a volver la mirada para cerciorarse de que no los perseguían. El indio tomó una dirección rectilínea a través de los bosques. Saltaba los riachuelos, trepaba por las lomas y atravesaba los calveros sin desviarse. La prisa que se daba y la indiferencia que demostraba por las huellas que dejaban evidenció su creencia en la necesidad de poner rápidamente la mayor distancia entre los fugitivos y Villa de la Paz. Al parecer tenía por seguro que los perseguían, por lo que será malgastar un tiempo valioso tratar de borrar las huellas. Gradualmente el terreno empezó a elevarse y el camino se hacía más difícil, pero Wingenund no aminoró el paso. Nelly y Jaime no tenían dificultad en seguir al indio, pero se vieron obligados con frecuencia a esperar al señor Wells. Una vez éste se quedó muy atrás y Wingenund les esperó en la cima de una colina donde no había bosque. Cuando los tres le alcanzaron, el jefe señaló con una exclamación y con los ojos brillantes hacia el Oeste.

Muy lejos se veía una nube negra y amarilla que parecía subir desde el bosque, ocultando a veces el sol poniente.

-¿Es un incendio en el bosque? -preguntó Nelly, temerosa.

-Claro que es un incendio, pero...

- Jaime no quiso expresar sus temores, pero miró a Wingenund.

El jefe indio guardó silencio durante largo rato. El obtuso brillo del sol se reflejaba en aquellos ojos negros que contemplaban las lejanas selvas.

-¡Un incendio! -dijo Wingenund -. El sol se pone esta noche sobre las cenizas de Villa de la Paz.

Después reanudó la rápida marcha hacia el Este. Sin volverse, los demás le siguieron muy tristes. Nelly caminaba muy junto a Jaime y el anciano les seguía con la cabeza baja. Púsose el sol, pero Wingenund no aminoró el paso. Hízose más profundo el silencio y aún continuó la marcha.

-Wingenund, no podemos continuar esta noche, hemos de descansar-exclamó Jaime viendo que Nelly avanzaba tambaleándose y el señor Wells respiraba fatigosamente.

-Pronto descansaremos -repuso el jefe.

La oscuridad era ya completa cuando Wingenund se detuvo por fin. Los fugitivos podían ver muy poco en las tinieblas, pero percibieron el murmullo del agua de un manantial y bajo sus pies sentían la suavidad del musgo. Cansados, se dejaron caer sobre una piedra. En el paquete encontraron comida con que satisfacer el hambre. Luego, debajo de una pared roqueña, se echaron para conciliar en seguida el sueño mientras el indio quedó inmóvil y silencioso, montando la guardia.

Jaime pensó que acababa de cerrar los ojos cuando sintió una suave presión en el brazo.

-Es de día -le dijo el indio.

Jaime abrió los ojos y vio el resplandor rojo del sol tras las lomas de los montes del Este. Se incorporó un poco y miró en torno suyo. Nelly seguía durmiendo. Tenía la manta subida hasta el cuello y su aspecto era lozano y fresco.

-Nelly, Nelly, despierta -dijo Jaime, pensando al mismo tiempo que le gustaría darle un beso en los blancos párpados.

Nelly abrió los ojos sonriendo.

-¿Dónde estoy? ¡Ah! Ya recuerdo- exclamó, incorporándose-. ¡Oh, Jaime, he tenido un sueño tan hermoso! ... Estaba en casa con madre y Kate. ¡Qué lástima, despertarse y encontrar que sólo ha sido un sueño, que estoy huyendo...! Pero, ¿verdad, Jaime, que estamos ahora seguros ya?

-Otro día más y estaremos a salvo.

-Vámonos, pues-gritó Nelly, poniéndose en pie y alisándose la falda arrugada-. Tío, ven, vámonos.

El señor Wells la miró sonriendo con sus ojos azules llenes de bondad. Ni habló, ni se movió.

-Coman y beban - dijo Wingenund abriendo el paquete.

-¡Qué sitio tan hermoso] -exclamó Nelly mientras comía-. Me encanta este lugar. Fíjate en esas flores doradas, en las hojas purpúreas, en el musgo brillante y en aquellas rocas cubiertas de liquen. ¡Caramba! Alguien ha acampado aquí. Fíjate en aquella cueva con el sombraje hecho de helechos entrelazados y el hogar de piedra.

-Me parece que ese manantial y esos árboles me son familiares -observó Jaime.

-Es el lugar de la Fuente Hermosa -observó Wingenund.

-Sí, sí, yo conozco este sitio -gritó Nelly, agitada-. Recuerdo este paraje a pesar de que sólo lo vi a la luz de la luna. Aquí es donde Wetzel me salvó.

-Nelly, tienes razón. ¡Qué extraño que hayamos vuelto a este sitio! Extraño era en efecto el Destino que les había llevado. nuevamente a aquel paraje que había de ser mudo testigo de las grandes escenas de su vida.

-Pero, tío, ¡levántate! ¡Qué gandul eres! -exclamó Nelly, muy animada y contenta.

El señor Wells no se movió, pero seguía sonriente.

-¿Estás enfermo, tío? -preguntó Nelly, sobresaltada, fijándose finalmente en la gran palidez de su rostro.

-Querida Nelly, no estoy enfermo. No sufro, pero me muero-repuso el señor Wells, sin dejar de sonreír.

Con un grito, Nelly se dejó caer de rodillas a su lado.

-No, señor Wells, lo que pasa es que usted sólo se encuentra débil. Pronto se encontrará bien -observó Jaime.

-Jaime, Nelly, yo sé lo que digo. He estado despierto toda la noche. Mi corazón nunca ha sido fuerte. Ayer se agotó y ahora está cada vez más débil. Ponga la mano aquí. ¿Lo siente? ¡Ah, ya lo ve usted! Me estoy acabando. Que se cumpla la voluntad de Dios. Estoy satisfecho porque he cumplido mi labor. Sólo siento haberles traído aquí a esta terrible región, pero no la conocía. Mi único deseo sería verte a ti, querida Nelly, fuera de los peligros de la selva, en tu casa, casada y feliz.

Nelly se inclinó sobre él, cegada por el llanto, incapaz de hablar, aturdida por aquel nuevo golpe del Destino. Jaime estaba al otro lado del viejo misionero, sosteniéndole la mano. Durante larga rato nadie habló.

-Vamos -dijo el indio.

Nelly, señaló en silencio hacia, su. tío.

-Está: muriéndose -dijo Jaime en voz baja a Wingenund.

-Idos, dejadme -murmuró el señor Wells-. Aún corréis peligro.

-No le abandonaremos - exclamó Jaime,

-¡No, no, no! - gritó Nelly sollozando e inclinándose sobre él para darle un beso.

-Nelly, ¿quieres que te case con Jaime? -le preguntó el anciano-. Él te quiere, Nelly; me lo ha dicho. Moriré más contento cuando sepa que le tienes a él para protegerte.

Hasta en aquel momento, con el corazón en un puño por la angustia que sufría, Nelly se ruborizó.

-Nelly, ¿quieres ser mi esposa? -preguntó Jaime, porque había oído lo que decía el señor Wells a pesar de que hablara en voz baja.

Nelly alargó la mano temblorosa por encima de su tío y Jaime la cogió. Sus ojos se encontraron.

-Busque el sitio -dijo el misionero, entregando a Jaime la Biblia de bolsillo que siempre llevaba.

Jaime volvió hojas con mano temblorosa. Por fin encontró la página y entregó el libro al anciano.

La ceremonia fue sencilla y triste. Nelly y Jaime se arrodillaron con las manos enlazadas. La voz del anciano era débil; las respuestas de Nelly, muy quedas, y Jaime contestó con honda emoción. Junto a ellos estaba Wingenund, figura majestuosa en su silencio.

-Ya está. ¡Que Dios os bendiga! -murmuró el predicador cerrando la biblia y sonriendo.

-Nelly, esposa mía-murmuró Jaime besándole la mano.

-¡Vámonos! -exclamó Wingenund con voz profunda y triste como una campana.

Ninguno de los dos habíase fijado en el indio que estaba erguido, inmóvil, alerta. Sus ojos oscuros parecían perforar la espesura áurea del bosque, su oído alerta captar el canto de las aves y el suave murmullo de las hojas. A pesar de haber nacido en las selvas; los seres del bosque no advirtieron más rápidamente que el indio la proximidad de sus enemigos. La brisa llevaba consigo sonidos débiles y sospechosos.

-Conservad... la biblia -dijo el señor Wells-, recordad... sus palabras.

Estrechó la mano de Nelly y luego la soltó. En su rostro se dibujó una sonrisa suave que fue desapareciendo lentamente. La venerable cabeza cayó atrás. El viejo misionero había muerto.

Nelly besó la pálida frente y luego se levantó temblorosa y aturdida. Al ponerse de pie se encontró cerca de Wingenund, quien le cogió la mano y se la estrechó con cálida presión. Emocionada y sorprendida, Nelly le miró al rostro. Sus ojos sombríos, fijos en la espesura, y su rostro austero eran como siempre inescrutables. No había compasión en sus facciones,

ninguna emoción indigna de un jefe podría mostrarse jamás en aquel rostro glacial; sin embargo, sintió en su actitud cierta ternura. Lo sintió con tanta seguridad, que se apoyó contra él, descansando la cabeza en su pecho. Sabía que era su amigo.

-¡Vámonos! -dijo Wingenund de nuevo y apartó suavemente a Nelly, antes de que Jaime se levantara, tras cumplir la triste tarea de cerrar los ojos al muerto.

-No podemos dejarlo así - protestó Jaime.

Wingenund apartó una gran piedra que formaba parte de la pared roqueña. Después cogió un tronco medio cubierto de tierra y realizando un gran esfuerzo lo sacó de su sitio.

Oyóse un estruendo, el precipitarse de un gran peso, un impacto, y antes de que Nelly y Jaime se dieran cuenta de lo que había pasado, la gran roca que formaba parte del techo de la cueva cayó seguida de un pequeño alud de piedras. La cueva quedaba completamente cubierta. El cadáver del señor Wells había encontrado una tumba segura, señalada por una piedra cubierta de musgo.

Nelly y Jaime contemplaron la sepultura llenos de admiración.

-¡Uf! -exclamó Wingenund, mirando hacia la entrada de la hondonada.

Llenos de miedo, Nelly y Jaime se volvieron y se sobresaltaron al ver a cuatro salvajes desnudos y pintados, con los rifles apuntados. Detrás de ellos venían Deering y Jim Girty.

-¡Dios mío l Estamos perdidos -exclamó Jaime, sin poder dominarse, perdiendo por completo la esperanza. De los labios blancos de Nelly no surgió grito alguno. Aquel golpe final la anonadó por completo. Después de tantos sufrimientos, aquel nuevo golpe de desgracia no pudo aumentar su dolor; tan sólo le dio una sensación extraña de vacío.

-¡Ah! ¿Te habías figurado que podrías escaparte? -graznó Girty avanzando, y al ver a Wingenund sus ojos llamearon-. ¿Es que un lobo puede ser amigo de los cautivos de Girty? Jefe, me has hecho correr mucho.

Wingenund no se dignó contestarle. Se quedó coma siempre, inmóvil y silencioso con los brazos cruzados y la
mirada altiva. Los cuatro indios se acercaron y uno de ellos le ató a Jaime las manos a la espalda. La mirada de los salvajes era fiera y brutal, les poseía una febril ferocidad rayana en locura, no podían estarse quietos un momento, sino que corrían de un parte a otra sin motivo aparente, excepto tal vez el de mantener activo el voraz incendio de sus corazones. La pulcritud característica en el indio normal no se veía en aquellos cuatro. La escasa indumentaria de piel de ante estaba sucia y manchada. Aún estaban ebrios de ron y de sed de sangre. En sus ojos brillaba el deseo homicida.

-Jack, ven aquí - dijo Girty a Deering -. ¿Verdad que es guapa?

Girty y Deering se colocaron delante de la pobre muchacha, deleitándose, con horribles muecas, ante su belleza. La joven estaba como transfigurada por el horror; bajaba la vista y tenía' los puños apretados en los pliegues de la falda.

Deering seguía borracho, pero Girty ya se había serenado de los efectos del ron que bebiera. El primero giraba los grandes ojos y movía la cabeza desgreñada, apreciando desde su punto de vista la belleza de la muchacha.

-¡Tienes razón! -declaró, haciendo una mueca-. Es una beldad; no he visto cosa igual. Te felicito.

Jim Girty se acarició el agudo mentón con dedos sucios. Sus ojos amarillos, su nariz ganchuda, sus labios delgados, todo el rostro de maldad brillaba con triunfo demoníaco. Daba escalofríos ver aquella cara. Hallarse ante aquella mirada era suficiente para enloquecer a cualquier mujer.

Estaba cubierto de arriba abajo de manchas oscuras, que se veían hasta en las blancas plumas de águila. Eran manchas significativas, manchas de sangre, la sangre inocente de los cristianos que sacrificara aquel miserable.

-Muchacha, he quemado Villa de la Paz para apoderarme de ti - bramó Girty -. ¡ Ven acá!

Rudamente la atrajo el rufián hacia sí, rompiéndole la blusa y exponiendo la hermosura de sus blancos hombros. En su rostro se veía una alegría fiera, una brutal pasión.

Deering contempló con horrible sonrisa como su amigo abrazaba a la muchacha. Los indios seguían recorriendo la hondonada, dando saltos como tigres. El joven misionero vacía sobre el musgo con los ojos cerrados, porque no podía soportar el ver a Nelly en brazos de Girty.

Nadie se fijaba en Wingenund. Éste estaba de pie en un lugar medio cubierto por las ramas de un árbol. De nuevo brillaron sus ojos, volvió un poco la cabeza y estando en su posición habitual, rígido como una estatua, escuchaba como quien oye sonidos misteriosos. De pronto su aguda mirada se clavó en los helechos sobre el risco bajo. 'Había visto temblar ligeramente las hojas. De pronto, dos cegadores haces de llamas partieron de los helechos

¡Pam! ¡Pam!

Dos detonaciones atronaron el espacio. Dos indios se tambalearon y cayeron muertos sin proferir un grito. Un enorme cuerpo amarillo, extendiéndose como pantera en su salto, descendió con estruendo sobre Deering y Girty. La muchacha cayó hacia atrás cuando el renegado se derrumbó con un grito, arrastrando consigo a Deering. Al punto empezó una lucha y un forcejeo terroríficos. Un poco más abajo saltó del risco otro cuerpo amarillo para caer y rebotar y volver a saltar con la velocidad de un rayo.

Los dos indios que quedaban sólo tuvieron tiempo de sacar sus armas antes de que aquella figura amenazadora cayera sobre ellos. Mezcláronse gritos agudos, alaridos roncos, el entrechocar de aceros y gritos sordos. Uno de los salvajes se cayó, se contorció y se quedó quieto. El otro se tambaleó, parando los golpes veloces hasta que uno le cogió desprevenido y recibió una herida en la cabeza. El indio vaciló y volvió a ponerse en guardia, pero al punto un destral ensangrentado le rompió el cráneo.

-El vencedor saltó rápidamente hacia los otros.

- ¡Lew, suéltale, suéltale! - gritó Jonathan Zane blandiendo el arma ensangrentada.

Por encima del grito de Zane, de las maldiciones de Deering y de los alaridos de miedo de Girty, por encima del ruido de los golpes y del forcejeo de los cuerpos, levantóse una voz profunda y estruendosa.

Era el horrible grito de venganza de Wetzel. -¡ Suéltale l -bramó Jonathan.

Aturdido, corría como un loco en torno de los que forcejeaban. Una y otra vez levantó el destral sin encontrar ocasión para pegar. Los tres llevaban trajes de piel de ante semejantes v era imposible distinguir quién era el amigo y quiénes los enemigos. Zane veía tan pronto el rostro descompuesto 'de Girty como los ojos inexorables de Wetzel o la mueca horrible de Deering.

De pronto Deering salió de la masa como impulsado por una catapulta. Su cuerpo se extendió al caer ruidosamente en tierra. Zane se echó sobre el con la velocidad de un felino. De nuevo alzó el destral ensangrentado y de nuevo lo bajó, porque ya no había necesidad de utilizarlo. El renegado tenía abierto el costado desde la cadera hasta el hombro, y un diluvio de sangre inundó el musgo. Deering esputó en vano la sangre de los labios. Sus dedos se crisparon y, tras breve convulsión, se quedó rígido con los ojos cristalizados.

La muchacha que yacía tan quieta en la selva, junto a la vieja choza, quedaba vengada.

Jonathan se volvió de nuevo hacia Wetzel y Girty, no con la intención de ayudar a su amigo, sino sólo para contemplar el final de la lucha.

Sin la ayuda del fornido Deering, el miserable Girty era lastimosamente débil ante el terrible vengador.

El destral de Girty voló en una dirección y su cuchillo en otra. En vano forcejeaba para soltarse de las garras férreas del Espíritu de la Frontera.

Wetzel, sin soltar al renegado, se levantó; con la mano izquierda tenía agarrado a Girty por el cuello y lo llevó al solitario árbol en medio de la hondonada. Con poderoso brazo lo apoyó contra el tronco, sosteniéndolo así.

Un perro blanco saltó en derredor del prisionero gruñendo furioso.

Girty empleó ambas manos para forcejear con el brazo que le sostenía. Era un brazo enorme, con músculos de acero, un brazo poderoso, tan potente como la justicia que lo movía.

-¡Girty, se acabó tu carrera! -La voz de Wetzel cortó el silencio como látigo de acero.

La sonrisa terrible, inexorable, los ojos brillantes, petrificaron literalmente al renegado.

El brazo derecho del cazador elevóse poco a poco, temblándole ligeramente con el brillante cuchillo en la mano. La larga hoja, chorreando sangre de Deering, señalaba hacia la cima de la colina.

-¡Fíjate allí! ¡Fíjate en ellos! ¡Ésos son tus amigos! -exclamó Wetzel.

En las ramas muertas de los árboles, en lo alto de la cima, había muchos pájaros oscuros, quietos, inmóviles, como si esperasen.

-!Los buitres, los buitres! -exclamó Wetzel.

El rostro desencajado de Girty era horrible. Jamás facciones algunas expresaron tanto miedo, tanto horror, tanta angustia. El renegado forcejeaba, se contorcía y echaba espuma por la boca. Con fascinación terrible miraba aquella hoja ensangrentada que señalaba a lo alto.

El brazo de Wetzel se movió con la velocidad de un disparo. Hundió la hoja en la ingle de Girty, atravesando carne y huesos, y clavándola profundamente en el tronco. Así dejó al renegado clavado en el abedul para que aguardase allí su fatal destino.

Girty dio gritos de dolor y cogió con ambas manos el mango del cuchillo, pero sin fuerza para desprenderlo. Después se arañó el pecho, se mesó los cabellos, y sus alaridos de dolor formaban un eco burlón en la selva.

El perro blanco le contemplaba, con los pelos de punta y las fauces abiertas.
Los pájaros oscuros seguían en las ramas muertas de la cima en espera del festín.

XXVIII

Zane se volvió v cortó las ligaduras del joven misionero. Jaime, al verse libre, corrió hacia Nelly y le levantó la cabeza diciéndole que estaban salvados. Zane humedeció el rostro de la muchacha con agua y, a poco, Nelly dio un suspiro y abrió los ojos.

Luego Zane giró la mirada desde la figura estatuaria de Wingenund a la inmóvil de Wetzel. El jefe indio seguía mirando impasiblemente hacia las lejanas colinas. Wetzel permaneció con los brazos cruzados, los fríos ojos clavados en el renegado, que se retorcía de dolor.

-¡Lew, mira allí! -dijo Zane sin vacilar, señalando al jefe indio.

Wetzel tembló como herido por un aguijón, y el brillo frío de sus ojos se convirtió en llama viva. Con el hacha en alto saltó por encima del arroyo.

-Lew, espera un momento -dijo Zane.

-Wetzel, ¡espere, espere! -exclamó Jaime, cogiéndole del brazo, pero el cazador lo apartó sin esfuerzo alguno.

-Wetzel, por amor de Dios, espere -gritó Nelly, que se había puesto de pie al oír la exclamación de Zane y vio la decidida actitud del cazador.

Sin miedo se colocó frente a él, arriesgando con valentía su vida ante aquel loco embate, rodeándole frenéticamente con los brazos y forcejeando desesperadamente con él.

Wetzel se detuvo; a pesar de la furia que sentía al ver a su enemigo, no podía hacer daño a una mujer.

-Muchacha, suéltame - dijo jadeante.

-¡No, no¡ Escuche usted, Wetzel; usted no puede matar a Wingenund; es nuestro amigo.

-Wingenund es mi enemigo.

-¡Oh, por favor, escúcheme! -suplicó Nelly -. Fue él quien nos obligó a huir de Girty, quien se ofreció a llevarnos al Fuerte Henry. Le suplico, Wetzel, que no le mate. Hágalo por mí. Que no sea yo la causa de su muerte.

Wetzel, baje el brazo y deje el hacha. Por piedad no vierta más sangre. Wingenund es cristiano.

Wetzel retrocedió respirando con fatiga; su blanco rostro parecía cincelado en mármol. Con las manos de aquella muchacha sobre el pecho vacilaba frente al enemigo eterno que buscara durante tantos años.

-¿Mataría usted a un cristiano? -preguntó Nelly con voz dulce y suave.

-Claro que no, pero ese indio no lo es-repuso Wetzel lentamente.

-Dejé el hacha. Démela a mí. Escuche y se lo contaré todo después de darle las gracias por haberme salvado. ¿Sabe usted que me he casado? Por favor, escúcheme. Olvide por un momento esa enemistad. ¡Oh! Sea usted compasivo. Los hombres bravos siempre son compasivos.

-Indio, ¿eres cristiano? -exclamó Wetzel dirigiéndose al indio con un silbido.

-¡Oh! Yo sé que lo es, yo sé que lo es -exclamó Nelly, colocada todavía entre Wetzel y el jefe.

Wingenund no habló ni se movió. Con sus ojos de halcón contemplaba tranquilamente a su enemigo. Pagano o cristiano, él no abría la boca para salvar su vida.

-¡Oh! Wingenund, dígale que es usted cristiano -exclamó Nelly acercándose al jefe.

-Muchacha, el delaware permanece fiel a su raza.

Al decirlo con voz suave, su rostro se iluminó con una expresión de gran dignidad.

-Indio, mis espaldas llevan las cicatrices de los latigazos de tus brazos -exclamó Wetzel avanzando de nuevo.

-Viento de la Muerte, tus cicatrices serán hondas, pero las del delaware lo son más - fue la tranquila respuesta- El corazón de Wingenund lleva dos cicatrices. Su hijo descansa debajo del musgo y de los helechos. Viento de la Muerte lo mató y sólo Viento de la Muerte conoce su tumba. La hija de Wingenund, el deleite de sus últimos años, libró al enemigo del delaware y traicionó a su padre. ¿Puede el Dios de los cristianos hablar a Wingenund de su hija?

Wetzel se tambaleó como árbol al embate de la tempestad. En la profunda voz del indio clamaba la justicia. Wetzel luchó para dominarse

-Delaware, tu hija yace allí con su esposo -dijo el cazador con firmeza, señalando al manantial.

-¡Uf! -exclamó el indio, inclinándose sobre la oscura balsa. Miró largo tiempo y por fin metió el brazo en el agua pardusca.

-Viento de la Muerte no dice mentiras -observó Wingenund con calma y señalando hacia Girty. El renegado había cesado de forcejear, tenía la cabeza doblada sobre el pecho- La serpiente blanca ha mordido al delaware.

-¿Qué significa? -exclamó Jaime.

-Su hermano Joe y Aola yacen en ese manantial -contestó Jonathan-. Girty los asesinó y Wetzel los enterró ahí.

-¡Oh! ¿Es verdad eso? -gritó Nelly.

-Así debe de ser, Nelly -murmuró Jaime con voz quebrada y abriéndole los brazos, porque él necesitaba el consuelo de ella tanto como ella el de él.

La muchacha miró medrosa al manantial y luego escondió el rostro sobre el pecho de su esposo.

-Delaware, nosotros somos enemigos eternos -exclamó Wetzel.

-Wingenund no pide compasión.

-¿Eres cristiano?

-Wingenund es fiel a su raza.

-Delaware, vete, llévate las armas y vete. Cuando tu sombra se acorte sobre el suelo, Viento de la Muerte buscará tus huellas.

-Viento de la Muerte es el gran jefe blanco, es el gran enemigo del indio, es seguro como una pantera en su salto, es tan veloz como el pato silvestre en su vuelo hacia el Norte. Wingenund nunca sintió miedo. Si Viento de la Muerte está sediento de la sangre de Wingenund, que la vierta ahora, porque cuando el delaware penetre en la selva, sus huellas se desvanecerán.

-¡Vete! -bramó Wetzel sintiendo que la fiebre de la sangre volvía a surgir en él.

El jefe recogió algunas armas de los salvajes muertos y con paso altivo salió de la hondonada.

-¡Oh! Wetzel, gracias, gracias, yo bien sabía... -La voz de Nelly se quebró al ver el rostro del cazador, y ella se echó atrás ante aquel hombre completamente transformado.

-Vámonos - dijo Jonathan Zane-. Yo les llevaré al Fuerte Henry.

Zane recogió el hatillo y echó a andar, seguido de Nelly y de Jaime. Éstos volviéronse desde la linde para mirar aquel paraje encantador con sus horribles cadáveres, la oscura fuente, el renegado clavado al árbol y la alta figura de Wetzel, que se quedó contemplando su sombra en el suelo.

Cuando Wetzel se hubo ido también, sólo quedaban dos seres en el paraje: el renegado y el perro blanco. El animal vigilaba al hombre con ojos fieros y hambrientos.

Un largo gemido se elevó en la selva, llenando el ámbito con su quejumbroso sonido, y luego se apagó. El hombre clavado en el árbol lo oyó. Alzó el rostro desfigurado; sus sentidos embotados parecían revivir. Miró los cuerpos rígidos de los indios, el cuerpo sangriento de Deering y los ojos fieros del perro.

De pronto se dio cuenta de la situación.

-¡Maldición! ¡Aún no he terminado! -dijo con voz jadeante-. Este maldito cuchillo no ha de poder conmigo; lo sacaré.

Forcejeó de nuevo con el pesado mango del cuchillo, pronunciando al mismo tiempo horribles blasfemias, pero la hoja no se movió. El justo castigo había descendido sobre el malvado.

De pronto vio una sombra oscura moverse sobre el suelo inundado por el sol, pasando por su lado. Entonces alzó la mirada y vio un gran pájaro con anchas alas volando encima del paraje. Más arriba vio otro y luego un tercero. Después contempló la cima de la colina. Los pájaros negros se habían echado a volar. Flotaban lenta y majestuosamente hacia arriba. El renegado contempló su gracioso vuelo. ¡Con qué facilidad describían anchos círculos! Recordó que le habían fascinado de niño, hacía mucho, mucho tiempo, cuando aún tenía hogar. ¿Dónde estaba aquel hogar? Rápidamente recordó los largos años de su vida. Volvió a verse de joven. Vio una casita en el Estado de Virginia, vio a sus hermanos y a su madre. Una agonía cruel le destrozaba el corazón. Con el dolor volvió el presente, mas también quedó lo pasado. Revivió toda su juventud y todos los largos y crueles años de sus crímenes.

De pronto le sobresaltó un ruido. Uno de los grandes pájaros bajaba y volaba a ras de las copas de los árboles, seguido de otros, hasta que formaban una banda. Vio sus pechos grises manchados y sus picos ganchudos.

¡Buitres! -murmuró el desgraciado mirando al mismo tiempo a los salvajes muertos.

Las aves de la carroña se disponían a celebrar el festín.

-¡Dios mío! Me ha clavado aquí para los buitres -gritó el renegado, lleno de miedo-. ¡Me ha clavado para que los buitres me coman vivo!

Dio alarido tras alarido hasta que se quedó sin aliento y jadeante.

De nuevo empezaron a volar por encima del paraje los buitres. Uno de ellos, el más grande y más viejo, se posó en la rama de un roble gigante y alargó el cuello. Otro se colocó a su lado. Otros volaban en derredor de la copa.

El guía de los buitres arqueó las alas y descendió velozmente al paraje, posándose junto al cuerpo de Deering. Era un pájaro oscuro, temible, con cuello desnudo y rugoso, una corona de plumas blancas y agrisadas, pico ganchudo y afilado y ojos crueles.

El ave de carroña miró en torno suyo y puso una garra sobre el pecho del muerto.

Al verlo, Girty volvió a dar alaridos de terror y el eco devolvió sus gritos en tono burlón.

El enorme buitre movió la alas y se marchó volando, pero volvió inmediatamente para continuar el espeluznante. festín. Los demás buitres imitaron al guía y bajaron también a la hondonada. Su plumaje negro brillaba. Saltaban por el musgo, alargaban el cuello y ladeaban la cabeza.

Girty estaba sudando sangre, que le caía a gotas del rostro desencajado. Todos los sufrimientos y todos los horrores: que había causado en su larga carrera de crímenes no eran nada comparados con los que pasaba él en aquel momento. El, el renegado, el indio blanco, el peor criminal de la frontera, pedía a gritos y con gran fervor una muerte rápida. Estaba exquisitamente vivo y muy humano.

Poco después, y estando las aves de carroña en pleno festín, el guía alzó la cabeza y vio al hombre clavado al árbol. El pájaro ladeó la cabeza y luego echó a volar por encima de la hondonada, de los demás buitres, de la fuente y del renegado. Entraba y salía del paraje. Pasaba raudo junto a Girty. Sus anchas alas apenas se movían en su vuelo.

Girty trataba de pegar al buitre cuando pasó por su lado, pero ya no tenía fuerzas. Trató de gritar, pero le falló la voz.

Lentamente pasaba el rey de los buitres por su lado y volvía. Cada vez se acercaba un poco más, moviendo el largo y rugoso cuello. De pronto bajó con la velocidad de un halcón, sus anchas alas batieron al aire y sus puntiagudas garras se clavaron en el pecho del condenado.

XXIX

El efímero instinto humano de Wetzel había cedido a la costumbre. Durante muchos días no había tenido más objeto que matar al terror de la frontera. Cumplida ya su misión, volvió a convertirse en el inexorable enemigo de los pieles rojas.

Sintió una fiera alegría cuando empezó la persecución del delaware. Wingenund no había hecho esfuerzo alguno para ocultar sus huellas; habíase dirigido al Noroeste en línea recta, en dirección a la aldea india. Llevaba una ventaja de sesenta minutos y necesitaba seis horas de rápido caminar para llegar a la aldea.

-Me parece que se dirige a su casa -murmuró Wetzel siguiendo la pista con la mayor velocidad posible.

El método del cazador para seguir las huellas de un indio era singular. La intuición jugaba un papel tan importante como la vista. Siempre parecía adivinar la intención de su víctima. Una vez sobre la pista, era tan difícil despistarlo como a un sabueso. Sin embargo, no seguía siempre las mismas huellas. Para Wetzel, la dirección que tomaba su víctima era de la mayor importancia.

Siguió la pista plenamente visible durante cosa de media milla y entonces se detuvo para examinar bien la situación. Dejando las huellas del delaware, echó a correr a través del bosque tan veloz y silencioso como un ciervo, y a cosa de un cuarto de milla se detuvo para escuchar. Todo parecía bien, porque bajó la cabeza y caminó lentamente, examinando el musgo y las hojas. A poco llegó a un calvero cuyo suelo era arenoso. Se agachó y volvió a levantarse rápidamente. Había descubierto las huellas del indio. Cautelosamente avanzó, deteniéndose a cada instante para escuchar. En todas las persecuciones realizadas en sus años maduros nunca había sido víctima del más astuto ardid del piel roja la emboscada. Se fiaba exclusivamente del oído para saber si el enemigo estaba cerca. Los seres de la selva eran sus informadores. Tan pronto como advertía un cambio en su gorjeo, su canto o su graznido, se ponía alerta y era tan difícil verle u oírle a él como a una culebra.

La pista del delaware le llevó a una loma rocosa v allí desapareció. Wetzel no hizo ningún esfuerzo para encontrar las huellas del indio en el duro suelo; se detuvo un momento para estudiar la loma, terreno colindante, el barranco de un lado y las densas selvas del otro. Calculaba qué probabilidades tendría para encontrar la pista al otro lado. El arte de los indios en las selvas, por sutil y maravilloso que sea, se limita a la habilidad de cada individuo. Los salvajes, lo mismo que todos los hombres, no nacían con las mismas condiciones. Uno acaso dejaba una pista débil, mientras que a otro se le podía seguir fácilmente, v un tercero, más astuto y habilidoso que los demás, pasaba por la selva como un ave sin dejar rastro alguno. Pero todos los indios seguían por tradición los mismos métodos que Wetzel aprendió tras largos años de estudio y experiencia.

Satisfecho ya de haber adivinado las intenciones del delaware, bajó al barranco y echó de nuevo a correr. Saltaba, con ligereza y seguridad de gamo, de piedra en piedra, sobre los troncos caídos y los riachuelos y torrentes. En cada vuelta de la cañada, en todos los calveros, se detuvo para escuchar.

Al llegar al otro lado de la loma salió del barranco y subió por el borde de la ladera. Escuchó el canto de los pájaros y examinó la hierba y las hojas. No encontró el más leve indicio de la pista que esperaba encontrar. Volvió sobre sus pasos examinando con paciencia y gran cuidado el terreno pulgada a pulgada, mas todo fue en vano. Wingenund estaba dando prueba de su gran astucia. En sus días de guerrero, ningún jefe indio podía rivalizar con él. Siempre había afirmado con orgullo que cuando trataba de eludir a sus perseguidores, sus huellas se desvanecían en el musgo y en los helechos.

Wetzel deliberó un momento, sin desanimarse, porque sus recursos eran grandes. El delaware no había cruzado aquella loma rocosa. Había sido bastante astuto para hacer pensar a su perseguidor que su intención era cruzarla. El cazador se dirigió aprisa hacia el extremo este de la loma, porque el salvaje no tenía al parecer razón alguna para haber ido en aquella dirección. Avanzaba con rapidez, porque el tiempo apremiaba. Mas no encontró una sola hoja, ninguna hierba tronchada, ninguna ramita rota, ni piedrecilla fuera de su sitio. Vio que se estaba aproximando al lado de la loma donde terminara la pista del delaware tan de repente. ¡Ah! ¿Qué era aquello? Una ramita de helecho torcida y sin gotas de rocío. Inclinándose junto al helecho, Wetzel examinó la hierba; no estaba aplastada. Debajo del helecho había una plantita con hojas triangulares de un verde muy profundo. El cazador arrancó una de las hojas y expuso la parte inferior a la luz. La pelusa plateada de aquel lado de la hoja tenía trazas de haber sido tocada. Wetzel sabía que un indio podía pisar tan suavemente para no aplastar las hojas de la hierba, pero que la parte inferior de aquellas

hojas, al ser pisadas, siempre revelan su paso por la selva. Sus ojos agudos vieron que la hoja había sido rozada por un mocasín. Wetzel acababa de volver a encontrar la pista, pero seguía ignorando la dirección del indio. Lentamente siguió la leve huella entre los helechos y la hierba de la ladera y por fin, junto a una piedra, encontró la huella de un mocasín en el musgo, cuya punta señalaba al Este. El delaware caminaba exactamente en dirección opuesta a la que le correspondía. Además, empleaba la mayor astucia para ocultar su pista. Esto, sin embargo, no preocupó a Wetzel, porque si a él le costaba mucho tiempo encontrarla, el delaware también tenía que haber empleado largo tiempo en escoger el terreno a propósito para avanzar sin dejar rastro.

Wetzel se dio pronto cuenta de que su propia astucia había encontrado su pareja. Ya no confiaba en su intuición, sino que se pegó a la senda del delaware como lobo hambriento al perseguir la caza.

La pista del indio cruzaba troncos, rocas, terreno de suelo durísimo, subía barrancos rocosos y trasponía riscos abruptos. El astuto jefe empleaba toda su antigua habilidad; caminaba hacia atrás sobre el musgo y la arena donde se veían claramente las impresiones de sus mocasines; saltaba anchas hendiduras en barrancos pedregosos, para volver a saltar inmediatamente hacia atrás; bajaba por los riscos deslizándose por las ramas de los árboles; cruzaba riachuelos y gargantas subiendo a los árboles y trepando de uno a otro; vadeaba los torrentes cuyo cauce era rocoso y evitaba cuanto podía el terreno suave.

Con obstinada persistencia y tenacidad siguió Wetzel aquella pista que se desvanecía gradualmente. Cada vez se veía obligado a avanzar más lentamente y emplear más tiempo para encontrar señales del paso de su enemigo. Lo que más le llamó la atención fue que Wingenund se dirigía, en ancho círculo, al Sudoeste, alejándose más y más de la aldea delaware.

Poco a poco, Wetzel iba afirmándose en la idea de que el jefe delaware no podría tener más motivo para dar aquella amplia vuelta que el orgullo y la alegría de despistar a su enemigo, de burlarse de Viento de la Muerte, de demostrarle deliberadamente que existía por lo menos un indio que se podía reír de él y perderse en el bosque sin dejar rastro. Aquello le supo a Wetzel más amargo que la hiel. Su fiero corazón hervía furioso. Sus agudos ojos examinaban la hierba y el musgo con máxima atención. Lentamente, como una sombra, Wetzel subía y bajaba las laderas, atravesaba los bosques, cruzaba los arroyos y los campos, siempre pegado a la pista.

Por fin en una parte abierta del bosque, donde un incendio había exterminado las matas y los árboles pequeños, Wetzel llegó al sitio donde terminó definitivamente la pista del delaware.

Allí, en el suelo blando y negro, había la huella de un mocasín. El bosque no era denso; había abundancia de luz; no había cerca ni tronco ni piedra ni árboles, y, sin embargo, excepto aquella huella, no se veía otro rastro del indio en aquel calvero.

La pasta se desvaneció allí tal como afirmara el gran jefe.

Wetzel examinó a gatas el suelo, escudriñaba incansablemente los alrededores. El hecho de que una de las huellas del mocasín señalase al Oeste y la otra al Este, demostrando que el delaware había vuelto sobre sus nasos, era la cosa más sorprendente con que el cazador había tropezado en su larga vida.

Por primera vez, desde hacía muchos años, había fracasado. Tomó su derrota muy a pecho, porque, después de haber tenido éxito durante tantos años, casi se creyó infalible. Además, su fracaso implicaba la pérdida de la oportunidad de matar a su gran enemigo. En su furia se maldijo por haber sido tan débil para escuchar las súplicas de una mujer, perdiendo por ella la ocasión tan anhelada de enfrentarse con su enemigo.

Con la cabeza inclinada y paso lento y arrastrado se encaminó hacia el Oeste: El terreno le era desconocido, pero sabía que se estaba aproximando a una región familiar. Durante un tiempo andaba con lentitud, apagándose poco a poco la fiera fiebre en sus venas.

Wetzel siempre era sereno y quieto, excepto cuando le acometía el inhumano deseo de verter sangre de los salvajes.

En la cima de una alta loma miró en torno suyo para orientarse. Le sorprendió ver que había caminado en un círculo. A cosa de una milla veía el roble gigante que señalaba el lugar de la Fuente Hermosa. Se hallaba en la misma colina, debajo de los mismos árboles hacia los cuales pocas horas antes dirigiera la atención de Girty.

Con la idea de volver a la fuente para quitar el cuero cabelludo a los indios se encaminó en derechura hacia el roble. Una vez salido de la selva, entre él y el otero boscoso que dominaba la fuente había una ancha llanura. Cruzó la verde pradera y entró en el matorral.

De pronto se detuvo. Su aguda comprensión de todos los detalles de la vida selvática había advertido algo anormal. Se dejó caer en la alta hierba y escuchó. Luego se arrastró algunos pasos. La duda se convirtió en certeza. Una nota suelta de la oropéndola fue un aviso para él, y no necesitaba ya las rápidas notas del pájaro-gato para saber exactamente que no muy lejos de él había un ser humano.

Wetzel se convirtió de nuevo en tigre. Otra vez sintió encendérsele la sangre. Mas con la mayor calma y frialdad, seguro como una culebra, empezó a arrastrarse para acechar la presa hasta alcanzar por fin el risco cubierto de helechos que dominaba la hondonada.

Con sumo cuidado abrió los helechos y miró con ojos llameantes hacia el hermoso paraje.

No vio la fuente brillante, ni el musgo purpúreo, ni los horribles huesos, lo único que los buitres habían dejado, ni otra cosa alguna; sólo vio al solitario indio que estaba en pie junto a la fuente.

Allí, al alcance de su rifle, estaba su gran enemigo: Wingenund, el cacique de los delawares.

Wetzel volvió a meterse entre los helechos para calmar la furiosa alegría que estaba consumiéndole. Se quedó echado, respirando con fatiga, dominando lentamente la pasión, que era lo único que podía hacerle errar el tiro.

Aquél, era uno de los tres grandes momentos de su vida. El último de los tres momentos en que la vida de aquel indio había estado a su alcance. Ya otra vez había visto a aquel rostro altivo enfilado por el cañón de su rifle y no pudo disparar, porque el tiro había de ser para otro.

Después había tenido delante de sí a aquella figura orgullosa y altiva con su despreciativa arrogancia, y cedió a la súplica de una mujer.

Mas ahora, la vida del delaware era finalmente suya, y Wetzel juró que no vacilaría en matarlo por fin. Tembló en el éxtasis de su pasión triunfante; sus poderosos músculos vibraron; luego se calmó. Tan grande era su deseo de venganza, que casi tenía a la fuerza que acallar los latidos de su corazón para que su puntería fuese certera y fatal. Lentamente se arrodilló y con ojos chispeantes alzó el rifle negro.

Wingenund estaba derecho en su posición favorita, los brazos cruzados, mas sus ojos, en vez de mirar en lontananza, miraban al suelo.

A sus pies yacía una muchacha india, fría como el mármol. Su traje estaba calado y pegado al cuerpo esbelto. Su triste rostro tenía rigidez eterna.

A su lado había una tumba acabada de abrir.

Apenas el rifle apuntó en dirección al rostro del indio, cuando Wetzel percibió aquellos detalles. Tan absorto había estado en el gran objeto de su vida, que no se le ocurrió pensar siquiera en el motivo del regreso del delaware a Fuente Hermosa. Lentamente bajó el negro rifle.

Wingenund había regresado para enterrar a Aola.

Wetzel apretó los dientes y libró consigo una lucha tremenda. Lentamente alzaba el rifle y lo volvía a bajar, y así una y otra vez. Sentía que en su alma se despertaba algo terrible, algo insospechado.

Wingenund se había burlado de él. El delaware le había obligado a dar aquella enorme vuelta, le había despistado en el bosque, no para gloriarse del hecho, sino para regresar apresuradamente para enterrar a su hija como cristiana. Wingenund era cristiano.

Si no lo hubiese sido, una vez echada de su lado su hija, la tradición india no le habría permitido volver a mirarle jamás el rostro.

Wingenund era fiel a su raza, pero era cristiano.

De pronto, la terrible tentación de Wetzel, el hondo forcejeo, cesó. Bajó el rifle y miró por última vez el rostro oscuro y altivo del cacique de los delawares.

Luego, el vengador desapareció como una sombra en la selva.

XXX

El coronel Zane se hallaba en el umbral de su cabaña mirando al río con mirada atenta. Era al caer de la tarde y el sol ya había traspasado la cima de las colinas boscosas y las sombras de los árboles se alargaban en la plaza verde frente al fuerte.

Pocos minutos antes, en la orilla de la isla había aparecido un hombre que llamaba. El coronel había enviado a su hermano Jonathan para enterarse de lo que quería aquel hombre. Jonathan había llegado ya en su lancha a la orilla de la isla y, a poco, la pequeña embarcación cruzó de nuevo el río con el desconocido en la popa.

-Creí que podría ser Wetzel -musitó el coronel-, aunque sería extraño que Lew pidiese una lancha.

Por fin Jonathan subió con el desconocido por el sendero serpenteante hasta la cabaña del coronel.

-¡Caramba, si es el joven Christy! -exclamó Zane, yendo al encuentro de él y tendiéndole la mano con cordialidad-. Me complace verle. ¿Dónde está Williamson? ¿Cómo es que ha venido usted?

-El capitán Williamson y sus hombres cruzaron el río diez millas más arriba - contestó Christy -. Yo he venido aquí para preguntar por la joven pareja que salió de la Villa de la Paz. Ya sé por Jonathan que han llegado bien.

-Sí, aquí están, con gran alegría de todos. Venga,. siéntese. Por su aspecto veo que viene usted cansado, e impresionado. No es de extrañar, después de ver aquella terrible carnicería. Quiero que me lo cuente todo. Ayer vi a Sam Brady y me dijo que le había visto allí. Sam me contó muchas cosas. ¡Ah, allí viene Jaime!

El joven misionero salió de la cabaña y saludó efusivamente a Christy.

-¿Cómo está ella? - preguntó Christy después de haberle saludado.

-Nelly está ya casi repuesta. Se alegrará mucho de verle a usted.

-Jonathan me ha dicho que ustedes se casaron poco antes de aparecer Girty en Fuente Hermosa.

-Sí, es verdad. Tan maravilloso es todo que casi no lo puedo creer aún. Tiene usted mal aspecto, amigo Christy. La última vez que le vi estaba usted mejor.

-Aquel horrible asunto me ha causado muy mala impresión. Fui espectador involuntario del horrible asesinato y jamás podré olvidarlo. Aún veo a los enloquecidos salvajes corriendo de una parte a otra con las cabelleras sangrantes de gente de su propia raza. Una hora después de salir ustedes, la iglesia estaba ardiendo, y al día siguiente vi los cuerpos carbonizados. Fue una escena horrible que no puedo olvidar. Aquel monstruo de Jim Girty asesinó a catorce indios con su martillo.

-¿Se ha enterado usted de su muerte? -preguntó el coronel.

-Sí, su fin ha sido digno de su vida.

-Sólo a Wetzel se le podía ocurrir semejante venganza

-¿Ha venido Wetzel ya aquí desde entonces?

-No, Jonathan dice que so fue tras Wingenund, y es imposible decir cuándo volverá.

-Me hubiera gustado que perdonase al delaware.

-¡Wetzel perdonar a un indio!

-Pero aquel jefe era amigo, porque Wingenund era un indio noble y bueno. Pero Wetzel es implacable.

-Aquí vienen Nelly y la señora Clarke. Salgan ustedes -exclamó Jaime.

Nelly apareció en el umbral con la hermana del coronel Zane. Las dos mujeres bajaron la escalinata y saludaron a Christy. El rostro de Nelly era pálido y delgado y bajo sus ojos había grandes sombras.

-Cuánto me alegro de que haya usted llegado sana y salva -exclamó Christy con voz grave.

-Háble me de Benny - dijo Nelly.

-¡Oh!, me había olvidado. Benny está muy bien. Ha sido el único indio cristiano que se ha salvado. Heckewelder lo escondió durante el peligro. Quiere que eduquen al chaval.

-Gracias a Dios-murmuró Nelly.

-¿Y los misioneros? - preguntó Jaime.

-Cuando salí, todos estaban bien, excepto Young, que estaba muriéndose. Los demás piensan quedarse allí para ver si pueden empezar de nuevo, pero temo que sea imposible.

-Es imposible; no porque el indio no quiera ser cristiano, sino porque los dominan hombres blancos como Simón Girty. La hermosa Villa de la Paz debe su destrucción a los renegados -observó el coronel Zane gravemente.

-El capitán Williamson hubiera podido evitar el asesinato -exclamó Jaime.

-Es posible. Creo que hizo mal en no intentarlo -declaró el coronel.

-¡Hola! -dijo Jonathan Zane levantándose de su asiento, desde el cual había escuchado la conversación.

En el sendero se oían pasos suaves y familiares. Todos se volvieron y vieron que Wetzel subía lentamente. Su traje de cazador estaba roto y raído; tenía aspecto de cansado, pero sus ojos eran serenos.

Era el Wetzel al que todos amaban. Le saludaron con gran calor. Nelly le dio la mano sonriendo.

-Cuánto me alegro de que haya usted regresado sano y salvo -dijo.

-Sano y salvo, muchacha, y muy contento de verte -respondió el cazador cuando se apoyó sobre su rifle y miraba a Nelly y la hermana de Zane-. Betty, hasta ahora siempre he dicho que tú ocupabas el primer lugar entre las mujeres hermosas de la frontera, pero aquí hay una que puede que te gane - dijo con una de sus raras sonrisas, que tan bien sentaban a su rostro oscuro.

-¡Caramba, caramba! ¡Lew Wetzel se ha vuelto galante! -exclamó Betty.

Jonathan Zane no hacía más que escudriñar el rostro de Wetzel. El coronel, al ver que su hermano miraba con tanto interés al cazador, adivinó la causa y dijo:

-Lew, dinos, ¿has visto a Wingenund sobre la mira de tu rifle?

-Sí -contestó lacónicamente el cazador.

Un intenso frío pareció sobrecoger a todos los que escuchaban. Aquella respuesta lacónica en boca de Wetzel significaba mucho. Nelly inclinó la cabeza con gesto triste. Jaime se volvió, mordiéndose los labios. Christy miró hacia el valle. El coronel Zane se agachó para recoger unos guijarros que lanzó con fuerza hacia la cabaña. Jonathan Zane se alejó, sin decir nada, del grupo y se metió en la casa.

Sólo la hermana del coronel fijó sus grandes ojos negros en el rostro de Wetzel.

-¿Y qué? -preguntó con voz clara y decidida.

Wetzel guardó silencio durante un momento. La miró con su sonrisa característica y enigmática.

-Betty, he fallado -dijo con gran serenidad, y echándose el rifle al hombro, se marchó.

Nelly y Jaime se paseaban a lo largo del risco, sobre el río. El crepúsculo era cada vez más denso. El resplandor del sol oscurecíase lentamente tras las siluetas de las lejanas colinas.

-De modo que todo está arreglado; nos quedamos aquí -dijo Nelly.

-Sí, querida. El coronel Zane me ha ofrecido trabajo y, además, una iglesia. Tenemos suerte y hemos de estar contentos. Yo me siento feliz porque tú eres mi esposa y, sin embargo, cuando pienso en él me entristezco. ¡Pobre Joe!

-¿No crees tú que... que no nos hemos portado bien con él? - dijo Nelly en voz baja.

-No. Su deseo fue que nos casáramos. Creo que presintió su fin. No, no nos portamos mal con él; le hemos querido mucho.

-Sí, yo le he querido, os quise a los dos.

-Entonces debemos pensar en él siempre, como era su deseo.

-¿Pensar en él? Nunca olvidaré a Joe. Siempre lo recordaré en todo momento, pero sobre todo en otoño. Porque mentalmente veré aquel hermoso paraje con su fuente sombreada, donde descansa.

Transcurrieron los años con sus sucesivas estaciones; todos los otoños, las flores doradas eran más exuberantes y las hojas bronceadas caían más suavemente sobre el musgo ambarino del lugar de la Fuente Hermosa.

Los indios ya no acampaban allí; rehuían aquella hondonada v la llamaban el lugar de la Fuente Encantada. Decían que por las noches corría por allí el espíritu de un perro blanco y que la brisa de la Muerte gemía en el solitario lugar.

A largos intervalos, un jefe indio alto y noble entraba en la hondonada y se quedaba largo rato silencioso e inmóvil.

Y algunas veces, a la hora del crepúsculo, cuando el esplendor del sol ha desaparecido, un cazador salía como una sombra de la espesura y se apoyaba sobre un rifle negro, mirando con ojos tristes a la oscura fuente, y escuchaba el triste murmullo del agua. Mientras seguía así inmóvil venía la noche, las hojas secas caían al agua con levísimo susurro y una oropéndola entonaba su melancólico canto.

De las tinieblas de la selva surgía entonces un suave suspiro que poco a poco iba subiendo en la quietud de la noche y se apagaba lentamente como el quejido de la brisa nocturna.

Y la quietud volvía a reinar sobre la oscura y fría tumba del muchacho que entregó su amor y su vida a las selvas.